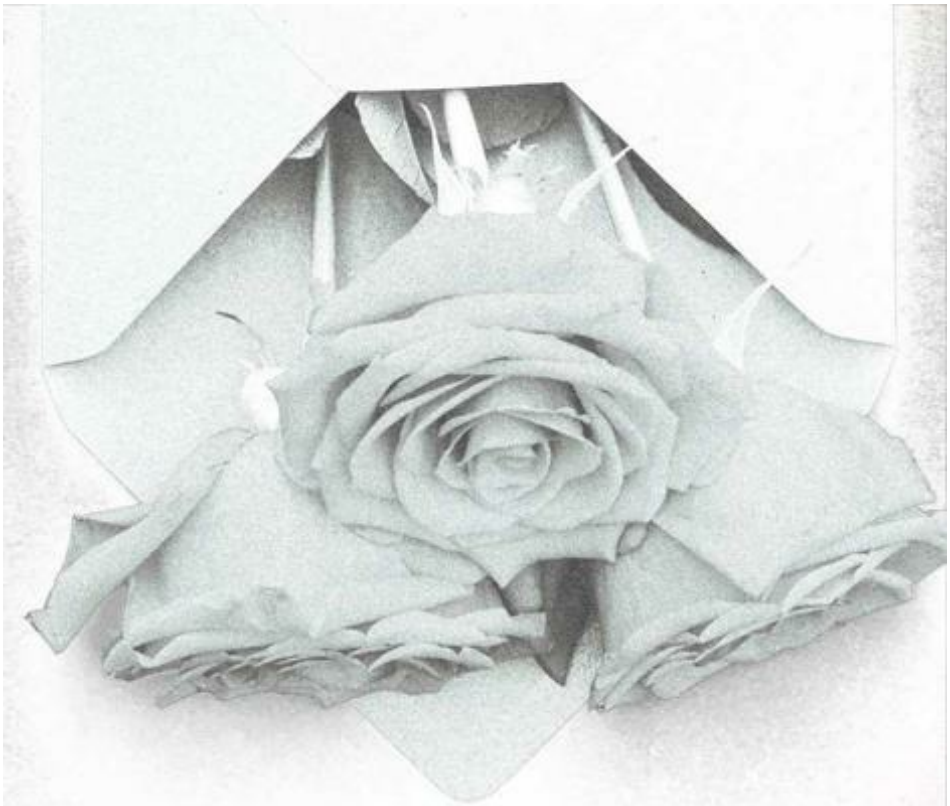


MENTIRAS PELIGROSAS

DE LA AUTORA DE BESTSELLERS

AMELIA GATES



MENTIRAS PELIGROSAS

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo: Seis años después
Epílogo
Epílogo

Manten el contacto
Gracia

Capítulo

Uno

Arlena

No podía creer que estuviera saliendo a hurtadillas tan tarde, desafiando directamente las órdenes de mis padres de retomar la rutina de mi horario escolar antes de que terminaran las vacaciones de invierno. Pero maldita sea, no se me presentaban muchas oportunidades de desahogarme, y no iba a desperdiciar ninguna. Además, tenía dieciocho años. Legalmente, no tenía más tutor legal que yo misma. En el plano social, mi tutor legal era Blayze.

Me estaba esperando en el callejón de detrás de la casa de mala muerte a la que me habían obligado a mudarme. Su coche tosía y chisporroteaba al ralentí. Quería llevarle a arreglar aquel trasto estúpido por él, pero ofrecerme a pagarle siquiera un refresco delataría mi tapadera. Por lo que él sabía, por lo que *cualquiera* sabía, yo estaba tan en números rojos como cualquiera de ellos. Bueno, casi. Mi BMW ya me delataba, pero lo había hecho pasar por un regalo de cumpleaños de un pariente rico pero desinteresado.

Me gustaba pensar que a mi padre le habría hecho gracia que lo describiera así, pero sabía que era mucho más probable que se le partiera el corazón. Quizá incluso se enfadara. Había intentado convencerme de que su nombre me protegería de los matones de mi nuevo colegio. Yo había sonreído y asentido con la cabeza, y luego había mentido como una bellaca en todas las clases. Ni siquiera Blayze sabía de dónde venía, pero en realidad no importaba. Yo tampoco sabía mucho de su pasado. La norma general en Burnaby High era que el pasado se quedaba en el pasado, y hacer demasiadas preguntas te conduciría a recibir una paliza. Me gustaba ese planteamiento porque significaba que podía guardarme mis secretos y no preocuparme de que nadie indagara.

—Hola, princesa —dijo Blayze, mostrándome su hoyuelo.

Su pelo castaño ondulado caía en una melena desgreñada por su cuello y, como siempre, sus profundos ojos marrones se arremolinaban con sabiduría prohibida y misterios que no podía más que adivinar.

—Hola —le dije, dando un respingo y acercando la boca para darle un beso.

El beso casto que esperaba se intensificó rápidamente, revolviéndome el vientre. Mis dedos se cerraron en puños, envolviéndose en su brillante camisa plateada abotonada, que se había dejado desabrochada sobre su camiseta negra. Me encantaba cómo vestían los chicos por aquí. No se veía ni una corbata ni ninguna chaqueta deportiva por ninguna parte. Las zapatillas de deporte y los vaqueros... bueno, bien podrían haber sido atuendos formales. Era mucho más terrenal de lo que estaba acostumbrada, mucho más mundano. Mucho más cómodo y honesto y humano.

Cuando Blayze se apartó y separó mis labios de los suyos, lo miré de pies a cabeza.

—Hoy llevas tu cadena buena —dije apreciativamente, apretándome el labio inferior entre los dientes. Inclinándome hacia delante, pasé un dedo por los fríos eslabones de metal y me pregunté cuánto valdría aquella cosa de plata mate, tanto en dólares como en valor sentimental.

Blayze me cogió la mano y la apartó de la joya, dedicándome una sonrisa coqueta que contenía una pizca de advertencia. No toques la cadena. Entendido.

—¿Estás lista? —preguntó mientras sacaba el coche del callejón.

Asentí y le miré con el cejo fruncido.

—Nací lista. —Era mentira, por supuesto.

En lo referente a este lugar, a Blayze, a este nuevo mundo, no estaba lista para nada. Como alguien que no sabía nadar en un océano sin fin. Un pez fuera del agua. Un esqueleto sin huesos.

—Sí, lo que tú digas, chica de ciudad. ¿Cuál es la fiesta más salvaje en la que has estado?

Sonreí, dispuesta a contarle mi historia de aquella locura de fiesta, pero me contuve. El cantante del grupo se había colocado demasiado en el baño, el batería se había emborrachado demasiado y el escenario estaba situado en una isla flotante en medio de la piscina de tamaño olímpico de mi amiga. Los ánimos se caldearon cuando el batería se puso pedo demasiado pronto. Los dos se pelearon y se las apañaron para lanzar a toda la banda, con instrumentos y todo, al agua.

También está aquella vez en mi otra amiga sufrió una sobredosis de pastillas de diseño en el baño y tuvieron que llevarla al hospital, pero eso no fue tan divertido. El ama de llaves la encontró y la sacó discretamente, y solo llamó a sus padres cuando ya estaba fuera de peligro. Ni siquiera pararon la fiesta, sólo hicieron que el mayordomo se encargara de todo hasta que llegó la hora de irse a casa. Mi sonrisa se desvaneció rápidamente mientras intentaba pensar en una historia, cualquier historia, que pudiera contarle a Blayze y que no apestara a dinero a raudales.

—Eso pensaba —dijo Blayze riendo—. Mira, Arlena, esta noche vas a ver cosas en casa de Eddie. Cosas que probablemente nunca has visto antes. Yo he respondido por ti, pero como nunca has estado en una de sus fiestas, te va a estar observando y analizando tus reacciones.

Un gusanillo nervioso empezó a retorcerse justo debajo de mi corazón.

—¿Y cómo debo reaccionar? ¿O no debo reaccionar en absoluto? ¿A qué tipo de cosas no debo reaccionar?

Blayze me sonrió como siempre lo hacía y se me revolvió un poco más el estómago. Había una parte de mí que sabía que esta fiesta era una idea terrible, y no solo porque mi padre me encadenaría al radiador si alguna vez se enteraba.

—Cálmate —dijo Blayze, tirando de mi mano hacia la suya y llevándosela a los labios. La besó suavemente antes de colocarla de nuevo en mi regazo—. Quédate a mi lado y sígueme la corriente, ¿de acuerdo?

Ni sus palabras ni sus actos ayudaron a calmarme en absoluto. Me limpié las manos sudorosas en la faldita que llevaba y junté los talones. Las preguntas revoloteaban por mi cabeza, interrumpiéndose unas a otras, y antes de que pudiera decidir qué preguntar primero, ya estábamos allí.

Decenas de coches se agolpaban en una calle sin salida al final de un callejón repleto de trastiendas de negocios, excepto el solar del fondo. Allí estaba la casa de Eddie, una casa destartalada de dos pisos y medio con dos terrazas que parecían a punto de venirse abajo. La mitad de las ventanas estaban rotas y cubiertas de plástico transparente, y el solar estaba rodeado por tres laterales de altos muros de bloques de hormigón con grafitis.

Una música con un bajo profundo y palpitante hizo vibrar las ventanas mientras Blayze aparcaba contra el canalón. Observé las caras de las personas que entraban en la casa y me estremecí a pesar de aire caliente de la calefacción que me daba de lleno en la cara. Eran las mismas personas que, hasta hacía poco, me habían rechazado y básicamente me habían hecho bullying durante todo el año. Blayze me miró y se rió entre dientes, rodeándome el hombro con un brazo.

—Cálmate, princesa. Estás conmigo, ¿recuerdas? Nadie va a molestarte. Deja que vayan a

lo suyo y tú quédate conmigo. ¿Vale?

—¿Qué es exactamente lo suyo? —repliqué.

Sonrió y yo no estaba segura de que me gustara.

—Lo que ellos quieran que sea —dijo—. Esta es una fiesta de Eddie. Es un ligón. Vamos, ya verás.

No reacciones, no reacciones. Repetí las palabras en mi cabeza como un mantra mientras me aferraba con fuerza al brazo de Blayze y dejaba que me guiara hacia el interior de la casa. No era fácil. Sabía lo que era no caer bien en este pueblo. Que te atormentaran, que se metieran contigo. Sin embargo, una cosa era cierta: gracias a Blayze, la cosa nunca había sido tan mala como podría haber sido. Pero sin su protección habría estado tan jodida como un pájaro volando hacia un tirachinas.

Fuera, pasamos junto a una pareja que se estaba enrollando sobre el capó de un coche como si no hubiera un mañana justo delante de la puerta de Eddie. Sus amigos le animaban desde sus puestos en el césped, y una chica estaba vomitando en la rejilla del canalón a pocos metros.

No reacciones, me recordé, intentando que el masaje llegara a mis ojos y mi boca abiertos.

Si hubiera ido tan lejos como para imaginarme cómo era el interior de la casa de Eddie, no puedo prometer que ésta fuera la imagen que se me hubiera ocurrido. Cada centímetro estaba abarrotado, no de muebles, sino de gente. Gente contra las paredes, en el sofá, bloqueando los pasillos, riendo, bailando, hablando.

Blayze dejó caer un beso en mi mejilla para llamar mi atención y me guiñó un ojo.

—Es una fiesta de Eddie —repitió.

Como si eso tuviera que significar algo para mí. Lo único que sabía de Eddie era que, a sus 22 años, era el mayor del instituto y que todo el mundo parecía conocerle. También era alto, rubio y tenía los huesos afilados y el pelo rizado de un dios griego. Para mí, Blayze estaba obviamente más bueno, pero Eddie no tenía ningún problema en ligarse a las chicas, y las chicas no tenían ningún problema en reconocerlo. Incluso había visto a un novio despechado perdonar a su novia por haberla engañado, sólo porque lo había hecho con Eddie. Ese hombre era intocable.

También era el mejor amigo de Blayze, así que me esforcé por dejar a un lado los nervios. Había estado antes en presencia de hombres poderosos y había mantenido la dignidad, pero éstos habían tenido otro tipo de poder. Del tipo que se mofaba de los estudiantes de instituto de 22 años y les compraba una plaza en Harvard. Eddie había convertido sus aparentes defectos en un negocio floreciente, y se había convertido en el pez gordo de un estanque abarrotado.

La fiesta se volvió aún más salvaje cuando cruzamos el umbral. El humo que flotaba en el aire era de al menos tres colores y consistencias diferentes, y un círculo de gente se apiñaba en torno al extremo de una mesa de café, pasándose un billete de un dólar de nariz a nariz. La música sacudía la casa, y entre compás y compás llegaban los sonidos de gente vomitando y follando.

Blayze me condujo a través de aquella sala hasta la de más allá, donde las luces parpadeaban y la mayor parte del humo salía de una máquina y no de labios fruncidos. La música estaba tan alta que ni siquiera podía oírme pensar, y mucho menos controlar mis reacciones. La aplastante multitud bailaba, bebía y se desnudaba al aire libre, orgullosa de sus cuerpos, de sus sexualidades y con edad suficiente para hacer lo que les diera la gana, lo que consolidaba el hecho de que yo no pertenecía a este lugar.

Blayze se abrió paso entre la multitud sin esfuerzo. Borrachos y colocados como estaban, nadie quería enfrentarse a él. Le apreté la mano, sintiéndome segura incluso en medio de todo aquel desfase. Si mi padre supiera dónde estaba, me mataría. Y por muy protegida que Blayze

me hiciera sentir aquí, no había forma de que pudiera salvarme de la ira de mi padre. Me tragué ese pensamiento y me concentré en no parecer un cervatillo asustado ante los faros de un coche.

Blayze y yo llegamos a la parte trasera, que resultó ser la cocina. Eddie estaba allí, mezclando bebidas y flirteando con las cuatro mujeres que le rodeaban. Sólo reconocí a una de ellas como alguien de nuestro colegio. Las otras eran mayores, más maduras y parecían de las que no tendrían reparos en anunciar a los cuatro vientos que era un problemón. Al percatarse de nuestra presencia, Eddie se giró de tal forma que su cuerpo quedó frente a Blayze y su rostro se iluminó como el fuegos artificiales.

—¡Eh, al final has venido! Pensé que me ibas a dejar plantado otra vez. ¿Ya tienes de beber? Tomad, aquí tenéis, hasta el fondo. —Hablaba rápido, pero sus manos lo iban aún más cuando deslizó un par de vasos altos por la encimera hacia nosotros, cada uno lleno de un líquido espeso de color verde guisante—. Arlena, nena, ¡bienvenida a mi casa! ¿Te gusta? La he comprado yo mismo. Con dinero en efectivo, nena. —Se inclinó para que su aliento me hiciera cosquillas en las partes externa e interna de la oreja—. Si alguna vez te apetece dejar a este farsante, podrías liarte con alguien que tenga dinero de verdad.

—Métete un tenedor por el culo y muérete —replicó Blayze, sonriendo—. No le hagas caso, princesa. No se quedará contento hasta que haber dejado embarazadas a todas las chicas de la zona triestatal. Pronto estará gastando todo ese dinero en la manutención de sus hijos en vez de en alcohol

—Cabrón. —Se rió Eddie, sacudiendo la cabeza ante Blayze. Siempre estaban así, tirándose los trastos a la cabeza, lanzándose insultos que parecían duros, pero no se sentían así en absoluto.

Blayze chocó su vaso con el mío y bebió hasta el fondo. Como no quería levantar ninguna sospecha, hice lo mismo y casi me atraganto. Dulce y fría, la bebida me abrasó la garganta y me calentó hasta el ombligo. Probablemente debería haber dejado de beber en ese momento. No era la primera vez que bebía un par de rondas, pero lo que Eddie estaba sirviendo, bueno... digamos que no era lo servían allí de donde yo venía.

La segundo copa extendió el calor a mis muslos, excitándome de forma casi incómoda. Blayze me rodeaba los hombros con los brazos y su aliento me hacía cosquillas en el cuello mientras se agachaba de vez en cuando para besarme la piel expuesta.

Para la tercer copa, me encontraba apoyando mi peso en él, incapaz de confiar en mis propias piernas para mantenerme en pie. Blayze me rodeó aún más con sus brazos y me apretó contra su pecho. Los efectos de la bebida eran evidentes en el bulto de sus pantalones y mi corazón se agitó salvajemente en mi pecho y aún más cuando me hizo girar y me besó profundamente. Su lengua bailando contra la mía me hizo sentir un auténtico éxtasis. Respirando humo y sexo hasta que la cabeza me dio vueltas, le devolví el beso con un abandono que nunca antes había conocido, restregándome contra él, dejando que mis caderas se movieran al ritmo de la música. Saboreándolo. Provocándole. Suplicándole cosas sin usar palabras para hacerlas realidad. Antes de que me diera cuenta, me tenía presionada contra la encimera de la cocina y su mano subía por mi muslo.

—Oye, en la cocina no —dijo Eddie de buen humor. Con el calentón de lo que estaba pasando y el alcohol dando vueltas en mi cabeza, no podía recordar si Eddie se había ido o si había estado allí de pie todo el tiempo—. Pasaos a la pista de baile como el resto de pervertidos.

Abrí los ojos y no pude evitar reírme. Una mujer estaba sentada en la encimera, desnuda salvo por su ropa interior de encaje, y Eddie tenía la cabeza hundida en sus pechos mientras nos reprendía por nuestra, en comparación, inocente sesión de besos.

Blayze se rió conmigo.

—Tío, cierra el pico. ¿A quién tengo que follarle la pierna para que me rellenen el vaso?

—Tienes dos manos —dijo Eddie, con la voz amortiguada por la suave carne de su actual conquista.

Blayze se encogió de hombros y nos preparó dos más. Había botellas por todas partes, todo tipo de alcohol, cosas de las que nunca había oído hablar, pero ninguno de mis antiguos amigos compraba nunca licores baratos y Dios les prohibía comprar nada que viniera en lata. Más choque cultural. ¿Se acabaría alguna vez? Esperaba que no. Esto era nuevo, diferente y peligroso. Nunca me había dado cuenta de lo aburrida que estaba antes de mudarme aquí, y ahora sentía que tenía que ponerme al día con un montón de cosas de la vida.

Como esto, pensé con los ojos muy abiertos mientras Blayze y yo volvíamos a la pista de baile. Al menos la mitad de la gente que había allí estaba desnuda ahora, algunos de ellos contorsionados en posturas con las que yo ni siquiera había soñado. Blayze me miró, sonrió y me dio la vuelta.

—Bailaremos abajo —me dijo.

Nos cogió un par de latas del cubo con hielo de la cocina. Eddie no le prestó atención, pues estaba profundamente ocupado con su amiga, que ahora estaba completamente desnuda y retorciéndose contra él. El sexo impregnaba el aire, la música, la bebida... era abrumador. Cada paso que daba se me antojaba como unos preliminares, cada contacto con la piel de Blayze me quemaba como un fuego irresistible. En el piso de abajo, había gente vestida que jugaba al billar, lanzaba dardos y bebía, mientras que la gente desnuda yacía adormilada en los sofás y en el suelo.

—Bueno, ¿bailamos o qué? —preguntó Blayze, con voz ronca.

Nadie más bailaba, pero eso no parecía preocuparle a Blayze. Nunca le importaba lo que hacían los demás, y esa era la única razón por la que estábamos juntos. Lo menos que podía hacer era confiar en que conocía las reglas de este sitio. Que, honestamente, no parecían ser muchas. Así que bailamos una canción tras otra, cada una acercándome más a una decisión que llevaba mucho tiempo dejando en manos del destino.

Iba a perder mi virginidad, y lo iba a hacer aquella noche. Blayze me besó la boca y el cuello, me pasó las manos por el cuerpo y apretó su furiosa dureza contra mí mientras bailábamos, excitándome hasta convertirme en un desastre tembloroso. El alcohol seguía fluyendo y yo seguía bebiéndomelo todo. Habíamos llegado a un punto en el que, por muy fuerte que fuera el ron o por muy fuerte que estuviera el whisky, ya no podía ni saborearlo, pero quería más y más, y Blayze estaba más que encantado de complacerme.

No sabría decir cuánto tiempo bailamos, ni cuántas miradas sucias recibimos de parte de mujeres que lo deseaban, pero mi cuerpo estaba dolorido de necesidad cuando mis piernas se rindieron. Me desplomé contra él y me abrazó, besándome más fuerte de lo que me había besado antes.

—No puedo hacerlo aquí —murmuré en su oído, retorciéndome por la intensidad de mi excitación—. Pero te deseo.

Me gruñó suavemente en el cuello y me mordisqueó lo justo para hacerme daño antes de ponerme de pie.

—Vámonos de aquí. —Se despidió de Eddie gritando escaleras arriba. Eddie gritó algo que no entendí y Blayze se rió—. ¿Tu madre nunca te dijo que no hablaras con comida en la boca?.

—Tío, mi madre no me dijo una mierda —gritó Eddie, riendo—. Ahora piérdete, tengo un aperitivo que comerme.

La amiguita de Eddie soltó una risita. La conversación no tenía mucho sentido para mí, pero

me distrajo el hecho de que el mundo entero parecía inclinarse hacia la izquierda, haciendo que todos los colores se confundieran. Cerré un ojo y el mundo entero se sacudió vertiginosamente hacia la derecha. Necesitada de estabilidad, como un gato necesita una cola, me agarré con fuerza al brazo de Blayze mientras la habitación giraba a mi alrededor. Tardé demasiado en darme cuenta de que habíamos empezado a movernos. Acababa de darme cuenta cuando la puerta de un coche se abrió delante de mí.

—Sube, borrachina —me dijo al oído la voz de Blayze.

Solté una risita, pero la corté rápidamente porque la bilis me subió a la garganta. Seguía desesperadamente excitada, pero mi cuerpo y mi cerebro no conseguían ponerse de acuerdo. Blayze me metió en el coche y yo me enrosqué hasta quedar sentada, o eso creía. Me sobresalté al verlo en el asiento del conductor, a mi lado, y no recordaba cómo había llegado hasta allí.

—Bésame —le dije.

Eso hizo, y yo me arrastré hasta su regazo, apretándome contra él mientras sus manos recorrían mi cuerpo. Cada caricia estaba amplificada, interrumpida de vez en cuando por las náuseas que se agolpaban en mis entrañas. El callejón sin salida que nos rodeaba no hacía sino aumentar dichas sensaciones. Mis dedos tantearon su cinturón durante unos segundos de impotencia y hundí la nariz en su cuello, impregnándome de su olor: sudor almizclado, humo y alcohol. Necesitaba más. Mucho más. Lo necesitaba todo. Gemidos frustrados se deslizaron por mis labios cuando me di por vencida con el cinturón.

Lo siguiente que supe fue que me soplaba aire frío en la cara y estaba acurrucada contra algo duro y de plástico. Me limpié las babas de la cara e intenté incorporarme. La cabeza me estalló de dolor y la barriga me dio un respingo como si me estuviera cayendo de la cima del mundo. Había algo incómodamente duro entre mis rodillas. Intenté moverlo, pero acabé simplemente agarrándome a los lados. Era un cubo, me di cuenta al abrir los ojos.

—Adelante —dijo Blayze con calma—. Para eso es.

Esa bebida verde resultaba mucho menos agradable al subir que al bajar. Sustituyó el embriagador aroma de Blayze por el vil olor del vómito fresco. Cuando terminé de vomitar, me recosté en el asiento del coche con los ojos cerrados y gemí contra las fuertes explosiones de mi cabeza.

—Bebe esto —dijo Blayze, poniéndome algo frío en la mano.

—Ugh, no quiero beber. Nunca más.

—Es agua —dijo riendo—. Hicimos una parada en la gasolinera para hidratarnos, ¿recuerdas?.

Parpadeé intentando recordar algo, pero no fui capaz. Me encogí de hombros, me llevé la botella de agua a los labios y bebí a tragos lentos y constantes hasta que ya no pude tragar ni una gota más. Volví a tapar la botella y empecé a sacudir la cabeza, pero me lo pensé mejor. Después de enjuagar un poco el fuego ácido de mi garganta, hablé:

—No recuerdo nada de eso. En plan... nada en absoluto.

Blayze se rió y me miró de reojo.

—No pensé que lo recordarías. Has estado inconsciente durante unos minutos.

Volví a abrir la botella de agua y esta vez la vacié del todo. Siempre tan servicial, Blayze me dio otra. La bebí más despacio, respirando hondo mientras mi cerebro volvía a encenderse. Estábamos atravesando una autopista prácticamente vacía, con las ventanillas bajadas y la calefacción apagada, a pesar de ser pleno enero.

—¿Dónde estamos?

—Sólo dando vueltas por la ciudad —dijo—. No quería llevarte a casa si no podías andar.

Te habría llevado a la mía, pero no quería que pensaras que hiciste más de lo que querías.

Mis ojos se abren de par en par.

—Espera, ¿qué ha pasado? Lo último que recuerdo es que estábamos... bueno, que casi... —Me interrumpí, palpando mi ropa interior. Seguía en su sitio. También estaba mojada.

Blayze resopló.

—¿Por qué clase de capullo me tomas? Estabas muy borracha, Arlena. Ibas *muy* pedo. Yo también estaba bastante achispado, o no habría llegado tan lejos. No te preocupes, princesa. Cuando no pudiste desabrocharme el cinturón, te senté y te puse el cinturón. No te hizo mucha gracia, pero tampoco estabas en condiciones de ponerte a pelear por ello.

Me invadió un profundo alivio, tan profundo como la decepción que recordaba haber sentido antes. Extendí la mano y se la cogí, apretándosela.

—Gracias —dije, y cada palabra iba en serio.

Blayze se encogió de hombros, pero yo sabía lo importante que era. Habría sido muy fácil para él aprovecharse de mí. Prácticamente se lo había suplicado, y aun así no lo hizo. Le sonreí y le pasé un dedo por la mandíbula.

—Mi caballero de brillante armadura —murmuré.

Sonrió.

—Tu caballero vestido con Gucci de imitación, más bien.

Me reí y él me apretó la mano, con suavidad, tranquilizadoramente. Seguimos conduciendo un poco más, y sólo cuando Blayze estuvo seguro de que podía irme a la cama por mis propios medios, me llevó a casa. Aparcamos fuera, lo bastante lejos de la entrada de mi casa como para pasar desapercibidos, me acercó a él y me giró ligeramente la cabeza para besarme la mejilla. Yo no habría querido besarme de ninguna otra forma. No con el olor a vómito aún permeando el aire y mi lengua.

Llegué a la cama sin despertar a nadie y me desplomé en ella sin ni siquiera quitarme los zapatos. Me sonó el móvil mientras el sueño se apoderaba de mí por el rabillo de los ojos. Luché contra la oscuridad con todas mis fuerzas y entrecerré los ojos.

Buenas noches, dulce princesa. Sólo los sueños más preciosos para la chica más preciosa.

Suspirando feliz, dejé que la ola de oscuridad me arrastrase.

Capítulo

Dos

Blayze

—Quítate las gafas —me dijo el guardia de la puerta—. Ponlas en la cesta y vacía los bolsillos. Brazos hacia fuera y piernas separadas.

Hice lo que había indicado. No era la primera vez que iba al juzgado, y seguro que no sería la última. Al menos, no teniendo a Damon de hermano. No estaba demasiado preocupado; sólo le habían pillado con un par de gramos que entraban dentro de la categoría de «para uso personal». Pero era su segundo aviso, y el ambiente con la policía se había caldeado mucho últimamente.

—Cuidado —grité cuando la porra del guardia se acercó demasiado a aplastar ciertas partes muy importantes del cuerpo.

—Puedes irte —dijo el guardia con brusquedad—. Tus cosas estarán al otro lado.

Pasé por el redundante detector de metales y esperé a que la máquina de rayos X escupiera la bandeja de plástico con mi cartera y mis gafas. El guardia de la máquina ni siquiera me miró. Qué amables. Subí en ascensor hasta la tercera planta, busqué la sala correspondiente y entré. Damon estaba sentado en primera fila, con un policía a cada lado. Me llamó la atención un mechón de pelo rosa y rubio en la última fila. Frunciendo el ceño, fui a sentarme junto a la mujer.

—¿Qué haces aquí? —susurré.

Sam, mi ex, me miró fijamente. Sus grandes ojos azules estaban empañados y su boca estaba apretada en una fina línea.

—¿Qué, no se me permite apoyar a mi amigo?

La miré con desconfianza.

—¿De verdad? ¿Por eso estás aquí? ¿No has venido con la esperanza de acorralarme con otro de tus juegos psicológicos de psicópata?.

Ella resopló y puso los ojos en blanco.

—No fue ningún juego psicológico, imbécil. Fue un aborto espontáneo. Y, por cierto, el mundo no gira a tu alrededor. Me importa Damon. ¿Ves a ese tío? ¿Con el traje de Gucci, pelo canoso y la nariz más larga que un día sin pan?

—¿Sí?

—Le llaman el superfiscal. Tiene fama de encerrar ciudades enteras.

—Claro, como si eso fuera posible.

Me miró exasperada y levantó el teléfono para que viera la pantalla.

—Lo he buscado, idiota. Es brutal. Los camellos no son personas para él, le importan un carajo sus circunstancias. Llevo horas viéndole trabajar. ¿El último juicio? Argumentó que si podría haber sucedido, entonces era probable que hubiese sucedido, y si no sucedió, es sólo cuestión de tiempo que suceda.

Resoplé.

—Apuesto a que eso le fue de perlas.

Me miró fijamente.

—Acusaron al tío de intento de distribución y de contribuir a la delincuencia de un menor.

Parpadeé.

—¿Y?

—¿Y qué? ¡El acusado *era* el menor! Míster Gucci consiguió que un quinceañero fuera acusado como adulto de intento de distribución con nada más que una maldita pipa sucia como prueba. ¡Le han caído cinco años!

Se me encogió el corazón. Sacudí la cabeza.

—Tenía que haber algo más que eso.

Sam apretó los labios y suspiró con fuerza.

—Damon está jodido.

—¡Todos en pie! Se abre la sesión. Preside la juez Foreman.

La juez tenía aspecto cansado y cabreado, una combinación nada buena, pero ya nos habíamos visto en peores. Miré al fiscal, que parecía respetuosamente engreído. No tengo ni idea de cómo conseguía combinar esas dos cosas, pero así era. La bilis se me revolvió en el estómago y una ansiedad que me mordía las uñas me subió hasta la garganta. De repente, notaba el aire más tenso que cuando entré por primera vez y algo en mis entrañas me decía que aquello no era nada bueno. Todos tomaron asiento, la juez suspiró y miró irritada a Damon.

—¿Cuáles son los cargos, Sr. Drake?

El apellido me pilló desprevenido, pero lo ignoré. Era una gran ciudad. Mucha gente tenía que llamarse igual, aunque esa gente fueran mi novia y el tío que estaba intentando enviar a mi hermano al trullo.

El fiscal Drake dio un paso al frente, con una expresión plantada en la cara aún más petulante que la de antes.

—Posesión de sustancias ilegales con intención de distribuirlas —dijo. Su voz era dura, directa. El tipo de voz que te deja claro que no puedes vacilar a su dueño.

—Sorprendente —dijo la juez Foreman"—. Sr. Arrow, ¿cómo se declara?

Damon se aclaró la garganta y se puso de pie.

—Inocente, su señoría.

—Aún más sorprendente —dijo la juez"—. Sr. Drake, tiene la palabra.

Y vaya si tomó la palabra.

Todos los argumentos del fiscal eran… especulativos, en el mejor de los casos. Pero hizo que sonaran a hechos, como si todos los peligros del mundo descansaran en la palma de la mano de mi hermano. Cuanto más hablaba, más incómodo me revolvía en mi asiento. Y cuando el abogado de oficio de Damon por fin se levantó, sentí como si el tambor de una batería entrara en guerra dentro de mi cabeza.

El abogado de oficio de Damon usó la manga de su gastado traje gris para frotarse la frente con nerviosismo. Cabizbajo, ni siquiera miró a Damon a los ojos mientras hablaba. Mientras que el fiscal parecía una bola enorme de puta confianza, el abogado de oficio de Damon destilaba fracaso. No paraba de tartamudear ni de secarse las gotas de sudor de la frente. Para cuando terminó, era como si no hubiera dicho nada.

La fiscalía presentó las pruebas y fue tal cual Sam dijo que sería.

—Damon, el Sr. Arrow, llevaba cuatro gramos de metanfetaminas de venta callejera. En el momento de su detención, estaba reunido con un conocido consumidor de drogas.

La juez le clavó una mirada penetrante y sentí esperanza por un momento. La esperanza es una emoción de mierda. Sam se mordió el labio con fuerza y clavó las uñas en el banco, a mi lado. Estaba montando un espectáculo para mis ojos, sin duda.

—Cuatro gramos difícilmente indican intención de distribuir nada, Sr. Drake. ¿Cómo

justifica estos cargos?

—Si mira las pruebas que tiene delante, señoría, verá que esos cuatro gramos estaban repartidos en dos bolsitas individuales de dos gramos cada una. Como se ha dicho, estaba en proceso de reunirse con un conocido consumidor de drogas, que casualmente llevaba dinero en efectivo con él, sesenta dólares.

Don Gucci devolvió esa mirada de suficiencia al público y luego dirigió una mirada de asco a Damon antes de continuar.

—Como ya sabrá, señoría, la metanfetamina se vende a unos treinta dólares el gramo en esta zona.

La juez se frotó la barbilla y le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Tiene testigos, Sr. Drake?

—Así es. El oficial que hizo el arresto, Morton, quien está presente, así como la mujer que estaba con Damon en ese momento.

—Llámalos al estrado. Oficial Morton, por favor.

Un policía, que resultaba evidente que era un policía, aunque no llevara el uniforme, se levantó y se dirigió al frente, con su corte de pelo plano y su mandíbula cómicamente ancha, que le hacían parecer una caricatura de sí mismo. Prestó juramento y subió al estrado.

—Su testigo, Sr. Drake.

—Oficial Morton, cuando descubrió al Sr. Arrow, ¿qué estaba haciendo?

—Encontrarse con un personaje turbio y una mujer detrás de un contenedor. Los escuché discutir por dinero. Llevaba una bolsa de metanfetamina en la palma.

Drake extendió las manos.

—Atrapado in fraganti. No hay más preguntas, señoría.

La juez arrugo la nariz y miró al abogado de oficio, que sudaba tan profusamente que las manchas de sus axilas eran lo más destacado de él. Fantástico, joder.

—¿Tiene alguna pregunta para el testigo, Sr. Brown?

—Eh, sí. Sí. Oficial Morton, ¿qué estaba haciendo en ese callejón?

El agente se puso tenso y fulminó al sudoroso hombre con una mirada brutalmente gélida.

—Mi trabajo —dijo en pocas palabras.

—Sí, ¿pero estaba allí para investigar algún delito? ¿Para investigar a mi cliente?

—Estaba patrullando en mi zona habitual —dijo Morton. Su postura estaba más rígida que antes—. Este hombre estaba en el lugar equivocado en el momento adecuado.

—Ya veo, ya veo. —Brown se secó el sudor de la frente, sacudiendo la cabeza—. Por casualidad, no se le habrá olvidado leerle sus derechos al acusado, ¿verdad?.

Morton frunció el ceño. Por un momento, pensé que le arrancarían la carne del cuerpo a Brown con la mirada.

—Por supuesto que se los leí. Y tenía puesta la cámara corporal, por si querías agarrarte al clavo ardiendo de la brutalidad policial a continuación.

Brown se vino abajo. Volvió a limpiarse la frente y murmuró:

—No hay más preguntas.

Drake sonrió con suficiencia a la juez.

—¿Necesitamos siquiera llamar al siguiente testigo, su señoría?

A la juez no pareció gustarle su actitud más que a mí. Resopló con fuerza, lanzó una mirada decepcionada a Brown y asintió.

—Escucharé su versión de los hechos antes de decidir cómo proceder, gracias.

Drake vaciló y suspiró. No sé cómo consiguió suspirar respetuosamente, pero lo hizo.

Debería dedicarse a enseñar ese truco a los niños.

—Muy bien. Srta. Slider, ¿podría subir al estrado, por favor?

El corazón me dio un vuelco y giré la cabeza para mirar a Sam. No quería mirarme. Temblaba de pies a cabeza, con los dedos tan apretados que estaban blancos, mientras se levantaba y avanzaba rígida por el pasillo hacia la tribuna. Tartamudeó durante su juramento, con el rostro mortalmente pálido bajo su pelo rosa chillón. Pero ni de lejos tan pálida como estoy seguro de que se me quedó a mí la mía mientras la veía allí arriba.

—Sra. Slider, gracias por unirse a nosotros. —El tono de Drake era de súbito suave y paternal, nada que ver con el tono que había estado usando todo este tiempo. Me cabreó de cojones. Una manipulación emocional descarada, eso es lo que era. Esperaba que Sam fuera lo bastante lista como para darse cuenta, pero no era muy optimista al respecto. Si Sam tenía una debilidad, era su necesidad de aprobación masculina. Su necesidad de una puta figura paterna. Y Drake estaba tocando todos los botones correctos.

—Me citaron, así que pensé que tenía que venir —dijo temblorosa.

Drake sonrió con suavidad. No era una sonrisa zalamera ni sarcástica y, sorprendentemente, esta vez no tenía ni una pizca de petulancia. Esa rata bastarda sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—Sam, ¿desde cuándo conoces a Damon? —le preguntó.

Tragó saliva varias veces, con los ojos muy abiertos.

—Desde 3º de la ESO. Desde que yo estaba en tercero, no él.

—¿O sea que unos tres años y medio, cuatro años?

—Creo que... sí... por ahí, sí.

—De acuerdo. ¿Y te importaría decirme cómo le conociste?

Se puso un poco tenso, sus ojos se dirigieron a los míos y volvieron a los suyos en un instante.

—Conocí a su hermano primero. Estuvimos medio saliendo durante un tiempo. Su hermano y yo, no Damon y yo.

—¿Tú y el hermano de Damon seguís manteniendo una relación?

¿Cómo es que eso es de su maldita incumbencia? Cíñete al tema, Don Gucci. Pero Sam estaba sacudiendo la cabeza furiosamente.

—No —dijo—. Para nada. Él y yo rompimos hace meses.

—¿Por las drogas? —preguntó Drake en ese tono suave y paternal.

Sam estuvo a punto de darle la razón antes de detenerse, frunciendo el ceño.

—¿Qué? No. ¿Quién rompe por eso? No, no éramos compatibles. A él le gusta ser el centro de atención y a mí también.

Alcé las cejas. ¿De verdad creía que habíamos roto por eso? Pensaba que estaba celoso de su protagonismo. Maldita sea, seguro que también pensaba que le seguía la pista a sus seguidores. Mi ira vaciló, viéndose desenfocada ahora por la confusión. Alejé esos pensamientos y la fulminé con la mirada.

—Entonces, si ya no estás saliendo con su hermano, ¿qué estabas haciendo con Damon en ese callejón? —preguntó Drake con amabilidad.

Sam dudó durante tanto tiempo que se me retorció la barriga. ¿Qué demonios estaban tramando esos dos?

—Sólo estábamos pasando el rato —dijo. Su tono despreocupado no era para nada convincente.

—Ah, ya veo. ¿Así que estabas pasando el rato con él cuando decidió pasear por un callejón

al azar contigo, una persona más joven y vulnerable, y trapichear con drogas a plena luz del día?.

Sam parpadeó.

—¿Qué?

—Está bien, Sam, lo entiendo. Es un chico mayor, un chico malo, con poder y dinero... resulta atractivo, ¿verdad? No querías armar un escándalo y que te viera como un estorbo. Eso no es lo que hacen las novias guays, después de todo.

—Señor Drake —dijo con sequedad la juez, pero su mirada admonitoria se dirigió al señor Brown—. Deje de guiar a la testigo.

—Pido disculpas —dijo Drake. Nadie creyó su puñetera disculpa—. Srta. Slider, ¿podría decirme, con sus propias palabras, qué pasó después de que usted y Damon entraran en el callejón?

Sam se mordió el labio con el ceño fruncido y se encogió de hombros como diciendo: que le den.

—Claro. Fuimos al callejón. Estábamos hablando. Justo cuando pasábamos junto al contenedor, Joe el drogas apareció y empezó a pedirnos cambio. Le dijimos que no teníamos y siguió insistiendo. Damon lo ignoró. Joe dijo que nos recompensaría y le puso las bolsitas en la mano a Damon.

Los hombros de Drake se pusieron ligeramente tensos, pero enseguida se relajó y sonrió.

—¿Y qué pasó después?

Se encogió de hombros.

—Entonces el policía cachas de ahí detuvo a Damon por posesión de drogas. Supongo que escuchó la discusión, como dijo, sólo que no era lo que él pensaba. Os habéis equivocado.

Maldita sea, Sam, ¿no sabes lo que es un juramento? Su oreja derecha tenía un tic casi imperceptiblemente. Es una mentirosa bastante convincente cuando quiere, pero nunca pudo deshacerse de esa señal delatora. Sabía tan bien como yo, tan bien como Drake, que Damon llevaba esas drogas encima antes de poner un pie en el callejón. A Joe el drogas no lo pillarían ni muerto vendiendo metanfetaminas. Se la fumaría toda primero.

Drake volvía a tener esa sonrisa paternal y me moría de ganas de borrársela con el puño.

—Sam, ¿estás segura de que así es cómo pasó?

Ella levantó la cabeza desafiante y con los ojos brillantes.

—¿Me estás llamando mentirosa?

—Por supuesto que no —dijo Drake en tono tranquilizador—. Pero lo entiendo. Es un hombre mayor, un chico malo. Tiene dinero y contactos. ¿Qué chica de tu edad no se encapricharía de alguien como él?.

Sam resopló.

—Perdone, señor abogado, pero ¿qué sabe usted de *las mujeres de* mi edad?.

Se rio entre dientes. Por supuesto que se reía, el malvado hijo de puta. Supongo que arruinar vidas es divertido cuando estás por encima de la ley.

—Créeme, tengo mucha experiencia con chicas, perdón, mujeres, y sus encaprichamientos. Estoy seguro de que mi propia hija protegería a su novio o *crush* tan ferozmente como tú proteges a Damon. Leales hasta la muerte, ¿verdad?

Ja. Te ha salido el tiro por la culata, gilipollas. Sam entrecerró los ojos en su dirección hasta que no eran más que un par de destellos negros entre pestañas kilométricas.

—Ya, vale, he terminado. No más preguntas.

—Me temo que eso no es decisión tuya, Sam.

Soltó una carcajada aguda y cruzó los brazos sobre el pecho, frunciendo los labios y

enarcando una ceja, desafiándole en silencio.

—Sam, ¿tengo que recordarte que juraste decir la verdad, y nada más que la verdad?.

Levantó una ceja. Dio un puntapié, balanceándolo hacia delante y hacia atrás sobre la rodilla contraria, en una muestra de aburrimiento exagerado.

Drake suspiró.

—Muy bien. No hay más preguntas, señoría.

La juez se pasó una mano por el rostro exhausto.

—Sr. Brown, su testigo.

Brown se levantó y miró a Sam con inquietud. Barajó sus papeles, carraspeó dos veces y volvió a sentarse.

—No hay preguntas, señoría.

—¿Puedo irme? —preguntó Sam a la juez con mala leche.

—Sí. Por favor.

Sam se apartó el pelo con agresividad al pasar cerca de Drake y volvió a sentarse a mi lado. Esperé a que nuestras miradas se encontraran y me toqué la oreja derecha. Ella se tapó la suya, cohibida, y la bajó de inmediato al costado.

—A la mierda —dijo entre dientes.

La ignoré porque Drake estaba hablando de nuevo.

—Señoría, como puede ver, el señor Arrow tiene bastante influencia sobre los adolescentes del barrio. Es carismático, seguro de sí mismo y enrollado. Una combinación devastadora en un buen día. Pero que se convierte en una combinación mortal cuando hay drogas de por medio. Sé que le vendía drogas a Joe el drogas. El oficial Morton sabe que le vendía drogas a Joe el drogas. Sam sabe que le vendía drogas a Joe el drogas. La única razón por la que el Sr. Arrow está aquí hoy es porque lo atraparon con las manos en la masa, por segunda vez.

La juez frunció el ceño y miró los papeles que tenía delante.

—¿Se refiere a un caso de menores, señor Drake? Se supone que esos expedientes están sellados.

—Se corre la voz —dijo Drake despreocupadamente—. Es pertinente para este caso porque muestra un patrón. Es arrestado por posesión a los diecisiete años y es arrestado por distribución a los veintiuno. A este ritmo, el Sr. Arrow podría ser personalmente responsable de la sobredosis y, posteriormente, de la muerte de docenas de personas antes de cumplir los treinta, y de la corrupción de cientos de niños inocentes. Tenemos el deber para con la comunidad de detenerle antes de que llegue tan lejos.

La juez suspiró pesadamente y mi corazón se hundió en la planta de mis pies. A la juez no le gustaba, pero no podía discutirlo. Brown sí podría haberlo rebatido, no obstante. Eso si es que valía la mitad del traje barato que llevaba. La juez miró al abogado de oficio y apretó los labios.

—Sr. Brown, ¿por qué no debería pasar esta vista a juicio? ¿Por qué no debería acusar a su cliente y aprobar todos los cargos contra él?

Sí, Brown. ¿Por qué? Por favor. El argumento de Drake es todo conjetura. La evidencia es circunstancial. No soy abogado, pero veo la tele lo suficiente como para reconocer unos argumentos de mierda cuando los oigo. Clavé la mirada en la nuca de Brown, deseando que escuchara mis pensamientos.

Brown se levantó y deslizó una mirada herida en la dirección general de Drake.

—Señoría, sólo eran cuatro gramos. No creo que merezca la pena.

Ella le miró con incredulidad.

—¿Ese es su argumento, Brown? ¿Que meter a un criminal entre rejas sería demasiado

trabajo, que es mejor dejarlo libre? ¿Estás siquiera prestando atención?

—S-s-sí, señoría. Así es. Pero usted sabe bien cómo es esto. Hay gente que pasa por aquí cargado con kilos de droga. Por no hablar de los violadores y asesinos y gente simplemente horrible. Damon es un buen chico. Y maldita sea, sólo eran unos gramos.

La juez se frotó el puente de la nariz con el dorso de la mano. Sentí su frustración, y yo también me sentí frustrado. Sólo había una manera en que esto podría acabar. Me cagaba en Drake, y me cagaba el doble en ese idiota de Brown.

—Bueno, entonces, Sr. Arrow, parece que no tengo más remedio que llevar esto a juicio. No pagó la fianza en su audiencia inicial. ¿Asumo que su situación financiera no ha cambiado?

—Sí, señora. Quiero decir, su señoría.

La voz de Damon se las apañó para llegarme a pesar de la rabia que sentía y tocó un nervio deprimente. Nunca le había oído tan derrotado.

—Muy bien. Mantendré la fianza igual, entonces. Se le informará de la fecha del juicio al final del día. Se levanta la sesión.

Un gran peso cayó sobre mis hombros. Me quedé allí sentado hasta que se llevaron a mi hermano antes de obligarme a procesar lo que acababa de ocurrir. Debería haber salido libre. Era su primer delito como adulto. Debería haber sido un delito menor. Debería haber tenido una vista en el banquillo y haber salido en libertad condicional. Lo había visto suceder una y otra vez. Oyes muchas historias como ésa cuando sales con Eddie y su gente. Apreté los dientes y fulminé con la mirada al imbécil del fiscal.

—Déjalo —dijo Sam, tirando de mi camiseta—. Vamos, tengo que hablar contigo.

La seguí entumecido hasta la salida del juzgado, sintiendo cómo la ira y el asco se agitaban en mi interior como si lo observara desde fuera. En cuanto el débil sol de invierno me dio en la cara, volví en mí y me sorprendió el impulso irrefrenable de clavar el puño en un árbol.

—Mírame —dijo Sam bruscamente—. Ese callejón no forma parte de la ronda habitual de Morton, es un mentiroso de mierda. Nadie vigila ese callejón, nadie. Le habrán dado un soplo.

—¿Y quién? —Le arrancaría la maldita cabeza. Lo juro por Dios que lo haría.

Sam me miró como si fuera estúpido y puso los ojos en blanco. Miró a su alrededor dos veces antes de hablar por fin.

—No te has quedado con el apellido de ese abogado, ¿verdad?.

—Drake —dije automáticamente. Me dejó un mal sabor de boca.

—¿Y bien...?

—¿Y bien qué, Sam?

Soltó un suspiro de fastidio y puso los ojos en blanco.

—¿Y qué? ¿A quién más conocemos que se apellide Drake? ¿Alguien que ha estado pegado a ti como siamese todos los días durante los últimos puñeteros cuatro meses? ¿Alguien que podría haber averiguado fácil, muy fácilmente, los patrones de tu hermano con sólo escucharte hablar con él?.

Negué con la cabeza.

—No lo haría. No es... Mira, ni siquiera sabemos si tiene una hija...

—¿Estabas escuchando siquiera una palabra de lo que decía? Dijo que tiene una hija, Blayze. Justo en el estrado. Compruébalo. —Me puso el teléfono en la cara.

Se lo quité de las manos con cautela, como si fuera a morderme. No es que fuera por mal camino. En la pantalla aparecía Arlena, vestida con algo que habría pagado mi alquiler durante seis meses, sonriéndome desde debajo del brazo del fiscal Drake. El marco digital que rodeaba la foto decía, en una letra rosa chispeante y garabateada, que era la princesa de papá.

La sangre me corrió por los oídos y vi rojo.
—Esa puta zorra.

Capítulo

Tres

Arlena

No había tenido noticias de Blayze en todo el fin de semana, pero tampoco esperaba tenerlas. Ya me había dicho que estaría ocupado el viernes y supuse que, al igual que yo, estaba inmerso en el caos de los preparativos para la vuelta al cole. Las vacaciones de invierno siempre habían sido las más importantes en ese sentido: no sólo se me habían acabado todos los materiales, sino que toda mi ropa del año anterior había pasado de moda. Había estado tan distraída con él que ni siquiera había planeado cómo manejar esa parte. De no ser por mi madre, estaría a punto de volver al colegio sin el material necesario ni la tela necesaria para cubrirme el cuerpo.

—¡Oh, mira este! —Mi madre sacó un jersey azul empolvado del perchero y me lo tendió —. Es precioso, ¿verdad?

—Demasiado precioso —suspiré. Recorrí con la mirada los enormes almacenes y ojeé las etiquetas de los precios. No pillarías ni muerto a nadie de Burnaby High comprando aquí, a nadie excepto yo—. Vamos a Box Mart.

Los ojos de mi madre se abrieron de par en par como si la hubiera abofeteado con la palma abierta.

—¿Box Mart? ¿Estás loca? Todo lo que puedes conseguir allí son... —Se estremeció delicadamente—-. Mezclas de poliéster.

—También hay algodón —argumenté débilmente.

—Pero no cachemira —resopló mamá—. Toca esto, cariño. Pápalo, vamos. ¿No es la cosa más suave que has tocado en tu vida?

Pasé los dedos por la tela y sentí el tirón del deseo antes de apartarla a regañadientes.

—No puedo llevar esto al colegio, mamá, ya lo sabes. A duras penas he conseguido que me respeten. Si entro con esto puesto, será como pintarme una diana en la espalda.

Me miró con el ceño fruncido y me tocó la mejilla.

—Esto es como lo del BMW otra vez, ¿no? —Suspiró—. Cariño, tienes que dejar de vivir de acuerdo a las peores expectativas de la gente. Puedes permitirte vestir bien, ¿por qué no lo haces?.

—Porque nadie más puede —exploté, frustrada.

La verdadera razón era que no quería eclipsar a Blayze. No es que fuera a eclipsarlo tampoco. Él tenía un estilo punk de tienda de segunda mano que me encantaba. No podía colgarme de su brazo forrado en cuero vistiendo de cachemira a menos que estuviera dispuesta a terminar el curso con un catsuit negro y una coral por toda la escuela. Sacudí la cabeza. Había visto demasiados musicales durante las vacaciones de invierno. Apuesto a que nadie más lo había hecho. Dios, estaba tan perdida.

—Olvídalo —le dije—. Tengo suficiente ropa para el resto del año.

Esta vez mamá palideció de verdad.

—Estás de broma.

Sacudí la cabeza y me volví hacia la puerta. Lloriqueó ante el jersey de cachemira durante un segundo, lo volvió a dejar en el perchero y se echó a correr detrás de mí.

—Vale, vale, tú ganas. Iremos a... —Hizo una mueca—. -Box Mart.

—Gracias —dije, aliviada—. Eres la mejor madre del mundo.

Sacudió la cabeza y me miró dubitativa. Al final, conseguí el vestuario que necesitaba. Mono, pero discreto. Buenos colores en mezclas de algodón y poliéster. Lo bastante elegante como para contrastar con la estética de Blayze, pero no tan repipi como para que la gente se preguntara si había perdido una apuesta.

Estuve despierta hasta muy tarde el domingo por la noche intentando decidir qué ponerme al día siguiente. Me pusiera lo que me pusiera, quería dejar a Blayze sin aliento, pero no quería destacar demasiado por los pasillos entre clase y clase. Fue un enigma que consumió mis pensamientos mucho más de lo debido, pero al final me decidí por algo un poco ajustado y escotado en un bonito verde oscuro para resaltar mis ojos. Algo con lo que no me costara mucho esfuerzo estar atractiva y que cumpliera el código de vestimenta del instituto. No es que prestaran atención en serio a ese tipo de cosas. Había chicas que llevaban faldas que apenas les cubrían sus partes y nunca había visto que llamaran a ninguna de ellas al despacho del director.

Satisfecha con mi atuendo, me metí en la cama, bostezando tan fuerte que se me saltaron las lágrimas. Sin embargo, no me molestaba estar tan cansada. Cuanto antes me durmiera, más rápido pasaría el tiempo y, antes de que me diera cuenta, estaría de nuevo en brazos de Blayze. Dios, qué pillada estaba. Pero a veces una chica no puede evitar sentir lo que siente y querer lo que quiere. Y no había duda de que, cuando se trataba de Blayze, mis sentimientos eran elevados y mis deseos eran *él*.

Justo antes de dormirme, cogí el móvil y abrí el último mensaje que me había enviado.

Buenas noches, dulce princesa. Sólo los sueños más preciosos para la chica más preciosa.

Quería decirle lo emocionada que estaba por verle otra vez, pero no quería parecer necesitada ni pegajosa o lo que fuera. Blayze parecía ser de los que valoran su independencia y su espacio personal. Maldita sea, ni siquiera había estado en su casa. En lugar de exponerme como una blandengue, apreté el teléfono contra el corazón y respiré hondo, imaginándome su olor. Una noche más y volvería a estar en sus brazos.

—¿Estás lista? —preguntó Blayze, con el pelo castaño ondulado cayéndole sobre la frente y los ojos oscuros de deseo. Sus hombros desnudos flotaban borrosamente ante mi vista, y el sudor de su cuerpo brillaba como diamantes. Tenía las manos apretadas contra mi cintura. Los caballos del carrusel giraban a nuestro alrededor y de fondo sonaba una canción vertiginosa y estridente.

No se me ocurrió preguntarme por qué estábamos haciendo esto en una feria. Me eché hacia él cuando me apartó el pelo de la cara y bajó la cabeza, con su boca roja y ardiente a escasos centímetros de la mía. Necesitaba estar lo más cerca posible de él, me abalancé sobre él y lo besé mientras una lujuria burbujeante y etérea recorría mi cuerpo.

—Sí, Blayze —murmuré—. Por favor. Esta vez no estoy borracha.

—Sí que lo estás —murmuró contra mi garganta—. ¿No te acuerdas, Arlena? ¿Arlena? ¿Arlena?

—¿Por qué dices tanto mi nombre?

—¡Arlena! —Su voz subió de tono—. ¡Apaga ya el despertador y levántate para ir al instituto!

Blayze con carrusel y todo estalló como una burbuja, sustituido por la sucia inclinación gris del techo de mi habitación.

—¡Maldita sea!

—¡Arlena! —Mamá gritó desde abajo—. ¿Tengo que subir con agua helada?

—No —grité—. Ya me levanto, ya me levanto.

—¡Llegas tarde!

Gimiendo, comprobé la hora en mi teléfono.

—Todavía no es tarde —le dije—. Tengo tiempo para una ducha.

—¡Que sea rápida!

¿Rápida? Sentía todo el cuerpo como mantequilla derretida. Lo único que quería era volver a ese sueño y quedarme a vivir allí para siempre. Suspirando, cogí mi ropa y fui como en una nube hasta el baño. Blayze. Su nombre me producía escalofríos y me calentaba las entrañas. ¿Dice alguien «entrañas» hoy en día? Porque deberían. Es una buena palabra. *Entrañas, entrañas... Aj, qué pesada soy*.

Pensé en Blayze en la ducha, intentando satisfacer la implacable necesidad que había avivado en mi interior. Era inútil. Claro que podría aliviarme yo misma, pero no sería lo mismo. Al menos supuse que no lo sería. Imaginaba cómo sería si fueran sus manos en vez de las mías, su cuerpo apretado contra mí, dentro de mí...

—¡Arlena! ¡Vas a llegar tarde!

¡Maldita sea! Vale, vuelve a fundir ese pensamiento. Me enjuagué rápidamente y me sequé aún más rápido. No había tiempo para ponerme mona: me daría con el secador rápido y me pondría ese atuendo tan mono, y lista para salir.

—¡Ya voy! —exclamé, dando los pasos de dos en dos.

El desayuno huele a quemado, pero desde hace poco, así era siempre. No solía ser así. El último lugar en el que vivimos tenía buenos electrodomésticos. Maldita sea, tenía todo bueno. Esta casa, sin embargo, era vieja y se caía a pedazos y todavía no entendía muy bien por qué teníamos que quedarnos aquí, pero mamá seguía diciéndome que lo aprovechara al máximo. No estaba segura de cómo. Unos cuantos pósteres y unas lucecitas no podían hacer mucho por un dormitorio diminuto, destartalado y torcido.

—El desayuno —dijo mamá cuando pasé a su lado. Me paso una bolsita de esas marrones y la cogí.

—Gracias, te quiero, eres maravillosa —dije mientras le besaba la mejilla.

Me miró con el ceño fruncido, con la sospecha grabada en cada rincón de su cara.

—Alguien está de buen humor hoy.

Sin duda, era sospechoso. ¿O no lo era? No sabría decirlo. Parecía desconcertada, pero, por otra parte, ahora siempre tenía ese aspecto desde que nos mudamos aquí. Creo que ella también estaba tratando de averiguar todavía qué demonios hacemos aquí.

Le sonrío y me encojo de hombros.

—Parece un buen día para estar viva, eso es todo.

Se rio y me empujó hacia la puerta, recordándome una vez más que llegaba demasiado tarde para ir a paso de tortuga y haciéndome la graciosa. Para cuando puse un pie fuera, estaba en las nubes, respirando el aire fresco y fresco y deleitándome con la expectativa de volver a ver a Blayze. Sin embargo, un destello carmesí en mi entrada me detuvo en seco. Recorrí con la mirada la rosa roja y perfecta que se encontraba a pocos centímetros de mí antes de agacharme a recogerla. Me la acerqué a la nariz y respiré su aroma profundamente, dejándome que me recorriese el corazón como una chispeante felicidad, haciéndolo palpitar. Blayze. Mi tosco caballero. No sólo era increíblemente guapo, sino también romántico.

Dando saltitos bajo la luz del sol, me dirigí a la puerta del garaje. Era una de esas antiguas

que había que abrir manualmente. La tecnología por estos lares iba como con unos cincuenta años de retraso. Lo único de alta tecnología que había en todo el barrio era la cámara del semáforo. Todo lo demás estaba igual que hace diez años o más. Nunca había entendido cómo el dinero afectaba a este tipo de cosas hasta que me mudé aquí. Nunca me había dado cuenta de que no todos los colegios tenían los mismos libros, ni de que no todos los niños de una misma generación tenían el mismo acceso a la tecnología. Venir aquí había sido un choque cultural de los gordos, y sólo el contar con las atenciones de Blayze lo había hecho soportable.

Cuando abrí la puerta del garaje, el BMW me guiñó un ojo. Estaba sucio y me moría de ganas de llevarlo al túnel de lavado, pero dejar que siguiera así me parecía lo más apropiado. Incluso con Blayze a mi lado, no me haría ningún bien presumir del dinero de mi familia en el instituto. No es que ninguno de los chicos fuera a hacerle nada a mi coche, pero era todo lo que conllevaría: si iba al insti en un coche reluciente y cuidado cuando los demás tenían suerte si tenían algo que conducir en absoluto, no le caería muy bien a nadie. Así que por eso dejaba el coche sucio, no quería revivir los sentimientos con los que tuve que lidiar cuando empecé a ir a Burnaby. No es que la gente fuera abiertamente hostil, pero se empeñaban en marginarme de sus círculos sociales. Pensé que tendría que pasar todo mi último año más sola que la una hasta que conocí a Blayze. La gente lo respetaba, y Blayze me había reclamado públicamente como suya. El acoso cesó inmediatamente después de eso. Incluso empecé a hacer más amigos aparte de Blayze.

Enganché la rosa en el retrovisor y lancé la mochila al asiento del copiloto. Después de sacar el coche del garaje, tuve que aparcarlo y volver para cerrar la estúpida puerta del garaje; de lo contrario, el Firebird de papá y el Mercedes de mamá quedarían a merced de los niños del vecindario.

Miré la hora. Quedaban dieciocho minutos para que sonará el primer timbre y sólo tardaba diez minutos en coche en llegar hasta el instituto. Teniendo tiempo de sobra, me emocionó la perspectiva de que podría robarle un beso a Blayze antes de entrar en clase. Conduje un poco más rápido de lo que debía, pero no pude evitarlo. Maldita sea, tenía muchas ganas de verle.

Cuando entré en el aparcamiento del colegio, no podía pensar en nada más que en ver a Blayze. Por eso tardé un minuto en darme cuenta de la intensidad con la que todos me miraban. No había tenido tantos ojos puestos en mí y en mi coche desde la primera vez que entré en el instituto Burnaby. La sangre se me subió a las mejillas al pensar en el motivo de su inquebrantable interés. Sin duda, los rumores sobre Blayze y yo en la fiesta se habían corrido la voz. No me avergonzaba ni nada por el estilo. Por supuesto que no. De hecho, en cuanto encontrara a Blayze, era probable que tuvieran algo más de lo que hablar, porque Dios sabe que no había nada que deseara más que apretujarlo entre mis brazos y besarlo hasta el olvido. Me eché el pelo hacia atrás, quizá con demasiada arrogancia. Había un Kia destartalado a un lado de mí y un Ford oxidado de dos tonos al otro, cada uno de ellos más viejo que yo. Todavía me daba un poco de vergüenza aparcar aquí, pero era mejor ignorarlo.

Cuando salí del coche, era difícil no darse cuenta de que la gente seguía mirándome. Les sonreí y saludé ligeramente con la mano.

—¡Buenos días!

Sin respuesta. Vale, genial, no son buenos días, parece ser. Recogí mis cosas y me enrosqué la rosa en la goma del pelo. Mientras cerraba el coche, no dejé de buscar a Blayze con la mirada. Había una extraña sensación en el ambiente que no podía identificar, pero intenté no prestarle mucha atención. Todo el mundo tenía días malos. Tal vez toda el insti estaba sincronizando los suyos. Además, era el primer día de vuelta al cole, la mitad de ellos probablemente tenían resaca

y la otra mitad echaba de menos sus camas. Me encogí de hombros y eché a andar.

Una canción de amor resonaba en mi cabeza y me puse a tararearla por lo bajo. Lo más seguro era que me estaba enamorando de él. Vale, no, definitivamente me había enamorado de él, pero al menos tenía que intentar mantener la cabeza fría. No podía imaginarme contándoles a mis futuros nietos cómo conocí a su abuelo fumando un cigarrillo bajo las gradas y me enamoré de él en el asiento trasero de su coche después de ponerme super pedo en una fiesta ilegal. Aunque la nuestra no era precisamente una historia de amor para contar a los niños, se me puso la piel de gallina. El recuerdo me hizo sonreír mientras entraba en el instituto y atravesaba el edificio. Sonreí aún más cuando me encontré con algunas de las caras de las personas con las que me había hecho migas antes de las vacaciones. Pero al igual que todos los cascarrabias de fuera, parecía que aquí tampoco nadie estaba de buen humor.

Cuanto más me adentraba en el edificio, más extraño me parecía todo. Mi sonrisa se desvanecía cada vez un poco más mientras intentaba convencerme de que todos los cuchicheos que se oían no tenían absolutamente nada que ver conmigo. La gente cuchicheaba todos los días, ¿no? No había razón para ponerse paranoica.

—Es ella, ¿verdad? ¡Esa zorra!

Se me aceleró el corazón. Tratando de calmarlo, me recordé que era imposible que estuvieran hablando de mí. Blayze se había asegurado de que yo estuviera protegida aquí. A salvo. Cómoda. Según sus propias palabras: «si te metes con Arlena, te metes conmigo». Y nadie quería meterse con él.

Intenté aferrarme a ese pensamiento, pero cuanto más caminaba, más trataba de escaparse. ¿Sabes esa sensación de quietud que notas a veces cuando algo malo está a punto de suceder? Como si hubiese un amplio espacio abierto en el interior, despejado, tranquilo y a la espera. Esa misma sensación me embargaba ahora mismo porque los susurros seguían propagándose y ya no había duda de que cuchicheaban sobre mí. Y aunque fuera a fingir que no era así, no había forma de engañarme a mí misma para creer que no me estaban señalando con el dedo. Que no me sonreían como tiburones y me atravesaban con el veneno de sus ojos. Me estremecí, sintiendo el escalofrío de algo malo cubriéndome la piel.

Blayze, ¿dónde diablos estás?

Llegué hasta mi taquilla. No sabía por qué me sentía como si acabara de correr desnuda por un safari lleno de leones hambrientos, pero estaba sudando y tenía los pelos de la nuca de punta. Estaban justo detrás de mí, no sólo un grupo de estudiantes, sino toda una multitud. Jugueteé con la cerradura y me equivoqué dos veces de combinación antes de poder abrirla de una puta vez de un tirón. O al menos lo intenté, pero me detuve cuando algo se me pegó a los dedos. Lo mismo que estaba atascando el pestillo.

—¡Qué asco! —Eché la mano hacia atrás, observando el chicle recién masticado que me cubría los dedos. Intentando no ponerme gagá, arranqué un trozo de papel de mi carpeta y raspé el chicle con él.

Las risas resonaron por el pasillo, un grupo de hienas cacareando como si hubieran descubierto la broma del siglo. Lo habían estado esperando, pero ¿desde cuándo? ¿Desde el principio del recreo? ¿Desde la mitad? ¿Desde esta mañana? ¿Y qué demonios había cambiado? Empezaba a sentir que ya no era bienvenida aquí, lo mismo que sentí cuando puse un pie por primera vez en esta maldito instituto.

—Y la chica de los marrones se mete en otro marrón. —La voz de Remie era fría y dura, nada que ver con la tímida amabilidad con la que me había hablado la última vez que la vi.

—Alguien ha pegado chicle en mi taquilla.

Había acabado con el chicle de los dedos, pero seguía sin poder abrir la taquilla. Volví a usar el papel, haciendo muecas todo el rato, y por la gracia de Dios, conseguí abrir la puerta. Pero me arrepentí de inmediato. Una espesa sustancia viscosa se deslizó por la parte delantera y cayó sobre mis zapatos.

—Bueno, por lo menos también te enjabonaron la taquilla —se burló Remie—. Para que te limpies ese culo sucio.

Vale, eso ha dolido. La miré y vi que su cara era una máscara de desdén. Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensarlas mejor.

—¿A ti qué coño te pasa, Remie?

Cerró de golpe su taquilla y me miró con desprecio mientras yo cogía mi libro, sacudía el jabón líquido del borde inferior y cerraba la puerta de una patada. Cuando volví a mirar a Remie, pude ver la tensión en su cuello y el destello de algo maligno en sus ojos. No hizo falta que cerrara la mano en un puño para darme cuenta de que estaba a punto de pegarme. Tan rápido como pude, levanté el libro entre nosotras a modo de escudo y di un paso atrás. La mirada asesina de Remie se transformó en una mueca.

—Sí, será mejor que corras, zorra —siseó, echándose el pelo por encima del hombro mientras se alejaba de mí con pasos llenos de orgullo y moviendo el culo como si acabara de ganar algo. No sabía exactamente qué demonios creía que había ganado. Y lo que es más importante, no sabía qué estaba perdiendo yo, excepto la cabeza.

Cuando sonó el timbre, aún no había encontrado a Blayze. Me convencí de que eso estaba bien. Que agacharía la cabeza, me haría lo más pequeñita posible y ya lo localizaría durante el cambio de clase. Por más inteligente que fuera, Blayze no era precisamente el estudiante del año. Y con amigos como Eddie, era muy probable que la noche anterior se hubiera ahogado en una botella de ron y ahora tuviese una resaca de mil demonios. Seguro que se había quedado dormido. Y también había altas probabilidades de que se saltara las clases. Eso sería una mierda. Una mierda de las grandes. Prueba de ello no sólo fueron los cuchicheos y el incidente de la taquilla, sino también la forma en que salieron volando mis libros y esa alfombra asquerosa se topó con mi cara. El polvo viejo me llenó los pulmones al chocar contra el suelo. Me pitaron los oídos durante un solo segundo, pero deseé que me pitaran durante más tiempo porque, en cuanto pude volver a oír, no escuchaba más que risas burlonas a mi alrededor.

No quería mirarlos, pero no podía evitarlo. A un metro de distancia estaba Charlie, que había empezado a ser más majo conmigo en cuanto Blayze me había reclamado como suya. Ya no era majo. Su risa era tan malvada como sus ojos. Tan malvada como la de todos los ojos que me rodeaban. Intenté no pensar ni pestañear mientras rebuscaba a mi alrededor, cogiendo mis libros entre las manos y desempolvando mi atuendo. Palpándome la cabeza, busqué la rosa, como si importara más que la mierda en la que se estaba convirtiendo mi vida. Un pequeño suspiro resonó en mi pecho cuando vi que la rosa seguía en su sitio. Le faltaban uno o dos pétalos, claro, pero seguía ahí. Céntrate en las cosas buenas. En lo positivo. Sé positiva. Puta positividad.

Y entonces sonó el último timbre. Fantástico. Con mis cosas pegadas al pecho y las lágrimas punzándome los ojos, me apresuré por el pasillo, todavía buscando a Blayze. Él tenía que saber por qué todo el colegio se había puesto de repente en mi contra, y si no lo sabía, les haría la vida imposible a todos encima por meterse conmigo.

Pero, ¿dónde demonios estaba?

Puede que estuviera mal acostumbrada por haberme criado en un distrito escolar de clase alta, pero me dejó estupefacta que ni siquiera pudiera estar a salvo de esa gente en clase. Me

quité la tercera bola de saliva del pelo y miré fijamente a quien la había escupido. ¿Corey? Colby. No, no estaba segura. Pero, ¿qué demonios importaba? No tenía por qué conocerle, porque estaba claro que él me conocía a mí. Como todos los demás hoy, parecía saber más de mí que yo.

—Supongo que todos lo habéis leído. Si no, buena suerte con las notas. —El señor Johnson parecía cansado, como siempre. Se apoyó en el escritorio y escudriñó la clase sin entusiasmo, como si ya se hubiera dado por vencido con todos nosotros.

—Bueno, aquí va una simple pregunta para todos vosotros. ¿Edipo estaba maldito?

Danny levantó la mano.

—Eh, ¿claro? La tía esa dijo que se iba a tirar a su madre y matar a su padre, y Edipo lo hizo. No puede haber un ejemplo más claro de estar maldito.

Puse los ojos en blanco. Era cuánto podía hacer para no agitar el barco mientras navegaba en aguas turbias.

Una chica a mi izquierda, Lavender, se rio entre dientes. Conociéndola, no permitiría que el análisis de Danny se quedará así.

—No, imbécil. La vidente sólo les dijo lo que pasaría porque lo vio pasar. No hizo que pasara.

—Sí que lo hizo —dijo el chico de detrás de mí—. Si no les hubiera dicho todo eso, no les habría entrado el pánico y hecho todo esas cosas que llevaron a que el resto de cosas pasaran en primer lugar.

—Colega, ¿te gustaría comprar un sustantivo? —Corey puso los ojos en blanco.

No importaba que tuviera razón, no importaba que supiera lo que estaba tratando de decir, y no importaba que sintiera que yo podía aportar algo a esta conversación. Cabeza gacha y boca cerrada. Igual que la primera semana de clases en este lugar. Estaban al acecho para comerme viva si les daba la oportunidad. Así que no iba a darles la oportunidad. Ni siquiera cuando el debate empezó a calentarse y todos los que me tenían en su radar decidieron que era la oportunidad perfecta para que poner el asunto en marcha. El profesor centrado en quien tomaba la palabra, pasando por alto las piedrecitas de chicle endurecido que me picaban las mejillas. Pasando por alto las patadas que sacudían mi silla hacia delante o la nota que deslizaron en mi mesa y que rezaba: «zorra chivata». Le di la vuelta al papel y vi que el reverso no era más que un espejo del anverso. Yo era muchas cosas, pero no una chivata.

Claro, hubo aquella vez en quinto curso, pero Sadie Walker se lo buscó. Echó pintura por toda la espalda de mi vestido favorito y le dijo a todo el mundo que me había cagado encima, porque está claro que la caca es azul. La delaté en ese entonces. Pero eso fue hace mucho tiempo. Antes de saber que Burnaby High existía. Y lo que es más importante, no era más que una tontería de niños. Esto, sin embargo, era una tontería de adultos. Quiero decir, todos éramos técnicamente adultos y que te empujaran al suelo era mucho más provocador que sentarse en un charco de pintura.

Decidí que, si Blayze no aparecía para el almuerzo, me iría. Tenía un buen récord de asistencia y odiaba echarlo a perder, pero quién demonios sabía lo que me harían para el final del día. No iba a sentarme aquí y esperar a que esta mierda fuese a más.

Sufrí durante tres clases más y tres cambios de clase, esperando aún que Blayze apareciera de la nada. Cuando no sucedió, se me presentaron dos opciones. Dirigirme al mugriento comedor naranja lleno de asquerosas armas que esta gente podía usar contra mí o dirigirme al aparcamiento. Me decidí por lo segundo. Y como no tener ni un puto respiro, tropecé con un grupo de chicas con el ceño fruncido que me esperaban a pocos metros de mi coche. Me detuve

en seco, sin saber qué hacer ni hacia dónde dirigirme. Decir que estaba aterrorizada, absolutamente petrificada, sería decir poco.

—¡Eh, Arlena! ¿Vas a huir? He oído que se te da bien —dijo una de ellas. Tenía unas cejas sorprendidas dibujadas en la cara y unos aros en las orejas más grandes que mi muñeca. Su labios de un morado oscuro compusieron una mueca de desprecio antes de separarse lentamente —. Chivata.

Sacudí la cabeza y, otra vez, mi boca decidió actuar más rápido que mi cerebro.

—Si tienes un problema conmigo, ¿qué tal si me lo dices directamente?

La chica se encogió de hombros y de forma coordinada todo el grupo dio un paso amenazador hacia delante.

—Piérdete, princesita. Nadie te quiere aquí.

La forma en que tergiversó el nombre cariñoso que Blayze tenía para mí me dolió. Por supuesto, ahora no quería irme porque ella me lo dijera. No estaba de humor para obedecer, pero ahora que lo pienso, tampoco estaba de humor para ir en plan kamikaze. Me recordé a mí misma que había sido idea mía marcharme. Ella se había subido al carro. Me las arreglé para pasar entre la multitud sin que me tiraran al suelo, abrí el coche y prácticamente salté dentro antes de arrancar el motor y salir a toda velocidad como si tuviera fuego bajo el guardabarros.

Estaba a mitad de camino antes de que los problemas del futuro inmediato se abalanzaran sobre mí. Mamá trabajaba desde casa hoy, lo que significaba que, si entraba por la puerta tan temprano, iba a saber que algo iba mal. Mi madre no era de las que hacían la vista gorda en los asuntos que me involucraban. Como hija única, yo era la niña de sus ojos, el centro de sus preocupaciones. Si faltaba al insti, necesitaba saber por qué. Si me veía lágrimas en los ojos, no paraba hasta descubrir el motivo. Y si esas lágrimas se convertían en llanto, no iba a dejar a papá fuera de la ecuación. Iba a hacer lo que fuera para arreglar las partes de mí que estaban rotas. No podía lidiar con eso ahora, no hasta que descubriera qué demonios estaba pasando.

Llamé a Blayze. Una vez. Y luego dos veces. Y luego una tercera vez que no fue la vencida en absoluto. Mi medidor de pánico estaba al máximo. Blayze dormía como un tronco, lo sabía. Pero su teléfono era el hacha que podía romper ese tronco en un milisegundo. Además, ya había pasado el mediodía. Con resaca o sin ella, no seguiría durmiendo. Mi mente se dirigió a todo tipo de lugares oscuros. Blayze postrado en una cama de hospital. Blayze tirado en una zanja. Blayze en la cárcel. Dios mío, tanto pensar no ayudaba. Detuve el coche y me senté con la cabeza entre las manos, intentando contener los quejidos y las lágrimas. Después de respirar más hondo de lo habitual, cogí el móvil y le envié un mensaje a Blayze.

¿Podemos hablar? Creo que he cabreado a alguien pero nadie me dice nada.

El barrio en el que estaba aparcada se encontraba tranquilo ahora, pero no lo estaría más tarde. En cuanto terminaran las clases y la gente empezara a volver a casa del trabajo, las peleas y los juegos callejeros llenarían este lugar de sonidos. Tardé mucho en acostumbrarme al caos, pero estaba ahí sentada, deseaba que ese momento llegara. Tal vez el ruido ahogaría los pensamientos que me martilleaban la cabeza y me proporcionaría una especie de paz caótica. En casa, en el lugar que solía ser mi hogar, todo era tranquilo, casi sereno. Claro que había alguien cortando el césped y alguna que otra fiesta de cumpleaños, pero nueve de cada diez veces que salía a la calle sólo oía a los pájaros.

La verdad es que, por mucho que me costara acostumbrarme, me gustaba la vitalidad de este lugar la mayor parte del tiempo. Me gustaba lo animado y lo mucho que la gente vivía en el momento por aquí. Incluso me gustaba la suciedad, y había mucha. Las tiendas de la esquina con la pintura desconchada y los rascacielos a los que les habría venido bien un buen lavado de cara

hace años estaban repletos de gente, y esa gente estaba repleta de historias.

Volví a mirar mi móvil. Y luego otra vez. Y otra vez. Todavía no había ningún mensaje de Blayze.

Blayze, que entró en mi vida como un guerrero, decidido a protegerme de todo lo que la escuela quisiera lanzarme. Era tan diferente de los chicos pijos con los que solía salir. Sus ojos estaban cargados de experiencia y su cuerpo de una fuerza ganada con el esfuerzo. Una fuerza que me vendría muy bien ahora mismo.

Dios, llevaba siglos sentada sin pensar en nada y aún así, ningún mensaje. Volví a llamarle. Y, una vez más, me recibió nada más que el discurso monótono de su buzón de voz diciendo que no está disponible y que puedo dejar un mensaje y... corté la llamada y le envié un mensaje de texto en su lugar.

¿Blayze? ¿Va todo bien?

Sonaba del todo necesitada, pero lo envié de todos modos. Sentir la necesidad de sentirte segura y tranquila en una relación no era lo peor del mundo y no iba a quedarme aquí sentada esperando una respuesta. Tenía el depósito lleno y un par de horas libres, y sentí que darme un paseo en coche era exactamente lo que necesitaba para despejarme. Y eso es lo que hice. Conduje y conduje, y recé para que Blayze llamara o me enviara un mensaje o apareciera de la nada. No fue de mucha ayuda. Ni el conducir ni el rezar.

Capítulo

Cuatro

Blayze

—Venga, tío, que nos estás ahogando la fiesta con tus penas. ¿Qué vas a hacer con ella? —Eddie se dejó caer en el sofá a mi lado, derramando la bebida sobre su bata abierta. Parpadeó ante la mancha húmeda, se la frotó inútilmente y se encogió de hombros—. Además, tío, no puedo seguir faltando a clase para hacerte de niñera. Si no me gradúo este año, no me gradúo.

Me encogí de hombros con desgana.

—No ibas a graduarte de todas todas.

—Y una mierda —dijo Eddie, sonriendo—. Los profesores están hasta el culo de mí, y ya he hecho todo el trabajo. Tengo un 10 de media y un récord de asistencia prácticamente perfecto. Bueno, era perfecto antes de las vacaciones. Tengo que agradecerte a ti por eso, gilipollas.

—Tío, cierra el pico. ¿Cómo te sentirías si descubrieras que tu novia mandó a tu hermano al trullo?

Eddie se encogió de hombros.

—Ni lo sé ni me importa. Nunca he tenido un hermano y nunca estoy con la misma chica más de un fin de semana. Demasiados problemas —dijo esto último en un falsete burlón—. ¿Qué somos, Eddie? ¿Adónde va esto, Eddie? ¿Me quieres, Eddie? —Se estremeció convincentemente —. No, no, a vosotros os puede ir esa mierda, pero yo soy libre como el viento, tío.

Gemí y me tapé los ojos doloridos con el brazo.

—Eres de mucha ayuda.

—Pues sí —dijo Eddie con arrogancia—. Te he suministrado bien de alcohol y te he mantenido alejado de la cárcel todo el fin de semana. Ahora es el momento de empujarte fuera del nido como una mamá pájaro. Vuela, pajarito, vuela.

Levanté la cabeza lo suficiente para mirarle. En respuesta, suspiró y sacudió la cabeza.

—Tío, necesitas un plan o algo. Empezaremos por algo pequeño. ¿Vas a romper con ella?

Dejé caer la cabeza contra el sofá y gemí mientras algo se retorcía enfermizamente en mi corazón. La odiaba, de verdad. Me repetía a mí mismo que la odiaba. Había jodido a mi hermano. Había estado ahí tan guapa, atractiva y vulnerable mientras escuchaba todas mis conversaciones como una maldita espía y le enviaba toda esa información a su puñetero padre. No era más que un precioso topillo.

—Tío, ¿en serio? Te has vuelto un blando. Un puto blandengue. ¿Qué demonios te pasa? Calzonazos. Es vergonzoso. Creía que eras mejor que eso, B. Debe de hacerlo de muerte para tenerte enganchado de esta manera .

—No sabría decirte —dije rotundamente.

Resopló y me miró con ojos de insecto.

—¿Cómo que no lo sabrías? Te las has tirado, ¿verdad? Tronco, han pasado meses. ¿De verdad vas a quedarte ahí sentado y decirme que no...? —Movió las caderas exageradamente, haciendo una imitación obscena.

Me levanté del sofá, haciendo una mueca cuando mi propio olor corporal me llegó a la cara. Aquellos sudores a ginebra podrían hacer huir a una mofeta.

—Voy a usar tu ducha.

—Coge algo de ropa también, colega, estás hecho polvo.

Los ecos de un posible futuro sonaban en mi cabeza. Yo, durmiendo en el sofá de Eddie hasta la graduación, sufriendo fiestas interminables cada fin de semana. Me gustaban las fiestas tanto como a cualquiera, pero un hombre debe dormir en algún momento. Eddie estaba siempre a tope, llevándolo todo al límite. No podía evitarlo. Juraría que fue vendedor de coches usados en una vida pasada y nunca lo superó. No sólo iba a por cosas ilícitas, iba a por todas en en la vida.

Me metí en la ducha y dejé que el agua caliente me limpiará la porquería de los poros y me lo pensé de verdad. Quedaban cinco meses de instituto. Si quedarme con Eddie era mi única opción, ¿a qué me empujaría al final? No me malinterpretes, era mi mejor amigo... pero ese era el problema. Éramos amigos porque yo le dejaba hacer sus cosas y él me dejaba hacer las mías, y nos dábamos suficiente espacio para poder movernos sin pisarnos.

Cuanto más pensaba en ello, más me cabreaba. Arlena no sólo había arruinado la vida de Damon, también había arruinado la mía. Ya estaba batallando con mi media de bachillerato. Si me quedase a vivir aquí, mis notas caerían en picado. Tendría suerte si conseguía graduarme, y entonces estaría en el mismo barco que Eddie. Bien podría empezar a trapichear ya mismo y abrazar ese estilo de vida.

Ese pensamiento me sacó de mis casillas y me lanzó directo a un pozo de furia. Maldita sea, le juré a Damon y a mí mismo que nunca tomaría ese camino. Jamás. Tenía planes más grandes. Tardarían mucho más en dar sus frutos, pero sería alguien. Ahora todo eso estaba en peligro, todo porque una niña rica decidió jugar conmigo como quien toca un puto violín.

Me sequé y me puse algunas de las prendas más conservadoras de Eddie; apenas se podía decir que las manchitas rosas eran flamencos a menos que miraras muy de cerca. Decidí exponerle el problema directamente a él.

—Damon está completamente jodido —le dije.

—Me lo has dicho un millón de veces este fin de semana —respondión con sequedad.

—Sí, pero el asunto es este: el piso es de Damon. El momento de pagar el alquiler se acerca y no tengo un duro. No estaba precisamente preparado para esto. En un par de semanas, me quedaré sin un sitio donde vivir.

Eddie me miró pensativo y casi pude oír el eco de mis propias reservas vertiéndose sobre su cabeza.

—Eso es un problema —,convino lentamente.

—Sí. Estoy bastante jodido ahora mismo, Eddie. Ni siquiera puedo pensar, estoy muy cabreado. ¿Ves alguna solución que yo no vea?

Se rascó la barbilla.

—¿Sí? Pero habrá condiciones. Como que no puedes ser un aguafiestas todo el puto tiempo. Tienes que pensar qué vas a hacer con la chica. Y no puedes quejarte de las fiestas.

Dejé caer la frente sobre las manos entrelazadas y suspiré.

—Me lo temía.

—Es eso o traficar drogas para mí, colega. Puedo enchufarte, pero todo ese asunto con tu hermano como que atrae demasiada atención sobre ti, y ni siquiera sería una opción hasta que pudieras garantizar que vas a romper con tu chivata. O sea, novia.

—Muy bonito. —Mi voz estaba cargada de sarcasmo—. Pues claro que voy a romper con ella. A partir de ya mismo.

—¿Vas a romper por mensaje? Qué frío, tío.

Negué con la cabeza.

—Y una mierda. Ha jodido a Damon, me ha jodido a mí y me *mintió*. Durante meses. Tuvo meses para confesar y no lo hizo. Me contó todas esas mentiras sobre que su padre es programador informático y su madre es intérprete o algo así, y que los dos trabajan desde casa, así que nunca podría pasarme. —Un dolor de cabeza rojo como el fuego se me apareció detrás de los ojos y me apreté los pulgares contra la nariz—. Ni de puta coña. Puede averiguarlo ella solita. Seguro que ya se ha dado cuenta, no he hablado con ella en todo el puto fin de semana.

Eddie ladeó la cabeza y me miró pensativo.

—Normalmente llamaría a eso ser un cobarde, pero te sienta bien. Una venganza de lo más fría. Sí, me gusta.

Entonces sonó el timbre y frunció el ceño.

—¿Quién cojones…? Tío, son como las tres, ni siquiera me he vestido aún.

—Me suena a que eso es problema tuyo.

—No la tomes conmigo, te advertí que no te enrollaras con tías raras —dijo mientras se dirigía a la puerta—. Eh, hablando del rey de Roma.

Mi corazón dio un salto y entró en combustión. ¿Arlena? ¿Estaba aquí? ¿Por qué? Pero cuando Eddie abrió la puerta, fue Sam quien entró. Le hizo una reverencia como un maldito payaso y ella puso los ojos en blanco. Me clavó una mirada fulminante y se acercó.

—Sabía que estarías aquí. Eres tan predecible.

—¿Qué quieres, Sam?

Su boca se torció en una sonrisita arrogante.

—Felicitarte por tu nueva libertad, por supuesto.

Entorné los ojos hacia ella y luego miré a Eddie con desconfianza. Se encogió de hombros y negó con la cabeza, palmeándose los bolsillos de la bata para mostrarme que ni siquiera llevaba el teléfono encima.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Resopló.

—Cariño, por favor. Vi la expresión en tu cara cuando descubriste quién era en realidad esa zorrita. Puede que me haya tomado la libertad de explicarle la situación a algunos de nuestros conocidos mutuos.

El corazón me latía con fuerza en el pecho. Todo el colegio lo sabía y ahora pasaría el resto del curso, el resto de mi vida, si no conseguía salir del barrio, como Blayze, el pringado. A ella se la comerían viva, por supuesto. La gente quería a Damon casi tanto como a Eddie. Éramos el trío indomable, los dioses del patio del colegio. ¿Y qué?, se lo merecía.

—Dios, no soporto ver esa expresión en tu cara —dijo Sam, sonando disgustada.

Joder, ni siquiera me di cuenta de lo cerca que estaba de mí hasta que sus labios se presionaron contra los míos. Sam me besó antes de que pudiera siquiera analizar que iba a hacerlo. Su boca y aroma familiares me reconfortaron, incluso cuando la parte cuerda de mi cerebro me gritó que era la peor idea de la historia de las malas ideas. Le ordené que se callara y le devolví el beso, abrazándola lo bastante fuerte como para presionar la herida abierta en mi corazón.

Se apartó con un grito ahogado y una risita, y me revolvió el pelo.

—Cariño, ¿me has echado de menos?.

—Ni siquiera por un segundo —dije. Estaba siendo totalmente sincero, pero ella no se lo tomó así. Sonrió y volvió a besarme. Un letrero de «peligro, peligro» pasó por mi cabeza y las campanas de alarma recorrieron mi espina dorsal. No conseguí que me importara. El resto del mundo parecía decidido a destruirme. Si no puedes con ellos, únete a ellos, ¿no?

Al inclinar la balanza de mi propia destrucción, Eddie chilló. Con amigos como estos... el resto de ese pensamiento se perdió bajo una avalancha de besos pegajosos con aroma a fresa.

Capítulo

Cinco

Arlena

—Vale, respira —le hablé a mi propio reflejo con más energía de la que sentía—. Fuera lo que fuera, ya se les habrá pasado. Blayze estará hoy en en el insti. Todo irá bien. ¡Vamos!

Mi reflejo parpadeó dubitativo. Sí, esto no iba a funcionar. No había discurso en el mundo que me animara lo bastante como para entrar en la boca del lobo con la cabeza bien alta. Me vestí y me refugié en la sudadera con la capucha más grandeque tenía, como si eso me fuera a ayudar a pasar desapercibida. Pero merecía la pena el esfuerzo. Y, dado que no estaba precisamente de humor para arreglarme, el estar cómoda tendría que bastar.

Salí de casa antes de que mamá tuviera la oportunidad de atosigarme con sonrisas y el desayuno recién hecho. Los nervios que sentía en el estómago me decían que hoy la comida no sería mi mejor amiga. Y las sonrisas y las conversaciones triviales... no me apetecían ninguna de las dos cosas.

Evitar a mamá resultó ser fácil. Intenté contarlo como una victoria, salí por la puerta principal hacia la cegadora luz del sol. Si antes tenía el corazón en la garganta, ahora lo tenía en la boca. En el último escalón había otra rosa. Estaba muerta, era marrón y se enroscaba grotescamente sobre sí misma. Se me retorció el estómago y toda la comida que no había ingerido intentaba empujarme la bilis a la garganta. En lugar de agacharme a recogerla como había hecho con la rosa anterior, la arrojé de una patada a los arbustos y salí corriendo hacia el garaje, con lágrimas calientes punzándome en las comisuras de los ojos.

¿El amor ha muerto? ¿Ese es el mensaje, Blayze? ¿Qué cojones te he hecho?

Me mantuve con la capucha levantada y la cabeza hacia atrás todo el camino hasta el colegio. Mi coche sobresalía como una linterna en la oscuridad, pero al menos no tendría que ver sus caras burlonas antes de llegar al edificio. Me detuve en el aparcamiento más alejado de la escuela. Quería entrar en cuanto se abrieran las puertas, sentarme al fondo de clase y ser lo más invisible posible durante todo el día.

Pero no me veía capaz de abandonar la seguridad del coche. Los autobuses se detuvieron y desataron un mar de rostros feroces sobre el asfalto. El aparcamiento se llenó, despacio al principioy luego más deprisa, a medida que el reloj se acercaba a la primera campanada. En la radio sonaba una canción tras otra y yo seguía sin moverme. No podía enfrentarme a ellos, todavía no. Sabía que en algún momento tendría que entrar. Pero no ahora mismo.

—Siempre puedo abandonar los estudios —murmuré—. A la mierda, ¿quién necesita tener estudios de todos modos, ¿verdad?

Cada hueso de mi cuerpo se estremeció y rechiné los dientes. El aparcamiento se vació segundos antes del timbre. Me había escondido bastante bien. Nadie había mirado en mi dirección. *Bien,* pensé. *Sigamos así.* Dejé el motor en marcha para calentarme y canté distraídamente con la radio. *Puede que hoy no vaya a primera hora. Quizá tampoco vaya a la segunda. A la mierda, quizá me tome todo el día libre. Está claro que no me echarán de menos*.

Discutí conmigo misma durante toda la primera hora, pero mi no corazón no se dejaba convencer. Sabía que no entraría en ese edificio a menos que fuera absolutamente necesario.

Estaba a punto de ceder ante el miedo y alejarme cuando lo vi.

Blayze.

El corazón me dio un vuelco y se me hizo un nudo en la garganta. Los dedos sudorosos se me resbalaron al introducir la llave en el contacto y tropecé un momento antes de apagar por fin el coche.

—¡Blayze! —grité su nombre a través del aparcamiento mientras cerraba la a mis espaldas, corriendo tras él. Todos los pensamientos de permanecer oculta desaparecieron, reemplazados por el único objetivo de conseguir que hablara conmigo—. ¡Blayze!

Le vi dudar mientras se le tensaba la columna, pero siguió poniendo un pie delante del otro. Maldije en voz baja y corrí más rápido. Se alejaba de mí lo más deprisa que podía, en dirección al instituto, con sus largas piernas avanzando casi tan rápido como yo a toda velocidad. Finalmente lo alcancé justo delante de la puerta principal y lo agarré de la chaqueta. Se giró bruscamente, con los ojos llenos de un fuego furioso, y me agarró la muñeca con fuerza.

—Blayze. —Las lágrimas me brotando de los ojos—. Blayze, me estás haciendo daño—.

Soltó una carcajada fría y peligrosa y apretó más fuerte. Dos segundos y medio después, me había hecho girar y me había inmovilizado contra la áspera pared de ladrillo mientras me hincaba los dientes en la cara. Parpadeé y apenas reconocí al hombre que tenía delante. Todo en mí gritaba que estaba en peligro, pero no tenía ningún sentido. Éste era Blayze, mi héroe, mi protector.

—¿Que te hago daño? Te hago daño, eh. Dime, ¿qué se siente? ¿Como si te arrancaran el corazón y lo hicieran pedazos delante de ti, tal vez? —Se rio sin una pizca de humor—. No, sólo un pequeño pellizco. —Volvió a apretar, sus ojos verdes brillaban peligrosamente. Dejé de respirar. Por un segundo pensé que me iba a romper el brazo.

—Blayze, para.

—¿Parar? Claro que pararé. —Su voz bajó hasta convertirse en un gruñido amenazador—. Pero será mejor que te vayas a tomar por culo y que mi nombre no vuelva a salir de tu puta boca. Y el de Eddie tampoco. De hecho, mejor no vuelvas a hablar. Creo que ya has dicho bastante.

Me soltó el brazo, pero no se movió, clavándome contra la pared con su mirada despiadada. La puerta se abrió a nuestro lado y de repente me di cuenta de que había un mar de caras presionadas contra la ventana del ala de enfrente.

Caras conocidas.

Se me encogió el corazón.

Capítulo

Seis

Arlena

—¡Ahí estás, Arlena! Pasé lista hace cinco minutos. Entra dentro, venga. —La señora March, mi profesora de historia, hizo ademán de sonar severa y me miró de frente, pero tenía la atención puesta en Blayze.

Me pregunté cuántas veces había tenido que interrumpir peleas antes de que empezaran en este instituto. Dio un golpecito con el pie, aparentando impaciencia.

Por más que no tuviera ninguna gana de venir a clase hoy, sabía que Blayze no me iba a dejar volver al coche. La Sra. March era mi mejor opción para escapar de su ira. E incluso tenía mis dudas. Todavía no se había movido. Era como una piedra, una furiosa bola de fuego, y la presencia de la profesora no le perturbaba en absoluto.

—Sí, señora. Lo siento —susurré, con los labios temblorosos.

Los temblores me sacudieron de pies a cabeza, pero me abrí paso para alejarme de Blayze y seguí a la señora March de todos modos. Los ojos de Blayze se clavaron en mi nuca hasta que me perdió de vista. Cuando nos acercábamos a la puerta del aula, la señora March me frotó el punto entre los hombros y emitió unos canturreos de consolación.

—Eres una chica lista —,dijo—. Usa ese cerebro también cuando estés fuera del aula, ¿vale?.

Asentí como ida, como si el mundo se hubiera partido por la mitad. Blayze había sido la elección inteligente, maldita sea. No entraba y salía de la cárcel como algunos de los tíos de por aquí, no tenía un millón de novias y se le respetaba. Se le temía, me corregí, frotándome la muñeca dolorida. Ahora entendía por qué. Cualquiera que pudiera pasar del amor a la violencia como quien pulsa un maldito interruptor podía infundir miedo en el corazón más duro. Ojalá mi corazón fuera un poco más duro.

Todos los alumnos volvieron a sus asientos cuando la Sra. March abrió la puerta. Ninguno me miraba. Esperaba que aquello durara, pero no tenía muchas esperanzas puestas en ello. Me había rechazado y humillado públicamente la única persona que los había mantenido alejados de mí todo este tiempo. Bien podría haber sido un cebo en el agua.

—Muy bien, chicos, concentraos —dijo tranquilamente la Sra. March, apartándose el pelo de la cara—. Hablemos de Napoleón.

Ni siquiera fingí prestar atención. Seguía temblando. Sentía cómo los próximos cinco meses se extendían interminablemente frente a mí, llenos de mezquina violencia y abucheos, y eso me drenaba la vida. A los pocos minutos de empezar la clase, ya no podía mantener la vista fija en el frente. Apoyé la cabeza en el pupitre y me rodeé con los brazos a modo de refugio mientras dejaba caer lágrimas silenciosas.

No habían pasado ni diez minutos cuando algo se me clavó en la cabeza. Eché la mano hacia atrás por reflejo y me arrepentí al instante cuando mis uñas se hundieron en el chicle mascado de alguien. Las risitas se extendieron por el aula. Me miraron demasiados ojos como para adivinar de dónde procedía el chicle. Tampoco es que importara. Todos eran animales, esperando hambrientos por su parte, y yo era la comida. Me destrozarían poco a poco y yo no

podría hacer nada para evitarlo.

La clase de Historia fue sólo el principio del reinado del terror, como era de esperar. Para cuando hice mi primer recorrido completo por el pasillo, ya no estaba segura de que hoy pudiera sobrevivir. Los supuestos choques accidentales en el pasillo, los proyectiles en el aula, los susurros de los pequeños grupos que me seguían a una distancia incómodamente cercana. La tensión crecía como una burbuja a mi alrededor. Todos los que se acercaban a mí me miraban, hacían muecas o miraban a través de mí. Esto era mucho más de a lo que me había enfrentado cuando cometí el pecado de ser nueva en el instituto, pero el ambiente era el mismo. Como si le hubieran dado la razón para haber tenido recelos sobre mí, de alguna manera.

Llegó la hora de comer y el infierno continuó. Sólo llevaba cinco minutos en el comedor cuando me lanzaron todo lo que había en el menú y me retiré a la enfermería. La enfermera era una mujer severa de unos sesenta años con el pelo gris y enjuto sujeto con docenas de alfileres. Frunció los labios y me miró enarcando una ceja.

—Me duele la cabeza —dije débilmente—. ¿Puedo acostarme?

—Con que dolor de cabeza, eh. —Sus ojos recorrieron las manchas de comida de mi frente. Cuando su expresión se suavizó, no había duda de que había adivinado mi obvia mentira—. Claro, cariño, puedes esconderte aquí. ¿Has comido?

Sacudí la cabeza con cansancio.

—No creo que pudiera comer nada aunque lo intentara. Sólo quiero descansar un poco, por favor.

Se encogió de hombros y me hizo señas para que entrara en uno de los pequeños espacios divididos, corriendo la cortina para ayudarme a ocultarme mejor del mundo. El ligar estaba oscuro, fresco y vacío. Puede que sólo tuviera dos metros de paz, pero era más de lo que iba a conseguir en cualquier otro sitio, así que lo acepté, me deleité con ello y lo aprecié.

Suspirando, me acerqué la fina manta al pecho y aspiré profundamente. Mi respiración presionó dolorosamente contra la bola de estrés de mi interior, disipando cualquier consuelo que hubiera querido encontrarme. Me pasé todo el almuerzo sin pensar en nada más que en respirar. No sirvió de nada. Cuando sonó el timbre, todo aquel estrés y tensión me atravesaron de nuevo, haciéndome crujir los huesos.

—Muy bien, niña. Vuelve a clase.

Sonreí débilmente a la enfermera y le di las gracias antes de salir al pasillo. En cuanto mis ojos se adaptaron a la diferencia de luz, se me encogió tanto el estómago que creí que iba a vomitar. En el tablón de anuncios del otro lado del pasillo había una foto ampliada de mi cara con la palabra «CHIVATA» garabateada en grandes letras rojas. La gente se reía al verla y se daban codazos. Me subí la capucha antes de que me vieran los buitres y me apresuré a ir a clase con la cabeza gacha. Ya estaba aquí y, en vista de que había muchos días en el futuro esperando a que me los saltara, supuse que aguantaría este hasta el final. Y, a pesar de que me pareció que el día duraba una eternidad y media, conseguí sobrevivir a él.

Por fin en casa, arrastré mi cuerpo exhausto fuera del coche y entré en la seguridad de mi propio garaje. Mis padres estaban trabajando. Si me apresuraba, algo que me parecía imposible en aquel momento, podría lavar la ropa y quitarme el chicle del pelo antes de que volvieran. Suspirando, cerré la puerta del garaje y me dirigí a la puerta principal, decidida a hacerlo. Me aseguraría de estar duchada y lista para fingir antes de que llegaran a casa. Mi padre no era de los que se quedaban tranquilos con este tipo de noticias. Si alguna vez se enteraba de lo que me estaba pasando en el colegio, se enfadaría hasta el punto de echar abajo todo el edificio. Que no era lo que yo quería. Los chicos de este pueblo no eran de los que se doblegaban sólo porque el

padre de alguien pusiera mala cara. En todo caso, si mi padre intentaba tener una «charla» con el director o decirle a un crío que se callara, me metería aún más en la boca del lobo.

Sacudí la cabeza y puse los ojos en blanco al imaginar lo mal que acabaría algo así. Con la mochila colgada al hombro, me dirigí a la puerta principal con mi paso habitual, pero me detuve en cuanto pisé el último escalón.

—Maldita sea, ¿y ahora qué? —Miré a la puerta, donde había un sobre blanco sujeto por una piedra del tamaño de un puño. De una patada aparté la piedra, cogí el sobre y lo abrí con salvajismo. Dentro había un trozo de papel, era una esquina arrancada de una hoja rayada, con una sola palabra.

—Preciosa. —Leí en voz alta, parpadeando mientras intentaba dar sentido al mensaje en conjunción con todo lo demás. Un manantial de esperanza quiso brotar dentro de mí. Quizá Blayze había dejado la nota y las flores. Tal vez la rosa muerta fue un accidente. Tal vez quería disculparse. Tan pronto como esos pensamientos me golpearon, fueron atenuados por la abrumadora realidad de las últimas horas. Que le jodan a Blayze. Que le jodan. ¡QUE LE JODAN!

Llevé la nota arriba y la metí en el cajón de mi escritorio, cerrándolo de golpe como si fuera ella quien me hubiera humillado. Y supongo que, en cierto modo, así era. Durante toda la noche, durante la cena y mientras dormía, esa maldita nota en ese puñetero cajón me rondó por la cabeza.

Capítulo

Siete

Arlena

Al día siguiente, cuando me fui al colegio, la nota aún me quemaba en la mente. Haciendo acopio de toda la fuerza mental que pude reunir, decidí no sacarla del cajón y me esforcé por prepararme y bajar las escaleras a tiempo para cogerle el desayuno a mi madre. Anoche se había quejado de que jugara con la comida en el plato. Yo le había echado la culpa a que me había atiborrado de comida basura antes de cenar. Mi falta de apetito, por supuesto, tenía causas muy distintas. Sin embargo, sabía que, si no quería que mi madre se preocupara, no podía dejar el desayuno sin tocar.

Como de costumbre, el olor a beicon flotaba en el aire.

—Ya te lo he guardado —dijo mamá—, o tienes tiempo de sobra para...

—Me lo comeré de camino. —Alargué una mano para coger la bolsa de papel llena de comida antes de besarle la mejilla—. Gracias, mamá.

Salí por la puerta antes de que pudiera terminar de decirme que igual no estaba en casa cuando yo volviera. Recados, recados y más recados. Podría haberme dado la vuelta para entablar al menos un poco de conversación si no hubieran recorrido automáticamente la entrada con la vista. Había otra rosa, pero ésta estaba más que muerta. Estaba aplastada, con los pétalos esparcidos por todas partes. Me quedé mirando el desastre, con la frustración y la confusión acumulándose en mi pecho hasta que me entraron ganas de gritar. ¿Qué demonios significaba aquello? Lo de la rosa muerta, lo pillaba. Al menos eso creía. El amor estaba muerto, claro, lo pillaba, también lo sentía. Pero esto... me parecía demasiado esfuerzo para una situación que ya había explotado.

—Me alegro de que lo hayas aclarado —gemí, con la voz cargada de sarcasmo.

Seguía pensando que era Blayze, claro que sí. Pero no sabía qué demonios estaba tratando de decirme. Hice una foto de la rosa y tenía toda la intención de enviársela junto a un mensaje acusador, pero decidí no hacerlo en el último segundo. Si la había dejado él, no lo admitiría. Si no lo había hecho, se enfadaría porque lo acusara. ¿Pero había la más mínima posibilidad en este maldito universo de que no fuera él el responsable? Lo dudaba.

Déjalo, me dije con firmeza. *Déjalo estar de una puta vez.*

Y eso hice. Fui al insti, tratando de no pensar en ello. Hice de tripas corazón para soportar el tormento en que se había convertido mi vida en este lugar. En cuanto a Blayze, ni siquiera me molesté en intentar acorralarlo para que hablara conmigo. Cada vez que lo veía estaba rodeado de una avalancha de chicas, todas revoloteando a su alrededor y riéndose. No quería saber quiénes eran. No quería caer en la tentación de hacer apuestas sobre cuál de ellas me sustituiría en la vida de Blayze. No necesitaba más tortura. Blayze, sin embargo, estaba decidido a restregarme por la cara a cada una de ellas. Diría que no podría culparlo si supiera cuál era su maldito problema. Tal como estaban las cosas, estaba más confundida y perdida que un pulpo en un garaje.

La clase avanzaba y tenía que admitir que estaba mejorando un poco a la hora de esquivar el acoso. Aparte de unos cuantos escupitajos en la cara y unas cuantas patadas a la moral, conseguí

sobrevivir al día, escabulléndome en la enfermería para comer y metiéndome en el armario del conserje cuando los pasillos se llenaban demasiado rápido.

Cuando llegué a casa, había otro sobre en mi porche. Después del mensaje de esta mañana, estuve a punto de dejarlo allí. Pero algo, el miedo a que lo encontrara alguno de mis padres o mi estúpida curiosidad, me hizo cogerlo con las manos. Conteniendo la respiración, lo abrí.

—Princesa. —Leí.

El corazón me dio un salto aunque no debería haberlo hecho. Pero era Blayze, tenía que serlo. Preciosa princesa. Una nota de amor, palabra por palabra. Tal vez fuera una ilusión, provocada por la parte de mí que deseaba desesperadamente que esto no fuera más que una puta pesadilla. O una estúpida broma que acabaría en el gesto más grande y bonito conocido por el hombre. Algo parecido a esas propuestas de matrimonio en las que la chica se queda en shock antes de que su novio le de un reluciente anillo de diamantes. No es que quisiera que me propusieran matrimonio. Dieciocho años no era edad para casarse. Pero esperar lo mejor, incluso en una pesadilla, era mejor que tratar de encontrar lo malo en algo que en realidad no me lo parecía tanto en ese momento. Maldita sea, había tenido un día y una semana de mierda, ¿quién podía culparme por albergar un poco de optimismo estúpido? En algún lugar de las profundidades de mi necesidad por algo de felicidad, sentí que Blayze me estaba instando a ser paciente y esperar la recompensa. Puedo hacerlo, pensé. Tal vez haya una luz resplandeciente al final de este túnel, sólo tengo que conseguir atravesarlo.

Apretando el sobre contra mi pecho, subí las escaleras hasta llegar a mi cama. Esta vez, me permití sacar la otra pieza de su escondite en el cajón. Preciosa princesa. Estaba claro que no me sentía como tal. No con el pelo despeinado y esas ojeras de estrés, rabia y agotamiento. Con los dos papeles pegados al pecho, apoyé la cabeza en la almohada, cerré los ojos e intenté soñar con tiempos mejores.

Capítulo

Ocho

Arlena

En los días siguientes, me dediqué a vivir para esos sobres. Era lo único que me mantenía en pie. Empecé a fijar las palabras sueltas en el tablón de corcho de mi habitación, esperando sin aliento al mensaje completo. Cada día leía y releía la frase, intentando terminarla en mi cabeza.

Preciosa princesa, ¿cómo puedo...?

¿Cómo puedo decirte lo que siento? ¿Cómo puedo hacer que me perdones? ¿Cómo puedo ir acudir a tu rescate cuando estés cubierta de espaguetis? ¿Cómo puedo ser tan gilipollas? ¿Quién sabía adónde me llevarían estos mensajes?

Me colgué de la cama boca abajo, haciendo estallar el chicle que tenía en la boca mientras leía las palabras. Una parte de mí se alegraba del misterio, ya que evitaba que mi mente se obsesionara con un misterio aún mayor: el de por qué Blayze iba de repente a todas partes con su ex novia la golfilla de plástico pegajoso y teñido de rosa. No les había visto besarse ni nada parecido, pero la avalancha de chicas se había reducido, dejando solo a Sam y a un par de sus amigas. Había una parte de mi cerebro, quizá la lógica, que gritaba: «que le den a Blayze». Tenía razón, por supuesto. Cualquier chico que me tratara así, que viera cómo sus amigos se burlaban de mí, no merecía que le dedicara mi tiempo. El problema era que la parte lógica era sólo una parte. Una muy pequeña. Todos los sentimientos que había invocado en mí, todas las veces que me había abrazado y prometido cosas que los chicos de su edad no deberían ser capaces de prometer; todas las veces que me sentí segura, querida y preparada para enfrentarme a la vida, sólo porque él estaba a mi lado; y todas las conversaciones profundas que mantuvimos y los besos que hacían que me entraran cosquillas de la cabeza a los pies estaban apretándome el corazón como una mordaza... Ese tipo de cosas hacían que fuera imposible olvidar o hacer a un lado la idea de que lo que teníamos era especial.

¿Cómo puedo deshacerme de estas chicas y volver contigo sin quedar mal? Sí, sin duda, por ahí van los tiros con la nota, decidí con la cabeza ligera. Me incorporé lo bastante rápido como para que la habitación diera vueltas y me caí sobre la cama. La sensación me trajo de vuelta a la fiesta de Eddie, a ese momento de alta tensión en el coche. Habíamos estado tan cerca. Si hubiéramos llegado hasta el final, ¿habría pasado esto?

Me asaltó un pensamiento horrible y me levanté de la cama de un salto.

—Todo esto empezó el lunes después de la fiesta. —Recordé en voz alta—. El lunes después de que le dejara con las ganas delante de sus amigos. —Me mordí el labio, analizando una y otra vez todo lo que sabía sobre los hombres en general y sobre Blayze en particular.

En mi último instituto, los chicos podían ser muy crueles si pensaban que les estabas dejando a medias o que eras una calientabraguetas. Incluso si la chica afirmaba rotundamente que no estaba interesada y nunca daba ninguna indicación de lo contrario, esos capullos que se creían con derecho a todo le hacían la vida imposible si creían que podían salirse con la suya.

Blayze siempre había sido paciente conmigo. Nos besábamos y las cosas subían tanto de temperatura que estaba a segundos de arrancarnos la ropa, pero Blayze... Blayze siempre me preguntaba si estaba segura. Si estaba lista. Y aunque en el calor del momento siempre pensaba

que lo estaba, Blayze me recordaba que perder la virginidad bajo las gradas, en los asientos traseros del coche o en lo más hondo de un callejón de mala muerte no estaba bien. No para mí. No para su princesita.

Me pasé las manos por el pelo, sintiéndome frustrada conmigo misma. No sólo por enamorarme de Blayze tan fuerte y tan rápido como lo había hecho, sino por tratar de defenderlo incluso ahora. Que alguien hiciera algo bueno en el pasado no significa que debas excusar su estupidez presente y futura. ¿Y qué si me había visto encandilada por su heroísmo, su atractivo sexual y la forma en que podía hacer que la gente saltara de cabeza a su voluntad con nada más que una palabra y una mirada? La novedad de él me había nublado la cabeza, me había hecho creer que era todo lo que quería en un hombre.

—Pero, ¿y si no lo es? ¿Y si no es mejor que los imbéciles de mi anterior insti? —susurré las palabras, sintiendo el peso de todas y cada una de ellas—. ¿Y si esto es la venganza de Blayze por no haber conseguido meterla en caliente? ¿Y si está destrozando mi reputación porque le avergoncé y le dejé con las ganas?.

Me volví loca imaginándome preguntas y escenarios durante toda la noche. Cuando por la mañana no me encontré ninguna flor, lo tomé como una confirmación. Me estaba castigando por no haberme acostado con él en la fiesta.

El tiempo pasó volando y pronto me encontraba al volante del coche y me dirigí hacia el instituto. No tenía intención de hacer ostentación con el BMW y me atreví a aparcar un poco más cerca del extremo más alejado del aparcamiento. Tuve la sensatez de esperar a que todos los alumnos entraran en el edificio, al menos hasta que sonara el timbre durante unos segundos, antes de salir del coche.

A decir verdad, se me estaba dando bien eso de evitar a la gente. Era una vida solitaria, pero aun así, era mucho mejor que la tortura a la que había estado sometida.

La Sra. March me regañó con una mirada penetrante cuando entré en su clase por un pelo. Todos los demás alumnos tenían la cabeza gacha y el mismo montón de papeles grapados en sus pupitres. Si hubiera prestado atención, habría recordado que hoy era día de exámenes. Pero no importaba. Hacía los deberes y, en general, me concentraba en clase. Aunque no iba a aprobar con un sobresaliente, tampoco estaba abocada al suspenso.

Le pedí disculpas en silencio a la Sra. March y ocupé el único asiento libre que quedaba justo delante de la clase. El examen resultó ser mi salvación. Como todos querían graduarse este año, mantuvieron los ojos pegados a los papeles y el chicle alejado de mi pelo. Al menos por eso me sentía agradecida.

Tenía la mente despejada mientras repasaba las preguntas. Sólo una de las ocho hojas era tipo test. Escudriñé las preguntas, pasando de una página a otra, y el corazón se me calmó un poco cuando mi confianza tomó las riendas. Era pan comido. Igual hasta sacaba un sobresaliente. Supongo que a veces el universo nos concede una victoria cuando más la necesitamos.

Ese fue el pensamiento que me rondaba la cabeza después de entregarle mi examen a la Sra. March y conseguir salir de la clase antes de que nadie hubiera terminado. En cuanto la puerta se cerró tras de mí, el universo prácticamente se rio en mi cara. Al parecer, la única razón por la que necesitaba esta victoria era para poder soportar otra derrota más dura e intolerable.

Justo enfrente del aula había una pequeña zona con dos sillones desgastados, una mesita y una estantería de libros sin tocar. Era como si lo hubieran planeado todo, queriendo asegurarse de que no me perdía ni un instante. Apretada contra los pliegues del sillón, Sam se encontraba sentada en el regazo de Blayze, contoneándose como una stripper en celo. Sentí de inmedianto que algo vil se estrellaba contra mi pecho y giré la cabeza en la dirección opuesta. Puede que me

echara andar dando pisotones como una maldita cría mientras me aguantaba las lágrimas para ir a encerrarme en el baño de chicas.

Tenía quince minutos para matar el tiempo antes de que empezara mi siguiente clase. Cada uno de esos minutos los pasé luchando contra la ira y mandando a la mierda las lágrimas. No iba a llorar por Blayze. Nunca más. Jamás de los jamases. De hecho, él y Sam se merecían el uno al otro.

La puerta del baño crujió al abrirse y subí los pies al asiento, intentando permanecer lo más quieta e invisible posible. Sus voces llenaban el ambiente y, sorprendentemente, no hablaban de mí. Al menos no al principio. No hasta que la palabra «chivata» salió a la palestra. Como todas las otras veces, nadie se explayó, como si aclarar lo que demonios creían que yo había hecho fuera algún tipo de tabú. Me concentré mucho, intentando identificar las voces, pero no lo conseguí. Al echarme un poco hacia delante, vislumbré un cabello castaño normal y corriente que no me ayudó a estrechar la lista.

—De todas todas, Sam y Blayze han vuelto. Así que supongo que al final las cosas se arreglaron —dijo la chica más alejada de la puerta. No se equivocaba. Habían arreglado tanto las cosas que, incluso después de que sonara el timbre, Blayze y Sam seguían recostados en aquel maldito sillón, pegados el uno al otro.

Cuando acabaron las clases y volví a casa, estaba tan enfadada que tropecé con el sobre al subir las escaleras. Sintiéndome desesperada por recibir aprobación, aunque fuera anónima, lo abrí. Una vez más, el corazón se me hundió como una piedra en un pozo.

Daño.

—Daño. Preciosa princesa, ¿cómo es que me haces daño?

Me sentí como si me hubieran dado un puñetazo en las tripas. Esto no era romántico. Era un castigo más. Una carta pasivo-agresiva para decirme cuánto daño le había hecho. Sacudí la cabeza, con lágrimas calientes punzándome los ojos. No tenía ningún puñetero sentido. Aún conservaba el último mensaje que me había enviado. Dulce princesa. Preciosa chica. No parecían las palabras de un hombre despechado con ganas de vengarse. Tenía que haber algo más, algo que se me estaba escapando. Maldita sea, ¿por qué no podía simplemente decírmelo a la cara?

Entré furiosa dentro, tiré el sobre y su contenido en un cajón de mi habitación y me aseé. Estaba a punto, muy a punto, de mandarlo todo a la mierda y abandonar. Podía terminar el curso telemáticamente, que le dieran a la ceremonia de graduación. Incluso podía transferirme a otro insti. No era como si dependiera del sistema de autobuses. Pero la idea de tener que aprender quien manejaba los hilos en otra escuela distinta me llenaba de un temor estremecedor, y la idea de marcharme sin respuestas me dejaba helada. Me rodeé con los brazos y apreté hasta que el temblor cesó.

—No, maldita sea —me dije—. No es justo, joder. Me gusta ese instituto. Me gustan los profesores. Incluso me caen bien algunas de las personas, y joder, Blayze no puede salirse con la suya. Si tan decidido está a arruinarme la vida, que me diga por qué.

Durante los días siguientes, me aferré a esa actitud desafiante como si mi vida dependiera de ello. Sinceramente, probablemente era sí. Las miradas y las burlas perdieron parte de su poder cuando me enfrenté a los rostros ofensivos con la mirada impertérrita. Decidí, de una vez por todas, que esos gilipollas no me destruirían, por mucho que lo intentaran. Funcionó durante uno o dos días.

Al día siguiente de eso me encontré con Blayze besando a Sam de una manera que parecía que le iba a chupar el pintalabios de la cara. Él no me vio, pero ella sí. Me guiñó un ojo por encima de su hombro e hizo un espectáculo de ello, gimiendo en su boca y apretando contra él

sus curvas envueltas en plástico como una serpiente retorciéndose. Giré sobre mis talones y me alejé, aunque mi clase estaba al final del pasillo.

Sam había conseguido sacudirme hasta la médula, deshaciendo todas las defensas que había levantado en las dos últimas semanas.

Sabía que tenían un pasado, pero a Blayze no le gustaba hablar de ello. Lo único que me decía era que habían salido de vez en cuando y que no volvería a cometer ese error. Por supuesto, también me dijo que nunca más tendría que preocuparme de que me acosaran en el insti. *Supongo que eso demuestra cuánto vale su palabra*.

No voy a mentir, me dolía muchísimo. Sobre todo desde que la enfermera se hartó de que pasara el rato en su despacho cada hora de comer y me dijo que me ocupara de mis dolores de cabeza «como una niña grande», lo que significaba que tenía que sentarme en el comedor y ver cómo Sam se reía y flirteaba con Blayze, presumiendo de él como de una especie de trofeo. Él actuaba como si lo disfrutara, pero la sonrisa nunca le llegaba a los ojos. ¿Qué demonios podía haber hecho yo para que él eligiera una desdicha sutil antes que estar conmigo?

CHIVATA. Estaba escrito por cada rincón de mi cara, y mi cara estaba en rincón de la escuela. Rompí una de las fotos tamaño póster y la tiré a la basura. No tenía ningún puto sentido. Había visto muchas cosas, pero no tenía exactamente una plétora de nombres que acompañaran a las caras. Incluso si la hubiera tenido, no se lo habría dicho a nadie. Puede que fuera nueva en el barrio, pero había aprendido lo suficiente como para comprender cómo funcionaba la dinámica. Los soplones acaban con puntos a montones. Yo había estado muy cerca de necesitarlos, pero nadie me decía por qué. Maldita sea, ya nadie me hablaba, aunque no parecían tener problema en tirarme mierda.

Todos los días arrancaba mis fotos de la pared y, para el día siguiente, tres más ocupaban su lugar. Cada día, cuando volvía a casa, había otra nota de una sola palabra en la puerta. Lo que antes era lo mejor del día se había convertido poco a poco en otro tipo de tortura.

Preciosa princesa, ¿cómo puedo hacerte daño? Déjame contar las maneras. Accidente de aviación. BMW con salpicaduras de sangre cerebral. Catastrófico accidente de coche. Arrastrarla por el río, ¡se ha ahogado! De cualquier manera, habrá…

Me senté en la cama y miré la nota con rabia.

—¿De verdad? ¿De verdad es esto necesario, joder? No podías dejarme una sola nota amenazadora, ¿tenías que volverme loca poco a poco? Menudo teatrero estás hecho.

Fruncí el ceño, preguntándome si eso era una pista en sí misma. Quienquiera que estuviese detrás de todo esto tenía un don para el drama. Si era la misma persona que estaba imprimiendo mi foto por todas partes, también tenía acceso a una impresora artística. Había una en el departamento de arte dramático y otra en el del periódico escolar. Eso ampliaba la búsqueda, pero no mucho. El departamento de arte dramático no era precisamente enorme. Podía hacer una lista e ir persona por persona, arrinconar a cada una de ellas y ver a quién cabreaba.

—Y no llegaría a ninguna parte, porque ese instituto está como gobernado por la mafia, y cualquiera con suficiente influencia podría haber conseguido acceso a esas impresoras. —Me volví a tumbar en la cama, abrumada por la impotencia de todo aquello.

No hablarían conmigo. Incluso si lo hicieran, las posibilidades de que mi corazonada fuera correcta eran escasas. Podía ser literalmente cualquiera del insti. Me incorporé de golpe cuando un pensamiento me golpeó como un rayo en el pecho. No. No *podía* ser literalmente cualquiera. Tenía que ser alguien estrechamente relacionado con Blayze. ¿Por qué si no habría cortado por lo sano conmigo de esa manera? A alguien cercano a él se le metió en la cabeza que me chivé de algo. Blayze era una de las personas más protectoras que había conocido: si alguien que le

importaba salía herido por mí, o pensaba que así era, reaccionaría con fuerza.

Sólo había una cosa que podía hacer, y era lo que debería haber hecho desde el principio. Tenía que hablar con Blayze, fuera de la escuela, lejos de sus amigos y de la zorra de su ex novia. Seguía sin saber dónde vivía, pero no importaba. De todas formas, siempre me decía que pasaba más tiempo en casa de Eddie que en la suya.

Con un nuevo plan en mente, le enseñé el dedo corazón a mi tablero de corcho y todos los trozos de papel clavados en él y me fui a dormir. Iba a resolver esta mierda de una forma u otra. Pero era fin de semana y no era tan estúpida como para colarme en una de las fiestas de Eddie, y menos ahora, así que me quedé marinándolo todo hasta el lunes.

Capítulo

Nueve

Arlena

Papá estuvo fuera casi todo el fin de semana. Mamá estaba ocupada mientras intentaba no estarlo. De niña, valoraba el tiempo que pasábamos juntos. Por supuesto, no recuerdo nada de ello. Pero las fotos, como se suele decir, cuentan millones de historias. Y las sonrisas plasmadas en mi cara en aquellos años de mi infancia no podían mentir.

Hay que elogiar a las mujeres que ponen sus carreras en pausa para atender a sus hijos mientras crecen, del mismo modo que hay que elogiar a las madres que salen ahí fuera y ganan pasta para poder comprarles pañales a sus hijos y que tengan las barrigas llenas. Mientras mi padre subía en el escalafón social, mi madre entraba dentro de la primera categoría. Estuvo ahí mientras daba mis primeros pasos y tenía mis primeras caídas. Estuvo presente cuando probé mi primera comida y cuando tuve fiebre por primera vez. Durante un tiempo me pareció que cuanto más crecía, menos la necesitaba. Sin embargo, este fin de semana me di cuenta de que, por muy adulta que me sintiera a veces, aún no había superado del todo lo de necesitar a mi madre. Traté de ser el centro de su atención cada vez que podía, dejándome caer en el sofá para ver repeticiones de Anatomía de Grey mientras intentaba olvidar que el mundo seguía girando en mi contra. Pero cada vez que el móvil de mi madre vibraba, no sólo retiraba su cuerpo, sino también mi sensación de seguridad y comodidad.

Había una parte de mí que deseaba desesperadamente contarle todo lo que estaba pasando. Pero esa parte de mí estaba aterrorizada. Aterrorizada de que se preocupara. Aterrorizada de que quisiera ir al instituto y exigir respuestas, señalar con el dedo a los chicos que me despreciaban e insistir en que le dieran un correctivo a los responsables. Aterrorizada de que intentara involucrar a papá. Y puede que incluso estuviese aterrorizada de que admitir todos mis sentimientos en voz alta me destrozara aún más de lo que ya estaba.

Así que, el fin de semana transcurrió intentando fingir que las cuatro paredes de mi casa eran las únicas que existían. Absorbí todo lo que pude de mamá. Me aferré a toda la normalidad que pude. Cuando llegó el lunes, me resultó más difícil que nunca levantarme de la cama y prepararme para otro día en el infierno. Toda esta mierda llevaba sucediendo casi un mes y no había mejorado nada, pero seguía viva.

Seguí mi rutina habitual, me di una pequeña charla para levantarme el ánimo, recogí mi bolsa con el desayuno, besé a mamá en la mejilla y seguí mi camino. Cuando llegué al insti, unos volantes con mi cara volaban por el aparcamiento. Estaban pegados en todos los coches y tablones de anuncios, metidos en las puertas, apilados en las escaleras y en los baños. Cogí uno para tirarlo y me detuve.

CHIVATA seguía garabateado en él, pero alguien había añadido una diana en mi frente. En el reverso de la pancarta se leía: «LOS SOPLONES ACABAN CON PUNTOS A MONTONES… SI TIENEN SUERTE». Me estremecí, tiré el folleto a la papelera y seguí con mi día con la cabeza gacha. Los ataques se redoblaron, junto con las burlas y los empujones. Quienquiera que imprimiera todas estas cosas sabía muy bien cómo provocar el frenesí entre la multitud. Quise preguntarle a alguien quién era el lobista aficionado, pero nadie se rebajaría tanto

como para hablar conmigo.

Lo peor fue lo de la administración. Incluso con un caso de acoso tan obvio, con pruebas en papel, ninguno de ellos abordó el problema. No hubo anuncios, ni asambleas y ninguno de los profesores mencionó siquiera los folletos. Habían colocado volantes en cada pupitre y escritorio, incluyendo los de ellos. La Sra. March ni siquiera me miró a los ojos.

Nunca me había sentido más odiada ni vulnerable. En casa, siempre había podido confiar en que las figuras de autoridad de mi vida harían cumplir las normas, aunque esas normas incluyeran resquicios para el soborno. No creía que eso fuera lo que estaba ocurriendo en esta escuela. Mis profesores parecían más asustados que avergonzados, como si los hubieran amenazado con violencia en lugar de sobornarlos. Saber que estaba completa y absolutamente sola en un mundo hostil no hacia nada por mejorar mi estado de ánimo.

Estaba a punto de precipitarme y acorralar a Blayze en el aparcamiento, que le dieran a su novia. Pero cuando bajaba las escaleras hacia él, alguien me adelantó la pierna y me dio en la espinilla. Rodé lo suficiente como para no romperme ningún hueso, pero me dolió muchísimo. Las risas burlonas tampoco me sentaron muy bien. Para cuando recogí mis cosas, Blayze ya se había ido.

—Bien —gemí, tratando de no cojear—. A casa de Eddie, pues.

Apenas recordaba cómo llegar a su casa. Sinceramente, toda aquella noche seguía siendo un borrón para mí, pero con algunos giros en falso y un par de vueltas atrás, di con el sitio. Parecía diferente a la luz del día. Si no fuera por la basura y las botellas rotas que había por todas partes, habría parecido la casa de una anciana. Había flores de plástico y flamencos en el patio que no recordaba haber visto antes, pero para ser justos había estado muy distraída por el desenfreno que se desarrollaba a mi alrededor.

El coche de Blayze estaba aparcado fuera, tal y como había sospechado. Me asaltó el temor de que hubiera traído a su novia, pero lo hice a un lado. Ya no podía permitirme preocuparme. Si no llegaba al fondo del asunto, y rápido, acabaría siendo una mancha pegajosa en el asfalto de la escuela.

Un tintineo obsceno resonó por toda la casa cuando pulsé el timbre y puse los ojos en blanco. Nadie contestó, así que llamé a la puerta. Con fuerza. La puerta se abrió de golpe y, antes de que pudiera hacer nada más, alguien tiró de mí hacia dentro por la muñeca y me estrellé contra la pared.

—¿Qué coño haces aquí? —Blayze estaba a milímetros de mis ojos, gruñéndome en la cara —. Tienes una puta suerte increíble de que Eddie no esté aquí ahora. Si supiera que has estado aquí, te... —Blayze se interrumpió, rechinando los dientes.

—¿Qué? ¿Qué me haría? —lo presioné acaloradamente.

Blayze suspiró y su aliento se deslizó por mis labios. El olor de esta casa, la forma en que me tenía inmovilizada con el brazo sobre el pecho y las caderas contra las mías me debilitaban. Qué débil me dejaban, joder. Porque todas las otras veces que me había tenido tan cerca... habían sido buenos momentos. Momentos en los que me sentí la chica más afortunada del mundo.

Sacudió la cabeza con lentitud mientras sus ojos recorrían mi cara de arriba abajo.

—A Eddie no le gustan los lastres. ¿Por qué demonios estás aquí?

—Porque necesito respuestas —dije un poco demasiado alto—. ¿Qué demonios ha pasado, Blayze?

Blayze rechinó los dientes en mi dirección y sus hombros se cargaron de tensión.

—Lárgate a tomar por culo —dijo, pero no esperó a que encontrara la salida. Cerró la mano alrededor de mi brazo y se aseguró de que ya no tuviera ni un solo pie dentro de la casa de Eddie.

Liberé mi brazo de él y giré de espaldas al coche, mirándolo a la cara.

—¡No entiendo cuál es tu puto problema, Blayze!

Me lanzó una mirada de sorpresa y se rio con frialdad.

—Seguro que no, princesa. —La forma en que mi apodo salió de su boca me hizo estremecer. Lo había convertido en algo ácido en un suspiro.

Me metí dentro el coche y casi me da un infarto cuando se deslizó en el asiento de al lado. Bastó que levantara un dedo para que me quedara en silencio. Seguí su mirada y vi cómo los últimos centímetros de la puerta del garaje de Eddie bajaban hasta besar el suelo. Finalmente me miró con hielo en los ojos.

—No me dijiste que tu padre era una puta rata —dijo.

Parpadeé y le miré con los ojos entrecerrados.

—¿Qué?

Alzó la voz hasta un falsete burlón.

—Oh, nos mudamos aquí porque mi madre necesitaba un cambio de aires. Mis padres trabajan desde casa, así que no vas a poder pasarte nunca. No, no sé nada sobre drogas.

Se me revolvió al estómago y el corazón me latió tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo. Pero no sabía cuánto sabía realmente, así que fruncí el ceño y ladeé la cabeza.

—¿Sí, y?

La furia le recorrió la cara y el cuerpo. Se me aceleró el pulso mientras luchaba por controlarse.

—No dijiste ni una puta palabra de que tu padre es abogado. Fiscal. Para el Estado. No me dijiste que trabajaba con la policía para 'limpiar' esta ciudad. Ni una sola palabra.

Tragué saliva y me encogí de hombros, pero no pude mirarle a los ojos.

—¿Qué te hace pensar que es todo eso?

Golpeó el salpicadero con tanta fuerza que grité sin querer.

—¡Deja de mentirme, joder! Sé que tu padre es el superfiscal. Sé que trasladó a tu familia aquí por una gran comisión del alcalde, ¡y sé que es un puto gilipollas!.

Se me tensó la columna y me chasquearon los ojos.

—¿Cómo te atreves?—

—¿Cómo me atrevo? ¿Cómo te atreves tú? Trajiste a ese puto depredador a mi círculo, te chivaste de mi hermano, ¡me has jodida la vida del todo, Arlena! ¿Sabes lo que has hecho? ¿Acaso te importa? Mi reputación está por los suelos, y ese es el menor de mis problemas—.

La furia me encendió los nervios.

—Aunque tuviera algún control sobre los trabajos que acepta mi padre, que no lo tengo, por cierto, ¿es tu reputación la que está por los suelos? ¿En serio? ¿Le has echado un vistazo al instituto últimamente, o estás demasiado ocupado chupándole la cara a esa idiota que ya te la ha jugado un montón de veces? La misma que juraste que nunca volverías a tocar.

Un músculo se le tensó en la mandíbula.

—He visto los carteles.

—¿Y los volantes?

—Y los volantes. Deberías habértelo esperado.

Me quedé boquiabierta.

—¿Perdón?—

Se encogió de hombros exageradamente.

—Si juegas con fuego, te quemas. Mi hermano es muy importante por aquí. Él, yo y Eddie, somos los tres mosqueteros. Todo el mundo *nos conoce*. Todo el mundo nos es leal, un concepto

que supongo que no entiendes. No me sorprende, teniendo en cuenta que naciste con una puta bandeja de oro metida en el culo.

Eso había dolido. Mucho. No por la emoción que había detrás de cada palabra que pronunciaba, sino porque, aunque no estaba cien por cien en lo cierto, tampoco estaba cien por cien equivocado.

—Entiendo lo que es la lealtad —dije temblando.

—Sí, claro que sí. Lo entiendes tan bien que estás dispuesta a mandar a mi hermano al trullo por recibir un poco más de atención de papaíto, ¿verdad?.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Vale, ahí es donde se equivocaba. Nunca había hecho tal cosa. Sabía que si abría la boca me echaría a llorar, así que me mordí el labio con fuerza, intentando contener el dolor que sentía en el corazón.

Blayze resopló.

—Eso pensaba —dijo con acidez—. Vete de aquí, Arlena. Y no vuelvas nunca más, joder.

Cerró la puerta de un portazo y regresó dentro la casa. Se me saltaron las lágrimas al verle salir de mi vida. No quería saber nada más de mí. Aunque yo no tuviera la culpa de que encerraran a su hermano, no importaba. No dije las palabras correctas ni hice las cosas correctas. Pensé que, de entre todas las personas, Blayze habría sido el único que habría entendido por qué no anuncié quien era mi padre a los cuatro vientos. Vio lo difícil que fue todo para mí al principio, podría haber sumado dos más dos. Supongo que eso había, a su manera, pero de algún modo las cuentas le habían dado cinco.

Capítulo

Diez

Arlena

No fue hasta que volví a casa con lágrimas en los ojos y un gran vacío gris en el corazón que me di cuenta de que se había acabado. Se había acabado de verdad.

Los pocos meses dorados que había pasado de su brazo, los besos, las caricias, la sensación de estar en la cima del mundo... todo había desaparecido para siempre. Una parte de mí se había aferrado a la estúpida y tonta esperanza de que aún pudiéramos estar juntos. Había imaginado que hablaríamos, nos daríamos cuenta de que todo había sido un malentendido y volveríamos a estar juntos. Yo le perdonaría por lo de Sam, él me perdonaría por hacer lo que fuera que él pensara que había hecho, y nos estaríamos riendo de ello para cuando llegase la graduación.

Nunca esperé que tuviera una queja legítima. Sinceramente, no pensaba que hubiera hecho nada malo, pero a medida que pasaban los fríos y vacíos minutos, empecé a ver las cosas desde su perspectiva. Era el mejor amigo del rey delictivo del instituto Burnaby. Su hermano también estaba metido en alguna mierda, parecía ser, aunque nunca me había dado cuenta de eso antes. Sabía que no me creería si se lo dijera; ahora que lo recordaba, todos los indicios estaban ahí. Sólo que no había conectado los puntos.

—Estúpida niña rica —me gruñí a mí misma mientras me limpiaba las lágrimas de la cara —. No puedes ver lo que tienes delante de la puta cara.

Si lo pensara un poco más, se daría cuenta de que yo sería un espía terrible. Los espías son camaleones carismáticos. Yo era la rara marginada que sólo había ido a una fiesta y se había emborrachado a más no poder. Por un instante tuve la esperanza de que también pensara así en ello, pero aplasté esa esperanza vengativamente. Lo último que necesitaba era enfrentarme a más penas y decepciones. El resto del mundo lo estaba haciendo muy bien sin mi ayuda.

Me quedó todo aun más claro cuando llegué a la entrada de casa y vi otro maldito sobre en la entrada. Quería sentirme harta de los sobres, pero a estas alturas eran casi reconfortantes. Un tipo de tortura consistente, un goteo constante contra mi frente, en lugar de la caótica sesión de ahogamiento en la que se había convertido el instituto.

Entré en el garaje y se me encogió el corazón. El coche de mamá estaba aparcado dentro. Había tardado demasiado con Blayze.

—Justo lo que necesito —dije mientras bajaba el espejo con más fuerza de la necesaria—. Un interrogatorio. ¿Por qué tienes la nariz tan roja, Arlena? ¿Qué te pasa en los ojos, Arlena? Dios mío, Arlena, ¿has estado llorando? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué pasa?

Una punzada de culpabilidad trató de oprimirme el pecho, pero la aparté salvajemente. No se merecía el sarcasmo burlón de mi tono, pero no era como si me hubiera oído. Necesitaba superar esto yo sola, sin que ella me atosigara. Dios, si las cosas estaban mal ahora, no harían más que empeorar después de una intervención paterna. Unas cuantas pasadas de maquillaje y varias respiraciones profundas después, supuse que podría subir las escaleras sin armar un escándalo.

Me acerqué al sobre y lo miré fijamente.

—¿Cuál es la palabra del día, acosador silencioso? —pregunté sarcásticamente.

El tiempo pareció ralentizarse mientras lo abría. Esta vez no había ninguna palabra. Sólo un trozo de papel doblado cubierto de pequeñas gotas de color marrón rojizo. *¿Sangre? No seas estúpida, es sólo tinta.* Lo olí y el corazón se me heló en el pecho. No, no era tinta. Era sangre, sangre fresca, todavía estaba húmeda en algunas partes y ondulaba el papel. Alguien había dejado sangre de verdad en una carta en la puerta de mi casa. ¿No era eso un delito? La cabeza me daba vueltas vertiginosamente. ¿Guerra corporal? No, guerra biológica. Terrorismo biológico. Debería llevarle esto a papá ahora mismo, en este mismo instante. Él se lo llevaría a la policía y obtendrían huellas dactilares o al menos averiguarían de dónde procedía la sangre... Dios, ¿y si procedía de la víctima de un delito? ¿Estaba sosteniendo una prueba de asesinato en mis manos?

Dejé caer el sobre como si se hubiera prendido fuego de repente y me tragué varios gritos en respiraciones profundas y descontroladas.

No, no puedo llevárselo a papá. Haría que le dijera nombres. Usaría esa voz suya de interrogatorio conmigo y lentamente juntaría todos los nombres y eventos de los últimos meses. Blayze sería su sospechoso número uno. Incluso si el sobre no procedía de él, cosa que dudaba mucho que pudiera haber hecho, ya que había estado con él hacía un momento, papá lo detendría para interrogarlo. Ahora tenía poder para hacerlo. Todo el sistema judicial, desde policías y jueces hasta el propio alcalde, se había doblegado ante mi padre. Si decidía que Blayze era el culpable, la vida de Blayze se iría al garete en un santiamén.

Pero no podía ser Blayze, argumenté en mi cabeza. No porque no fuera capaz, ya no tenía ni idea de lo que era capaz, sino porque yo había estado con él. Mamá debía de haber llegado a casa a las cuatro. Si el sobre hubiera estado aquí cuando ella llegó, lo habría cogido y lo habría mirado. No era Blayze. No cabía duda de que no era Blayze. La frase sonaba una y otra vez en mi cabeza como si buscara una reacción emocional.

La única reacción que encontró fue la desesperación. Mi Blayze ya no quería saber nada de mí, así que su inocencia en esto era irrelevante. Mi único sospechoso real había sido descartado y mi misterioso acosador se estaba volviendo más audaz... y aterrador.

Finalmente, mi respiración se ralentizó y fui dolorosamente consciente de dónde estaba: de pie en mi propio porche a plena luz del día, mirando fijamente un sobre abierto como si fuera a morderme. Si me hubiera visto a mí misma desde fuera, sin duda habría juzgado que estaba colocada o loca.

—Contrólate —me susurré con firmeza—. No puedes dejarlo ahí tirado.

Recogí el sobre, me lo metí en el bolsillo y entré por la puerta. Mamá estaba ahí, claro que estaba. Esta estúpida casa era tan pequeña que se podía ver la puerta principal desde todas las habitaciones. Me miró a la cara e intentó interceptarme.

—¡Arlena, estás pálida! ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? ¿Te has hecho daño?

La esquivé y subí las escaleras de dos en dos hasta mi habitación. Si hubiera abierto la boca me habría puesto a llorar y nada habría tenido sentido y ella se habría asustado y habría llamado a papá, que me habría sacado toda la historia a la fuerza como si fuera una testigo en uno de sus juicios, y entonces él habría llamado a la policía, y habría arrestado Blayze en un abrir y cerrar de ojos.

Di un portazo y me apoyé en la puerta, deslizándome temblorosamente hacia el suelo. Se me saltaron las lágrimas, pero apenas me habían besado las mejillas cuando me quedé helada. La furia y la indignación estallaron en mi pecho. Allí, sobre las sábanas de mi cama, había otro sobre. El cabrón había estado en mi puta habitación.

Aterrorizada, pero demasiada cabreado para dejar que me dominara por completo, empecé a

registrar mi habitación. Miré en el armario, debajo de la cama y en el techo de mi buhardilla.

Nada.

No había nadie.

No toqué el sobre. No podía soportarlo.

Temblando y llorando, cogí el teléfono.

Capítulo

Once

Blayze

—Tronco, ¿en serio?

Yo seguía mirando por la ventanilla, con la vista fija en el lugar donde había estado aparcado el coche de Arlena. Algo no encajaba. Se había quedado allí llorando durante bastante rato, pero no era el tipo de llanto que esperaba. Esperaba negación, culpa, tal vez incluso rabia. Esperaba lágrimas de cocodrilo manipuladoras o histeria total. Arlena no había hecho nada de eso. Había llorado desconsolada. Había llorado como si se le estuviera partiendo el corazón, como llora un niño cuando no entiende por qué le duele algo.

—Blayze, ¿te has quedado sordo de repente?—

Me aparté de la ventana, alejé esos pensamientos y le lancé una mirada aburrida a Eddie.

—¿Qué te pica ahora?

Se quedó mirándome, con los brazos cruzados sobre su sudadera con capucha adornada con hojas de marihuana.

—¿Eh, tu ex?

Puse los ojos en blanco y suspiré. Siempre lo mismo.

—¿Qué ha hecho Sam ahora?

Parpadeó y sacudió la cabeza.

—Sam es tu novia actual, tonto del culo, ¿o es que ya no eres capaz de mantenerte al día? Te estoy hablando de la zorra ricachona que se acaba de ir. Tú mismo me dijiste que era una chivata y que la has traído aquí.

Sacudí la cabeza.

—No exactamente.

Levantó las manos.

—«No exactamente», dice. No exactamente. Mira, tío, me importa una mierda a quien te folles. Ya lo sabes. Código de colegas y todo eso, ¿verdad? Pero maldita sea, tío, mis nenes acaban de echar flor, si nos hacen una redada son como diez mil dólares sólo... —Chasqueó los dedos e hizo una mueca de dolor, luego se miró el pulgar vendado. Sacudió la cabeza—. Recuérdame que nunca me ponga a cortar maría borracho.

—Nunca cortes maría borrachos. —,Esbocé una sonrisa de oreja a oreja. Entrecerró los ojos y levanté las manos—. Lo sé, lo sé. No me la traje aquí. Joder, ni la dejé pasar más allá de la puerta.

Eddie asintió apreciativamente.

—Joder, es así de buena, ¿eh? Mierda, tío, no tengo por costumbre meterme en cómo pasa un hombre un buen rato, pero llévatela al coche la próxima vez. No puede venir aquí. Mi nombre se verá manchado por asociación.

—Claro, no podemos dejar que eso pase —dije irónicamente.

—Nah. Pero en serio, de hermano a hermano... ¿qué pasa entre tú y ella? ¿Aún te gusta o qué? Quiero decir, lo entiendo. Si una tía buena con dinero te rateara, no puedo prometerte que no me liara con ella después de que te fueras, ¿me entiendes? Las mujeres lanzan algún tipo de

hechizo de feromonas o alguna mierda así, no se les puede decir que no, ¿verdad? Así que no te juzgo, sólo quiero saber de qué palo va contigo.

Me encogí de hombros.

—Me mintió, se metió en lugares que no le correspondían, se chivó de mi hermano, y ahora la están machacando por ello. En lo que a mí respecta, se merece todo esto. No esperaba que durara tanto, la verdad. Supongo que Damon es más importante de lo que pensaba.

—Pero sigues tirándotela —dijo Eddie. No era una pregunta.

—Venga, tío.

—Venga, tío, tú. —Su tono era juguetón, pero había seriedad en sus ojos.

—¿De verdad importa? —pregunté.

Asintió, parpadeando como si nunca hubiera visto a nadie tan estúpido.

—Sí, pues claro que importa, joder. Porque si te la estás follando y ella se está chivando, más te vale estar protegido de cojones. Y no hablo de condones. Será mejor que tengas todos tus asuntos en orden. Sobre todo, desde que vives aquí. Personalmente, no tengo nada en contra de la chica , parece maja, está muy buena, buenísima, es una pena que sea una rata, pero no puedo tenerla por aquí y yendo corriendo a papaíto a contarle lo del invernadero que tengo en el sótano. ¿Capisci?

Me empezó a sonar el móvil. Salvado por la campana. No sabía por qué estaba dudando, por qué intentaba protegerla; una hora antes estaba medio dispuesto a matarla yo mismo. Supongo que era por la expresión de su cara que no podía quitármela de la cabeza. Miré el teléfono y se me desplomó el corazón. Era ella.

—Sí, lo pillo, Eddie. Mira, tengo que atender una llamada de negocios...

—No digas más —dijo Eddie, levantando las manos en una tregua temporal—. Ni siquiera estoy aquí.

Sonreí con fuerza a su espalda mientras se daba la vuelta para bajar las escaleras. Me dirigí hacia la puerta principal mientras contestaba a la llamada. Fuera lo que fuera lo que tenía que decir, no necesitaba tenerlo a él pegado al oído insinuando mierdas mientras intentaba escuchar.

—¿Hola?

Hubo un momento de silencio y ella aspiró con fuerza.

—No esperaba que respondieras.

Sonaba pequeña y asustada. Me preparé contra la oleada de protección que amenazaba con ahogarme.

—Pues he respondido. ¿Qué quieres?

Se sorbió la nariz, maldita sea.

—Blayze, sé que estás cabreado conmigo. Pero si eres tú quien está haciendo esto, tienes que parar, ¿vale? Capto el mensaje. Joder, lo he captado a la perfección, ¿vale? Pero no puedes seguir haciendo esto.

—¿Y qué crees que estoy haciendo? —Me paseé por la acera frente a la casa de Eddie, lanzado trozos de basura a la cuneta con patadas.

—Mandarme amenazas de muerte —dijo, bajando la voz—. Se qué intentas asustarme. Pero allanar mi habitación ya es sobrepasar el límite. Tienes que parar.

Todo mi cuerpo se tensó. Unas amenazas de muerte iban mucho más allá del machaque que me había estado esperando. Maldita sea, todo esto lo era. La sensación de que había más en todo este asunto de lo que yo creía me martilleaba en la cabeza como una resaca.

—No he sido yo —dije y colgué antes de que pudiera desbordar mi mal genio sobre ella. Me metí el móvil en el bolsillo. Las cosas seguían sin cuadrar, pero ahora empezaba a ver la

ecuación completa, y era mucho más grande de lo que pensaba.

Capítulo

Doce

Arlena

Me había colgado.

¿No he sido yo? Qué convincente.

Me abracé las rodillas contra el pecho y me quedé mirando la pared, con los acontecimientos de las últimas semanas vadeando en mi cabeza como un barco en una botella. Saber por qué la gente me odiaba debería habérmelo hecho más llevadero, pero no era así. No podía controlar quiénes eran mis padres. No era justo que me castigaran por eso. Por no hablar de amenazarme de muerte por ello o allanar mi puñetera habitación.

Deberías habértelo esperado. Tú te lo buscaste. Le mentiste a todo el instituto, te mereces todo lo que te está pasando. Las palabras de Blayze se retorcían y amplificaban en mi cabeza, llenando el vacío donde deberían haber estado mis emociones. Yo me había hecho esto a mí misma. Guardé el secreto equivocado y me llevé con las personas equivocadas. Mi mirada se desvió hacia el sobre de la cama. *¿Y ahora voy a morir por ello*?

No me molesté en intentar devolverle la llamada. Me sorprendió que hubiera contestado siquiera. Por lo menos, le había transmitido mi mensaje. *Mantente alejado de mi puta habitación*. Deja tus estúpidas notas en la entrada si es necesario, pero no mantente alejado de mi puta habitación.

Sacudiendo la cabeza, resoplé con amargura. Si alguien me hubiera dicho hace un mes que le diría a Blayze que se mantuviera alejado de mi puta habitación, no le habría creído. Todo lo que quería entonces era estar en la cama con él. Sentía como si hubiera envejecido diez años desde entonces. Ojalá hubiera sido así. Entonces todo esto sería un estúpido recuerdo de instituto que recordaría y... ¿me reiría? No. No creía que pudiera reírme nunca de esto.

No sé cuánto tiempo estuve ahí sentada mirando la pared. Unos minutos, quizá una hora. Con las tardes de invierno era difícil saber la hora, sobre todo en plena la ciudad. Dios, echaba de menos las estrellas. No se veía ninguna aquí en la ciudad. En los suburbios, lejos de todo, donde cada casa estaba separada por hectáreas de césped, las estrellas eran las protagonistas de todas las noches. Nunca había pensado en ellas como un lujo, sino como una realidad. Poco a poco empezaba a darme cuenta de las muchas cosas que había dado por sentado.

—¡Arlena! —La voz de mamá sonó en las escaleras. No estaba de humor para responderle. Seguramente se había cansado de esperar a que bajara y le diera explicaciones, y yo aún no estaba preparada para hacerlo. Tal vez si me hacía la dormida... —. ¡Arlena! Tu amigo está aquí.

Una descarga de terror me recorrió la espina dorsal. No tenía amigos, sólo un acosador y un ex novio resentido. No tenía muchas ganas de averiguar cuál de los dos era. Oí a mamá dedicar palabras tranquilizadoras a quienquiera que estuviera abajo esperándome, y luego su voz se hizo más fuerte.

—Arlena, ¿estás durmiendo? ¡Tu amigo está aquí! Ven abajo.

Maldita sea.

—¡Ya voy!

No me molesté en mirarme en el espejo. Sabía que tenía un aspecto horrible. De todos

modos, no importaba. Ya nada importaba. Eché una última mirada a mi cama mancillada y me dirigí a las escaleras. Fuera lo que fuera lo que iba a pasar, más me valía acabar con ello de una vez.

—¡Ahí estás! Pensé que iba a tener que subir a buscarte. ¿Este chico es Blayze? Te ha mencionado varias veces, pero no me ha dicho mucho de ti. Arlena, ¿por qué no me dijiste que tu amigo Blayze era tan guapo? —Parloteaba como una cariñosa cabeza hueca, pero sus ojos eran agudos y absorbentes, captando cada postura y expresión.

Me abracé con fuerza y mantuve el rostro tan inexpresivo como pude.

—Hola. —Fue todo lo que pude decir.

El rostro impasible de Blayze se transformó en preocupación cuando me miró. No dijo nada, sólo me rodeó con los brazos y me estrechó contra su pecho. Su ternura hizo un agujero en el dique que había construido entre mis emociones y yo. Cada respiración era entrecortada y dolorosa y me llegaba impregnada de su olor. Por primera vez en semanas, me sentía a salvo, y me era demasiado para soportarlo. Las respiraciones se convirtieron en sollozos y pronto me derrumbé sobre él delante de mamá.

No se había movido. Se quedó de pie, observándonos en silencio. Casi podía sentirla atar cabos y me di cuenta de cuántas pistas había ido dejando por ahí. Mi actitud, mis ausencias, mis malas notas... Debía de saber que algo pasaba hacía tiempo y no había insistido.

Ahora que Blayze estaba aquí envolviéndome con sus brazos, estaba sacando conclusiones a las que no tenía ningún interés que llegara. Si decidía contarle a papá que estaba saliendo con uno de los rufianes del centro de la ciudad, se pondría como loco. Pero no pude controlarme lo suficiente como para salvar la situación. Lloré sobre Blayze hasta que le empapé la camiseta y me quedaron los ojos secos, y aun me quedé así un rato, aferrándome con fuerza a su chaqueta de cuero y respirándolo a él. Me frotaba la espalda y me mecía lentamente de un lado a otro, calmándome como a un niño. No me importaba. Estaba funcionando.

—¿Podemos hablar? —murmuró contra mi pelo.

Asentí con la cabeza, aun luchando por controlar la respiración. Cuando por fin recuperé la compostura, mamá me puso un vaso de agua en la mano.

—Ve a hablar —me dijo—. Papá trabaja hasta tarde esta noche, pero que no te pille yo desnuda.

—Claro que no, mamá —dije irritada. Tener sexo era lo último en lo que estaba pensando.

Pero nunca había permitido que ningún chico entrara en mi habitación, nunca, y agradecí la muestra de confianza. Le apreté la mano y ladeé la cabeza hacia Blayze, que me siguió escaleras arriba. Se detuvo justo delante de mi puerta, mirando el sobre que había sobre mi cama.

—¿No lo has abierto? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Abrí el resto, pero la última era sangre. Sólo sangre. No he me he atrevido a abrir ese.

Me miró con los ojos brillantes. Parecía enorme en mi pequeño dormitorio, su masculinidad llenaba mi espacio femenino y lo abrumaba. Resultaba más reconfortante que cualquier otra cosa en ese momento. En algún rincón de mi mente seguía archivado como «mi protector», y no había conseguido volver a archivarlo en otro sitio ni siquiera después de todo.

Por el momento, no estaba sola.

Por el momento, estaba a salvo.

—¿El resto? —repitió con voz dura.

Señalé mi tablón de corcho.

—Llevan semanas llegando. Y flores también, pero sólo fueron tres.

Se puso rígido y se me encogió el corazón.

—¿Qué tipo de flores? —preguntó.

—Rosas. Una fresca, una muerta y una aplastada.

Frunció el ceño, asintió y se volvió para leer el mensaje.

—Déjame ver los dos últimos —dijo.

Le di la nota ensangrentada, sujetándola por la esquina, y luego le di la que estaba sin abrir sobre la cama. Los colocó uno tras otro y leyó el mensaje en voz alta. De alguna manera, oírlo con su voz hacía que toda la situación fuera aún más aterradora.

—Preciosa princesa, ¿cómo puedo hacerte daño? Déjame contar las maneras. Accidente de aviación. BMW con salpicaduras de sangre cerebral. Catastrófico accidente de coche. Arrastrarla por el río, ¡se ha ahogado! De cualquier manera, habrá... ¿sangre, supongo? Voy a por ti. —Hizo una pausa y me atravesó con una mirada que me llegó hasta el alma—. Por Dios, Arlena. ¿No se lo has contado a nadie?

Negué con la cabeza miserablemente.

—Al principio no parecía tan malo. Quienquiera que lo hiciera lo enviaba palabra por palabra, así que al principio pensé que era una poema de amor o algo así. —Sonó estúpido cuando lo dije en voz alta, pero Blayze no se inmutó"—. Luego, para cuando me quedó claro que era una amenaza, sentí que la cosa había llegado demasiado lejos como para pedir ayuda, supongo. Además...

Me mordí el labio contra las lágrimas que amenazaban con derramárseme de los ojos. La vergüenza recorrió mi ser al recordar todo lo que me había dicho antes en el coche.

—Además, la gente ya te llamaba chivata y no querías darles la razón —dijo despacio.

Asentí con la cabeza.

—Estaba eso, pero también pensé que existía la posibilidad de que fueras tú quien me enviaba las cartas. No le he dicho a nadie más dónde vivo, nadie ha venido nunca por aquí. Bueno, menos Sam. —Hice una mueca al decir su nombre, luego enderecé mi expresión con culpabilidad. Era su novia, al fin y al cabo.

—¿Sam? —preguntó, sobresaltado—. ¿Por qué ha estado Sam aquí?

Me encogí de hombros a la defensiva.

—Ella fue la que me enseñó todo cuando llegué. Vino a verme antes de ir a clase el primer día para enseñarme cuál era la mejor manera de llegar por la mañana y me ayudó a localizar mis clases y demás. Por un tiempo pensé que le caía bien.

—Es crédito extra —dijo, casi disculpándose.

Asentí con amargura.

—Lo descubrí más tarde cuando le pregunté si quería ir a comer algo un sábado.

Hizo una mueca de dolor y yo sonreí.

—Veo que la conoces bien. Se rio en mi cara y me dijo que me pusiera las bragas de niña grande y fuera sola. Después me dijo que había hecho todo por unos créditos extra para poder aprobar no sé qué clase.

—Humanidades —dijo.

—Qué irónico. —Me vibró el móvil, interrumpiéndome. Miré el mensaje y me puse en pie —. Es mi madre. Papá está de camino a casa. Si te encuentra aquí, perderá los papeles.

Le miré con impotencia. No quería que me dejara sola con mis pensamientos y la inquietante nota. No quería que me dejara en absoluto. Odiaba a Sam más de lo que jamás había odiado a nadie en todo el mundo, y ni siquiera era culpa suya. La odiaba por existir, por tocarlo cuando yo ansiaba desesperadamente sentir su tacto, por ser un factor de mi dolor.

Blayze suspiró como si intentara expulsar el mundo entero de sus pulmones. Sus ojos, ahora que podía verlos de cerca, parecían cansados. Como si hubieran pasado meses desde que descansó bien por la noche. Y toda esa vida, esa luz y esa alegría que eran una constante presente en su rostro se había visto sustituida por tristes líneas de dolor. A mí me dolía, sí. Pero no podía pasar por alto la evidencia de que Blayze también estaba sufriendo. Una gran parte de mí quería consolar a una gran parte de él. Como si dos cosas rotas pudieran tener la oportunidad de repararse mutuamente.

También estaba el hecho de que, aunque estaba aquí y aunque no era él quien me enviaba notas amenazadoras, aún parecía verme como el enemigo, como la razón por la que su hermano estaba ahora entre rejas.

Se pasó las palmas de las manos abiertas por la cara antes de encontrarse con mis ojos con una mirada profunda y pensativa.

—¿Quieres ir a dar una vuelta en coche?

Capítulo

Trece

Blayze

Sam. Maldita sea, por supuesto que era Sam. Nunca le había gustado Arlena, ni por un diminuto e insignificante segundo. Estaba bastante seguro de que también sabía el por qué. Con su largo pelo castaño y sus grandes ojos azules, su cómoda estatura y sus acogedoras curvas, Arlena era justo el tipo de chica que despertaba las inseguridades de Sam. Por el contrario, Sam era bajita y atlética, tenía la constitución de un luchador de la MMA con las habilidades que lo respaldaban y, en secreto, aspiraba a ser Marilyn Monroe.

Además, la habían puesto en un aprieto en el juicio de Damon. Odiaba que la pusieran en un aprieto, especialmente cuando tenía las de perder. Y odiaba tener una audiencia cuando no estaba completamente segura al cien por cien de su posición, y claramente no había estado segura de nada en su testimonio.

—¿Adónde vamos? —preguntó Arlena, interrumpiendo mis pensamientos. Me di cuenta de que inconscientemente me dirigía a casa de Eddie y cambié de dirección en el siguiente semáforo.

—Pensé que podríamos pasearnos un rato —dije—. Pienso mejor cuando conduzco. Las rosas, ¿de qué color eran?

—La fresca era roja —dijo—. Era difícil de saber con las otras dos, pero creo que también eran rojas antes de marchitarse.

La abuela de Sam cultivaba rosas rojas en la azotea de su edificio, en un pequeño invernadero. Siempre me había dicho que, si alguna vez iba a regalarle flores, que no fueran esas, porque sería como robarle algo vivo, matarlo y devolvérselo.

Me dolía la mandíbula mientras rechinaba los dientes.

—¿Alguien en particular te ha dado problemas? Sé que toda el insti se te ha echado encima, pero ¿ha destacado alguien en particular?

Arlena miró por la ventana en silencio. Tenía los hombros tensos y jugueteaba con los dedos. No sabía poner cara de póquer en absoluto.

—¿Quién? —pregunté. Supuse que ya sabía la respuesta.

Me miró casi con mala cara.

—Tú —dijo con un suspiro—. Y Sam.

No me esperaba su respuesta y me golpeó como un puñetazo en las tripas. Sinceramente, debería habérmelo imaginado, por la forma en que me había comportado, pero no me gustaba sentirme como un villano. Siempre había sido el protector, la persona a la que la gente vulnerable acudía en busca de protección siempre que podían. Se me pusieron los pelos de punta.

—Espera un segundo, seamos justos. Acababa de ver a como envían a mi hermano cinco años a la cárcel por básicamente nada, y fue tu padre quien se ocupado de mandarlo ahí, y no tenía ni idea antes de que ocurriera de que eras parte de ello.

—Es que no era parte —soltó.

Me detuve, frunciendo el ceño, sin apenas mirar la carretera. Había ido hasta allí porque estaba preocupado por ella, porque me preocupaba que todo esto se estuviera yendo de las

manos. Pero seguía pensando que ella era la responsable. Su familia, su padre, su culpa.

—¿Joder, dejar de mentir porque sí, Arlena? —Mi voz sonaba agresiva, y no hice nada por rebajar el tono.

Cerró las manos en puños como si luchara consigo misma.

—Todo lo que dijiste sobre que yo era una chivata, una rata o lo que sea... todo eso es falso. No le he dicho nada a mi padre. ¿Crees que Eddie seguiría libre si la intención fuera chivarme?.

—Tendría sentido —respondí de inmediato—. Tiene muchos contactos con mucha gente. Tendría mucho puto sentido dejarle seguir haciendo de las suyas un poco más. Que revele todos los secretos que pueda. Que se quede lo suficiente como para darte nombres... direcciones...

—Claro —espetó—. Si estuviera cerca de él. Si ese fuera mi objetivo, ¿no crees que me habría arrimado a él? No es precisamente la persona más complicada del mundo. Tengo tetas, podría haberme metido en los asuntos de Eddie como en dos minutos.

Oírla decir esas palabras en voz alta me picó como un millón de putos avispones en la nuca al imaginármela en brazos de Eddie. Intenté que no se notara y me sacudí el pensamiento de encima. Cuando abrí la boca para discutir, todos los argumentos que había preparado me sonaron de repente inverosímiles. Fingí que me concentraba en cambiar de carril.

—Además —continuó—, si yo fuera un topo o un espía o algo así, ¿no crees que mi padre me habría sacado del instituto en cuanto me hubieran descubierto? ¿De qué sirve un espía con el que nadie habla? De hecho, ¿para qué usarme a mí para empezar? Se me da de pena hacer nuevos amigos, ya lo has visto. Hasta que me rescataste, me sentía como un pollo sin cabeza en ese instituto. ¿Crees que de alguna manera predije que un caballero de brillante cuero se habría abalanzado para salvarme y llevarme a todos los lugares más recónditos y turbios de Burnaby High?.

Me encogí de hombros.

—Vale, esa parte puede que no fue premeditada. Pero podrías haber sido oportunista. Cuando no recibías ningún tipo de validación en el insti, tendría sentido que intentaras conseguirla en casa demostrándole a tu padre que podías serle útil.

Ella resopló y puso los ojos en blanco.

—¿En serio? Te recuerdo que el único rollo ilegal del que tenía constancia era lo que pasaba en casa de Eddie, ¡y yo estaba metida en medio! ¿De verdad crees que soy tan tonta como para delatarme a mí misma? ¿Sabes lo que se suponía que debía estar haciendo esa noche? Dormir. Mi madre me había estado atosigando para que recuperase la rutina de ir a clases. Eso era lo que mis padres querían que hiciera, y eso es lo que les dije que iba a hacer. Esa era su única preocupación en mi vida: que durmiera lo suficiente para restablecer mis ritmos.

Me reí. No pude evitarlo.

—¿Reestablecer tus ritmos?—

Se movió incómoda y se revolvió el pelo.

—Sí. Como no tenía que levantarme temprano en todas las vacaciones de navidad, me dijeron que reestableciera mi rutina y horario escolar para que el primer día de vuelta no fuera un shock para mi sistema.

No podía parar de reír. Estaba hiriendo sus sentimientos, cosa que no quería hacer, pero no podía parar. Me reí tanto que tuve que limpiarme las puñeteras lágrimas de los ojos para poder seguir conduciendo.

—¿Qué demonios tiene tanta gracia? —estalló.

Aparqué a un lado de la carretera. No veía nada de lo mucho que me estaba riendo. Luché por controlarme, pero cada vez que veía su carita enfadada volvía a darme un ataque de risa.

—Bien, como quieras. Me iré andando a casa.

Eso fue todo lo necesitaba para parar.

—¡No! —grité. Sus dedos se quedaron congelados en el mango de la puerta—. Este no es un barrio seguro para que andes por ahí de noche. —Ni de coña iba a permitirme a ser la razón por la que terminase viéndose arrastrada a un callejón oscuro.

Se cruzó de brazos y me fulminó con la mirada.

—¡Entonces deja de reírte de mí! O al menos dime qué tiene tanta puta gracia.

—No la tiene —dije—, de verdad que no. Nunca, jamás, en toda mi vida he oído hablar de unos padres que les dijeran a sus hijos nada parecido a, bueno, restablecer sus ritmos. Maldita sea, la mayoría de la gente que conozco dejó de tener horas de acostarse cuando cumplieron doce años. A partir de entonces tienen que apañárselas solos. Si perdían el autobús, les daban una paliza. Si se quedaban dormidos en clase y a los padres les daban un toque de atención por ello, les daban una paliza. Nadie tiene tiempo para esa chorradas hippies por aquí. Todo el mundo trabaja o se las ingenia para llevar comida a la mesa.

La cara de asombro que puso estuvo a punto de provocarme otra carcajada, pero, por la gracia de algo sagrado, me la tragué.

—¿No querrás decir que *pegan* de verdad a sus hijos? —preguntó con los ojos muy abiertos y preocupados.

Dios, si está tan alterada por esto, no hay forma de que pueda soportar la mierda que pasa por aquí. Rodeé su mano con la mía e intenté componer una expresión reconfortante. No lo conseguí. Las palizas son tan cotidianas y normales que se hacen hasta aburridas. Pero ella se encontraba del todo conmocionada, y eso me obligó a ver las cosas desde su punto de vista.

—Claro que sí —dije con suavidad. *¿Cómo demonios puedo explicar esto?* — ¿Cómo te impartían disciplina a ti tus padres, Arlena?.

—¡Pues, d-de la forma normal! —Apretó los ojos y respiró hondo—. Supongo que lo normal es relativo. Pues vale, pensemos en tus ejemplos. Nunca he perdido el autobús porque nunca lo he cogido. Mi madre siempre me llevaba al colegio. Nunca me dormía en clase porque mi madre siempre fue muy estricta con mi hora de acostarme.

—Vale, ¿y si rompes algo?

—¿Cómo qué?—

Me encogí de hombros.

—Cualquier cosa. No, algo caro. Digamos que estás haciendo el tonto en casa y rompes algo que cuesta mucho dinero.

Frunció el ceño, pensativa.

—No sé si eso pasço alguna vez, la verdad. En casa no hacía mucho el tonto. Sobre todo jugaba fuera o en el sótano, si hacía mal tiempo. Además, no me quedaban muchas energías después ir a clases, a natación, a clase de equitación y gimnasia. O sea, no hacía todo eso el mismo día, pero siempre había alguna forma de quemar energía después del colegio.

Me quedé mirándola, con los ojos muy abiertos y completamente incrédulo. Era como si la viera por primera vez. Su piel perfecta, su nariz y boca perfectas, sus uñas perfectas, su ropa de marca. Había supuesto que era ropa de segunda mano, pero ahora estaba seguro de que la había comprado en una tienda con el nombre a juego. Clases de equitación, ¿en serio? Dios, qué diferencia abismal.

—¿Alguna vez te rebelaste? —pregunté, ahora con verdadera curiosidad.

Sonrió con picardía y se encogió de hombros.

—No les conté a mis padres lo que pasó de verdad en las fiestas de April y May. Son

gemelas y están loquísimas. Sus padres conocen a los míos, pero sólo porque son socios del mismo club. La cosa es que sus padres siempre están ausentes por algún asunto de negocios o vacaciones o algo así, así que ellas dos son las dueñas de casa. Las criadas están hasta el coño de los padres, así que no les importa lo que hagan las chicas. Coca, heroína, orgías, lo que sea.

—Ah. Me has dejado impresionado. ¿Así que fuiste a esas fiestas?

Se sonrojó y apartó la mirada.

—Sólo dos veces. La primera vez no entendí muy bien lo que estaba pasando: lo único que hice fue beberme unos refrescos, comer pizza, bailar, nadar y esas cosas. Vi muchas cosas, pero no las entendí hasta más tarde. Luego vino la segunda vez.

Suspiró pesadamente.

—Era el cumpleaños de las gemelas. Por una vez, sus padres estaban allí, más o menos. Lo pusieron todo en marcha y luego se fueron a otra parte de la casa con demás padres. May tuvo una sobredosis en el baño y la asistenta la llevó a urgencias. Como esa noche había muchos padres, supuse que la historia acabaría por llegar a oídos de los míos y no me atreví a volver. Pero oía las historias de lo que pasaba en ellas.

Fruncí el ceño, pensando.

—¿Eran cotilleos o fanfarronadas?

Se encogió de hombros.

—Un poco de ambas, supongo.

—¿Y cómo lidiaban con los cotilleos?

Lo meditó un segundo y luego asintió con la cabeza hacia un grupo de gente que se acercaba.

—¿Los conoces?

Arranqué el coche y salí a la calle.

—No voy a quedarme a averiguarlo, no estando tú en el coche.

Me lanzó una mirada dolida. Quise ignorarla, pero ahora me daba cuenta de que no entendía cómo funcionaban las cosas por aquí. Con su historial, se lo tomaría como algo personal. No debería importarme. De verdad que no debería. Aun así, ese sentimiento de protección me subió por la espalda y suspiré.

—Tu nombre es como veneno ahora mismo. Cuando llegaste, eras un elemento desconocido. Un peligro en potencia. Que yo me asocie con un peligro en potencia anula dicho peligro. Pero ahora que te han descubierto eres una amenaza muy real. Si la gente me ve contigo ahora van a pensar que mi lealtad ha cambiado.

Siseó entre dientes.

—¿Tu lealtad a Sam?

—¿Qué? No. Mi lealtad general.

Sacudió la cabeza, confusa. Pensaba que su padre le habría dado un curso intensivo o algo antes de arrastrarla a esto, joder.

—Vale, mira. La lealtad lo es todo aquí. Eres lo que conoces. Están las pandillas y el camello que te pasa hierba, las madres del barrio y los padres proxenetas, y los colores de tu instituto. Algunas personas, como Eddie, Damon y yo, existimos fuera de esos límites estrictos. Somos leales entre nosotros, y todas esas pequeñas facciones fragmentadas nos son leales a nosotros. Pero hay una línea que nadie cruza, y son los policías. Si eres leal a la policía, estás muerto para todos nosotros.

—Vale, ¿y?

¿Iba en serio? La molestia que sentía debió de reflejarse en mi cara porque se mordió el

labio. Algo que me distrajo muy mucho de mis pensamientos.

—¿Y? Pues que tu padre es el superfiscal. Trabaja con la policía, con la fiscalía, con todo el mundo. Está en el centro mismo de todo lo relacionado con la policía. Teniendo en cuanta la lealtad familiar, tú eres culpable por asociación. Y esa asociación no es algo que ni lo bueno que estoy ni mi encanto puedan compensar. Si me ven contigo, no te sacará de apuros; sólo me arrastrará contigo.

Volvía a tener esa mirada dolida en los ojos, que me atravesaba el alma de dolor. Maldita sea, ¿por qué no podía hacerla entender? Ya había dado con algo antes... oh, claro.

—April y May, dijiste que había cotilleos sobre sus fiestas.

Se sintió a la vez aliviada y molesta por el repentino cambio, pero no se resistió.

—Bueno, algunas cosas las aceptaron y las convirtieron en algo de lo que presumir. Otras cosas, como ciertas personas que decían haberse acostado con ellas, sí las combatían. Amenazaban con demandar a quienquiera que dijera esas gilipolleces, y la persona en cuestión siempre se echaba atrás porque tenían dinero suficiente para llevarlo a cabo. Sus padres tenían contratados a abogados de renombre.

Este breve vistazo a la vida y el drama de la gente rica me estaba volviendo loco poco a poco. Mis ideas sobre cómo hacerla entender la situación se desvanecían rápidamente.

—Vale, probemos con esto. Pensemos en Sam, por ejemplo.

Arlena puso mala cara. La ignoré.

—Si Sam hubiera ido alguna vez al insti y se hubiera encontrado su foto por todas partes como tú, le habría dado una buena a una docena de personas antes del descanso para comer. Para el final del día, habría sabido el nombre de la persona que lo hizo y le habría dado su merecido también, de la forma más pública y humillante posible. Habría retado a cualquiera a volver a llamarla así. Si alguien aceptaba el reto...

—Déjame adivinar, ¿les pegaría una paliza?

—Exacto. Pero Sam no es la persona más sutil del mundo. Hay otras formas de obtener los mismos resultados. Nadie cuenta con los profesores porque los profesores están tan quemados que no pueden permitirse que nada les importe una mierda. Nadie cuenta con abogados porque nadie puede permitírselos. Todo lo que tienes aquí son tus contactos y tus habilidades, eso es todo..

Suspiró pesadamente.

—Mi única contacto eres tú.

—Sí —dije. Me miró sorprendida y yo asentí—. Te ayudaré a llegar al fondo de esto. Te ayudaré a encontrar al responsable y a hacer que pare. Pero con una condición.

Se arrellanó en el asiento, recordándome todas las cosas que me estaba perdiendo. Todas las cosas que nunca supe que quería antes de que ella se paseara por la ciudad como un jarrón de cristal con patas y fuera de lugar. Tan frágil. Tan limpia, nueva, fresca e inocente.

—¿Cuál? —dijo, devolviéndome a la realidad.

Asentí con la cabeza y reconduje mis pensamientos.

—Nunca *jamás* me pueden ver contigo. No puedes hablar conmigo en el instituto. No puedes enviarme mensajes a menos que sea una puñetera emergencia. Joder, si es una emergencia, llámame. Es más fácil de encubrir.

Frunció el ceño.

—Entonces qué, ¿ahora tengo que actuar como una especie de amante turbia?—

Le sonreí, impresionado.

—¡Mírate, qué rápido aprendes! Sí, básicamente. A menos que quieras que nos maten a los

dos.

Se le abrieron los ojos de par en par y una mueca de auténtico horror le marcó sus perfectas facciones.

—¿De verdad crees que nos matarían?

Sacudí la cabeza y me encogí de hombros. Sólo sirvió para confundirla aún más.

—No puedo decírtelo con seguridad. Tengo una corazonada o dos sobre con quién estamos tratando. Si estoy en lo cierto, no corres peligro de morir. De recibir una paliza, sin duda, pero no de morir. Si me equivoco, entonces sabes tanto como yo.

—Ah. —Recostó la cabeza contra el asiento y suspiró—. ¿De verdad la gente mata a otros por quienes son sus padres?

—¿Estás de broma? Las rencillas pueden durar generaciones, y no sólo aquí. Has leído Romeo y Julieta. Esto no es exactamente nada nuevo. Sí, si alguien estuviera lo suficientemente cabreado por algo que hizo tu padre y no le importaras una mierda, no dudaría en acabar contigo sólo para joderlo.

Se giró y me miró con dureza.

—¿Y a ti te parece bien todo esto?

—¿Todo el qué?

Señaló a su alrededor, hacia los mugrientos apartamentos que se alzaban a ambos lados de nosotros, con sus ventanas rotas y su fachada estropeada.

—Esto. La pobreza. Los padres que pegan a sus hijos. Los profesores que están quemados. La gente que muere por tonterías. Drogas y bandas y enemistades y lealtades. ¿Todo esto te parece bien?

Entrecerré los ojos y la miré con dureza.

—¿He dicho eso?

—No hace falta que lo digas. Nunca te he visto más feliz que cuando me describes tu mundo.

Resoplé.

—¿Mi mundo? Este es *nuestro* mundo, princesa. Sólo tenemos uno, ¿sabes? Que hayas estado aislada de él toda tu vida no significa que no exista. ¿Esta disparidad que estás viendo? Afecta a todos los aspectos de nuestras vidas. La diferencia entre tú y yo es que tus padres te protegieron de ella, mientras que los míos me arrojaron de lleno a esta vida.

Estábamos entrando en su calle y sentí que se avecinaba una pelea. No quería tal cosa y sabía que ella no lo necesitaba. Ya había tenido suficiente estrés por un día. Así que le apreté la mano, un error por mi parte porque me dieron ganas de besarla, y me detuve frente a su casa.

—Voy a repasar mis corazonadas —dije—. Mantén un perfil bajo, ¿vale? Cambia tu rutina, no vuelvas a casa a la misma hora todos los días. Si no estás segura de algo, confía en tu instinto. Si crees que estás en peligro, llámame. Si sabes que estás en peligro, llama a la policía.

—Creía que los polis eran los malos —dijo burlonamente.

Sonreí.

—Eres rica y tienes contactos. La policía trabaja para ti, cariño. Además, estoy seguro de que ni siquiera ellos quieren probar la furia de tu padre—.

Arlena permaneció casi un minuto sentada, como si le costara todo lo que tenía dentro salir de mi coche. Conocía esa sensación. Había una parte de mí que no quería que se fuera. Las cosas eran diferentes entre nosotros ahora, pero los sentimientos en mi pecho todavía parecían querer aferrarse a ese tiempo cuando las cosas no eran diferentes. Cuando por fin me dedicó aquella sonrisa nerviosa y agarró el asa del coche, sentí una sensación de alivio y pérdida a la vez. Casi

se echa hacia delante para darme un beso antes de irse y una parte de mí, una parte pequeña pero importante, odiaba que no lo hiciera. *Maldita sea, Blayze, contrólate. Es persona non grata y lo sabes.* Aun así, vi cómo se alejaba y esperé a que sonriera por encima del hombro mientras entraba en casa. Pensar que era la villana en la vida de mi hermano había bloqueado mis sentimientos hacia ella. Ahora que estaba más o menos convencido de su inocencia, ese bloqueo se disolvía rápidamente.

Pero había vuelto con Sam, y Sam tenía un historial de reclamar su propiedad violentamente y sin previo aviso. Arlena ya estaba en peligro. No podía añadir nada más al asunto, y menos por mis propias razones egoístas. Además, independientemente de los impulsos que sintiera Arlena cuando se sentía vulnerable, era medianamente inteligente. Cualquier mujer con dos neuronas de sobra no querría tener nada que ver conmigo, no después de lo que le había hecho pasar. Sólo me quedaba una cosa por hacer.

Encontrar al capullo responsable de que estuviera aterrorizada y acabar con él.

Capítulo

Catorce

Arlena

—Muy bien, cambia la rutina, nunca estés en el mismo sitio a la misma hora dos veces. —Por fin era sábado, lo que supuso un ligero alivio. Los fines de semana no habían disuadido antes al responsable de las notas. Por supuesto, por lo que podía ver, la nota estaba completa, lo que sólo dejaba dos opciones. O empezaba con una nueva ronda de terror o pasaban a la acción. En qué consistiría tal acción, no podía ni siquiera empezar a imaginármelo. Tampoco quería averiguarlo por las malas, así que hice lo que ma había sugerido Blayze.

Bajé las escaleras de dos en dos, vestida con unos leggins y una camiseta de tirantes sobre un sujetador deportivo. Mamá me miró con una sonrisa.

—¿Adónde vas hoy?

—Voy a buscar un gimnasio —dije—. El que está calle abajo parece ser un refugio para los sin techo. No es que quiera echarlos de su refugio ni nada así, pero se me ve muy fuera de lugar.

Sus ojos brillaron con complicidad y me di cuenta de que debía de pensar que iba a salir con Blayze. Papá estaba sentado a la mesa bebiendo su café. Necesitaba que no dijera nada de Blayze delante de él. La miré muy seria.

—En serio. Tiene que haber un gimnasio decente en esta ciudad, ¿verdad?.

—Seguro que lo hay —dijo con una sonrisa—. Y estoy segura de que lo encontrarás. Siempre acabas encontrando lo que buscas.

La abracé con la fuerza suficiente como para susurrarle al oído.

—Por favor, no se lo digas.

—Claro que no —susurró ella—. Pero deberías hacerlo tú.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

Mamá se volvió hacia papá con los ojos encendidos.

—Le estaba diciendo que no he probado el gimnasio para mujeres que hay al otro lado de la ciudad, pero debería ir a echarle un vistazo.

—Mm. Buena suerte, conduce con cuidado. No aparques encima de ninguna acera—.

Puse los ojos en blanco.

—Papi...

—No quiero tener que procesar a mi propia hija. Te quiero.

—Yo también te quiero, aunque seas un paranoico —dije con una risita. Sonaba nerviosa y me aclaré la garganta—. ¡Hasta luego!

Miré por la ventana de la puerta principal antes de abrirla. Eres una paranoica, me dije. Pero, ¿es realmente paranoia si alguien va a por ti de verdad? Sacudí la cabeza y salí por la puerta, conteniendo la respiración sin querer. No había nada en el porche, pero aún era temprano. No había nadie merodeando entre los arbustos de enfrente ni detrás de los cubos de basura. Se me aceleró el corazón al abrir el garaje, como si alguien estuviera esperando para saltarme encima desde el otro lado.

—Quizá hablar con Blayze me ha hecho más mal que bien —refunfuñé mientras comprobaba el maletero y el asiento trasero antes de deslizarme tras el volante—. Ahora no solo

me acosan, también estoy paranoica.

Burlarme de mí misma no me ayudó tanto como esperaba. Así que, todavía temblando como una hoja, cerré las puertas y busqué en el teléfono todos los gimnasios en un radio de 16 kilómetros, tracé una ruta y me puse en camino. En realidad, no tenía intención de ir a todos, puede que ni siquiera fuera a ninguno, pero al menos quería sentir que tenía un propósito más allá de evitar a un acosador. O una paliza. O algo peor.

Subí el volumen de la radio al máximo y salí a la calle. Estaba agotada, tanto emocional como físicamente; no había dormido bien desde que empezó todo aquello y por fin empezaba a pasarme factura.

Puse la radio a todo volumen y canté a gritos con cada canción, intentando purgar la mugre de mi alma. Tenía que haber una forma mejor de afrontar esto, pero no se me ocurría cómo. El mundo del que procedía, en el que me crié, era muy diferente a éste. Las cosas con las que había estado lidiando habrían sido impensables en casa. Este problema que tenía no era de los que se arreglan con un psicólogo. En cuanto a la policía, estaba segura de que llamarlos solo empeoraría el problema. No es que pudieran encerrar a todo un vecindario y, a decir verdad, si los llamaba, sería todo el puto vecindario el que me perseguiría por meterme con uno de los suyos.

Pasé despacio por delante del primer gimnasio de mi lista, observando el edificio e intentando imaginármelo cuando sus días eran mejores. Evidentemente, antaño todo era nuevo. De algún modo, parecía imposible imaginar el gimnasio con pintura fresca y sin pintadas. Había un muro bajo en el exterior, rodeando unos arbustos decorativos que en su mayoría estaban muertos. En el espacio reservado a los arbustos había media docena de personas: durmiendo, leyendo, bebiendo y garabateando en carteles de cartón. El semáforo se puso en rojo, así que me detuve. Me quedé parada el tiempo suficiente para ver salir al encargado del gimnasio y espantarlos a todos como si fueran palomas o perros callejeros. Para cuando el semáforo se puso en verde, todos habían vuelto a su sitio. No tenía ni idea de cómo era posible que tanta gente llegara a estos extremos. Me dolía pensar que existiera una vida así. También me dolía pensar que había tantos de nosotros que vivían mucho mejor, simplemente... protegidos de esta realidad. Sin preocuparnos. Siguiendo adelante con nuestras vidas, nuestra riqueza y nuestra fortuna.

El segundo gimnasio de mi lista no era mucho mejor. Claro, no había tantos indigentes agolpados en la entrada, pero había varias mujeres que parecían cansadas y se acercaban a los hombres que salían del gimnasio. Vi cómo rechazaban a dos de ellas con un movimiento de muñeca. Una de ellas, claramente ofendida, le arrojó basura al hombre que la había rechazado. Una tercera mujer, más joven, pero no lo suficiente como para ser menor de edad, se acercó a otro hombre, que estaba muy interesado en lo que ella le ofrecía. Se alejaron juntos hacia la camioneta del hombre. No podía imaginarme llegar a un punto en mi vida en el que la prostitución fuera aceptable; pero tampoco podía imaginarme una vida sin dinero, así que no estaba exactamente en condiciones de juzgar nada. La gente hacía lo que tenía que hacer para sobrevivir. Si observaba el modo en que los profesores impartían sus clases, cómo fingían no ver ni enterarse tantas cosas, no era difícil entender por qué el recibir una educación no iba a ser el billete de salida de nadie. Hacía falta mucho más que eso.

Después de conducir durante unas horas, pasando gimnasio tras gimnasio sin entrar en ninguno, decidí parar en algún sitio a comer. Había un pequeño restaurante mexicano al que Blayze solía llevarme cuando aún estábamos juntos. No había ido desde que rompió conmigo porque me dolía el corazón sólo de pensarlo, pero ahora que al menos volvíamos a hablarnos, no me parecía tan mal. Además, estaba cerca y tenía hambre.

Pasé junto a tres hombres de aspecto bruto con carteles de cartón, a uno mugriento que

ponía el grito en el cielo y una mujer que tocaba una guitarra destartalada con el texto «Dios te bendiga» garabateado sobre la suoerficie con rotulador. Ahora que había empezado a fijarme en esa gente, los veía por todas partes. No sé si era porque de repente me sentía vulnerable o porque últimamente había estado analizando mi vida con detenimiento, pero no podía dejar de pensar en lo que me tendría que pasar para acabar como ellos. O qué les haría falta a ellos para acabar como yo. No podía ver el camino que me llevaría a frecuentar la esquina de una calle, pero una parte salvajemente ansiosa de mi cerebro insistía en que no sólo era posible, sino probable. Sin dinero ni suerte y unos años luchando para llegar a fin de mes. La gente hacía lo que tenía que hacer para sobrevivir e incluso el orgullo acababa pasando a un segundo plano.

Estaba tan ensimismada que ni siquiera miré al grupo de gente que comía en las mesas de fuera hasta que ya había aparcado el coche. Cogí el bolso, respiré hondo, agarré la manilla, levanté la vista y me quedé helada. Allí, en mi mesa favorita bajo el arbusto de lilas, estaba Blayze. Frente a él, haciendo un bonito mohín y jugando con los dedos de él, estaba Sam. Un dolor ardiente y violento me invadió por dentro, se hizo bola y se me quedó atrapado en la garganta. Lancé el bolso al asiento de al lado y volví a arrancar el coche. Di marcha atrás y me alejé antes de que ninguno de los dos pudiera verme.

—Maldita sea, Blayze —jadeé a través del dolor que sentía—. ¡Ese es nuestro sitio! ¡Nuestro! ¿Por qué tenías que llevarla ahí?

Se me derramaron unas lágrimas gordas y calientes por la cara. Con todo lo que había pasado, no me había detenido a procesar que había pasado página. Que ya no era yo quien se aferraba a sus risas y compartía sus sonrisas. No pude asimilarlo hace unas semanas porque con todo lo que pasaba no tenía espacio para ello. Todo el miedo, el dolor y el aislamiento me habían bloqueado la vista, habían hecho que algo tan serio como una ruptura pareciera, en comparación, una picadura de abeja. Pero su repentina amabilidad y los pasos hacia la sanación que habíamos dado, la forma en que me había abrazado mientras me derrumbaba- las suposiciones de mi madre, que no quería corregir, todo había construido una ilusión a mi alrededor, una ilusión de que, de alguna manera, Blayze y yo aún podíamos estar bien.

Sollozando, ahogándome en dichos sollozos, dejé que mi corazón se rompiera en pedazos y vertí esos pedazos como galletas desmenuzadas en el amasijo de duras palabras y acusaciones que él había dejado en mi memoria. Se me había quitado el apetito, pero mi necesidad de hacer ejercicio era de repente muy, muy real.

Conduje lo más lejos que pude del restaurante, me hice socia de un gimnasio cuyo nombre ni siquiera recuerdo y me machaqué el cuerpo de la única forma que siempre me habían enseñado que era aceptable. Hice ejercicio hasta que no pude distinguir el sudor de las lágrimas, hasta que el dolor de mi cuerpo abrumó el dolor de mi corazón.

Capítulo

Quince

Blayze

—Es que no entiendo por qué quieres hablar de *ella*. —Sam hizo un mohín, poniendo los ojos en blanco y levantando las puntas de mis dedos de la mesa. Odiaba que hiciera eso y ella lo sabía. Era su forma de imponer su dominio—. Ya me aburre. Es de lo único que se habla desde hace *semanas*.

—Bueno, ya sabes por qué —dije razonablemente.

Suspiró pesadamente y su voz salió cargada de sarcasmo.

—Sí, ya. Todo es culpa mía porque fui yo quien le dijo a todo el mundo quién era su padre. Lo he dicho, ¿contento ya?

Negué lentamente con la cabeza, observando su rostro.

—Sabes tan bien como yo que se habría olvidado en una semana, puede que menos, si esa fuera la única razón.

Me miró con ojos grandes. Los llamaría ojos de cachorro si contuvieran algo remotamente parecido a la inocencia. Bajando la barbilla, movió la cabeza en un gesto de «rubia descerebrada». No era ninguna estúpida y los dos lo sabíamos, pero estaba a la defensiva y eso nunca le sentaba bien.

—Bueno, obviamente no ha sido así... —son salió nada más de su boca, pero el silencio de sus ojos decía otra cosa.

—Así que —dije con paciencia—, no lo dejan pasar porque alguien no deja de animarlos. No deja de echar carne en el asador para mantener el interés de los lobos.

Hizo una mueca y puso los ojos en blanco.

—Qué asco. ¿De qué hablas? En plan, de los carteles y esa mierda?

Asentí con la cabeza.

—Y los volantes, pero ni siquiera eso bastarían para mantener esto tanto tiempo.

Ella entrecerró los ojos, confundida.

—¿Por qué no? Todo el mundo los tiene delante de los ojos todo el tiempo.

—También lo están los carteles contra el acoso —señalé.

Sus cejas casi desaparecen bajo su flequillo.

—¿Tenemos carteles contra el acoso escolar?.

Sonreí.

—Exacto. La gente ignora las cosas que tiene delante de los ojos todos los días. Los carteles y los panfletos siguen estando ahí, pero no han cambiado. La gente ya debería haberse acostumbrado. Ese impulso debería haber desaparecido. Lo normal habría sido pasar a hacerle el vacío, pero muchísima gente sigue centrándose en ella a conciencia. Para eso hace falta energía e intención. Tiene que venir de algún sitio.

Intentaba hacer que se diera cuenta o hacerle una encerrona para que confesara, pero ninguna de las dos cosas parecía funcionar. Actuaba como si todo esto fuera información novedosa para ella, hasta se le oscurecían de sus ojos y se le suavizaba la postura descarada. Estaba pensando, y se estaba esforzando en hacerlo. Pero no sabía si estaba tratando de resolver

el rompecabezas o de averiguar cómo librarse de las sospechas. Dio un largo trago con la pajita, con la mirada fija en una esquina sucia del alféizar de la ventana. A continuación, sacó su teléfono.

Me eché hacia atrás, molesto.

—¿De verdad? ¿Vas a ponerte con el móvil ahora?

—Cállate —dijo distraídamente.

Levanté las manos y las dejé caer de nuevo, soltando un suspiro.

—Mira, sé que no te gusta. ¿Crees que a mí sí? Su padre ha encerrado a mi hermano. Pero una cosa es la justicia y otra la venganza, y esto hace rato que sobrepasó el hacer justicia.

Sus pulgares volaban furiosamente sobre la pantalla, alternándose de vez en cuando con los dedos índices. Estaba dejando atrás el fastidio y entrando de lleno en sentir ira.

—¿Ves?, este es el tipo de puta mierda que me hace preguntarme por qué alguna vez estuve contigo para empezar. Y porqué he vuelto contigo. Estábamos justo en medio de una conversación semi-importante. Me interesaba el tema. Joder, me interesaba saber tu opinión. Y tú te vas y te pones con el maldito...

—¿Alguna vez vas a cerrar la boca? —preguntó tranquilamente, con los ojos fijos en la pantalla.

Fruncí el ceño ante mi plato. Si no tuviera que llevarla a casa, me habría marchado en ese momento. Joder, todavía me lo estaba pensando. Era una mujer adulta, podía encontrar su propio forma de llegar a casa. No sería la primera vez que tenía que coger un autobús.

—Toma —dijo de repente, y me pasó su teléfono—. Mira esto.

—Lo juro por Dios Sam, si me vas a enseñar un meme...

—Por lo que más quieras, gilipollas, ¿quieres mirar?

Le arrebaté el móvil y miré la pantalla. Tenía abierto Fugwidem, una red social anónima que agrupaba automáticamente a los usuarios por código postal y borraba todas las publicaciones nuevas en 48 horas. Cuando leí el post que tenía delante, el calor me subió por el cuello hasta hacerme ver rojo por el rabillo de los ojos.

La culpable debe morir. Arlena Drake es culpable de asesinato por poderes, robando la vida de un hombre para sus propios fines egoístas. irá a por ti también. Protege tus secretos. Protege tu vidas. Protege a tu familia. Ella no merece vuestra libertad; debería morir por su propia mano. Es nuestra responsabilidad hacer que desee estar muerta, cada día, hasta que se suicide. --Anonimonstruo

—¿Quién demonios es este gilipollas? —gruñí entre dientes.

—No lo sé. Nadie lo sabe, ese es el objetivo de la aplicación, ¿no? Que es completamente anónima.

—¿Qué puto sentido tiene eso? —Estaba demasiado cabreado para pensar con claridad.

Frunció los labios y ladeó la cabeza.

—¿Ahora quién se hace el tonto? De eso se trata, Blayze. La cuestión es organizar entregas de droga, llamar a la gente por su nombre y vigilar el territorio sin que te pillen. Hay un codificador de localización integrado en la aplicación. La policía ni siquiera puede descifrarlo, y nadie sabe quién la ha diseñado, así que ni siquiera pueden sustraerle información. Además, aunque pudieran, la forma en que funciona hace que sea imposible obtener datos antiguos. Los policías tendrían que hablar con un juez, conseguir una orden judicial, encontrar a alguien a quien entregársela y abrirse camino a través de un sistema hermético, todo ello en cuarenta y ocho horas. No hay manera. Créeme, aquí puedes salirte con la tuya.

Como para demostrar su punto de vista, la página se actualizó para mostrar una lista de

precios de diversos actos sexuales, junto con una descripción de la persona que supuestamente realizaría esos actos. También había alguien que vendía una pistola y otro que preguntaba dónde podía conseguir un montón de lejía a corto plazo.

Rechiné los dientes.

—¿Por qué demonios tienes esta aplicación instalada, Sam?

Me miró con frialdad.

—¿Sabes cuántos enemigos he hecho? ¿Cuántas entregas se hacen en mi calle, a veces justo bajo mi ventana? Tienes que estar enterado para sobrevivir por aquí, Blayze. Creía que lo sabías.

—Lo sé —espeté, lanzándole una mirada peligrosa—. Sabes que sí. Pero este rollo de espía anarquista es sobrepasar un límite. ¿Qué te pasaría si la policía te confiscara el teléfono por alguna razón y encontraran eso ahí?

Se encogió de hombros con facilidad.

—No podrían probar nada. No queda registro de lo que publicas. Además, tiene una función de autodestrucción. Borra toda la memoria del teléfono, ni siquiera deja un rastro detrás. —. Se revolvió el pelo con indiferencia, lo que me puso nervioso cuando los mechones cayeron suavemente sobre sus hombros—. Y tampoco hay ninguna ley que prohíba tener una aplicación de chat en el teléfono, así que no pueden hacer nada al respecto.

Sacudí la cabeza.

—Sigue siendo arriesgado. ¿Así que no hay forma de encontrar a este tío? ¿Tía? ¿O lo que sea? —Seguía teniendo su móvil en la mano, observando cómo los rincones más oscuros del barrio aireaban sus asuntos con descaro en la pantalla. Todavía no estaba seguro de la involucración de Sam en todo esto, si es que estaba involucrada.

Ella negó con la cabeza.

—No.

—¿Puedes responder a los mensajes?

Ladeó la cabeza.

—¿Más o menos? La verdad es que no. Puedes hacer un pantallazo y publicar la imagen para poder responder a lo que pone de esa manera, pero siempre cabe la posibilidad de que el autor de la entrada original ni siquiera lo verá. No hay una red de interacciones como en otros sitios. Así sería demasiado fácil rastrear las relaciones.

Fruncí el ceño al ver de qué estaba hablando. Alguien había publicado una captura de pantalla del post de la prostituta. El pie de foto intentaba regatear el precio del tercer punto de la lista, un fetiche que me revolvía hasta el estómago, y eso que el lado más raro del porno no me era ajeno. Seguí mirando, esperando. Por fin, cuando la paciencia de Sam empezaba a agotarse y mi comida ya estaba fría, vi lo que buscaba.

Objetivo: Arlena Blayke. Lugar: Burnaby High. Hora: hora de comer del lunes. Arma: comida. Cárgate el armario de la princesa. Los culpables merecen morir por su propia mano.

—Ahí está —dije en tono sombrío, devolviéndole el teléfono—. No es al azar, y no es cosa de un colgado obsesionado. Alguien está organizando esto. —Y no eres tú, añadí para mis adentros.

Esas publicaciones se suben al instante. Yo había tenido su móvil en la mano, así que no podía haber sido ella. Si eso no era prueba suficiente, la expresión de su cara cuando lo leyó sin duda lo era.

—¿A qué viene ese eslogan? «Los culpables merecen morir por su propia mano». Creo que es la cosa más cobarde que he visto en mi vida. Lo juro por Dios, los críos son un putos blandengues hoy en día. No puedes darle una buena a la zorra esa y seguir con tu vida, no, tienes

que esconderte detrás de una pantallita y follarle la mente. —Sus ojos brillaban de furia. Estaba temblando, temblando de verdad. Puse mi mano sobre la suya y ella la apartó de un tirón.

—No me consueles, estoy cabreada. Estoy a favor de impartir un poco de justicia callejera. Estoy dispuesto a tirarle de los pelos a cualquier zorra que se lo merezca. Pero esta mierda de la guerra psicológica me da puto asco. —Apretó los dientes, mirando el teléfono, y luego dirigió su intensa mirada hacia mí—. Vale, Blayze. Escúchame, y presta atención. No me gusta Arlena. No confío en ella. Creo que es una zorra miserable que no duraría ni un día en mis zapatos….

Asentí y le hice un gesto para que continuara. Sacudió la cabeza, apretó los labios y soltó un suspiro acalorado.

—Pero lo único que odio más que a una zorra mentirosa y ricachona es a un depredadir cobarde con complejo de Dios. No voy a ser su puta amiga, de eso puedes olvidarte. Pero tampoco voy a formar parte de esta mierda. Sé que tienes su número. Dile que se salte el almuerzo el lunes.

Alcé las cejas.

—Guau, Sam. ¿Es que te estás ablandando?.

—Cierra la puta boca —gruñó, agitando amenazadoramente su cuchillo de mantequilla—. Lo negaré todo.

Sonreí y le di un mordisco a mi hamburguesa fría. Me alegré de que no fuera ella, pero una parte de mí también se sintió decepcionado. No sabía por qué, y estaba de demasiado buen humor para darle vueltas, así que guardé el sentimiento en un rincón aparte de mi cerebro con una nota grande encima para examinarlo más tarde. Los sentimientos tienen la costumbre de ir tras mi culo si los dejo solos demasiado tiempo.

Capítulo

Dieciséis

Arlena

Me temblaban las manos mientras untaba mantequilla de cacahuete en un trozo de pan. El texto críptico de Blayze me perseguía, sonando una y otra vez en mi cabeza. *No entres a la cafetería. Come en el coche. Se viene una gorda.* No sabía si se refería a para siempre o sólo a ese día y no me atrevía a contestarle. Había sido muy claro al respecto. No sabía qué haría Sam si se enteraba de que Blayze y yo estábamos hablando, y la verdad es que no quería averiguarlo. Sam me daba un miedo de cojones.

Intentaba comer en silencio, pero mis nervios crispados y mis manos temblorosas me traicionaron. Se me cayó el cuchillo al suelo con un estruendo ridículo que hizo que se me subiera el corazón a la garganta. Me quedé inmóvil en la oscuridad, con la cocina iluminada únicamente por la enfermiza luz amarilla de los fogones, y esperé. Los latidos de mi corazón me ensordecían. Cuando se encendió la luz de la cocina, tuve que reprimir un grito.

—¿Qué haces? —preguntó mamá, con la voz todavía pastosa por el sueño—. No es hora de ir a clase, ¿verdad?

—No podía dormir —dije sinceramente—. Así que me estoy preparando el almuerzo.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Te has quedado sin dinero? Deberías habérmelo dicho. Espera, te transferiré u poco a tu cuenta...

—No —dije rápidamente—. Tengo dinero. Es sólo que estoy harta de la comida de la cafetería.

Entrecerró los ojos y una parte de mí temió que leyera mis miedos como si estuvieran subrayados con rotulador.

—Ni siquiera te gusta la mantequilla de cacahuete —dijo.

Tenía razón. Claro que la tenía. Pero era el único bocadillo que se me ocurría que no se estropearía si lo dejaba en la guantera todo el día. Me encogí de hombros. No podía mirarla a los ojos, así que me volví para coger un cuchillo nuevo del cajón.

—Los gustos cambian —dije.

Mi madre cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ajá. ¿Igual que de repente te dejan de gustar las corbatas para gustarte el cuero desgastado?

Le lancé una mirada aguda y luego me obligué a componer una expresión de despreocupación neutral.

—Nunca me gustó tanto Lenny —dije—. Y a Blayze no le gusto tanto yo. Así que, centrémonos en los bocadillos, ¿vale?

Torció la boca y carraspeó.

—Ya veo. Bueno, eso explica muchas cosas. Has estado muy triste últimamente. También has estado perdiendo peso. Vamos, cariño. Habla conmigo. Háblame de ese chico tan, tan estúpido que no pudo ver lo maravillosa que eres.

Fulminé el bocadillo con la mirada mientras extendía la mermelada, como si quisiera

matarlo.

—Estoy bien —mentí—. No soy su tipo. Aquí no soy el tipo de nadie. Todo este maldito vecindario me odia y a mí tampoco me caen muy bien. ¿Papá habrá terminado de salvar el mundo para cuando me gradúe?

Exhaló un largo suspiro y se pasó una mano por el pelo castaño, dejando entrever algunas raíces plateadas.

—No lo creo —dijo—. Han tenido que llamar a la unidad de ciberdelincuencia para consultar el problema.

—¿Y qué problema es ese, exactamente? ¿La pobreza? ¿Los sintecho? ¿El dejarte arrastrar sin rumbo por una taza de váter que se mueve a paso de tortuga? —Metí de mala leche el bocadillo en una bolsa de plástico, medio aplastándolo en el proceso.

Mamá parpadeó y dudó un largo rato.

—Bueno, esos también son problemas, sí, pero no son en los que está centrado tu padre, ni el alcalde. El consumo de drogas se está disparando por aquí, sobre todo en menores. A él no le gusta contarte estas cosas porque todavía te considera su niña, pero yo me hago una major idea más clara de lo que puedes soportar.

Lo dudo, pensé con amargura. Mamá dio un paso adelante, abrazándose los codos.

—Las salas de urgencias de por aquí están siempre a tope. Sobre todo por sobredosis. Es tan grave que la ciudad ha empezado a instalar puestos por toda la ciudad con equipos de respuesta rápida equipados para tratar las sobredosis. Ya se ha intentado antes, pero siempre lo tiran abajo antes de que pueda echar raíces.

—¿Lo tiran abajo? —pregunté lentamente.

Asintió con la cabeza.

—Sí. Las bandas, los chulos y los camellos se toman sus territorios muy en serio por aquí. También está el hecho de que nadie quiere aceptar la ayuda que se les intenta dar. Por eso tu padre trabaja tanto para sacar a esa gente de la calle y limpiar este lugar. Los médicos no pueden ocuparse de la gente que los necesita si quien los está enfermando se niega a ceder terreno. Pero eso no es lo peor, Arlena.

Tragué saliva. Todo lo que sabía sobre Eddie y sus fiestas me bailaba en la cabeza, amenazando con derramarse por mi boca. Me lo guardé para mí. Quizá si hubiera sido un poco más heroica y me sintiese un poco más segura de mí misma no me habría mordido la lengua con tanta fuerza, pero estaba aterrorizada. No quería morir luchando en una guerra que ni siquiera entendía.

Mamá se acercó y habló tan bajo que casi me costaba oír sus palabras.

—El 85% de las sobredosis se dan en menores —,dijo e hizo una pausa, pero sólo un segundo—. En niños. El sesenta por ciento de esos críos tienen quince años o menos. Alguien está yendo a propósito a por niños pequeños, muy pequeños, y está haciendo que se enganchen a lo que vende. Todos estos niños vienen de familias rotas y pobres. Convertirlos en adictos significa que harán todo lo posible para alimentar su adicción. Igual tienen un poco de calderilla o igual se les da bien robar unos dólares de las billeteras de sus padres. Pero al final, Arlena... al final llega un momento en el que ya no pueden pagar las drogas. Ahí es donde pasan a la acción los proxenetas.

Apreté los ojos y sacudí la cabeza. ¿Cómo es posible que esto sea mundo? ¿Y cómo he existido yo dentro de un cascarón durante tanto tiempo, sin imaginar siquiera que algo así pudiera ser posible? Que la gente pudiera ser tan malvada.

—No quiero oír más —dije, obligándome a pronunciar las palabras allá pesar del dolor que

sentía en el corazón.

Ella asintió con la mirada baja.

—Quizá no debería habértelo dicho —dijo—. Es por culpa de la falta de sueño. Sólo quería darte un poco de perspectiva, Arlena. Sentirse fuera de lugar no es lo peor que podrías sentir, y estar soltera tampoco es lo peor que te puede pasar. Sé que todo esteproceso no ha sido muy divertido para ti, pero es importante. Es de vital importancia. ¿Esos niños? Están tan llenos de vida y potencial como tú. La diferencia entre tú y ellos es que no tienen a nadie que los proteja.

Unas lágrimas de tristeza me salpicaron la cara mientras luchaba por reprimir el impulso irrefrenable de contárselo todo. En ese momento me odié a mí misma porque sabía que tenía razón. La gente sufría y moría por el poder que ostentaba el gueto, el mismo poder del que mis supuestos amigos decían estar cerca. Lo suficientemente cerca como para estar a salvo en cualquier barrio. La ciudad se estaba pudriendo, y era muy probable que Blayze estuviera igual de podrido. ¿Pero acaso era culpa suya? Ese era el problema, ¿no? Lo único que todos hacían aquí era intentar sobrevivir y, a veces, lo que más odias, aquello de lo que más quieres alejarte, es también el único salvavidas que tienes.

Mamá me estrechó en un abrazo y yo rodeé su cintura con los brazos y dejé que mi impotencia fluyera hasta formar un charco en su hombro. Me meció, susurrándome cosas tranquilizadoras contra el pelo. Cuando por fin me separé para lavarme la cara, el cielo se estaba poniendo de un gris amarillento con la temprana luz del amanecer. Miré la hora. Tenía dieciséis minutos para llegar al instituto. Mamá también se fijó en la hora y me sonrió.

—Todo va a salir bien —prometió—. Mientras la gente buena siga intentándolo, al final todo saldrá bien.

¿Pero para quién? pensé, pero no me atreví a formular la pregunta en voz alta. Sonreí a mi madre como pude, recogí mis cosas y me fui. Había un sobre en el escalón. Porque... Pues claro que lo había. El instinto me hizo agacharme a recogerlo, pero sólo tardé un instante en sacudírmelo de encima. Con venganza, le di una patada a la carta, la lancé hacia los arbustos y seguí caminando. Hoy no, Satanás. Hoy no.

Intenté olvidarme del sermón de mamá mientras conducía. Era una pesada carga más sobre otro montón de cosas pesadas, pero no podía soportarlo. Era como si me hubieran quitado un filtro de la vista, dejándome una visión clara y dura del mundo que me rodeaba. Las chicas de primer año que esperaban en la parada del autobús, todas ellas demasiado delgadas, no iban vestidas para el tiempo que hacía. Nunca iban vestidas para el tiempo que hace, me recordé. Las de primer año son unas estúpidas quee intentan impresionar, pero al mirar un poco más de cerca, vi detalles que antes se me habían pasado siempre desapercibidos.

Una chica se rascaba el brazo con obsesión ausente, arrancándose viejas costras y esparciendo pequeños regueros de sangre por su piel. Otra no podía tener más de catorce años, pero miraba el mundo pasar a través de los ojos tristes y marchitos de alguien ocho veces mayor que ella. Una niña no dejaba de mirar por encima del hombro a un hombre de mediana edad que estaba a la sombra de un edificio alto. Él la saludó furtivamente y ella le lanzó un beso. Un beso ensayado, practicado, muerto.

Volví los ojos hacia delante y los mantuve así durante el resto del trayecto. El estómago se me revolvía y se me retorcía con asco y tenía la piel húmeda y fría, aunque de algún modo sudaba a través de la camisa. Me di cuenta de que papá veía todo esto. Lo vio y lo interpretó de formas que yo no podría haber visto. Siguió el hedor de la corrupción hasta donde pudo, y decidió que las drogas y sus traficantes eran el núcleo del problema.

Para cuando llegué al campus aún no había decidido si estaba de acuerdo o no con su

valoración. No es que importara. Mi opinión no significaba mucho para él cuando se trataba de asuntos del «mundo real». Él creía saber exactamente lo sobreprotegida que yo estaba. Si de verdad hubiera estado tan protegida como él pensaba, yo no habría tenido nada que aportar. Todas mis opiniones no habrían sido más que dar palos de ciego.

—Ya no estoy tan sobreprotegida —susurré mientras conducía el coche con cuidado entre la multitud.

Me entraron picores por la nuca cada vez que los estudiantes se apretujaban más alrededor de mi coche, haciéndome imposible moverme sin darle a nadie. Sonó un claxon con fuerza detrás de mí. Mi coche bloqueaba la carretera y se estaba formando una carabana detrás de mí, pero a los estudiantes no parecía importarles. Las duras miradas se clavaron en mi parabrisas, congelándome en el sitio.

—Ya veo —suspiré—. Gracias por avisarme, Blayze. —Bajé un poco la ventanilla y hablé con la persona que tenía más cerca, tanto que su mochila golpeaba mi coche a cada paso.

—Perdonad —dije—. Nadie puede entrar en el aparcamiento hasta que me mueva. ¿Podríais moveros, por favor?

No había expresión alguna en sus fríos ojos. Sentí escalofríos.

—Oblíganos —respondió.

Sonó otra bocina, seguida de otra y otra. Giré con fuerza la cabeza por encima del hombro y grité:

—Ya lo estoy intentando, ¿vale?

Por supuesto, no me oyeron. Las bocinas seguían sonando y los estudiantes avanzaban a trompicones. Sentí que algo se rompía dentro de mí y pisé a fondo el freno con el pie izquierdo y a continuación pisé con la misma fuerza el acelerador con el derecho. El potente motor rugió como un tigre, haciendo que los estudiantes que tenía delante se pusieran a cubierto. Solté el freno y salí disparada hacia delante un par de metros. Eso fue todo lo que conseguí avanzar antes de que se abalanzaran de nuevo sobre el coche, con cara de muertos y decididos a arruinarme la mañana.

Sonó el primer timbre. La multitud no disminuyó en absoluto y el ruido detrás de mí se hizo más fuerte a medida que la gente empezaba a entrar en pánico. Los gritos de maldición sonaban entre las bocinas, incrementando esa energía impregnada de furia. Era contagioso. Los fuertes golpes cayeron sobre el vehículo cuando la masa empezó a transformarse en un motín que tenía a mi coche como blanco de su descontento. Aceleré de nuevo el motor y alguien saltó sobre el capó de mi coche. Levantó el puño, apuntando a mi parabrisas. Metí la marcha atrás sin pensar, pero antes de pisar el acelerador y matar a un montón de gente, un silbido estridente se coló en medio del caos.

—¡Sois unos novilleros! —bramó una voz amplificada artificialmente—. ¡Cerraré las puertas en exactamente cinco minutos! Cualquiera que se quede fuera será arrestado y acusado de allanamiento, absentismo escolar, destrucción de la propiedad, ¡y será expulsado permanentemente!

Eso hizo que se movieran. Por fin, joder. Temblando y sudando, aparqué en el lugar disponible más cercano. Cinco minutos no me parecían suficientes. Esperé tres minutos, recuperando el aliento y controlando los nervios. Para entonces, el aparcamiento casi se había vaciado de estudiantes. Cogí mi mochila y corrí hacia la puerta, siendo una de las últimas que aún estaba fuera. Llegué con más de un minuto de sobra. Llegaba tardísimo para la primera hora, pero no me importaba. En ese momento, pensé que el solo hecho de sobrevivir al curso sería una gran victoria para mí.

Abrí la puerta de mi clase y me encontré con un mar de caras hoscas, cada una de ellas con un resguardo rosa brillante de castigo en el pupitre. Me miraron y gruñeron como si yo tuviera la culpa de que todos decidieran comportarse como unos imbéciles al mismo tiempo. No pude evitar preguntarme si lo habían planeado de antemano. O si todos se habían despertado teniendo la misma pesadilla en la que yo era su enemigo. En cualquier caso, había una parte de mí que no estaba precisamente enfadada porque los castigaran. Lo más probable era que no todos se saltaran el castigo, cosa que disminuía los blancos en mi espalda. No me atreví a dejar que vieran la sonrisa que casi me estiraba los labios.

Agaché la cabeza y me tomé asiento en la esquina, donde tenía una pared a mi espalda y otra a mi derecha. El Sr. Morris me observó en silencio mientras me acomodaba en mi asiento y luego recorrió la sala mientras todos los ojos se volvían hacia mí.

—Arlena, me alegro de que hayas podido unirte a nosotros. ¿Tienes una excusa para llegar tarde?

Las expresiones a mi alrededor cambiaron casi al instante. Las miradas furiosas se endurecían en amenazas abiertas o se suavizaban en súplicas silenciosas. ¿De qué demonios tenían miedo? Toda la escuela había visto su maniobra, no era ningún secreto. Lo único que la administración podría ignorar es quién conducía el coche, aunque debería haber sido obvio. Pero eso no impidió que intentaran hacerme callar. Algunos me miraban tan fijamente que empezaron a sudar.

No estoy segura de qué es lo se me pasó por la cabeza en ese entonces. Era todo tan, pero tan exageradamente ridículo, y ahora la gente me hacía señas y vocalizaba: *cállate, cállate, por favor, cállate*. Pillé a un chico rezando. Fue el colmo. Abrí la boca para hablar, pero una oleada de risa impotente se apoderó de mí. Era salvaje, incontrolable. No podía respirar, pero tampoco podía parar. Reí hasta llorar, hasta que me dio un punto en el costado. La expresión del Sr. Morris pasó de la paciencia estudiada al enfado y a la preocupación real, y cada cambio sólo me hacía reír más. Finalmente, después de cien paradas en falso, pude hablar por fin.

—Había mucho tráfico peatonal esta mañana —chillé.

Alguien soltó una risita y eso provocó que me diese otro ataque. El señor Morris se tapó los ojos con la mano y agachó la cabeza. Por alguna razón, aquello me hizo muchísima gracia. Aullé como un lobo y me partí de risa como una bruja hasta que resollé. Ya está, así es mi vida ahora, pensé. Por fin lo han conseguido. Por fin me han vuelto completamente majareta.

—¡Tía, cierra la puta boca! —El grito vino acompañado de dos manos enormes y carnosas que golpearon mi pupitre. Ahogándome de risa y con las lágrimas corriéndome por la cara, levanté la vista hacia un rostro lleno de pánico y furia.

—E-eso quiero... —jadeé—. ¡Pero no puedo!

El chico no sabía si darme un puñetazo o salir corriendo. Eché la cabeza hacia atrás y me reí. Volvió a su asiento, se desplomó y señaló al señor Morris.

—Usted es el profesor, ocúpese de ella.

El señor Morris se irguió y borró toda expresión de su rostro. Cruzó las manos delante de él y me miró con paciencia. Respiraba profundamente, impertubable. Fijé mis ojos en los suyos e imité su respiración, soltando risitas de pánico cada pocos segundos. Al final se calmaron, pero seguía sintiéndolas justo debajo del esternón, a punto de estallar de nuevo. Seguí respirando, anclada en la absoluta falta de expresión de Morris. Cuando por fin cesaron los espasmos, apoyé la cabeza en el escritorio y respiré hondo.

Morris esperó doce segundos y luego siguió con la lección como si nada hubiera pasado.

—Como recordarán, quizá, si tengo suerte, la semana pasada hablamos de la química

cerebral y las hormonas en su relación con los procesos cotidianos normales de la vida y el vivir. Esta semana vamos a tocar el tema de las irregularidades en la química cerebral y las hormonas, y los factores estresantes que las causan, tanto los factores estresantes internos como los externos.

Me permití esbozar una pequeña y suave sonrisa en el oscuro abrazo de mis propios brazos. Había leído el plan de estudios y esa lección no se impartiría hasta finales de año. Bendito seas, Morris. Tal vez esos imbéciles aprendan por qué no deben esforzarse por volver loca a una persona.

No sé si aprendieron algo o no. Yo creo que sí, pero todo lo que aprendí se me fue de la cabeza en cuanto salí del aula. De todas las clases salían estudiantes con cara de pocos amigos y la mayoría me miraban como si quisieran arrancarme la cabeza de los hombros. Veía papelitos rosas de castigo allá donde miraba y me di cuenta tarde de que el señor Morris no me había castigado a pesar de haber sido la última en entrar. Eso no me haría ningún favor más tarde.

La sensación general de furia se había reducido a una espesa nube hosca para la segunda hora. Nadie me miraba, lo cual era preferible a la alternativa. Estaba bastante segura de que me partiría una costilla si me daba otro ataque de risa. A la media hora de clase, llegó alguien de dirección a darme el mensaje de que fuera al despacho del director. Una lluvia de chicles masticados y escupitajos cayó a mi alrededor mientras avanzaba por el aula, pero me había acostumbrado tanto a todo aquello que no me afectó más de lo que lo habría hecho una ligera lluvia.

—Dejadlo ya u os suspendo a todos —dijo rotundamente la Sra. Holmes—. Hoy estáis todos en la cuerda floja, ¿de verdad queréis tentar a la suerte?.

No me atreví a dedicarle una sonrisa de agradecimiento. Seguí ignorando esa pegajosa agresión y me negué a quitarme los trozos que se me pegaban hasta que salí al pasillo.

—Vaya, parece que has cabreado a la persona equivocada —dijo el mensajero con simpatía.

—Sí, ¿verdad? —Sacudí la cabeza para quitarme las bolas de saliva del pelo. El mensajero puso cierta distancia entre nosotros para evitar que le cayese algo de saliva de segunda mano, dándome la oportunidad de mirar el móvil. Me había vibrado en clase, pero no quise llamar la atención innecesariamente. Era Blayze. Ya me lo medio esperaba.

Biblioteca en la 12^{t} después de clase. Aparca en la parte de atrás.

La parte cuerda de mi cerebro me decía que no fuera y me aseguraba sin remilgos que se trataba casi con toda seguridad de algún tipo de trampa. Pero tampoco es que estuviera ya muy cuerda. Aquella muestra de total abandono me había ganado el rechazo de la gente de aquella clase. Tan pronto como empezaran a contárselo a los demás, se empezaría correr más y más la voz. Sintiéndome mareada por esta nueva sensación de poder y temeridad, entré en la oficina.

Capítulo

Diecisiete

Blayze

Tamborilear sobre el volante no ayudaba a calmar mi agitación. Había salido de clase demasiado pronto. Notaba esa sensación persistente en la nuca que me decía que debería haberme quedado para asegurarme de que Arlena salía del aparcamiento de una pieza. Había estado muy seguro de que la dejarían en paz a la salida, teniendo en cuenta los problemas a los que se enfrentaban por impedirle la entrada. Pero últimamente nadie se comportaba como yo esperaba. Miré el reloj por enésima vez y después volví a mirarlo. Sólo llevaba cinco minutos aquí sentado, así que, sinceramente, no debería haberme asustado tanto por ella. *Ya llegará*, me dije.

Me vibró el móvil. Casi rompo la pantalla en mi prisa por desbloquearlo.

Tuve que hablar con el director y su gente. Voy de camino.

No debería haberme mandado un mensaje. Se lo había advertido. En ese momento, sin embargo, sentía ese mensaje como un soplo de puñetero aire fresco después de toda una vida en las cloacas.

Eché por tierra mi propio suspiro de alivio frunciendo el ceño. ¿Su gente? ¿Qué gente? Maldita sea ella y su ambigüedad. Estuve a punto de preguntarme de qué necesitaba hablar con ellos, pero luego me recordé a mí mismo que, sin duda, era un idiota. Las octavillas y los carteles eran fáciles de ignorar. Haz que el conserje los tire y es como si nunca hubiera ocurrido, aunque volvieran a aparecer al día siguiente. Negación plausible. Ese suceso en el aparcamiento, sin embargo, tenía testigos. Muchos. Padres, conductores de autobús y extraños paseando a sus perros. El instituto ahora se vería obligado a tomar medidas.

Por fin, después de lo que me pareció una eternidad, apareció el coche de Arlena. Los nervios me impulsaron a salir del coche y ponerme en pie. Encendí un cigarrillo y me apoyé en la puerta con todo el desparpajo del que fui capaz, que no era mucho. Estaba preocupado por ella. Había oído muchas historias a lo largo del día y ninguna me hizo sentir mejor. Salió dando un brinco de su coche y casi dio una pirueta a su alrededor, antes de apoyarse en el capó mirando hacia mí.

—Pareces… ¿feliz? —dije inseguro.

Ladeó la cabeza.

—¿Es una pregunta o una afirmación?

—Una afirmación —dije—. La pregunta es 'por qué' y/o 'cómo'.

—Ah —,dijo, echándose el pelo hacia atrás sin cuidado. Se le cayó una bola de saliva. Decidí que no la había visto—. El porqué tiene múltiples motivos y es bastante complicado, así que presta atención. ¿Estás listo?

—Sí.

—Puedo verme contigo —dijo, con los ojos brillantes—. ¿Y el cómo? No lo sé. Sinceramente, no lo sé. Creo que toda la serotonina a la que no he podido acceder en los últimos... no sé ni cuánto puto tiempo... ha terminado por dar un golpe de estado e irrumpir en mi lóbulo frontal—.

Sonreí.

—¿Te ha tocado ciencias cerebrales hoy?

—Sí —dijo sonriendo.

Asentí lentamente con la cabeza y observé su rostro más de cerca. Tenía los ojos anormalmente brillantes, las mejillas enrojecidas de un rosa caliente y malsano, y respiraba entre jadeos rápidos a través de unos labios carmesí que se estaban secando. Estaba colocadísima. Tal vez se debía a lo que acaba de decir, pero mejor ir con cuidado.

—¿De qué quería hablarte el director? —pregunté, sin dejar de mirarla desde una distancia razonable.

—¿Viste todo lo que pasó en el aparcamiento esta mañana?

—Así es.

—Vale, bueno, quería hacerme preguntas acerca de eso. Y los carteles. Y los volantes.

—¿Qué le dijiste?

Se encogió de hombros de una forma exagerada que hizo que las manos se le colgando desde las muñecas.

—Le dije que alguna zorra había descubierto quién era mi padre y que la mayoría de la gente de ese instituto tiene amigos o familiares cumpliendo condena por su culpa. Pareció entenderlo.

—Esa conversación da para un minuto —dije en voz baja—. Se dice en los pasillos que estuviste en el despacho todo el día.

—Ah. Sí, bueno, querían que la enfermera me echara un vistazo porque tuve un ataque de risa de los grandes durante primera hora y pensaron que podría haber sufrido una convulsión. No sabía que se podía tener una convulsión por un ataque de risa, pero supongo que se aprende algo nuevo todos los días, ¿no? En fin, la enfermera se tomó su tiempo mientras el director cuchicheaba con un montón de gente de aspecto importante en otra habitación.

—Y después, ¿qué pasó? —la incité con suavudad a que contara toda la historia.

Se removió inquieta y empezó a jugar con el dobladillo de su minifalda de lana, arrancando trozos de papel y chicle.

—Primero querían saber si yo sabía quién había accedido a la megafonía esta mañana. Supongo que quien nos gritó a todos lo hizo sin permiso, y las amenazas de expulsión no sancionadas no son nada bueno. Tiene miedo de que le demanden—.

—Le está bien merecido. —,Rechiné los dientes—. Debería haberlo anunciado él mismo.

Parpadeó mirándome.

—¿Sabes quién lo hizo?

—Sí —dije con naturalidad—. Fui yo.

Se quedó boquiabierta y me miró con los ojos entrecerrados.

—Creí que habías dicho que no te podían pillarte ayudándome.

Sacudí la cabeza.

—Dije que no podían *verme* contigo. Y joder, si tú no reconociste mi voz por megafonía, tampoco la habrá reconocido nadie más. Pero sabía que no pasaría. La gente sólo ve lo que espera ver.

—Vaya si tienes razón —dijo, desplomándose contra su coche.

Quería cogerla en brazos y abrazarla fuerte, así que me metí las manos en los bolsillos.

—La cosa solo va a peor —dijo en voz baja—. No sé si voy a sobrevivir si sube aún más de nivel. No entiendo por qué no se aburren

—Yo tampoco lo entendía —le dije—. Después me di cuenta. Bueno, fue Sam quien se dio cuenta.

Arlena levantó las cejas, incrédula.

—¿Sam averiguó algo para ayudarme a mí?

Negué con la cabeza.

—No. Lo averiguó por mí, porque no dejaba de incordiarla con el tema. Se ha metido en la red social de por aquí de una forma que ni siquiera puedo empezar a entender. En resumen, alguien está librando una especie de guerra santa contra ti, reuniendo a sus tropas de forma anónima. No sé qué ha pasado esta mañana. Lo último que oí es que se suponía que irían a por ti en la cafetería. Iban a empezar una pelea con comida con un solo objetivo. Por eso te dije que comieras en el coche.

Arlena frunció el ceño.

—¿Cómo? —Quiso saber.

Se lo expliqué y su ceño se frunció cada vez tras cada palabra que pronunciaba.

—¿Sabe la policía lo de la aplicación?.

Me encogí de hombros.

—Supongo que sí, pero tu padre estará más informado que yo.

Levantó los brazos y los volvió a dejar caer, resoplando exasperada.

—¡Pues eso no me es de ninguna ayuda! Se niega a hablarme del trabajo que está haciendo o por qué. Mi madre me contó algo esta mañana, y déjame decirte que hay cosas que sencillamente no puedes fingir no haber oído.

Se me tensó la mandíbula . No tenía ningunas ganas de hablar de esto con ella. Se dio cuenta del cambio en mí y dio un paso adelante, lanzando un patético grito de consternación.

—No me mires así —dijo ella, a medio camino entre la amonestación y la súplica—. Las cosas que me dijo, Blayze...

—No importa —dije lo más suavemente que pude—. Nada de eso importa ahora mismo. Lo que importa ahora es que no estás a salvo.

Sus ojos brillaban empañados cuando apoyó la frente en mi brazo. Por instinto, la rodeé con los brazos para acercarme a ella, pero me detuve con un brazo echado torpemente por encima de sus hombros. Dio un respingo y me miró con culpabilidad.

—Me había olvidado de Sam —dijo casi susurrando—. No dejo de hacerlo. Sigo pensando en ti como si fueras mío, sólo que distante, como si te hubieras ido a la guerra o algo así. No es mi intención, lo juro. Sé que no le hago ningún bien a tu reputación, y estoy bastante segura de que tú no eres bueno para mí, en circunstancias normales, quiero decir.

Eso dolió. No debería dolerme. Yo mismo había llegado a la misma conclusión hacía meses. Pero oír esas palabras salir de su dulce boca fue como una bofetada directa en la cara. El mundo pareció sacudirse y estremecerse a cámara lenta cuando estiré la mano hacia ella y la atraje hacia mí, acercándola para que su cabeza se acurrucara en mi hombro, para que las curvas de su cuerpo se amoldaran a mí. Suspiré, liberando la tensión que me recorría la columna vertebral. No me había dado cuenta hasta ese momento de la tensión que estaba acumulando. Abrazarla así hizo que se arremolinara en mi interior un sentimiento que no podía definir. Lo único que sabía era que no quería que desapareciera nunca.

—Eres mi amiga —dije, luchando con las palabras—. No hay razón para que no consuele a una amiga.

Respiró entrecortadamente, se estremeció y se apretó más contra mí. Podía sentir su pulso en el bajo vientre incluso a través de la ropa, el calor que se extendía por sus muslos bajo las gruesas mallas, la pesadez de su aliento caliente contra mi pecho. La abracé por la cintura y los hombros, pero las manos no me paraban quietas. Quería recorrerla entera, acariciarla y

provocarla hasta que todos sus malos pensamientos desaparecieran de su mente, hasta que gritara de placer y me suplicara adentrarme en su interior.

La idea me hizo estremecerme violentamente contra su cadera con tanta intensidad que dejó de respirar durante un segundo. Se me aceleró el corazón y la mente se me quedó en blanco, no podía pensar en absolutamente nada. No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar ella, así que no tenía ningún plan.

Soltó un pequeño suspiro y se movió contra mí, deslizándose por el tiro de mis vaqueros. Pensé que lo había hecho de manera intencionada, pero no podía estar seguro. La abracé un poco más fuerte, sobrepasando los límites, dejando que mis manos recorrieran cerca de su trasero y su cuello. La sentía como algo maravilloso contra mí, segura, real y familiar de una forma que Sam nunca podría ser.

Tal vez fuera su pureza sobreprotegida o su sorprendente fuerza o la forma en que siempre me miraba como si yo fuera una especie de héroe, incluso cuando estaba siendo un gilipollas con ella. La había tratado de forma horrible, pero ahí estaba ella, depositando toda su confianza en mí. Quería decirle lo estúpido que era eso. Quería señalarle los errores que había cometido conmigo, unos errores que podrían haberla matado si yo hubiera sido cualquier otra persona.

Pero yo no era cualquier otra persona, y por el momento ella no corría peligro. Sam estaba a kilómetros de distancia, haciendo lo que fuera que hacía cuando yo no estaba cerca. Solía importarme. Solía obsesionarme con ello, porque siempre parecía estar tramando algo malo. Pero ya no. No podía importarme menos lo que Sam estuviera haciendo. Se me ocurrió que nunca me había preguntado qué tramaba Arlena cuando estábamos juntos, porque no se comportaba de forma sospechosa. Nunca tramaba nada malo y, si lo hacía, quería contármelo todo.

Se apartó suavemente de mí y la dejé marchar a regañadientes.

—Lo siento. —Sonaba y parecía mucho más tranquila de lo que había estado desde que llegó—. Te he echado de menos. He echado de menos que me abrazaras así. Me hace sentir segura. Eh, tú... —Se mordió el labio y sacudió la cabeza.

—¿Qué? —le pregunté. Esperaba que ella pudiera poner nombre a ese sentimiento que no podía definir, pero se limitó a sonreírme con tristeza.

—¿Qué vamos a hacer con lo del acosador? —preguntó, dándose la vuelta para colocarse a mi lado en lugar de delante de mí.

Se apoyó en el coche, dejando un espejo retrovisor entre nosotros. Chica lista. Insoportablemente lista. Habría renunciado a mi dedo gordo del pie derecho por tenerla pegada a mí tal y como estaba pegada a mi coche, con sus caderas curvilíneas y su culo bien pegados a mis caderas.

—Bueno. —Obligué a mi cabeza a volver al tema que nos ocupaba—. Todo lo que sabemos de esta persona es que es decidida, influyente y espeluznante. Sabemos que o bien va al insti o trabaja en él, pero también que se las arregla para escaparse a tiempo y dejarte notas en el porche antes de que llegues a casa. Lo que significa que conducen o que tienen un rato libre al final del día, o ambas cosas.

—Sabemos que pueden colarse en mi casa sin romper nada ni hacer saltar las alarmas —añadió.

Dios, era mona e ingenua y... ¿era posible que alguien fuera tan inocente? Le aparté el pelo de la cara y le sonreí.

—Eso no reduce mucho las posibilidades —dije con suavidad—. Es una habilidad imprescindible por aquí.

Una expresión de infinita tristeza inundó su rostro. Ojalá pudiera entender ese nivel de

sensibilidad, pero este era mi entorno natal y me sentía curado de espanto para todo menos lo peor de lo peor.

—Entonces, ¿cómo las reducimos? —Ya no estaba contentilla. Esa mirada atormentada volvió a apoderarse de sus ojos mientras se abrazaba a sí misma con fuerza—. O si no podemos reducirlas, ¿cómo lo contrarrestamos? Tengo miedo, Blayze. Hoy he visto muchas caras en las que solo he visto ganas de sangre. No quiero morir. —Una lágrima le resbaló por la mejilla y se estremeció antes de mover una mano para secársela.

La culpa me golpeó el pecho como un mazo. Era culpa mía que estuviera tan asustada. Si me hubiera quedado a su lado cuando todo esto empezó, si hubiera hablado con ella antes de dejar que Sam se fuera de boca en el instituto, si les hubiera demostrado a todos que seguía confiando en ella a pesar de todo, habría estado a salvo. Pero no lo había hecho y ahora todo había ido demasiado lejos. Si ahora me interponía entre ella y el mundo, pública y descaradamente, me destrozarían. En el mejor de los casos, me obligarían a desaparecer. En el peor, no tendría la oportunidad de hacerlo.

La rodeé con el brazo y la abracé, transmitiéndole algo de calor a su cuerpo frotándola con las manos. La confianza estaba rota, eso era lo más importante. Aquí, todo lo que tenía una persona era su reputación y su palabra. Su reputación había estado en la cuerda floja desde el principio, y ahora su palabra no valía nada. Si eso cambiara, reduciría significativamente el poder de la persona de Fugwidem.

—Tengo una idea —dije lentamente—. Pero no quiero hacerte ilusiones. Déjame trabajar en ello un rato, ¿vale? Va a llevar algo de tiempo.

Me dedicó una sonrisa acuosa y, por difícil que fuera, conseguí devolvérsela.

—¿Crees que tengo tiempo? —preguntó.

—Lo tendrás —dije con ferocidad—. Me aseguraré de ello.

La abracé un rato más, rezando por no estar haciendo una promesa que no pudiera cumplir.

Capítulo

Dieciocho

Arlena

Estaba cansadísima, pero de algún modo conseguí llegar a casa. Lo único que quería era irme directamente a la cama y quedarme allí un mes, y no se me ocurría ninguna buena razón para no hacerlo. Las clases ya no me parecían tan importantes como antes, y los encuentros furtivos con Blayze eran siempre como una maldita montaña rusa.

Después de meter el coche en el garaje, me acerqué a la puerta y gemí. Alguien había sacado el sobre del arbusto, lo había vuelto a dejar en el porche, y había añadido dos más. ¿Otro mensaje palabra por palabra? ¿Más sangre? Sólo podía hacer conjeturas, pero ni siquiera eso quería hacer. Fuera lo que fuese, sospechaba que la persona que lo había dejado me estaba vigilando de algún modo para asegurarse de que lo cogía. Si no, ¿por qué habrían rebuscado entre los arbustos?

Sin saber muy bien qué hacer, cogí los tres sobres y subí a mi habitación. Los abrí uno a uno, pero me sentía demasiado agotada emocionalmente como para reaccionar ante ninguno de ellos. El primero era una foto mía de mala calidad con los ojos recortados y la boca cosida. La segunda simplemente decía: «cuélgate, zorra». La tercera me informaba de que ignorar las cartas sólo conduciría a la violencia, aunque de manera mucho más gráfica.

Tiré las cartas sobre el escritorio y las miré con rabia. Dicha rabia brotó en lo más profundo de mi ser, calcinando la impotencia que sentía desde hacía semanas, tensando mis músculos desesperados. Agarré el borde de la cama con dos puños, temblando por la intensidad de mi furia. Me sentía como un animal enjaulado, acosado y hostigado por algún guardián invisible.

—Que le den por culo a todo esto —dije en voz alta—. ¡Que le den por culo!

Cogí las cartas del escritorio, arranqué el viejo mensaje clavado en el corcho y lo llevé todo abajo. Mamá tenía un cubo de basura metálico debajo del fregadero. Lo tiré, cogí un mechero del pequeño armario que había sobre la cocina y salí afuera, furiosa. Aplasté el cubo con tanta fuerza que el ruido resonó por toda la calle.

—¿Estás ahí fuera, cobarde de mierda? —grité—. ¿Me estás mirando? ¡Mira esto, hijo de puta!

Tiré los papeles al suelo delante de mí y elegí uno al azar. Le prendí fuego a la esquina y lo tiré a la papelera.

—Que le den a tus amenazas —dije. Prendí el siguiente—. Que le den tu intimidación. —El siguiente estaba en llamas—. Que le den a toda tu existencia. —Agarré el resto, los hice una bola con el puño y los prendí todos—. Pero, sobre todo, ¡que le den a la puta de tu madre por haberte traído a este mundo!

Tiré la bola humeante a la papelera. Las llamas saltaron y danzaron, era el único punto brillante en toda la calle sucia y nublada. Recé para que el acosador estuviera mirando. Recé para que estuviera lo bastante cerca como para ver el instinto asesino en mi cara.

—No te molestes en escribir más. No los leeré. Ni siquiera los voy a mirar. A partir de este momento, quemaré todo lo que dejes en mi puerta. Ponme a prueba, puto cagón. A ver si voy de farol.

La tensión flotaba en el aire a mi alrededor mientras las llamas se extinguían lentamente. Sentí que me miraban desde todas partes y sonreí con satisfacción. Bien. Aunque el acosador no me estuviera observando personalmente, mucha gente sí. La bastante para correr la voz. Recibiría el mensaje de un modo u otro.

No me hice ilusiones pensando que esto sería el final. Sabía que había muchas posibilidades de que mi desafío no hiciera más que agravar la situación, pero ya no me importaba. Estaba cansada de esconderme, cansada de huir, cansada de soportar esta tormenta interminable. La única manera de que esto terminara era si yo hacía que terminara.

Cuando el fuego se apagó por completo y el cubo de basura estaba lo bastante frío como para tocarlo, lo llevé de vuelta al pequeño patio y lo limpié con una manguera. No miré por encima del hombro, no me asomé por las esquinas ni dejé que la ansiedad traspasara el muro de furia que tenía en la cabeza. Cuando terminé, volví a entrar, cerré todas las puertas y ventanas y me fui a dormir.

Sé que debería habérselo dicho a mis padres. Si alguna vez hubo un momento para hacerlo, era ese. Pero me había convencido a mí misma de que contárselo sólo agravaría las cosas hasta llevarlas más allá de mi capacidad de controlarlo o gestionarlo, y no había vuelto a plantearme la idea. Además, en aquel momento, acudir a mi padre era como admitir la derrota, y yo acababa de encontrar a mi luchadora interior. El impulso de manejar la situación yo misma era fuerte y no estaba en condiciones de llevarme la contraria.

Cuando mamá me despertó para cenar, tenía la preocupación grabada en la cara.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Dímelo tú, Arlena —dijo, haciendo rodar ligeramente las erres. Su acento sólo se le notaba cuando estaba muy enfadada. Era un rasgo que nunca admitiría, pero aquí estaba, en primer plano—. ¿Qué te pasa?

Me encogí de hombros.

—Sólo tonterías del insti. No les caigo muy bien ninguno. ¿Por qué? ¿Qué ha pasdo?

Se le llenaron los ojos de lágrimas y apartó la mirada.

—Había un gato en el porche cuando llegué a casa. Estaba… No estaba vivo. Llevaba un collar. Alguien escribió «Arlena» en él con rotulador permanente.

Mi estómago se contrajo con violencia.

—Oh, Dios.

Cogió mis manos entre las suyas y me miró a los ojos; tenía una mirada dura incluso a través de las lágrimas.

—Tienes que hablar conmigo, Arlena. Soy tu madre. Si pasa algo, si hay algo o alguien a quien temes, tienes que decírmelo. Déjame protegerte.

Quería hacerlo. Dios, cuánto lo deseaba. La idea de pasarle a ella todos mis problemas y dejar que averiguara cómo resolverlos me llenaba de un alivio tan fuerte que podía saborearlo. Pero no podía hacerlo, ahora no. Se lo diría a mi padre. Él entraría en cólera y haría el instituto pedazos, persona por persona, hasta que los tres acabáramos muertos. Necesitaba una pista sobre la que guiarle antes de poder decirle nada a ninguno de los dos.

Pero al mismo tiempo, no podía decirle que no pasaba nada. Mamá no era estúpida. Supondría que me habían amenazado o chantajeado para que mantuviera la boca cerrada. Su primer sospechoso sería Blayze, y lo perseguiría con toda la furia condensada y ardiente de una madre oso.

—Vale —dije en voz baja—. Es algo estúpido. Es muy, muy estúpido. Un chico que se graduó en Burnaby ha ido a la cárcel por traficar con drogas. Papá era el fiscal. Alguien sumó

dos más dos, y ahora me tienen en el punto de mira. Nadie quiere tener nada que ver conmigo. Supongo que alguien se lo está tomando muy a pecho. —No era demasiada información, me dije. Ella misma podría haber averiguado todo eso, la verdad. Era bastante obvio.

Apretó los ojos y me estrujó las manos con fuerza y emoción, luego puso los ojos en blanco mirando al techo y se le cayó una lágrima de cada ojo.

—Tenía miedo de que pasara esto —dijo con tensión—. Le dije a tu padre que pasaría, pero nunca escucha. No sabe cómo funciona la vida en lugares como éste, cree que sus reglas son las únicas reglas. Es un buen hombre, Arlena, pero es un cabezota.

Suspiró y frunció los labios, pensativa.

—Bueno —dijo, con toda la emoción ausente de su voz, habiendo dejado a su naturaleza pragmática tomar el relevo—, ¿qué quieres hacer al respecto? No quiero tener que encargarme de limpiar más animales y no quiero que sigas perdiendo más peso. Tienes que graduarte. Si me pongo firme, puedo llevarte a otro sitio, quizá cerca de donde vivíamos antes. Algún lugar donde el ambiente sea similar. Conozco algunos sitios donde tú y yo podemos recuperar nuestras vidas, y tu padre puede seguir haciendo un trabajo tan importante. ¿Qué te parece?

Quería aprovechar la oportunidad, pero algo me contuvo. Cuando me planteé abandonar este lugar y volver a los palacios inmaculados y los verdes jardines en los que había crecido, lo único que sentía eran los brazos de Blayze a mi alrededor. Decirme a mí misma que era una fantasía y que tenía una novia que no era yo, no me servía de nada. Aunque no pudiera estar con él, por alguna razón la idea de no estar *cerca* de él me dolía. Lo cual no tenía sentido, por supuesto. Antes de la maldita carta, me había dicho que le había arruinado la vida, pero no me había dicho cómo. No podía irme con la conciencia tranquila a menos que hubiera hecho todo lo posible para reparar el daño que le había causado. Sin embargo, en esta guerra que mi padre estaba librando, ¿estaba dispuesta a quedarme quieta y verle ganar, sabiendo que la única persona de este lugar que se jugaba el cuello por mí bien podría acabar perdiendo? ¿De verdad era huir y hacer la vista gorda lo mejor que podía hacer? No lo tenía claro.

Sacudí la cabeza.

—No puedo volver a cambiar de instituto —dije—. Ya me está costando aprobar, y las vacaciones de invierno ya han terminado. Cambiarme ahora sólo me retrasaría aun más. No me preocupa demasiado, la verdad. Todavía tengo algunos amigos, uno, que me apoyará si realmente lo necesito. Puedo salir adelante.

Mi madre me miró a la cara un momento y luego asintió con la cabeza.

—No voy a sacarte a rastras de aquí si no quieres irte —dijo—. Pero lo del gato en la puerta... Ahí es donde debo poner el límite. Cualquier otra cosa por el estilo, cariño, y no puedo prometerte que no haga unas llamadas para sacarte de aquí.

Me atrajo hacia ella y me abrazó con fuerza. Conociendo a mi madre, estaría toda la semana dándole vueltas al asunto, llorando en la ducha, rezando a todos los dioses que se le ocurrieran, haciendo las maletas y luego deshaciéndolas.

—Gracias, mamá.

Me besó en la frente.

—Ahora baja a cenar. Tu padre está de buen humor esta noche.

Asentí con la cabeza y me pregunté brevemente de quién sería esta vez la vida que había arruinado y que le había hecho sonreír.

Capítulo

Diecinueve

Blayze

Eddie hizo girar un vaso sobre la encimera con perfecta precisión. Se detuvo con suavidad a milímetros de mis dedos.

—Bebe —dijo—. Luego habla.

Entrecerré los ojos.

—No me hace falta esto, ¿sabes?.

—Ya —dijo, estirándose con indiferencia—. Y yo no necesito hierba para dormir, pero la fumo igual. Ahora bebe.

Su mentira le dio la razón. Le di un sorbo a la bebida e hice una mueca.

—¿Qué demonios lleva esto?

Sonrió.

—Whisky, vodka, ginebra y zumo de manzana. Lo llamo «las heces».

—Le pega —dije, frunciendo el ceño ante el líquido ofensivo antes de dejarlo a un lado—. Esto es lo que pasa, Eddie. Necesito tu ayuda.

Se le iluminaron los ojos. La desesperación de los demás era una oportunidad para Eddie, y yo sabía que estaría pagando este favor durante años. Se apoyó en los codos con la barbilla sobre los puños y me sonrió.

—Escúpelo —dijo—. ¿Qué necesitas? ¿Dinero? ¿Trabajo? ¿Consejos sobre relaciones? Tengo de sobra.

—Y nada de eso vale nada. —Me rasqué la cabeza, intentando pensar en cómo decirle a Eddie lo que tenía que decirle—. De acuerdo —empecé e hice una pausa. Volví a rascarme la cabeza—. El tema es el siguiente: Arlena está en verdadero peligro. Alguien está usando Fugwidem para que la guerra no se detenga. Sea quien sea, está intentando que Arlena se suicide. No lo va a hacer. Nunca se le ocurriría hacer tal cosa. Tan pronto como esta persona se dé cuenta, va a cambiar el juego. La gente ya está cabreada y al límite. No haría falta mucho para empujar a alguien a hacer que parezca que tuvo un accidente.

Se acarició la barbilla, pensativo.

—Parece una forma muy indirecta de vengarse —dijo—. ¿Por qué no ir directamente a por ella?

Sacudí la cabeza.

—Eso mismo es lo que dijo Sam. Lo único que se me ocurre es que quienquiera que sea quiere atormentarla por alguna razón. Creo que le pone cachondo. Lo cual es una mierda, porque lo único que hizo fue ocultar quiénes eran sus padres. Nunca delató a nadie. Trincan a la peña como ha paso siempre, eso es todo.

Torció la boca con incredulidad, dejando caer de forma cómica hacia un lado una parte de su mata de pelo rizado.

—¿De verdad crees eso? ¿En serio? ¿Aparece ella y de repente los policías cambian sus rutas habituales de ronda?.

—No fue la única que apareció —le recordé—. Su padre ha estado trabajando con la policía

desde que llegó. Lo más seguro es que viera los puntos débiles e hiciera unas sugerencias. Es por lo que es famoso.

Eddie hizo una mueca.

—Sí, pero no deja de ser una coincidencia que tu hermano y Sam fueran dos de las personas que pilló este tío. Sigue el hilo, tío. Ellos contigo, tú con ella y ella con su padre. Es una línea bien recta, no podría estar más recta.

Suspiré.

—¿Confías en mí?

—¡Tío, sabes que sí! Eres lo más parecido que tengo a un hermano.

—Bueno, pues confía en mí en esto. Nunca le dije a Arlena dónde hacía sus tratos mi hermano. Ni una sola una vez. Lo cierto es que no le conté mucho de nada, la verdad. Era bastante obvio que la habían sobreprotegido y no quería que saliera por patas de la impresión. He estado hablando con ella.

—Obviamente —dijo, y no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que no le hacía gracia. Era normal. No es que pudiera culparlo. Eddie tenía muchas más razones para que lo enchironaran que mi hermano.

Le di otro sorbo a la bebida de Eddie, encogiéndome por dentro cuando el líquido me golpeó la lengua y me quemó la parte posterior de la garganta.

—Arlena ha estado recibiendo amenazas de muerte en su propia casa. Alguien se coló en su puñetera habitación, Eddie. Y alguien en Fugwidem se dedica a convertirla en un blanco, difundiendo mentiras sobre ella.

—¿Qué mentiras? —preguntó.

—Mentiras como que... quiere arruinar vidas, no siente remordimientos y que todo lo que haces delante de ella va directo al oído de su papi. Ese tipo de cosas. Ya sabes cómo suena eso. Es una amenaza directa a por lo menos la mitad de Burnaby High. Algunos tienen secretos de los que se sienten lo bastante inseguros como para cometer alguna locura. Joder, ya hay alguien que ha hecho una locura.

—¿Eh? —Alzó una ceja.

Asentí con la cabeza.

—Una de las amenazas de muerte era sangre. Nada más que sangre. Supongo que de quien envía las amenazas. ¿Quién hace algo así? ¿Quién sangra en un papel de carta sólo para demostrar algo?.

—Vale, eso es pasarse bastante —admitió—. Pero suena más a drama que a locura. A mí me suena más a que alguien quiere que se marche de la ciudad, no que se suicide.

Negué con la cabeza.

—Ojalá sólo fuera eso. Le diría que se marchara de la ciudad. Joder, aun me estoy pensando en decirle que lo haga, sólo para alejarla del peligro por un tiempo. Pero no creo que se vaya. No es que pueda hacer las maletas y marcharse sin tener que explicárselo todo a sus padres. Así no funcionan las cosas en su familia. Además, incluso si sus padres no fueran un problema, aunque no tuviera que darles explicaciones, no creo que se marchase.

Eddie ladeó la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque es una cabezota —dije—. Y porque no está acostumbrada a perder ni a echarse atrás. Es una niña rica, Eddie. Está acostumbrada a que las reglas funcionen a su favor. Está acostumbrada a figuras de autoridad que hacen su puto trabajo. Está acostumbrada a que todo se resuelva por sí mismo, fácil y predeciblemente. Todo esto es nuevo para ella. No sabe cómo

reaccionar, por eso es que aún no lo ha hecho.

Eddie frunció el ceño.

—Eso no es inteligente de su parte. No puedes quedarte quieto cuando pasa algo, así es como acabas muerto.

—Sí, así funcionan las cosas por aquí. El pensar rápido es una habilidad aprendida, pero ella nunca tuvo necesidad de aprender tal cosa. Todavía tiene a quien la arropa por la noche, y no, no lo digo en ese sentido, pervertido. Siempre ha tenido tiempo para procesar las cosas y a gente que le diga qué hacer. Estar en situaciones de vida o muerte es algo nuevo. No va a hacer lo que ese tío espera que haga, por mucho que la presione.

—¿Crees que es un tío? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Joder, no lo sé. Al principio pensé que era Sam, pero no.

—¿Cómo estás seguro?

—Lo estoy y punto, ¿de acuerdo? ¿Puedes dejar de darle vueltas a mis conclusiones por un segundo y llegar a la parte en la que me ayudas?

—Vale, vale —dijo—. ¿Qué quieres que haga? En Fugwidem soy un donnadie, como todo el mundo. Puedes meterte ahí y rebatir cada post violento sobre ella, pero buena suerte consiguiendo que alguien lo vea. A la gente le gusta más la venganza que el heroísmo, ¿sabes? Se paga mejor. —Sonrió maliciosamente, y cambió la expresión cuando le fulminé con la mirada.

—Lo siento. He olvidado con quién estaba hablando. Mira, tío, no hay nada que puedas hacer a menos que quieras ponerte tú mismo en el punto de mira. Quienquiera que esté tras ella no va a parar sólo porque tú quieras.

Era mi turno de hacer preguntas.

—¿Cómo lo sabes? Igual si dijera algo...

Sonrió con satisfacción.

—Si así fuera, ya habrían parado. No eres tan disimulado como crees. La gente ya está empezando a murmurar sobre cómo haces malabares con las chicas.

Casi se me cae la mandíbula al suelo.

—Tienes que estar de puta coña.

—No. Eso es lo que pasa cuando te enrollas con tu ex en un parking público, colega. La gente habla.

—No nos estábamos enrollando —dije demasiado rápido—. Estaba alterada y le di un abrazo. Eso fue todo.

Eddie silbó por lo bajo y rio, dándome una palmada en el brazo.

—Por lo que he oído, un abrazo así haría que un chulo se corriera en los pantalones.

Entrecerré los ojos, pero el corazón se me aceleraba.

—¿Quién demonios te ha contado semejante mierda? Será mejor que Sam no oiga estas gilipolleces.

Eddie dio un paso atrás y extendió las manos.

—¡Nah, tío! Los colegas antes que las pibas, ya lo sabes. Sería la última persona en irle con el chismorreo a Sam. Además, ya era hora de que aprendas que estar con dos chicas es mucho más divertido que estar con una. Cuantas más, mejor. Pero fue Rarito quien me lo contó. Ni siquiera habla con chicas, así que no tienes de qué preocuparte.

Asentí bruscamente y acepté su respuesta. Si Rarito era el que iba por ahí esparciendo mierda, Eddie estaba en lo cierto. Si se lo contaba a alguien más que a Eddie, como mucho se

limitaría a pasarle el chisme a algunos tíos, pero dudaba que alguno de ellos fueran tan cotorras como para ponerse a rajar con sus chicas. Al menos eso esperaba.

—Bien —dije—. Además, no es verdad. No es que eso vaya a hacer que Sam se cabree menos. La reputación lo es todo para ella.

—La reputación lo es todo para todos —dijo Eddie. Sus ojos se abrieron de par en par y chasqueó los dedos—. Eso me ha dado una idea. Quieres sacar a Arlena del punto de mira, ¿verdad? Necesita un gran gesto. La opinión que se tiene de ella tiene que cambiar. Todo el mundo la ve como una amenaza, eso es lo que tenemos que cambiar . Pero te diré algo, Blayze, va a tener que ser una chica muy, muy mala si no quiere tener siquiera una mínima oportunidad de redimirse.

Sacudí la cabeza.

—Aún no sé lo ni que está pensando, y ya no me gusta. A ella no le van estas mierdas.

—Sí que bebe —dijo Eddie sin rodeos—. La he visto hacerlo. ¿Crees que podrías convencerla para que se metiera una raya?

¿Me estaba tomando el pelo?

—Ni de coña.

Asintió pensativo y se encogió de hombros.

—Beber será suficiente. Voy a dar una fiesta este fin de semana. La invitaré yo mismo en el insti delante de la gente. Con eso bastará para que la peña capte la indirecta de dejarla en paz. La gente vendrá porque saben que tengo mierda de la buena. Y si pensara que es una amenaza jamás la invitaría. Esperemos que la dejen en paz cuando no le pase nada malo a nadie más.

—Vale —hablé lentamente—. Pero, ¿y si pasa algo malo? Ahora mismo no sabemos detrás de quién va la policía.

—Tú no lo sabes —dijo con arrogancia—. Pero yo sí. No dejaré venir a nadie que tenga a un puto madero pegado al culo. Son las reglas, todo el mundo lo sabe. No van a pillar a nadie. En cuanto a Arlena, tú respondes por ella, ¿verdad? —Asentí—. Entonces se lo pasará bien, y después todo volverá a la normalidad.

Me froté la barbilla.

—No me gusta —dije—. La gente está dispuesta a echársele encima a cada oportunidad que tienen. Y una fiesta en casa es una gran oportunidad. —Además, también estaba el asunto de Sam.

—Mi casa es terreno neutral —dijo Eddie rotundamente—. Todos lo saben. Ni peleas ni dramas. Nada de tonterías. Como te he dicho, así son las reglas. Y si eso no es basta, yo mismo vigilaré a Arlena. Si alguien la putea, me aseguraré de que le puteen. Si dices que es buena gente, te tomaré la palabra. Porque si la gente la está putean y tú te estás liando con ella, pronto empezarán a putearte a ti también. Eres mi mejor amigo. Este pueblo respeta a tu hermano. Pero...

—No es una chivata —le prometí.

Levantó una mano en señal de juramento, con una promesa grabada en los ojos.

—Entonces cuenta con mi protección.

Capítulo

Veinte

Arlena

El corazón me palpitaba con tanta fuerza que hacía que me sonaran los pendientes colgantes que llevaba. Había aparcado el coche lo más lejos posible de la casa de Eddie, oculto en la penumbra junto a un contenedor. La fiesta apenas había empezado; desde donde estaba aún parecía medianamente civilizada y, aunque la música estaba alta, no era ensordecedora. Todavía no. Observé las caras de la gente que se había desvivido por atormentarme conforme pasaban, estaban risueñas y sonrientes, dispuestas a divertirse como nunca.

—Esta es una idea terrible —me dije.

Pero no podía dejar pasar esta oportunidad. Después de que Eddie me invitara en la cafetería y delante de todo el mundo, la gente empezó a preparar la retirada. Había podido concentrarme en las dos últimas clases del día, y el alivio había sido tal que me había dejado atolondrada.

Todavía no había estado segura de si ir o no, podría haber sido una trampa o una encerrona, pero entonces Blayze me envió un mensaje informándome de que Eddie y él lo habían ideado juntos y que él estaría en la fiesta. Con él y Eddie, dijo, yo estaría a salvo. Eso casi me había convencido, pero no significaba que fuera una buena idea. No fue hasta que llegué a casa y vi que no había cartas nuevas en el porche que decidí venir. Si algo tan simple como una invitación a una fiesta podía detener a mi acosador, sería una idiota si no aceptaba.

Pero ahora me sentía como un idiota de todos modos mientras una persona tras otra entraba en la casa de Eddie; todas ellas habían sido partícipes de mi castigo diario. No vi ni una sola cara neutral entre ellos, tampoco es que quedaran muchas de estas. Acosarme se había puesto de moda. Me sonó el móvil, haciéndome dar un respingo.

Te veo, me escribió Blayze. *Entra. Estoy aquí mismo. Te cubro las espaldas.*

Respiré hondo y abrí la puerta. Para alivio mío, nadie me miró. Me había vestido con sencillez, para no llamar innecesariamente la atención: llevaba un crop top oscuro y vaporoso sobre una camiseta negra de tirantes ajustada y unos leggings tupidos de cintura alta. Sin adornos ni brillos, sólo sombras cubriéndome el cuerpo. Respiré hondo en la oscuridad y me atreví a atravesar el charco de luz amarilla.

La tensión chisporroteaba en el aire y aumentaba cuanto más me acercaba a la casa. El ambiente estaba cargado de expectación. Unos ojos brillantes se centraban en la puerta principal, atentos a la guarida de delicias que había al otro lado. A mi alrededor flotaba una conversación nerviosa y agitada, pero no oí mi nombre. No les importaba que yo estuviera allí. Todos iban buscando pasárselo bien. Me relajé un poco.

Eddie estaba justo en la puerta cuando entré y me saludó con un abrazo exuberante.

—¡Bienvenida! Me alegro de que hayas venido. Pensé que te cagarías por la pata, no voy a mentir. Entra. Vamos a ponerte pedo.

Miré a mi alrededor y me topé con los ojos de Blayze. Estaba al otro lado de la habitación, con los brazos echados con descuido sobre los hombros de Sam. Ella hablaba animadamente de algo, gesticulando y riéndose. Él respondía en consecuencia, pero sus ojos permanecían fijos en

los míos. Sam debió de darse cuenta, porque se interrumpió a media frase y miró por encima del hombro. Cuando sus mirada se encontró con la mía, los ojos brillaron con intensidad y, rápida como un látigo, se volvió hacia Blayze, tiró de su cabeza hacia abajo y lo besó profunda y agresivamente. No necesité ver mucho más que eso. Sabiendo que el auto tortura es el peor de los tormentos, no dejé de apartar la mirada.

La sala central, donde había estado la pista de baile la última vez, se econtraba muy iluminada. El equipo de sonido estaba apoyado contra una pared, mirando hacia el espacio vacío. Unas cuantas personas hojeaban el catálogo de música de Eddie, discutiendo sobre qué poner. Eddie sonrió, sacó su teléfono del bolsillo de la bata que llevaba y pulsó unos cuantos botones. Al instante, un fuerte ritmo tecno sacudió el suelo y las luces se tiñeron de púrpura. La gente se miró entre sí durante un segundo y luego uno de ellos asintió hacia Eddie. Todos se encogieron de hombros y empezaron a bailar.

Lo miré, ligeramente asombrada por la influencia que ejercía sobre aquella gente. Él mee guiñó un ojo, sonriendo.

—Así van las cosas, nena. Yo tengo el poder aquí. Tú también podrías hacer lo mismo, ¿sabes?.

Enarqué una ceja y solté una pequeña carcajada.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

Me pasó un brazo por los hombros y me acercó a él. Me puse tensa, pero no me aparté. Estaba aquí bajo su protección. Cabrearlo sería una mala idea, sin duda.

—Si te juntas con el rey, te conviertea en reina, ¿no? Debo decir que me impresionó cómo te manejaste con Blayze. Él no es hombre de una sola mujer, pero no lo vi ni mirar siquiera a otra chica cuando estaba contigo. Me hizo sentir curiosidad.

—¿Curiosidad... en qué sentido? —pregunté, intentando que no se notara mi nerviosismo.

Me dio la vuelta y me inmovilizó contra la encimera. Bajando más la mano, me agarró ligeramente de las caderas, dejando un mínimo espacio entre nosotros. Sin embargo, su mirada sí se clavó intensamente en la mía.

—Tengo curiosidad por ver qué es lo tienes que hace que se quede —susurró—. Si a su hermano no lo hubieran metido en el trullo de esa forma, creo que Blayze habría intentado casarse contigo. Nunca me pareció de los que se casan. Ahora quiero saber por qué.

Negué con la cabeza, abriendo la boca para decirle que no lo sabía, pero no tuve oportunidad. Ahogó mis palabras con su boca, besándome como si yo tuviera la cura de su veneno. Me quedé paralizada y aturdida, lo que sólo hizo que se apretara aún más contra mí. Tenía el pecho desnudo, salvo por las cadenas de oro y plata que llevaba al cuello, y los pantalones le colgaban de las caderas. El calor se extendió desde su garganta hasta su entrepierna mientras me besaba y empujaba su pelvis contra la mía.

Moví las manos entre nosotros y le aparté con suavidad, pero con firmeza. Pero yo era una mariposa y Eddie un muro de ladrillos, no cedía. Se resistió, me abrazó con más fuerza y me besó con más dureza. Apreté los dientes, impidiendo que su lengua invadiera mi boca, y luché por bajar la barbilla. Viéndose bloqueado, se apartó ligeramente, respirando con dificultad. Tenía los labios rojos y los ojos oscuros y lujuriosos. Las manos que tenía en las caderas ahora me apretaban con tanta fuerza que me aplastaban.

—Sabes a gloria —habló con voz ronca—. No me extraña que Blayze no tuviera suficiente.

Sonreí con fuerza.

—¿Dijiste algo de beber?

Se golpeó la frente.

—¡Soy un idiota! Sí, nena, no te preocupes. Ahora vuelvo.

Cuando por fin se alejó, exhalé un gran suspiro y me llevé las manos al estómago que sentía hecho un nudo. La tensión me recorría el cuerpo y me hacía sentir nauseas. Eddie estaba bueno y era poderoso. Estar con él me daría la misma protección que estar con Blayze, puede que incluso más. No estaría traicionando a Blayze porque él había vuelto con Sam, y parecía querer seguir así. Eddie era mi mejor opción para mantenerme a salvo hasta la graduación.

Pero estábamos hablando de Eddie. Era un rey, bueno, un rey de actividades delictivas y una vida sexual ajetreada. Su poderosa personalidad y todo lo que conllevaba me convertirían en alguien que ni siquiera reconocería. Podía sentirlo. No estaba acostumbrado a que le dijeran que no. Ni siquiera parecía pensar que fuera una posibilidad, por la forma en que se acercó a mí. La cabeza me iba a mil. Nadie me había dicho cómo tratar con el líder de la manada cuando estaba rodeada de lobos hambrientos. Cerré los ojos, deseando no haber venido aquí nunca.

—¿La habitación ya te da vueltas, peso pluma? —La voz de Sam me hizo abrir los ojos. Había entrado en la cocina con una mano metida en el bolsillo trasero de Blayze. Todo en su postura lo reclamaba como suyo, y sus ojos me retaban a desafiarla.

—No —dije.

—Se ha mareado de tanta pasión —dijo Eddie con una sonrisa burlona.

Blayze apretó la boca y lanzó a Eddie una mirada furiosa. Eddie le devolvió la sonrisa.

—¿Qué queréis de beber, tortolitos? —les preguntó.

—Ya sabes lo que me gusta —dijo Sam, sonriendo como un gato—. Cogerme un buen pedo.

—Un lanzacohetes apocalíptico se acerca —dijo Eddie—. ¿O que sean dos? Blayze, ¿tú qué quieres? —Había un doble sentido en su tono. Sam también lo había oído. Entrecerró los ojos, inclinando la cabeza hacia arriba para verle la cara a Blayze. Él no me miró. Hizo que algo se rompiese en mi corazón.

—Sólo una cerveza —respondió Blayze.

Eddie sonrió como un tiburón, con los ojos brillantes.

—Eso pensaba. —Les pasó sus bebidas y volvió a rodear la encimera para ponerme una copa en la mano—. Y un tequila sunrise para la señorita —dijo en un gruñido bajo mientras apoyaba su frente contra la mía—. Llámalo presagio.

Me puso las manos en los hombros y las deslizó lentamente por mi cuerpo, acercándose a mí. Cuando enterró la cara en mi cuello y me puso las manos en el culo, me bebí la copa de un solo trago. Miré de reojo a Blayze y vi que sus orejas ardían de un rojo oscuro y furioso, pero su rostro estaba inexpresivo. Sam apretó las caderas contra él y le recorrió la columna con los dedos.

—Quiero bailar —gimoteó.

—Pues vete a bailar —dijo Blayze brevemente.

Ella jadeó, dándole una ligera bofetada.

—¿Yo sola? Blayze, capullo, ven a bailar conmigo.

Le vi irse y la impotencia me subió al pecho. Eddie se movía al ritmo de la música, bailando sugerentemente contra mí y respirando con agitación contra mi piel. Mi cuerpo reaccionó de forma confusa: tenso por la ansiedad que sentía en el pecho y relajado por el alcohol y la reacción física entre mis caderas. Me lo quité de encima y me aparté a un lado, dejando un espacio entre nosotros que él intentó cerrar al instante.

—Espera —dije—. No estoy preparada para todo esto, Eddie. Apenas te conozco.

Soltó un bufido.

—Todo el mundo me conoce —dijo—. Soy el rey. Este es mi reino. ¿Qué más necesitas saber?

Todo. Los detalles se agolpaban en mi cabeza, rebotando de la ansiedad y perdiéndose en charcos de alcohol, y me hizo dudar un segundo de más. Eddie asintió como si entendiera algo.

—Ya veo —dijo—. Aun estás colgada por Blayze. Está bien, lo entiendo. Pero no vale la pena que te molestes con él, créeme. He visto a ese tío hacer que Sam las pase putas durante años. Tú te mereces algo mejor que eso. Eres una princesa de nacimiento, destinada a ser reina. Yo tengo un imperio, Arlena. ¿No quieres formar parte de eso?

Parpadeé.

—¿Q-qué clase de imperio?

Sonrió como si hubiera ganado un premio. En realidad, sólo quería que siguiera hablando el tiempo suficiente para encontrar una manera de salir de esta.

—Eso es un secreto —dijo—. Uno que conoce sólo la gente más cercana a mí. Ninguna chica ha sabido nunca lo que hago cuando no me las estoy haciendo a ellas. Ni una sola. ¿Pero tú? Tú eres inteligente. Tienes contactos. Haces preguntas y piensas las respuestas, y eres discreta. —Volvió a acercarse a mí y me puso una mano en el hombro, pasándome el pulgar por la garganta. Tragué con fuerza mientras el corazón me latía dolorosamente deprisa.

—Sé que te perjudicaron los rumores sobre tu padre —habló en voz baja—. Toda esta peña es corta de miras. No lo pillan. Castigarte por lo de tus padres puede hacerles sentir mejor durante un tiempo, pero no ven lo útiles que pueden ser esos contactos.

Me di cuenta de sus intenciones y la cabeza me dio vueltas como un trompo.

—Quieres estar conmigo porque quieres una cortina de humo y un espía —solté—. Quieres un walkie-talkie con patas.

Hizo una mueca, echó la cabeza hacia atrás y volvió a posar su frente sobre la mía.

—No, nena, no. Quiero una reina. Alguien que pueda moverse conmigo por círculos más grandes y mejores. Alguien culta e inteligente. Una socia dentro del negocio. Valdrá mazo la pena, Arlena. No te haces una idea. Ya tengo más dinero del que podría gastar en diez años. Contigo a mi lado, seremos más ricos de lo que te puedas imaginar en tus sueños más salvajes para siempre. Seremos intocables. Seremos... seremos dioses.

Ahora estaba temblando. Temblando de verdad.

—¿Por qué has esperado tanto para preguntarme esto? —pregunté.

—Porque sabía que no estabas preparada —dijo con suavidad—. Todavía te asusta mi mundo. Puedo verlo en tu preciosa carita. Pero te da más miedo estar sola en este lugar, rodeada de gente que sólo ve la amenaza que representas. Créeme, nena, una vez que estés conmigo, todo eso desaparecerá.

No habría más acoso. Ni más acosadores. Ni más ansiedad por ir al instituto. ¿Pero a qué precio? Sabía que no estaba metido en nada ni remotamente legal, y no sólo me estaba pidiendo que hiciera la vista gorda. Quería que formara parte de ello.

Una chica risueña entró a trompicones en la cocina, cogió una botella y volvió a salir. Era joven. Joder, era jovencísima. Si no estuviera tan nerviosa como estaba, probablemente no me habría dado cuenta. Su cara se habría convertido en un borrón junto con todas las demás caras, como me pasó la última vez que estuve aquí y no habría prestado atención a los detalles. Pero con la incomodidad que sentía en esta situación en particular y al no estar cerca de la única persona en este sitio que de verdad me cubría las espaldas, me fijé en los detalles. Las caras que iban y venían. Las voces que se acercaban antes de desvanecerse bajo el ruido de la música. Quizá era mi subconsciente buscando a Blayze, suplicándole que volviera y me salvara de todo

lo que estaba ocurriendo y de lo que aún no había ocurrido. Fuera lo que fuese, me resultaba imposible no fijarme en la chica. No podía tener más de... quince años.

Sacudí la cabeza.

—No puedo, Eddie.

—Claro que sí. —Su voz era prácticamente un ronroneo.

Metió los dedos entre mi pelo y me echó la cabeza hacia atrás. Volvió a besarme con calculada ternura y luego profundizó el beso. Estaba contra la espada y la pared. No quería que me besara, pero una parte de mí sentía que debía permitirlo de todos modos. Mientras sus labios bailaban sobre los míos, mantuve los ojos ligeramente abiertos. Ni un minuto después, Blayze entró en la habitación con el vaso de Sam en la mano y nos miró con furia. Había dolor tras la furia en sus ojos y me partió el corazón verlo.

Rellenó el vaso y se marchó enfadado. Eddie me soltó, respirando hondo, y me acarició la cara.

—¿Lo ves? No estoy tan mal, nena. Blayze está bien, pero yo soy mejor. Tanto como quiero a Blayze, apuesto a que hasta él te admitiría que yo soy mejor en un montón de cosas. —Mientras decía eso, deslizó una mano por mi costado y por encima de mis caderas, y luego la aplastó entre mis muslos. Jadeé cuando rozó mi entrepierna.

—Para. —Me ahogué con las palabras—. No quiero hacer esto.

Se apartó y ladeó la cabeza.

—¿En plan nunca? ¿O sólo necesitas un par de copas más? —Hizo una pausa, sus ojos se abrieron de par en par, y bajó la voz—. Joder, ¿de verdad eres virgen? Pensé que Blayze me estaba vacilando.

Me ardía la cara de la humillación. Me ponía enferma que Blayze se lo hubiera contado a la gente. En ese momento, creo que me alegré de no haberme acostado nunca con él, segura de que también se lo habría contado a todo el mundo.

—Bueno, joder. Me tomaré eso como un sí. —Deslizó una mano por la mía y apretó mis dedos contra sus labios—. ¿Te estás reservando para el matrimonio? Porque puedo conseguir un acuerdo prenupcial y traer a un cura aquí como en unos diez minutos.

Sacudí la cabeza frenéticamente. Me sentía como si estuviera atada al techo de un tren, precipitándome hacia el desastre sin escapatoria.

—No quiero casarme contigo —dije.

Se encogió de hombros.

—Por mí vale. Pero quieres ser mi novia, ¿no? Todo ese poder a tu alcance. Toda esa protección. Todo esto. —Se señaló a sí mismo, haciendo una pose de ídolo del rock—. Esta casa sería tuya. Toda la ropa, los coches y el dinero que pudieras desear. Todo lo que necesitaría de ti es tu lealtad.

Mi cerebro había hecho sonar todas las alarmas en mi cabeza. No podía decirle que no, no estando aquí, en su casa, en su fiesta y bajo su protección. La gente ya pensaba que yo era desleal, y él los tenía a todos comiendo de la palma de su puta mano. Si les decía que fueran a por mí en su casa, lo harían. No le haría falta tener que ponerme una mano encima él mismo. Me destrozarían hasta no dejar más que putos pedacitos.

—¿Puedo pensarlo? —pregunté tímidamente.

Esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Claro —dijo—, pero no tardes mucho. Es una oferta por tiempo limitado, nena, y aún queda mucho para que se termine el curso. —Agachó la cabeza para susurrarme al oído, sentí su aliento caliente y húmedo contra mi cuello—. Y no creas que dejarán de atormentarte después de

la graduación. Aquí la gente no olvida. Si vas a seguir viviendo aquí, será mejor que arregles esa reputación tuya mientras puedas. Una vez acabado el instituto, la gente va a por todas.

Me guiñó un ojo, me rellenó el vaso y desapareció en la parte delantera de la casa para hacer de anfitrión. El corazón me galopaba en el pecho y me temblaban las manos. El miedo me nublaba la mente y se colaba por todos los recovecos. Me aterrorizaba tanto decir «sí» como decir «no». Tenía la sensación de que lo más inteligente sería rechazar a Eddie. Pero a la vez también la opción más estúpida. No a menos que le dijera a mi madre que «sí» tenía que largarme por patas de este sitio. Necesitaba a Blayze. Dijo que me cubriría la espalda esta noche y, más que nada, necesitaba exactamente eso.

Sin dudarlo más, salí de la cocina y fui en su busca. Lo encontré en una habitación pequeña y oscura junto a la entrada. Estaba sentado en el sofá con Sam a horcajadas en su regazo, bailando al ritmo de la música y chupándole la cara. Me quedé de pie, incómoda, preguntándome si habría alguna posibilidad de que se separara pronto, al menos antes de que Eddie volviera y me reclamara como tanto deseaba. Había otras personas en la habitación con Blayze, la mayoría de ellas haciendo algo parecido.

—Únete o pírate —siseó un tío, y luego agitó el brazo como invitándome a incorporarme al abrazo que compartía con otras dos mujeres. Le tomé la palabra y me piré, huyendo hacia la cocina mientras intentaba combatir el martilleo que me asaltaba la cabeza.

Aquí no encontraría ninguna ayuda. Esto tenía que resolverlo yo misma. ¿Por qué Blayze no me había advertido de que Eddie tenía los ojos puestos en mí? Podría haber estado preparada y podría haber sopesado mis opciones de antemano. *Ni siquiera quería sopesar una sola de esas malditas opciones*, pensé con rabia. No quería a Eddie. Punto. A quien quería era a Blayze. Quería sentir mariposas que me bailaran sin parar en la boca del estómago. Quería besos que se asemejaran a la caricia de una pluma alrededor de mi corazón. Y aunque hubiera algún universo ahí fuera en el que me inclinara por decir que «sí» a Eddie, seguiría sin sentir ninguna de esas cosas. Eddie no sería amable ni paciente conmigo como lo había sido Blayze. No esperaría a que me pensara las cosas ni trataría de proteger mi inocencia. Me tocaría siempre que quisiera, me pondría en situaciones incómodas y me obligaría a tomar decisiones imposibles con una copa en la mano.

Inspeccioné la puerta, preguntándome lo difícil de cojones que sería salir corriendo. Había tanta gente allí que parecían guardias en vez de fiesteros normales y corrientes. Entre ellos estaban las mismas personas que estaban de acuerdo en hacerme bullying sin ningún reparo. Decidí que incluso pasar por su lado era mejor que pasar un minuto más aquí. Poniendo un pie delante del otro, intenté abrirme paso entre la multitud.

—¿Te vas tan pronto? —Oí decir a alguien.

Levanté la cabeza para ver una cara que no reconocía.

—Lo siento.

—La fiesta acaba de empezar. —Cruzó los brazos delante del pecho , pareciendo más alto y ancho de lo que ya era. Algo en su tono me sonaba a amenaza y, sabiendo que no debía quedarme a averiguarlo, di un paso atrás.

—No, sólo estaba... ¿Has visto a Eddie? Se suponía que vendría a buscarme hace un rato y... —Ya lo estaba usando como defensa. Me sentía como una traidora. Me sentía como una tonta. Me sentía atrapada.

Furiosa conmigo misma, con Blayze, con Sam y, sobre todo, con Eddie, me dirigí a la cocina y me preparé la copa más floja conocida por el hombre. Me la bebí de un solo trago y me preparé otra.

En retrospectiva, fue una estupidez. Dividir una gran cantidad de alcohol en diferentes copas te emborrachará tanto como beberlo todo de una.

Capítulo

Veintiuno

Blayze

Hacía horas que no veía a Arlena, pero Eddie me había prometido que la vigilaría. El problema era que tampoco había visto a Eddie desde hacía horas. La idea de que se la llevara a la cama me revolvía el estómago. Nunca le dije que acercarse a ella estuviera prohibido. Y, para ser honesto, era mi culpa que fuera tras ella. Podría haber dicho algo en la cocina, pero eso habría hecho que Sam sospechara más de lo que ya sospechaba.

No es Sam que estuviera pensando en nada en ese momento. Estaba tumbada en mi regazo, durmiendo la mona y con la boca abierta y babeando. Se había quedado rendida bailando sobre mí, utilizando todos los trucos que conocía para conseguir que la follara. En otras circunstancias, podría haber conseguido lo que quería. Pero esa noche no funcionó.

Había varias razones por las que no mojaba el churro. Primero, se había emborrachado demasiado rápido. No me va liarme con borrachas. Segundo, Arlena estaba allí. Las fiestas en casa no son exactamente privadas. No dejaba de imaginarme enterrado hasta las pelotas dentro de Sam y que Arlena nos pillara en pleno acto. El solo imaginarme la expresión de su cara me partió el puñetero corazón. Y luego estaba la razón número tres: aunque Sam y yo técnicamente estábamos juntos de nuevo, no me había acostado con ella. No era capaz de hacerlo, por más que ella me presionara, porque lo único que veía cuando me besaba era la cara de Arlena. No la había superado. Nunca lo había hecho, ni siquiera cuando estaba furioso con ella por haberme mentido. Seguía siendo la primera persona en la que pensaba cuando me despertaba por la mañana y la última en la que pensaba antes de irme a dormir, y en cien mil momentos más entre medias. En aquel momento, con Sam desmayada sobre mí, sólo podía pensar en cómo despedazaría a Eddie si le hacía daño a Arlena. Cómo lo destriparía si se la follaba. Cómo la odiaría si de verdad deseaba a Eddie.

La música paró y nadie volvió a ponerla en marcha. La nube de humo se había disipado y todos los sonidos de fondo de gente bebiendo y bailando se habían apagado. La fiesta había terminado. Me aparté de debajo Sam y la tapé con una manta. Ella gimió y se dio la vuelta, apoyando la cara en el respaldo del sofá, y se echó a roncar, lo que hizo evidente que estaba totalmente cao.

Me arrastré por la casa, pasando por encima de alguna que otra persona desmayada en el suelo, esquivando charcos de líquidos desconocidos e intentando no pensar en por qué se me pegaban los zapatos al suelo. Arlena no estaba en la parte delantera de la casa ni en la pista de baile. Tampoco estaba en la cocina ni en la sala de juegos de la planta baja. El corazón me palpitaba de forma enfermiza. Los cuartos de cultivo y los almacenes seguían cerrados, así que tampoco estaba en ninguno de ellos. Saqué el móvil y le envié un mensaje. No contestó.

La llamé y tampoco contestó, pero en el silencio de la fiesta oí que sonaba su tono. Seguí el sonido hasta el gran cuarto de baño que había junto a la sala de juegos y llamé a la puerta. No oí ni un solo ruido dentro. Maldije en voz baja e intenté abrir la puerta. El pomo giró fácilmente en mi mano y la abrí con cuidado. La rabia crepitaba en mi cabeza como fuegos artificiales, luchando contra una abrumadora oleada de preocupación.

Arlena estaba tumbada en el frío suelo del cuarto de baño, con los brazos y las piernas en unos ángulos de lo más incómodos. Tenía los leggings torcidos, como si la hubiera vestido otra persona, ya camiseta de tirantes estaba arrugada. Todo aquello podía tener su explicación en haber intentado ir al baño estando borracha, pero las palabras garabateadas en su piel con rotulador permanente rojo no.

Puta. Zorra. Zorra estúpida. Soplona. Besa maderos. Lamebotas. Las pintarrajeadas no tenían fin, le cubrían la cara, las manos, el vientre, el cuello... Algunas palabras desaparecían bajo su ropa. No quería saber hasta dónde llegaban; en mi estado actual, saberlo habría bastado para convertirme en un asesino sin ningún blanco.

¿Esto es a lo que llamas protección, Eddie?

Estaba enfadado. Lívido. Listo para partirle la cara a Eddie por no cuidar de ella. Aunque la verdad era que yo era igual de culpable, joder. Se suponía que debía cuidarla y ¿dónde diablos había estado?

La levanté del suelo y le tomé el pulso. Era rápido y ligero, como su respiración. La arrastré hasta la bañera, encendí la ducha con agua fría y la metí dentro. No hubo reacción alguna de su parte durante un par de largos segundos, luego jadeó y abrió los ojos un instante antes de vomitar. Esperé pacientemente, sin decir nada, mientras ella purgaba lo que parecía un litro de alcohol puro por el desagüe de la bañera. Cuando terminó, cerré el grifo, la saqué de la bañera y la envolví en una toalla grande de playa.

Se tambaleaba sobre sus pies y se apoyaba con pesadez en mí. Tenía que hacer algo con ella. Pensé en llevarla a la habitación donde Eddie me dejaba dormir, pero lo pensé mejor. Sam acabaría despertándose y vendría a buscarme. Si veía a Arlena en mi cama, conmigo o sin mí, la mataría y yo tendría que matar a Sam.

No quería llevar a Arlena a casa. No sería capaz de irse a la cama por sus propios medios, así que tendría que despertar a sus padres. Le echarían un solo vistazo a su hija y me denunciarían a la policía. Eso no sólo me jodería la vida, sino que también la convertiría a lo grande en un objetivo otra vez . No habría manera de hacer que ella no fuera la mala de la película. La dejarían postrada en una cama de hospital antes de que yo pudiera pagar la fianza.

Sólo había una cosa que podía hacer, y no me gustaba nada.

—Vamos, Arlena —murmuré—. Te voy a llevar a casa de mi madre.

Parpadeó, pero sus ojos no lograban enfocar nada. No sabía si había oído o entendido lo que le había dicho, pero me siguió como pudo, dando tumbos y tambaleándose. Mi intención era utilizar su coche para salir de la zona antes de que alguien decidiera robarlo, pero cuando salimos a la fría noche fue evidente que eso no iba a ser posible. Quienquiera que hubiera garabateado palabras por todo su cuerpo no había estado satisfecho con parar ahí.

Todas las ventanillas estaban destrozadas y los asientos hechos trizas. Faltaban la radio y todos los altavoces, y tres de los neumáticos estaban rajados. Las abolladuras cubrían el coche desde el morro hasta el maletero como marcas de la viruela, y alguien había pintado con spray acusaciones de color rojo brillante por todas partes. La mayor de ellas era un gran «zorra estúpida» garabateado en el capó abollado. Incluso le habían destrozado los faros.

La miré. Tenía los ojos casi cerrados y estaba apoyada contra mí, sin mirar nada en particular.

—Vas a tener una resaca de mil demonios —le dije.

La llevé medio a rastras hasta mi coche y la metí dentro, abrochándole el cinturón y dándole un cubo. Hizo de forma pasiva lo que le pedí y luego dejó caer la cabeza sobre el brazo, acunando el cubo. Me puse tras el volante y llamé a Eddie. Contestó, aunque los sonidos de

placer femenino que oí de fondo casi me hicieron desear que no lo hubiera hecho.

—¿Qué pasa? —preguntó sin aliento.

—Tengo que irme ahora mismo —dije, tratando de contener la ira—. Volveré, pero necesito que cuides de Sam. Y necesito que lo hagas mejor que con Arlena. Mantenla a salvo por mí hasta que regrese, ¿quieres?

—Sí —dijo brevemente.

Colgué. Necesitaba urgentemente encontrar a gente en quien confiar. Necesitaba... Dios, necesitaba poner en orden mi puta vida. Enemistarme con Eddie por esto no era exactamente una opción. No mientras no tuviera más opción que quedarme en su casa. Además, no era como si él hubiera causado todo esto. Él hizo su parte al tratar de ayudar a Arlena a deshacerse de los abusones. Incluso si eso había terminado con sus labios en los de ella, algo por lo que deseaba con ansia patearle el culo. Pero daba igual, porque no era asunto mío. Arlena y yo ya no estábamos juntos. Al menos no se lo había follado. Así que sí. No importa. No es culpa de Eddie en realidad. Él pensó que todo iba bien, y supongo que cuando Arlena le dijo que no estaba lista para llevar las cosas a la cama decidió ir a tirarse a cualquier otra chica, cosa que ya debería haber sabido que pasaría. Ni de coña iba Eddie a quedarse para cuidar de Arlena cuando había por ahí algún coño esperando por él. Pero cuando descubriera quién le había hecho esto...

Miré a Arlena, preguntándome si debía volver a por Sam. No podía imaginarme que aquello acabase bien, las dos borrachas y despertándose a escasos centímetros la una de la otra. Pero Eddie había demostrado ser una niñera terrible, y no quería dejar a Sam en una posición vulnerable.

Justo cuando estaba a punto de salir del coche e ir a buscarla, me sonó el teléfono. Exhalé un suspiro de alivio. Era Sam.

¿A dónde demonios te has ido?

Tengo que ir a casa de mi madre muy rápido. ¿Estás bien?

Estoy bien. Vuelve pronto, tengo sueño y estoy aburrida.

Ve a dormir a mi cama. Nadie te molestará ahí arriba, pero cierra la puerta de todos modos.

Oc.

El temido «oc». Me invadió un cansancio que no tenía nada que ver con lo tarde que era. Sam era agotadora, y yo era agotador cuando estaba con ella. Las constantes discusiones y competencia me estaban agotando. Estar con ella sólo me era cómodo cuando había sido a lo que estaba acostumbrado. Después de pasar tanto tiempo sin complicaciones con Arlena, mi tolerancia a las tonterías dramáticas de Sam había tocado fondo. Sin embargo, ella todavía me importaba. Así que crucé los dedos para que ese «oc» significara que haría lo que le había dicho. No es que la casa de Eddie fuera peligrosa, per se. Es sólo que los hombres que entraban y salían de esa casa... a veces no buscaban nada bueno, yendo a por drogas y tetas donde esnifarlas.

Arlena seguía en ese estado crepuscular de inconsciencia, pero ya no vomitaba. Su respiración se había estabilizado y su piel estaba fría al tacto, lo cual era un alivio. Llamé a mi madre por el manos libres mientras salía del callejón de Eddie y me dirigía hacia la calle.

—Estoy trabajando —respondió ella con brusquedad.

—Bien —dije—. Entonces no tendrás problema en que mi amiga se quede en tu casa esta noche.

—¡Chico, mantén a tus amigos los yonquis alejados de mi puñetera casa!

—No es ninguna yonqui —dije con firmeza—. Ha bebido demasiado y no quiero dejarla en casa de Eddie. Es buena gente.

Mi madre resopló.

—Claro que sí. Porque beber en casa de Eddie es lo que hace la buena gente.

—Fue culpa mía —dije—. Yo la convencí.

—¡Entonces llévatela a tu casa! No quiero a ninguna guarrilla potando sobre mis cosas.

Apreté los dientes.

—No tengo casa, ¿recuerdas? Damon está en la cárcel, no podía pagarla yo solo.

—¿Y de quién es la culpa? Si te consiguierais un trabajo en vez de estar todo el día haciendo el puto vago en la escuela, podrías pagar el puñetero alquiler. No es mi culpa que estéis metidos en marrones.

—No he dicho que lo fuera —dije con impaciencia—. Mira, ¿puedo llevarla o no? Me estoy quedando sin opciones.

No dijo nada durante un minuto.

—¿Por qué no te la llevas a su casa? Tiene casa, ¿no? ¿O es una vagabunda como tú?

Respiré hondo por la nariz y expulsé el aire lentamente por la boca.

—No puedo llevarla a casa en este estado. Sus padres se volverían locos.

—Bien, igual así le dan una paliza y le enseñan a no beber más de la cuenta.

—¿Cuándo sales del trabajo? —pregunté, rápidamente harto de esta conversación.

—¿Y a ti qué te importa?

No dije nada, me limité a esperar. Al cabo de un momento, suspiró.

—Salgo a las seis. Eso es dentro de cuatro horas, por si se te ha olvidado cómo contar. Si llego a casa y tú o tu amiguita estáis en mi piso, llamaré a la policía y haré que os arresten a los dos por allanamiento.

—Entendido. Adiós, mamá.

Colgó y yo seguí conduciendo con la mirada fija en la carretera. Arlena se incorporó sin fuerzas, con los ojos muy abiertos y terriblemente triste.

—No pasa nada —habló con palabras entrecortadas—. Puedes llevarme a casa. Les diré que... —Se interrumpió y se llevó una mano a la cabeza como si le doliera pensar.

—Exacto —dije—. No hay nada que puedas decirles. No hay forma de darle la vuelta a la tortilla a esto sin echarnos nosotros mismos a los leones.

Me miró con el ceño fruncido y aspiró profundamente.

—¿Por qué ibas a echarte a los leones?

Bajé la visera delante de ella y le señalé el espejo. Se miró la cara y jadeó con dureza.

—¿Quién me ha hecho esto?

—La misma persona que te destrozó el coche, supongo. —Volví a colocar la visera en su sitio.

Cerró las manos en puños.

—¿Alguien me ha destrozado el coche? ¿Está muy mal?

—Está hecho una mierda —dije.

—Ay, joder. —Enterró la cara entre las manos y se acurrucó contra el asiento—. ¡Creía que se suponía que esta fiesta que iba a arreglar las cosas!

—Creí que las arreglaría. De verdad que sí. Nadie desafía a Eddie y mucho menos en su propia casa. Si estás allí por invitación suya, estás bajo su protección. Cuando Eddie averigüe quién ha hecho esto... —Me corté con un movimiento de cabeza. Ella no necesitaba saber hasta dónde llegaría la venganza de Eddie—. Bueno, no irán a más fiestas, eso te lo aseguro.

Una única lágrima salada le resbaló por la cara.

—No importa —dijo—. No podrá encontrar a quien lo hizo. Nosotros no pudimos y

llevamos semanas y semanas intentándolo. Creo que… ya es hora.

Estudié su cara, esperando que no estuviera pensando lo que sospechaba que estaba pensando.

—¿Hora de qué?

No se atrevía a mirarme.

—Es hora de hacer lo que todos piensan ya que hice. Igual de verdad tengo que decirles a mis padres lo que ha estado pasando. No dejaré que te culpen, Blayze. No has hecho nada malo.

Sacudí la cabeza.

—No estás pensando con claridad. Si se lo cuentas a tus padres, llamarán a la policía. En cuanto eso pase, se acabó. Nadie va a dejar correr esto.

—¿Y? —gritó la pregunta—. ¡Nadie lo deja correr ahora mismo tampoco, Blayze! Esto va a seguir hasta que haga que pare o me muera. ¡Han aniquilado mi coche! Han asaltado mi cuerpo. ¡Había un maldito gato muerto en mi porche el otro día con mi nombre escrito en él! Tú y yo no hemos llegado a ninguna parte tratando de averiguar quién es. Eddie quiere que sea su novia. Parece creer que es la única forma de que llegue viva hasta la graduación. ¿Y si tiene razón? ¿Y si la única forma de que sobreviva es vender mi moral y mi lealtad a Eddie? —Apretó los ojos y se estremeció.

Parpadeé.

—Por un momento medio pensé que te gustaba Eddie.

Me miró fijamente, con los ojos muy abiertos y expresando una total incredulidad.

—¿Pensaste que me gustaba Eddie?

Le lancé una mirada.

—¡Estuviste enrollándote con él durante horas!

Volvió a estremecerse y traté de no ver las lágrimas que empañaban sus ojos.

—Sí, bueno, tampoco es que me diera exactamente opción materia negarme.

La rabia estalló en el fondo de mi cerebro junto con un maldito pensamiento muy oscuro. Un pensamiento que no quería tener.

—¿Arlena, él no te…?

Ella negó con la cabeza.

—No. Le dije que no quería y se echó atrás. O sea, sí seguía intentando convencerme de que fuera su reina, signifique lo que signifique eso, pero prácticamente me dejó en paz. Estaba muy borracha la siguiente vez que lo vi, y volvió a sacar el tema... —Hizo una pausa, como si intentara recordar algo, y luego se estremeció. En voz más calmada, como si intentara descifrar sus pensamientos en voz alta, dijo—: Creo que le dije que iba a volver a ser tu novia en cuanto pudiera deshacerme de Sam. Me felicitó y pasó a la siguiente chica.

Me miró con disculpa.

—No estoy planeando deshacerme de Sam de verdad —dijo—. Ni siquiera sabría cómo hacerlo. Pensé que, si le decía que era tuya, me dejaría en paz. No sé. Fue una estupidez, estaba asustada y...

Asentí lentamente con la cabeza a pesar de que el corazón se me aceleraba.

—No fue ninguna estupidez. —Quería preguntarle si eso era lo que quería, ser mía, pero aún estaba bastante achispada y no habría podido fiarme de su respuesta.

—Supongo —dijo con un suspiro—. Pero no me sirvió de mucho. Igual alguien me oyó y decidió que ya no estaba bajo la protección de Eddie.

Sacudí la cabeza.

—No deberías tener que follarte a Eddie para estar a salvo, eso es una gilipollez.

Sonrió con tristeza.

—Y tú no deberías tener que quedarte en casa de Eddie para tener un techo sobre tu cabeza. Eso también es una gilipollez. ¿Qué demonios le pasa a tu madre?

Me encogí de hombros.

—Nunca le ha gustado mucho el tema de los estudios.

—Más bien parece que no le gusta mucho el tema de la maternidad.

Me reí entre dientes.

—Se podría decir que sí. Nuestro padre se esfumó cuando yo tenía tres años y Damon cuatro. Tenía que tener dos trabajos para mantenernos y darnos de comer, y odiaba cada segundo de ello. Cuando Damon cumplió nueve años, le regaló una botella de limpiacristales y un montón de trapos. Le dijo que saliera a la calle y se ganara la comida.

Arlena se quedó boquiabierta y abrió mucho los ojos. Me encogí de hombros, incómodo.

—Necesitábamos el dinero. Hizo lo mismo cuando yo cumplí nueve años, pero me daban miedo los coches, así que empecé a lavar las ventanas de las casas de la gente. Ganaba más que Damon, había una pequeña comunidad de jubilados y todas las señoras me adoraban, así que intenté que Damon viniera conmigo, pero ya había empezado a dedicarse a otras cosas.

—¿Qué otras cosas? —preguntó vacilante.

Solté un suspiro.

—No quiso decírmelo en ese momento, pero lo hizo más tarde. Supongo que mientras estaba trabajando en una esquina, llamó la atención de un tío que le ofreció veinte dólares al día por llevar y traer una mochila. El tío le daba la mochila y dos direcciones. En la primera dirección, debía entregar la mochila y esperar. Cuando se la devolvían, debía llevarla a la segunda dirección, donde el tío le estaría esperando.

Frunció el ceño.

—¿Qué había en la mochila?

—Drogas —dije sin rodeos—. Esto fue cuando los policías estaban empeñadísmos en detener a la gente para registrarlos. A nadie le interesaba cachear a un niño pequeño. El tipo que lo contrató le dijo que no se preocupara por lo que había en la mochila, pero Damon era un chico curioso. Se dio cuenta de qué iba el tema en su segunda entrega. En cuanto vio cuánto dinero movía, presionó al tío para que le subiera el sueldo. Empezó a traer a casa un par de cientos cada semana.

—Madre mía —susurró Arlena—. ¿Lo sabía tu madre?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Nunca la oí preguntar. Simplemente contaba el dinero que traía a casa y me decía a mí que era mejor que me pusiera al día con él. Damon se ofreció a presentarme a su chico, pero no quise.

—¿Por qué no? —preguntó ella—. Se me ocurren un millón de razones, pero quiero saber por qué no lo hiciste.

Le sonreí.

—Porque me caían bien mis jubiladas —dije—. Me daban galletas y abrazos y me dejaban ver dibujos animados cada vez que me tomaba un descanso. Me daban buenas propinas y siempre me decían que me guardara algo de dinero en el zapato para que mi madre no se lo llevara todo. Eran amables conmigo. Lo necesitaba. —Suspiré mientras la tristeza me oprimía el pecho—. Damon también lo necesitaba. Él creía que no, pensaba que era demasiado duro para todo eso, pero lo necesitaba.

Arlena se abrazó las rodillas contra el pecho y miró con tristeza por el parabrisas.

—Se supone que los padres tienen que quererte —dijo en voz baja—. Protegerte. Mantenerte. No debería haberos tratado así.

—Lo sé —dije—. Pero lo he superado. Va en serio. Ella es cómo es, y no va a cambiar. Antes intentaba llevarme con ella, averiguar qué podía hacer para que se sintiera orgullosa de mí. Pensaba que podía hacer que se interesara por mí.

—Eso es horrible —susurró Arlena—. Te han arrebatado la infancia.

—Eso pensé una vez —dije—. Pero luego eché cuentas y llegué a una conclusión.

—¿Echaste cuentas?

Asentí con la cabeza.

—El año que Damon cumplió quince años, mi madre tuvo una crisis el día de su cumpleaños. Le decía sollozando a su amiga que su vida se había acabado, que ya era una vieja porque iba a cumplir treinta.

Arlena frunció el ceño un segundo y a continuación sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Os tuvo cuando tenía quince y dieciséis años?.

—Sí —dije—. Y nunca conocí a mis abuelos. Mi padre esperó hasta que ella tuvo diecinueve años, apenas edad suficiente para firmar un contrato de alquiler por su cuenta, antes de abandonarla. Sí, a Damon y a mí nos arrebataron la infancia. Pero a ella también. Ella nunca lo ha superado. No sé si alguna vez lo hará. Está resentida conmigo, con mi hermano y con mi padre porque nunca llegó a tener una juventud.

Arlena se quedó callada mucho rato.

—Eso no quiere decir que lo que hizo esté bien —dijo.

—No —acepté—. Pero lo explica. Puedo perdonar muchas putadas si entiendo de dónde viene.

—Ah —dijo ella—. ¿Es por eso que sigues aguantando a Sam?

Me eché a reír.

—Supongo que sí. Sé cómo hablar con ella. Se parece mucho a mi madre... o a como habría sido mi madre si no se hubiera quedado embarazada cuando lo hizo.

Arlena exhaló un suspiro.

—Bueno, pues no molestemos a tu madre, entonces —declaró—. Llévame a casa.

—Arlena, venga ya. ¿Qué pasa con tus padres?

Se rió por lo bajo.

—No van a echarme a la calle, ni a pegarme, ni a hacer que me detengan por allanamiento de morada. Tampoco te harán nada malo a ti en cuanto les diga que tú eres la razón por la que estoy bien. Tienes que entender una cosa, Blayze: mis padres me deseaban con desesperación. Gastaron decenas de miles de dólares en tratamientos de fertilidad sólo para tenerme. Puede que ir a una fiesta depravada en una casa y que me destrocen el coche sea lo peor que he hecho nunca, pero sé con absoluta certeza que estaré a salvo en casa con ellos.

Una envidia profunda y punzante luchaba en mi interior con una ligera alegría. Habría matado por contar con ese tipo de seguridad mientras crecía. Maldita sea, habría matado por contar con ese tipo de apoyo en ese mismo momento. Arlena no era la única que estaba metida en un lío, y yo no sabía cómo desenredar mi embrollo más de lo que sabía cómo sacarla a ella del suyo.

—¿Quieres que entre contigo? —pregunté mientras daba la vuelta al coche para dirigirme a su casa.

Respiró hondo y soltó el aire.

—No —aseguró—. Pero, por favor, acompáñame a la puerta. Y… una cosa más.

—¿Sí?

—Voy a contarle a mis padres lo del coche. Querrán interponer una denuncia. La compañía de seguros va a necesitar eso como prueba de que no fui yo quien lo hizo. Si lo hago ahora, enviarán a la policía a casa de Eddie. Lo más seguro es que vayan a investigar, llamar puerta por puerta, ver si alguien ha visto algo. Te lo digo para que le avises, para que no piense que intento meterle en problemas.

Fruncí el ceño, pensando en ello.

—Pero es un problema —le dije—. Un problema de los gordos. Si la policía empieza a husmear en casa de Eddie, lo venderá todo y desaparecerá durante unos meses. Ya lo ha hecho antes. Es parte de la razón por la que aún no se ha graduado, porque tiene que hacer lo mismo una y otra vez.

—Y si se marcha, no tendrás donde quedarte —terminó ella por mí.

—Sí. Pero... —Dudé.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Bueno, si el coche no está en casa de Eddie, la policía no irá hasta ahí, y no tendremos que avisar a Eddie de nada.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—Bueno, supongo que el coche todavía arranca. Las llantas aguantarán un par de manzanas si conduzco lo suficientemente despacio. ¿Por qué no muevo el coche?

Se dio un golpecito en la barbilla con el ceño fruncido y luego se encogió de hombros.

—No se me ocurre ninguna razón para que no lo hagas —dijo—. Quiero decir, no es como si lo estuvieras robando.

—Exactamente —dije—. Muy bien, pues nos desviamos una vez más. Deberías esperar dentro del coche.

—Vale.

No fue hasta que me senté al volante del coche destrozado de Arlena que me di cuenta de la realidad de la situación. Quienquiera que hubiera hecho esto estaba más que cabreado. No se trataba de un esfuerzo aleatorio de acoso por parte de un peón de un dictador en línea sin nombre ni rostro. Quienquiera que hubiera hecho esto sentía un rencor personal contra Arlena.

Sam fue la primera persona en la que pensé, una vez más, pero había estado pegada a mí toda la noche, excepto las pocas veces que fui a rellenarle el vaso. Nunca me había alejado de su lado el tiempo suficiente como para que hiciera todo esto. Tenía amigos, por supuesto, pero no creía que fuese una rabia de segunda mano la que hubiera causado todo este daño. De verdad que no quería llevar a Arlena a su casa. Era el primer lugar donde alguien la buscaría, y no estaba convencido de que hubieran satisfecho su necesidad de venganza.

Tuve mucho tiempo para pensar en ello mientras me alejaba lentamente con el coche de la casa de Eddie. Lo dejé en un callejón detrás de un mugriento centro comercial a unas manzanas de distancia y volví andando, dándole vueltas al problema en mi cabeza. Ella confiaba en que estaba a salvo con sus padres. Yo no. Quería insistirle en llevarla a casa de mi madre y obligarla a quedarse ahí uno o dos días.

Pero cuando volví a mi coche, Arlena estaba ocupada mensajeando. Me sonrió mientras me montaba dentro.

—Mi madre se ha despertado y no me ha visto, así que me ha escrito para asegurarse de que estaba bien. Le he dicho que estoy bien y que voy de camino a casa.

Asentí con la cabeza. Estaba decidido, entonces.

—Vale. Asegúrate de cerrar todas las puertas, ¿de acuerdo?

Me lanzó una mirada de escrutinio y asintió.

—Sí. Siempre lo hago.

La llevé a casa y la dejé allí, acompañándola hasta la puerta como me había pedido. Esperé a oír el clic de la cerradura y volví a mi coche. Le envié un mensaje a Sam.

Me quedo en casa de mi madre, le dije. **Nos vemos por la mañana**.

Luego me instalé para vigilar la casa de Arlena. Puede que ella se sintiera segura, pero yo iba a asegurarme de que lo estuviera.

Capítulo

Veintidós

Arlena

Tenía la sensación de haberme frotado la cara y el cuerpo durante horas, pero las palabras seguían ahí. Las marcas se habían borrado un poco, pero si te fijabas bien, aún se podían leer los insultos. Había dormido hasta tarde y me había ido directamente a la ducha, así que aún no había visto a ninguno de mis padres. Esperaba deshacerme de algunas de las pruebas antes de hablar con ellos, pero el rotulador permanente conspiraba en mi contra.

Al final me rendí. Era domingo unos olores deliciosos inundaban la casa: a mamá le gustaba hacer de todo los domingos porque era el único día de la semana en que sabía que estaríamos todos en casa. El desayuno siempre era todo un acontecimiento, largo y lleno de conversaciones, y donde móviles y periódicos estaban terminantemente prohibidos. Yo ya sabía cómo iba a ir esta conversación.

Papá me observó con ojos de halcón mientras me sentaba a la mesa. Mamá sonrió, pero sus ojos vagaban por las palabras descoloridas de mi cara. Nos llenó los platos de comida, nos sirvió las bebidas y se sentó.

—¿Dónde estuviste anoche? —preguntó papá. Usaba su voz de abogado y mi madre le miró con el ceño fruncido. Él se encogió de hombros a la defensiva.

—Fui a una fiesta —dije.

—Me dijo que iba a una fiesta —intervino mamá—. Sabía que iba a estar fuera hasta tarde y me mandó un mensaje cuando me preocupé. No se ha metido en ningún problema.

—Todavía no —dijo papá—. Háblame de todo eso que tienes en la cara. ¿Tú y tus amigos celebráis fiestas donde os poneis a parir con pintura de cara?

Negué con la cabeza.

—No. No sé quién hizo esto.

Mamá se quedó paralizada con el tenedor a medio camino de la boca. Lo posó en el plato y me miró con dureza.

—Tal vez sea mejor que nos cuentes la historia completa —dijo.

—Y no omitas la parte en la que tu coche no está en el garaje —añadió papá.

El corazón me latía con fuerza en el pecho. Respiré hondo y volví a soltar el aire.

—Estuve bebiendo. —Dejé que mi confesión flotara en el aire durante largo rato, esperando una reacción. No me dieron ninguna. Tragué saliva y seguí hablando—. Bebí demasiado. Me desmayé en el baño. Cuando me desperté, tenía palabras escritas por todas partes. Blayze me trajo a casa. No pudo traer mi coche a casa porque no queda mucho de él. Alguien lo destrozó en algún momento durante la fiesta. Rompieron las ventanillas, destrozaron el interior, rajaron los neumáticos y pintaron palabras desagradables por todo el coche.

Me mordí el labio y bajé la mirada hacia mi plato. Podía sentir cómo mis padres mantenían una conversación con la mirada.

—¿Por qué? —dijo papá finalmente.

Le miré, confusa.

—¿Qué parte?

—¿Por qué alguien te destrozó el coche?

—No lo sé —dije.

—¿Le destrozaron el coche a alguien más?

—No.

—¿Alguien más perdió el conocimiento?—

—Sí.

—¿Y tenían palabras garabateadas?

—No que yo sepa.

Papá me miró con los ojos entrecerrados.

—Así que tú eras un blanco concreto. ¿Por qué?

Me removí incómoda en mi asiento. ¿Cómo iba a decirle que era por su culpa? Mamá estaba sentada pacientemente, pero podía ver que respiraba con dificultad. Se moría de ganas de decirle «e lo dije», pero no diría nada al respecto a menos que yo se lo pidiera. Quería hacerlo, de verdad. Habría sido mucho más fácil quedarme allí sentada y observar como una espectadora mientras ella argumentaba a mi favor. Pero ya no podía seguir haciéndolo. Era hora de madurar.

Tomé aire profundamente.

—Mucha gente del instituto tiene amigos y familiares en la cárcel ahora mismo que no estarían allí de no ser por ti —hablé—. A muchos les preocupa que yo te esté pasando información a ti y tú a la policía. Tengo un par de amigos a los que todo el mundo aprecia, y organizaron la fiesta para demostrar a los demás que no me consideraban una amenaza. Pero les salió el tiro por la culata.

Una chispa pensativa iluminó los ojos de papá.

—Esto sí que es interesante —dijo—. Me he dado cuenta de que muchos de los acusados tienen más o menos tu edad. Quizá no sea tan mala idea que te involucres ellos. Ni siquiera tendrías que recordar nada, sólo llevar un micrófono y no volver a desmayarte.

Le miré fijamente. Mamá le miró fijamente. Esta vez no se contuvo.

—¿Te has vuelto loco? —exigió saber—. Nuestra niña se ha sentido desgraciada todo el curso por culpa de unos abusones que están convencidos de que los traiciona, la han atacado, dejaron un gato muerto en el porche, le han destrozado el coche, ¿y tu respuesta es decirle que haga exactamente lo que la acusan de hacer?.

—Dije que era una idea interesante —dijo con calma—. No le estaba diciendo que lo hiciera. ¿Y qué es eso de un gato muerto?

Mamá me lanzó una mirada de disculpa y luego suspiró.

—No te lo dije porque sabía que te preocuparía. Alguien dejó un gato muerto fuera, junto a la puerta, eso es todo.

—Mmm. —Entrecerró los ojos como si no la creyera—. Ya veo. —Dio un par de bocados a la comida en su plato y volvió a mirarme—. ¿Dónde está tu coche ahora?

—No estoy muy segura" —le dije—. Está en un callejón en algún lugar cerca de la 5ª con Oak. —Debería haber preguntado a Blayze, pensé, pero papá no pareció inmutarse.

Asintió con la cabeza.

—Yo me encargo.

—Sé lo que te ayudará con las marcas —dijo mamá, dándome unas palmaditas en la mano —. Te lo prepararé después del desayuno.

Y eso fue todo. La conversación pasó a girar en torno a los proyectos de mamá y el trabajo de papá, el tiempo y cómo empezaba a hacer calor, y dónde deberíamos ir de vacaciones ese año. No se habló de castigos, aunque si alguna vez había hecho algo que lo mereciera, creía que era

esto. Pero no era así como hacían las cosas, no conmigo. Lo cual me resultaba extraño, ya que el trabajo de papá consistía en asegurarse de que castigaran a los demás.

No lo pensé demasiado. Ya tenía un fuerte dolor de cabeza y no necesitaba empeorarlo. Más tarde ese mismo día, Blayze me envió un mensaje para ofrecerse a llevarme al insti al día siguiente, con la condición de que me dejaría a una manzana de distancia. Por supuesto que acepté; mi única alternativa era subir al autobús escolar, y de ninguna manera iba a ponerme a mí misma en semejante aprieto. No si podía evitarlo.

Capítulo

Veintitrés

Blayze

Estaba agotado para cuando volví a casa de Eddie el domingo por la mañana, pero merecía la pena. Nadie se había acercado a casa de Arlena y su padre era madrugador, así que pude irme de allí a las seis, con la seguridad de que se encontraba en buenas manos. Sam estaba acurrucada en mi cama, muerta de sueño, pero Eddie creía en el tipo de lujo que incluía poner sofás en los dormitorios, así que me acosté en el sofá.

Conseguí dormirme unas cuantas horas antes de que me despertara una almohada que aterrizó a la velocidad de la luz contra mi cara.

—¿A dónde fuiste de verdad? —preguntó Sam.

—¿Qué? —Parpadeé ante su silueta oscura y furiosa, medio cegado por la luz del sol que entraba por la ventana a sus espaldas.

—Hablé con tu madre —dijo Sam con sorna—. Dice que tú y *tu amiga no habéis aparecido*. ¿Quién es esa amiga, Blayze?

Maldita sea. Había olvidado que Sam aún hablaba con mi madre de vez en cuando. Más a menudo que yo, la verdad, aunque el listón no estaba muy alto. Me froté la cara para deshacerme del sueño y me incorporé rígidamente, luego la miré y suspiré.

—Vale, te lo diré, pero tienes que escucharlo todo antes de salir corriendo. ¿Trato hecho?

Cruzó los brazos sobre el pecho y me fulminó con la mirada.

—No —dijo—. Me iré cuando me dé la puta gana. Será mejor que me digas quién es tu amiga y dónde estuviste anoche, y será mejor que me lo digas ya.

Allá vamos.

—Pasé la noche en mi coche.

Soltó un bufido.

—Ajá, claro que sí. ¿Por qué? ¿Por qué ibas a pasar la noche en el cohe cuando podrías haberla pasado aquí, en la cama, conmigo? Hablando del tema, ¿por qué te echaste en el sofá cuando volviste? ¡La cama está justo ahí! No es como si nunca hubiéramos compartido una cama.

Hice un gesto de dolor.

—Oh, qué, ¿te da asco ese recuerdo? ¿Por qué estás conmigo entonces, si tanto asco te doy? Estabas por ahí follándote a otra, ¿no? ¿A alguien que sea un poco más de tu tipo?.

—Vamos, Sam, ya basta—.

—¿Qué ya basta? ¿Qué es lo que ya basta? ¿Basta de decir la verdad? No quieres follar conmigo porque sigues colado por esa zorra estúpida de Arlena. ¿Qué tal si lo admites de una vez y dejas de jugar conmigo?

—De acuerdo —dije.

Abrió la boca para decir algo más, pero se detuvo.

—¿Qué?

Me encogí de hombros.

—Tienes razón. Todavía siento algo por Arlena. Siempre lo he sentido. No quería que fuese

así, créeme. Quería odiarla, pero no podía. Sigo sin poder. Y no me parece bien acostarme contigo cuando siento esto por otra persona.

Ladeó la cabeza.

—¿Sigues con ella, Blayze?

Negué con la cabeza.

—No.

—He oído rumores.

Asentí con la cabeza.

—Sé lo que has oído. No te he engañado con ella. No os haría eso a ninguna de las dos. Me pidió ayuda y yo se la di. Estaba muy asustada, así que la abracé. La gente ve lo que quiere ver. Ya sabes cómo son las cosas por aquí.

Se puso tensa como si fuera a ponerse a gritar otra vez, luego hizo un sonido de disgusto y se dejó caer en el sofá a mi lado. Me miró con los labios fruncidos y luego puso los ojos en blanco.

—Maldita sea, Blayze.

—¿Qué? ¿Crees que te estoy mintiendo?

—No —dijo a regañadientes—. Sé que no mientes, ése es el problema.

Fruncí el ceño, confuso.

—¿Por qué iba a ser eso un problema?

Suspiró al verme.

—Eres demasiado bueno, Blayze. Siempre lo has sido. Tienes todo ese rollo de hacer lo que es moral y ese complejo de caballero andante.

Me lo pensé mejor.

—De verdad que estoy intentando de entender cuál es el problema, Sam. Te juro que no me hago el tonto. No lo entiendo.

Ella sonrió con tristeza, sacudiendo la cabeza.

—Eres demasiado bueno para mí —dijo con suavidad—. Te enfadas. Ese es tu defecto. Tienes un solo defecto, y ni siquiera dejas que pueda contigo. Nunca me has pegado, y sé que a veces me lo merezco.

—Sam...

—No, cállate. No me digas que nunca me lo he merecido, porque lo sé muy bien. Yo soy todo un caos y tú eres como ... un... no sé... un arroyo de agua, con rápidos de vez en cuando. Si hubiera nacido en tus zapatos, no habría salido como tú. Lo sé. Tienes algo dentro que te impide descarrilar como el resto de nosotros.

—Eso no lo tengo muy claro...

—Pues así es —dijo ella—. Es la verdad. Es un hecho. Te las arreglaste para crecer en este basurero y salir bien parado. No es justo, pero es lo que es.

—¿Qué estás queriendo decirme, Sam?

Ella suspiró.

—Digo que estoy lista para que me cuentes lo que pasó anoche.

Se lo conté. No omití nada, pero observé su rostro mientras hablaba. No reaccionó inmediatamente a nada, lo que me hizo preguntarme si ya sabía lo que le había pasado a Arlena. Cuando terminé, me quedé a la espera. Suspiró con fuerza y negó con la cabeza.

—¿Lo ves? —dijo—. Todo ese puto rollo de caballero andante. Rescataste a la chica y vigilaste el castillo. Y yo estaba aquí, borracha, esperando que vinieras y te aprovecharas de eso.

Fruncí el ceño.

—¿Esperabas que…? Sam, yo nunca...

—Sé que nunca lo harías —espetó—. Pero a lo mejor eso es lo que quiero. A lo mejor quiero que me empujes y me folles cuando estoy borracha perdida y que me grites en medio de una fiesta. A lo mejor quiero que me destroces.

—¿Por qué? —pregunté, horrorizado.

Sus grandes ojos brillaban por las lágrimas.

—Porque me lo merezco —dijo—. Porque lo necesito. Porque hay esta… cosa dentro de mí que necesita pelear, que siempre necesita pelear, y a veces necesita perder. Porque siento que es inevitable. —Se le escapó una lágrima y estiré la mano para secársela, pero me dio un manotazo —. No lo hagas —me dijo.

Así que no lo hice. Nos quedamos un rato en silencio y luego ella soltó un suspiro tembloroso.

—Voy a asaltar la nevera —dijo.

—Vale. Yo voy a hablar con Eddie. Se suponía que iba a vigilar a Arlena anoche.

Asintió con la cabeza, parecía completamente derrotada. Quería ayudarla, pero no sabía qué decir. Odiaba que se sintiera así consigo misma. Odiaba que después de todos los años que ella y yo habíamos pasado juntos, aunque de forma intermitente, su opinión sobre sí misma no hubiera cambiado. O puede que sí. Puede yo la hubiese empeorado. Pensé en ello mientras iba a buscar a Eddie.

Se encontraba abajo, en la sala de juegos, limpiando la basura, vestido con la misma bata y los mismos vaqueros que la noche anterior.

—Buenos días, solecito —dijo alegremente.

—Ya, cierra el pico —dije—. Me dijiste que le echarías un ojo a Arlena anoche.

Me sonrió.

—Sí, pero nunca dije que le echaría solo el ojo. Tiene una boquita para morirse, no pensarías que iba a dejar pasar esa oportunidad, ¿verdad?.

Ignoré sus palabras, aunque me moría de ganas de darle un buen puño en la boca por pronunciarlas.

—Ni siquiera te estoy hablando de eso. ¿Dónde está Arlena ahora mismo, Eddie?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, seguramente volvío a casa en coche.

—¿Seguramente?

Eddie se movió inquieto.

—Está bien, mira, tío. Chrissy, ¿conoces a Chrissy? ¿La de las tetas?

Me froté la sien.

—Sí.

—Vale, Arlena no tenía ganas, y Chrissy sí, así que obviamente no voy a dejar pasar la oportunidad, ¿entiendes? Tengo que vivir la vida al máximo mientras aun se me tiran encima.

No dije nada, sólo le miré con la rabia congelada en el rostro. Se puso a dar vueltas, recogiendo basura y lanzando miradas furtivas en mi dirección.

—Vale, vale, lo siento, ¿vale? Lo siento. Pero estaba en mi casa, nadie iba a meterse con ella.

Alcé las cejas.

—¿De verdad lo crees? ¿De verdad?

—Pues sí. —Frunció el ceño—. ¿Por qué, qué pasa?

—La encontré en el suelo del cuarto de baño —dije, con la voz apagada por la furia—.

Tenía la ropa toda arrugada, y marcas de rotulador por toda la cara.

Eddie se encogió de hombros y soltó una risita.

—Son típicas bromas de fiesta, tío. Nunca seas el primero en quedarte dormido. Lección aprendida, ¿no? Vamos, tío, es un rito de iniciación, ¿dónde está tu sentido del humor?.

—Supongo que se me rompió. —La voz me temblaba a medida que se hacía más fuerte—. ¡Cuando encontré su coche destrozado!

Eddie palideció.

—¿Que qué?

—Sí —dije enfadado—. Alguien salió ahí fuera y destrozó el coche de Arlena, lo cubrió de pintura en espray y no dejó un puto hueco sin abollar. ¿Te parece eso una típica puta broma de fiesta?

Levantó las manos y retrocedió.

—Mira, tío. No sé nada de eso, y tú solo me pediste que vigilase a la chica, no su coche. Si algún macarra cualquiera...

—¿Un macarra cualquiera que usó las mismas palabras que tenía escritas en la cara?

Hizo una mueca, pero se contuve.

—Me empiezo a cansar de repetir lo mismo —dijo.

Entrecerré los ojos.

—Si fueras cualquier otra persona te partiría la cara ahora mismo.

—Sí, pero no lo soy —dijo Eddie con una sonrisa fácil—. Soy Eddie. Soy el rey. Y tú sólo estás aquí porque yo te lo permito. Ahí tienes tu rito de iniciación, Blayze. No dejes que nadie tenga tanto poder sobre tu vida. ¿Por qué crees que siempre me hago cargo de mis propios marrones? No dependas de nadie.

—Bueno —dije en voz baja—, desde luego no se me olvidará el no confiar en ti.

La sonrisa se le borró de la cara y la ira brilló en sus ojos.

—Si quieres que haga de niñera de tus novias, búscate unas novias más agradables.

Le pegué por eso.

Capítulo

Veinticuatro

Blayze

Como estaba claro que no era bienvenido en casa de Eddie después de partirle la cara, había convencido a mi madre para que me dejara quedarme con ella unos días hasta que pudiera encontrar algo. A ella no le hacía gracia, pero a mí tampoco me hacía ninguna gracia dormir en un sofá de terciopelo rosa, así que me pareció que estábamos a mano. El lunes por la mañana salí temprano y me pasé por casa de Arlena, que ya me estaba esperando fuera.

—Buenos días —dijo con alegría mientras se subía a mi coche.

Estudié su cara, esperando ver señales de lágrimas o agotamiento, pero parecía estar bien.

—¿Supongo que tus padres se lo tomaron bien?.

Se encogió de hombros.

—A ver, sí estaban decepcionados, y mi padre dijo que mi próximo coche iba a ser una chatarra de segunda mano, pero eso me viene bien de todos modos. Están un poco preocupados por mí.

—¿Sólo un poco?

—Sí —respondió—. Es decir, no les conté todo, y mi madre confía mucho en mi capacidad para enfrentarme a las cosas, creo que más de lo que debería, y mi padre, como siempre, cree que todo saldrá bien sólo porque él piensa que así debe ser. Así que, están bastante convencidos de que voy a estar bien. Aunque, para ser justos, mi padre podría redoblar su sobreprotección. A veces está tranquilo por fuera, pero está maquinando algo en su cabeza.

Asentí con la cabeza.

—Pues esperemos que tengan razón y que todo vaya a estar bien.

La dejé a una manzana de distancia, como habíamos acordado, y aparqué en el aparcamiento. La habría llevado hasta el edificio, pero no quería que la gente supiera que contaba con mi respaldo hasta saber más sobre quién estaba detrás del vandalismo y todo lo demás. No quería cabrear a la persona equivocada y echar sin saber a Arlena a los lobos. Por el momento era mejor que mantuviéramos las distancias.

Aunque era temprano, había una multitud de gente junto a la puerta. Charlaban de forma agitada y entusiasmada, haciéndome fruncir el ceño. ¿Había cancelado las clases por hoy o algo así? Divisé a Sam entre la multitud y me dirigí hacia ella.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

Su mirada era fría y estaba cargada de furia.

—Mira. —Me puso un papel en la mano. Era otro folleto, y todo el mundo parecía tener uno en la mano. Le eché un vistazo y volví a echarle otro más.

—¿Pero qué cojones…?.

Era una foto de Arlena, casi tal cual como estaba cuando la encontré. Casi. En la foto, sus tetas y su ropa interior estaban completamente expuestos, junto con un montón de palabras que no había visto el sábado por la noche. Una rabia negra y espesa me invadió la mente, nublándola. No podía pensar con claridad. Joder, no podía ni ver bien.

—¿Quién ha hecho esto, Blayze? —exigió saber Sam.

—No lo sé —le dije—. Pero en cuanto me entere...

Sam me cogió la cara con las manos y me miró fijamente a los ojos.

—Cuando te enteres, los haces pedazos. Lo digo en serio. Nadie se merece esto, ni ella, ni nadie. Hazlos pedacitos y luego métele esos pedacitos por el culo. Los cuelgas de las pelotas, ¿me oyes?

—Te escucho —dije—. Creía que no te caía bien.

Dejó caer las manos y me miró fijamente.

—Tampoco me gustan los gatos, pero no por ello voy a quedarme quieta viendo cómo despellejan a uno. Esto se termina ya mismo.

Pero no había hecho más que empezar.

Capítulo

Veinticinco

Arlena

Sorprendentemente, estaba de buen humor. La mañana era fría, pero no tanto que resultase insoportable, y el sol brillaba en el cielo. La primavera se acercaba, aunque aún quedaban montones de nieve sucia en las sombras. Tarareé un poco para mis adentros mientras me echaba andar a esa última manzana, disfrutando del buen humor que siempre se quedaba conmigo después de pasar un rato con Blayze.

Puede que me haya entretenido demasiado. Cuando crucé las puertas, la mayoría de la gente ya estaba allí, formando una gran multitud junto a la puerta. No le di importancia, aunque debería habérsela dado. Nadie parecía estar entrando, pero supuse que era porque fuera se estaba muy bien. No estaba tan en guardia como debería, pero estaba cansada de andar siempre por ahí con la guardia alta. El acosador ya se había cargado mi coche. ¿Qué más podía hacerme nadie?

Las conversaciones se apagaron cuando me acerqué. Todas las cabezas se giraron para mirarme. Reduje la velocidad y me acerqué a tientas. Había cientos de personas entre la puerta y yo, pero se separaron al acercarme yo y me dejaron pasar. Los que estaban más cerca me miraban en silencio. Los que estaban un poco más atrás susurraban, y dichos susurros se extendieron como llamas sibilantes entre la multitud.

Llegué a la mitad del camino antes de que estallara la bomba. Alguien gritó «¡puta!» y una botella de plástico medio llena me rebotó contra el cráneo con fuerza suficiente para hacerme daño. Levanté las manos y me cubrí la cabeza mientras me lanzaban más cosas.

—¡Zorra!

—¡Puta!

—¡Zorra borracha!

Au, ay, au, pero qué demonios, qué cojones... Ya no me dejaban pasar, apretujándome cada vez más cerca y lanzando puñetazos al aire. Estaba segura de que iba a morir. Grité y me hice un ovillo, intentando usar la mochila como escudo hasta que alguien la agarró y me levantó de un tirón. Abrí los ojos y me encontré cara a cara con Blayze.

—¡Atrás, joder! —bramó.

Nadie lanzó nada más, pero las masas enardecidas estaban a la espera de un motivo para volver a empezar.

—¡Dejadlo ya, putos sacos de mierda! —gritó a la multitud—. Arlena está bajo mi protección.

Me acercó a él y bajó la cabeza, vacilando a un pelo de mis labios. Yo cerré la brecha con gratitud, dejando que me besara, y lo rodeé con mis brazos. Mi cerebro zumbaba con campanas de peligro, pero no me detuve. Él era mi salvación. Sus brazos eran mi lugar seguro. Mi refugio. Mi puñetero escudo contra el mundo. Excepto que algo en el mundo se había salido de su eje. Puede que incluso estuviera del revés.

—¡Blayze, traidor! —rugió una voz. Y luego otra siguió su ejemplo y empezaron a corear.

—¡Besa maderos!

—¡Traidor!

—¡Puta!

—Soplón.

—¡Sácate el nombre de Blayze de la boca! —Esa voz que aparentemente surgía de la nada llegó a los oídos de muchos y la multitud se volvió contra sí misma. Algunos se abalanzaron sobre Blayze para ser abatidos por otros que se empeñaban en protegerlo. Un tío intentó ponerme las manos encima, pero Blayze interceptó su ataque cuando le propinó una patada en la mandíbula. Blayze esquivó otro golpe destinado a él por los pelos cuando otra persona derribó a su atacante. Todo era sangre, gritos y caos mientras puños y patadas volaban por doquier. Me aferré con fuerza a Blayze, como si fuera un salvavidas en todo aquel desmadre. Como si no estuviera tan jodido como yo.

Los segundos se me hicieron eternos mientras resistíamos y peleábamos. Tenía el corazón en un puño y mi mente era un torbellino de emociones. Si alguien no me dejaba cao, estaba segura de que mi propio cuerpo se derrumbaría por sí solo. El ruido de un motor cercano no mejoró las cosas. El pánico me recorría las venas mientras los estudiantes empezaban a dispersarse. Blayze cerró su mano alrededor de mi muñeca tan fuerte como pudo. Me movía con cada paso que él daba. No estaba en mis plenas facultades, pero era consciente de que no me estaba alejando del ruido, si no que me arrastraba hacia él. En cuanto tuvo el vehículo a la vista, abrió la puerta, me metió dentro y luego saltó dentro él mismo, cerrando la puerta de un portazo. El motor volvió a rugir y nos pusimos en marcha.

—El día de hacer pellas en bachillerato se ha adelantado este año. —La voz me era demasiado familiar, lo que planteaba más un problema que una solución.

—¿Sam? —pregunté, luchando contra el terror que se apoderaba de mi pecho.

—Sí —respondió ella—. Deja de temblar, no voy a matarte.

Blayze se movió lo suficiente para que yo pudiera incorporarme y Sam me lanzó una sonrisa de pesar.

—Voy a devolvérsela a Blayze por meterse contigo —dijo en voz baja como si me estuviera contando un secreto—. No sé, igual me enrollo con su hermano.

—¿En serio? —Blayze soltó una carcajada y negó con la cabeza.

Sam me guiñó un ojo, pero luego su expresión se endureció. Dejando escapar un suspiro, me entregó un papel. Lo cogí y sentí que la sangre me abandonaba la cara al mirar la foto. Se me hizo un nudo en la garganta y la cabeza me dio vueltas.

—Respira —dijo Blayze, arrancando suavemente la foto de entre mis dedos—. No pasa nada.

Sacudí la cabeza.

—Pues claro que pasa —dije sin aliento—. Todo esto es una mierda, joder. Yo no me hice esa foto.

Sam suspiró.

—Tendrían que tener un cerebro para darse cuenta —dijo—. Además, no están cabreados porque te hayan visto desnuda. Te atacan porque hacerlo es lo más seguro. Porque si alguien te odia lo suficiente como para sacar esto a la luz, significa que cualquiera que no te odie se convierte en un objetivo por defecto.

—¿Qué?

Sacudió la cabeza.

—No sé cómo explicarte esto, un momento. Eh, vale. Digamos que estás en la selva, ¿sí? Digamos que hay un mono que está enfermo. Otro mono va y comparte comida con el mono y ese mono enferma y muere. Bueno, pues los otros monos no se van a acercar a ese mono. Pero

digamos que el mono enfermo se acerca a los otros monos e intenta compartir comida.

—¿Soy yo el mono enfermo? —pregunté.

—Cállate y escucha, no se me dan bien las analogías y estoy perdiendo el hilo de lo que digo. Vale, pues el mono enfermo intenta compartir comida con los otros monos, pero los otros monos saben cómo acaba la cosa, así que le tiran mierda al mono para ahuyentarlo. Ahora digamos que un mono no le tira mierda. Los otros monos van a suponer que también está enfermo y lo van a echar.

—¿Así que me odian porque otra persona me odia?

—Te odian porque alguien te odia tanto como para destrozar tu coche y difundir fotos tuyas desnuda por todo el instituto. Hay alguien ahí fuera con muchas ganas de hacértelas pasar putas y, si quieres mi opinión, diría que se le da de puta madre. Tanto como para hacer que la gente no quiera acercarse a ti. Así que sí, nadie quiere convertirse en el blanco de su furia, por lo que se alían con el atacante para verse fuera de la línea de fuego. —Se encogió de hombros como si esto fuera algo completamente normal.

—¿Y por qué me ayudas?

Me dedicó una sonrisa de labios apretados.

—Porque sé lo que es ser un mono enfermo —dijo—. Y porque no soy una puta cobarde de mierda.

Me reí. No pude contenerme. El mundo se había descontrolado muy deprisa y ahora estaba sentada en el asiento trasero de un coche entre mi ex novio, que acababa de besarme, y su novia, que solía odiarme, y que, de repente, eran los únicos amigos que me quedaban en todo el mundo.

—Bueno, ¿vamos a casa de Eddie? —preguntó Sam.

—¡No! —gritamos Blayze y yo al mismo tiempo. Le miré con curiosidad.

Se encogió de hombros.

—Puede que ayer le diera un puñetazo en la cara. Le estoy dando tiempo para que se calme y asuma que le estuvo bien empleado.

Abrí la boca para preguntar por qué, pero volví a cerrarla. En realidad no quería saberlo.

—Por cierto, Blayze, por si no había quedado claro, hemos roto —le comunicó Sam en un siseo que no cargaba con el veneno que la caracterizaba.

Reprimí una sonrisa y vi cómo Blayze le sonreía.

—Siempre me dices unas cosas tan bonitas….

Seguimos conduciendo mientras yo intentaba digerir qué demonios estaba pasando. No estaba segura de ser capaz de procesar siquiera una fracción de todo ello. De alguna manera, a pesar del hecho de que me encontraba en el medio de la tormenta, me daba la sensación de que esto era la tormenta en sí misma. Las cartas, el gato muerto, la sangre, y ahora esto. Una persona inteligente decidiría que este era el momento de retroceder, de irme, de desaparecer, de hacer que Burnaby High formase parte de mi pasado. La metáfora de Sam sobre los monos tenía sentido, supongo. Y para ese mono enfermo, a menos que estuviera dispuesto a resistir hasta le muerte, retirarse era la única opción que tenía.

Sam no dejaba de parlotear, pero todo me entraba por un oído y me salía por el otro, hasta que ladeó la cabeza hacia la izquierda.

—Ahí va la caballería —dijo y no se equivocaba.

Un montón de coches de policía pasaron a toda velocidad con las sirenas encendidas, generando aún más caos en este mundo ya de por sí caótico.

—¿Creéis que se dirigen al instituto?

Sam asintió.

—Han montado una gorda, seguro que ya es un motín total.

Sacudí la cabeza.

—No sé cómo sobrevivís por aquí, sinceramente.

—No siempre sobrevivimos —dijo Sam—. Y los que sí lo hacemos, ganamos unos malos hábitos de cojones en el proceso.

El ambiente en el coche se volvió aún más cargado en los minutos que siguieron. Vi cómo viejas heridas y malos recuerdos se reflejaban en el rostro de Sam. Blayze tenía la misma mirada pensativa, pero la suya estaba llena de ira y la de ella de tristeza. Por un momento me pregunté hasta qué punto era culpa mía. Si no hubiera aparecido aquí, ¿dónde estarían ahora? ¿Serían felices? ¿Estarían en paz? Y el hermano de Blayze, ¿estaría en la cárcel? Por supuesto, no era justo tratar de cargar sobre mis hombros con todo su dolor, pero había una parte de mí que no podía evitarlo. Papá tenía su manera de poner patas arriba los municipios de allí por donde pasaba. La mayoría de las veces yo no veía la peor parte. Ahora mismo, sin embargo, me hallaba justo en el medio, una víctima de cada cambio y cada terremoto. Su campaña para salvar el mundo estaba sacando a los malos de las calles, sin duda. Pero tampoco cabía duda de que eso también tenía sus consecuencias: la gente inocente salía herida.

Cuando ese hilo de pensamientos se me hizo demasiado, me volví hacia Sam y luego hacia Blayze.

—¿Quién quiere desayunar? —pregunté—. Yo invito.

—Me encanta oír eso —dijo Sam con alegría y, por un breve instante, me supo a victoria—. No sé si Blayze te lo ha dicho alguna vez, pero ¿comida gratis? Es lo que más me gusta.

Capítulo

Veintiséis

Blayze

Era raro salir con las dos a la vez. Sam parecía diferente ahora, como siempre pasaba después de romper. Estaba más tranquila, más amable, como si le circulara menos ansia de venganza por la sangre. Era la parte de ella que siempre me atraía de nuevo, pero empezaba a darme cuenta de que nunca sería yo quien compartiera eso con ella, excepto como amigo. Había algo en mí, o en nosotros como pareja, que la hacía que se volviese retorcida. Ahora estaba libre de nuevo, y relajada.

Arlena también estaba contenta. Invitarnos a comer parecía estar haciendo algo bueno por ella, como si la devolviera a su zona de confort o algo así. Se mostraba confiada y juguetona a la par, bromeando con Sam e intercambiando historias. Me recosté en la silla, sonriendo, absorbiendo lo que sin duda eran los mejores minutos que había pasado en mucho puto tiempo. Volví a centrarme en la conversación al final de una de las historias de Sam.

—Entonces el portero me dice: «¿ya estás aquí otra vez?», y yo le digo: «¿de qué estás hablando? ¡Jamás he estado aquí!».

Arlena echó la cabeza hacia atrás y se rio. Sonó como música a mis oídos, llegando hasta lo más profundo de mi alma.

—Dios mío, habría pagado por verle la cara —dijo.

—Fue epiquísimo. —Se desternilló Sam—. Ojalá hubiera sacado una foto.

—Dios mío, eso me recuerda… —dijo Arlena, sentándose un poco más recta—. Hablando de desear tener una cámara encima. Era la primera vez que montaba a caballo. Se suponía que tenía que estar en la clase de principiantes porque, buena, era una principiante, ¿no? Pero como ya tenía doce años y todas las niñas llevaban montando a caballo desde siempre....

—Cállate, me muero de envidia —intervino Sam, poniendo pucheros como sólo ella podía.

—¡¿En serio?! Te gusta montar a caballo. Tendré que llevarte alguna vez. Todavía tenemos el carné de socio en los establos, y se me permite llevar amigos.

Los ojos de Sam se abrieron de par en par y yo sonreí.

—Cállate —siseó Sam—. No, en serio, ¿me llevarías?

—Pues claro. Es muy divertido. Quiero decir, cuando te acostumbras. Siempre y cuando no termines boca abajo debajo del caballo y con el pelo metido en un charco.

Sam se rió.

—Vale, ¿cómo demonios acabaste así?—.

—¡Cierto! Me pusieron en la clase con las otras niñas de doce años en vez de ponerme en la clase de principiantes como se suponía que debía ser. No dije nada porque supuse que sabían lo que hacían.

Sam negó con la cabeza.

—Nunca se puede asumir tal cosa.

—¿Verdad? Bueno, me subieron a ese condenado caballo gigantesco. Era enorme de verdad. Y yo pensaba, vale, es enorme, pero seguro que es majo, ¿no? Entonces la instructora tira de su caballo hasta ponerse al frente de la clase y dice: bueno, chicas, ¿quién está lista para

saltar?

—¡No!

—Oh, sí. Casi me meo encima. Entonces mi cerebro entra en acción y me pongo en plan: «,perdón, pero creo que estoy en la clase equivocada», pero la profesora no me hace caso. Nos pone en fila y dice: «los caballos saben lo que tienen que hacer, seguidme y agarrad las riendas». Ten en cuenta que esta era la primera vez en mi vida que me subía a un caballo. No tenía ni idea. Yo estaba como: ¿que me agarre a qué?

Sam se reía tanto que pensé que se iba a ahogar.

—Así que me agarro a ese pobre caballo como si mi vida dependiera de ello —continúa Arlena—. Los caballos se echan a correr, siguiendo a la instructora. Entonces lo veo. Hay una valla. Y estoy como: por favor, para, por favor para, pero no, la profesora la salta y después va el siguiente caballo y el siguiente, y yo ya estoy llorando de verdad. No veo nada.

Antes de darme cuenta, yo también me estoy riendo, sintiéndome totalmente absorbido por la forma en que está contando la historia, dejando ver todas las emociones en su cara como si estuviera viviendo otra vez ese momento.

—Así que voy hasta la valla. No sé lo que esperaba, pero desde luego nada como eso. El caballo corre a toda velocidad hacia la maldita valla, los pies se me resbalan de los estribos, me agarro al cuerno de la silla y salimos volando. Y quiero decir *volando*. El caballo salta y yo empiezo a resbalar, me agarro y entonces el caballo baja con un ruido sordo. Me resbalo, pero ahora mi pie se ha quedado enredado en un estribo e intento agarrarme a lo que sea, y de alguna manera acabo colgando del caballo desde abajo con el pelo cayéndome en un charco.

—Eso es horrible. —Rio Sam, secándose las lágrimas de los ojos—. Pero tomo nota, nada de saltar en la primera clase.

—Todavía no he saltado —confesó Arlena—. Después de aquello decidí que los caballos estaban muy bien siempre que tuvieran las patas en el suelo.

Sam la miró con ojos brillantes de complot.

—Mm. Ahora no tengo más remedio que ir contigo.

—¿Ah, sí? —preguntó Arlena, enarcando una ceja.

—Sí —dijo Sam—. Alguien tiene que romperte la cabeza hasta que saltes esa valla.

Arlena se atragantó con su bebida y entrecerró los ojos juguetonamente a Sam.

—Siempre puedes intentarlo.

—No solo voy a intentarlo, voy a conseguirlo —replicó Sam.

Nos quedamos charlando mientras desayunábamos durante horas, no hicimos nada más que hablar. Buenos las chicas fueron las que más hablaron, la verdad. No es que pudiera quejarme. Me lo estaba pasando muy bien simplemente escuchando. Sentía como si un complicado nudo en mi estómago se hubiera desatado de forma espontánea, enderezando todo a su alrededor en el proceso. Pero pronto, incluso eso llegó a su fin cuando Sam miró su teléfono.

—Mierda, voy a llegar tarde —dijo—. Pero aun puedo dejaros en algún sitio antes. ¿Dónde queréis ir?

Arlena me miró y, despacio pero con seguridad, sus labios se separaron.

—¿Quieres venir a casa?—

No se podía decir que no a eso.

Capítulo

Veintisiete

Arlena

Comprobé el escalón mientras subíamos. Ya era un hábito que no sabía si dejaría atrás algún día. No había nada, por suerte, pero no sentí tanto alivio como debería. Intenté sacudirme cualquier sentimiento de negatividad que intentara sobrecogerme y busqué mis llaves.

—Sam no es tan mala —dije, mirando a Blayze por encima del hombro—. Ya veo por qué te gusta.

Blayze sacudió la cabeza y se rio.

—Es muy buena amiga —dijo—. Pero cuando estamos juntos, es como si se activara algún interruptor psicótico dentro ella.

—¿Y es un rompecabezas que quieres resolver?

—Ya no. —Entró en casa detrás de mí, rodeándome la cintura con sus brazos—. Estoy más interesado en descifrar el rompecabezas de por qué no te estoy besando en este momento.

Giré en sus brazos y tiré de él para acercarlo, echando la cabeza hacia arriba para tomar todo lo que él estaba dispuesto a dar en ese momento. Nuestro beso fue largo, dulce y repleto de calor, amenazando con derretirme de pies a cabeza.

—Venga —suspiré mientras me separaba de él—. Vamos arriba.

Una sonrisa pícara se dibujó en sus labios mientras me seguía escaleras arriba.

—Tus padres no planean volver pronto a casa, ¿verdad?.

—No. Los dos trabajan hasta las cuatro por lo menos.

—Bien. Porque no estoy seguro de que tu padre aprobara esto. —No se equivocaba, pero ahora mismo lo último en lo que quería pensar era en mi padre.

Abrí de un tirón la puerta de mi habitación y me senté en la cama, dando unas palmaditas al espacio que había a mi lado. La sonrisa de Blayze se suavizó y en sus ojos había un brillo de ternura que hizo que me doliera el corazón. Se arrodilló en el suelo delante de mí, me cogió las manos y me las besó una a una.

Cuando me miró, sus ojos estaban llenos de serias intenciones.

—Te dije muchas cosas muy feas —me dijo—. Te traté fatal. No te merecías nada de eso. Perdóname.

Nada más pronunciar la última palabra, se me nubló la vista. Las lágrimas se filtraron por los lacrimales, expulsando la tristeza y llenándome de algo totalmente distinto. No sabía que necesitaba oír eso hasta que lo dijo. Pasé los dedos por el pelo de Blayze y le acaricié la cara, mirándole a los ojos.

—Estás perdonado —dije en voz baja—. Yo no debería haberte mentido. Debería haber confiado en ti. Supongo que yo también lo siento.

Se acercó aun más mis manos y me besó el dorso. Una y luego la otra.

—Te perdono, un millón de veces, sin pensarlo dos veces —dijo.

Tiré de él hacia arriba, lo acerqué a mí y lo besé con la fuerza suficiente para que se le acelerara el pulso. Cerró los ojos, respirando con agitación mientras me estrechaba contra él. Deslizándose sobre la cama, volvió a besarme la boca y dejó que sus manos recorrieran mi

cuerpo. Sus manos tiernas y escrutadoras que me cartografiaban. Sin dudarlo, me entregué a él, dejando mi cuerpo en sus manos, confiándole cada parte de mí y explorando todo de él.

Se le cortó la respiración cuando coló una mano bajo mi camiseta y se quedó inmóvil, apartándose para mirarme. Sus ojos brillaban cálidos por la necesidad, pero su rostro mostraba contención. No quería hacerme daño. No quería presionarme ni coaccionarme. Sonreí suavemente y dejé que mis ojos pesados se cerraran mientras lo besaba, separándome sólo lo suficiente para pasarme la camiseta por encima de la cabeza.

Nos movimos y caímos juntos mientras nos quitábamos la ropa, reacios a separarnos ni un segundo. Sentía tal ansia por él que dolía. Cada roce de su piel desnuda contra la mía me producía oleadas de placer desesperado, y mi corazón galopaba como un caballo de carreras hacia una meta con la que había soñado durante meses.

Gimiendo, Blayze atrapó suavemente el lóbulo de mi oreja entre los dientes.

—Princesa —susurró, y sentí cómo la palabra me recorría la columna vertebral, la piel y el corazón.

No sé lo que estoy haciendo. El pensamiento se convirtió en un nubarrón de ansiedad, pero Blayze lo alejó con sus manos firmes y suaves. Recorrieron mi cuerpo, moldeándome, explorándome, colocándome debajo de él. Lo único que podía hacer era reaccionar cuando su boca se movía sobre mí, mis pechos, mi vientre, vacilando entre mis piernas hasta que lo miré. Cuando clavó mis ojos en los suyos, bajó la boca y me cubrió de un calor húmedo y cálido, gimiendo mientras me pasaba la lengua por el centro.

Mis dedos se enredaron en su pelo, con timidez al principio y con más agresividad luego, cuando su boca hizo desaparecer mis aprensiones en una oleada de placer. Se me estremecía la columna vertebral y me temblaban las piernas, pero no permitía que su boca me abandonara; su lengua no dejaba de sumergirse, de beber mis jugos, de lamer mi centro, de enloquecerme. Intenté contener mis gemidos, pero por muy fuerte que apretara su nombre se me escapaba.

—Blayze —grité mientras me invadía una oleada tras otra de placer.

Mi voz pareció echar más leña al fuego. Con una mano en la base de mi muslo, Blayze levantó aún más mi pierna por encima de su cabeza y se recostó sobre mí todo lo que pudo. Mis pliegues se abrieron, tuvo acceso completo a mi clítoris y no dudó en chupar y lamer, en provocarme y atormentarme, en tomar de mí y dar todo a cambio.

Mi cuerpo chillaba y mi cerebro giraba en espiral, tratando de grabar a fuego en mi memoria todo lo relacionado con aquel momento, pero me movía muy deprisa y escalaba muy alto. El calor se extendió desde mis muslos hasta mi ombligo y mi cuerpo se tensó, acercando aún más mis caderas a su boca como si no estuviera ya tan sobrepasada como me era posible. Cuando llegué al orgasmo, todo mi cuerpo vibró. Clavé las uñas en los hombros de Blayze mientras luchaba por estabilizarme. Pero él era como un barco, balanceando la cabeza de lado a lado para beberse cada pedacito de mí. No fue hasta que los temblores se calmaron y me sentía demasiado sensible para que me tocara que se arrastró sobre mí, depositando besos por mi cuerpo hasta llegar a mi boca. Lo besé con deseperación, saboreando mi excitación en sus caderas y sintiendo que me iría flotando a la deriva a menos que me aferrara a él.

Cuando bajó sobre mí, sentí la dureza de su polla contra mi vientre y arqueé la espalda, muy, muy dispuesta a dejarle entrar. Pero me apartó con los ojos oscuros de deseo.

—La seguridad es lo primero —dijo con voz ronca, pasándome un dedo por los labios. Se apartó de mí y pude haber llorado de tanto que lo deseaba. Sólo se ausentó unos segundos, pero podrían haber sido los segundos más largos de mi vida.

—Ya está —me susurró al oído mientras me abrazaba de nuevo.

Mi corazón latió frenéticamente contra mi pecho hasta que apenas pude respirar. Le necesitaba. Aferrada a él, le mordí el hombro, saboreando nuestro sudor entremezclado mientras él se apretaba contra mí, dentro de mí, muy lentamente. Estaba preparada. Creía que estaba preparada. No estaba segura de estar preparada. Él era grande y lo notaba aún más grande, y había resistencia. Se ajustó a ella y volvió a ajustarse, meciéndose lentamente. Le temblaban los brazos temblaban y tenía el vientre tensó.

—No quiero hacerte daño —,susurró con voz frenética pero calmada.

Lo agarré por el cuello y tiré de él hacia abajo para que se encontrara con mi boca, sujetando con fuerza su cadera con la otra mano. Lo sostuve así mientras me retorcía debajo de él, presionándolo y meciéndolo cada vez más cerca del calor fundido de mi interior. Por fin cedió la resistencia y grité mientras me llenaba, fundiendo su calor con el mío. Se quedó inmóvil, aterrorizado de estar haciéndome daño. Le sostuve la mirada y moví las caderas para incitarle a moverse.

Fue todo el incentivo que necesitó. Al principio iba despacio, pero pronto empezó a perder el control. Me moví con él, igualando su ritmo mientras nos conducía a los dos a través de un torrente irresistible de placer. Lo respiré, me ahogué en su aroma, me uní a su cuerpo. Cuando el pulso volvió a surgir en mi interior, recibió la respuesta del suyo propio.

Gritando contra su hombro mientras él gruñía contra mi pelo, caí por el precipicio del placer hacia un mar de éxtasis.

Cuando por fin se calmaron los temblores, él seguía allí, abrazándome. Mi cabeza se despejó, capa a capa, centímetro a centímetro. Me besó en la frente cuando tuvo que alejarse y deshacerse del condón, pero ahora no había desesperación en mí por su ausencia, sólo una calma, una satisfacción dorada. Cuando regresó, se acurrucó detrás de mí y me abrazó, besándome la sien.

—¿Arlena?

—¿Mm?

—¿Estás bien?

Me di la vuelta y sonreí como hacía meses que no lo hacía.

—Nunca he estado mejor —le dije con total sinceridad.

Blayze suspiró feliz y me abrazó con fuerza. Permanecimos así durante mucho, mucho tiempo. Nunca había estado tan vulnerable, pero nunca me había sentido tan segura.

Capítulo

Veintiocho

Blayze

Estaba a mitad de camino de vuelta a casa de mi madre cuando Eddie me llamó.

—Sí, ¿qué pasa? —respondí.

—Oye, tío, me he enterado de lo de la pelea. Por casualidad, no te habrás enterado de qué iba todo eso, ¿verdad?

—Sí —dije—. Alguien repartió un montón de fotos de Arlena en topless. No podía dejarlo pasar.

—Joder. ¿Hablas en serio, tío?

—Muy en serio —dije, intentando que la rabia de aquel momento no volviera a acumularse.

—¿Sabes quién lo hizo?

—Todavía no —contesté—. Pero voy a averiguarlo.

—Escucha, tío —dijo, luego hizo una pausa, aspirando un aliento que le estremeció todo el cuerpo—. Lo siento, ¿vale? La he cagado. No... no pensé que fuera para tanto, pero tenías razón. —Suspiró, como si fuera el peso del mundo el que intentaba quitarse de encima—. Puedes volver, trae tus cosas. Te ofrecí un lugar donde quedarte y aunque peleándonos peleemos y esas mierdas... aún tienes derecho a quedarte aquí, joder, ¿sabes? Hemos pasado por mucho.

Me reí y negué con la cabeza. Eddie era un desastre, eso estaba claro, pero era un buen amigo.

—No te preocupes, tío. Enseguida voy, aún tengo mis cosas en el coche. Mi madre no las quería en casa, ya sabes cómo se pone.

—Sí, lo sé, lo sé. Pero sí, vuelve y haremos una lluvia de ideas o algo así.

—Guay, gracias, tío.

—Y Blayze...

—¿Sí?—

—De verdad que lo siento, tío.

Capítulo

Veintinueve

Blayze

Parecía que todo iba bien. Eddie y yo estábamos en paz de nuevo, Sam y yo estábamos bien, Arlena estaba de vuelta a mi lado, e incluso mi madre había empezado a hablarme de nuevo. Si pudiera averiguar cómo sacar a Damon de la cárcel, sería perfecto. Además, siempre se producían muchas expulsiones después de una revuelta, lo que significaba que Arlena estaría a salvo en el instituto durante un tiempo, incluso cuando yo no pudiera vigilarla. Sí, ahora todo pintaba bien. Bueno, quizá no bien, pero mejor.

Eddie dio unos golpecitos con el bolígrafo en el papel que tenía delante. Desde que llegué, habíamos estado elaborando una lista de ideas, intentando averiguar quién coño le hizo las fotos a Arlena. Quién rayó su coche. Quién escribió en su cuerpo. Quién es el puto enemigo número uno. Eddie y yo no llegamos muy lejos, pero avanzamos más de lo que Arlena y yo habíamos hecho. Él había invitado a una lista muy específica de personas a aquella fiesta, y había llevado las personas de todas las personas al azar que se habían acoplado. Eso redujo bastante la lista en la que centrarme.

—Así que nos enfrentamos a veinticuatro personas —dije.

—Veinticinco —me corrigió Eddie—. No te olvides de Sam.

Sacudí la cabeza.

—A Sam ya la he descartado, podemos olvidarnos de ella. Así que, de estas veinticuatro personas, ¿quién tiene acceso a las impresoras del insti y además tiene una cuenta Fugwidem?.

Eddie frunció el ceño.

—No podemos saber lo segundo con seguridad, esa es la gracia de la aplicación. Pero lo primero, veamos: Stacy, Marissa y Lea se ocupan del anuario. Aiden, Elsa y Jean están en el periódico escolar. Tony, Josey y Raúl hacen cosas de teatro. Pero seamos claros, cualquiera de ellos podría haberse inventado una excusa para usar la imprenta. Mierda, ni siquiera sabemos si las fotos se imprimieron en el instituto—.

—Cierto —dije pensativo—. Quienquiera que imprimiera esas fotos lo hizo en algún momento entre el sábado por la noche y el lunes por la mañana, antes incluso de que se abrieran las puertas del instituto. Podrían haberlas impreso en cualquier sitio. —Suspiré, molesto porque la única prueba contundente que teníamos no parecía ir a ninguna parte.

—Vale, nueva táctica. ¿Quién habría tenido tiempo durante la fiesta para escabullirse sin que le vieran y destrozar su coche?.

Eddie exhaló un suspiro y sacudió la cabeza.

—Tío, ni idea. ¿Todos?

—No —dije—. Estos cuatro estuvieron en la habitación de atrás conmigo y Sam toda la noche. —Taché los nombres de la lista.

Eddie asintió.

—Vale, nos quedan veinte. ¿Ha mencionado ella a alguna de estas personas en concreto?

—Sí y no —dije—. Aunque la mitad están en su clase de Historia. —Dibuje unas estrellas junto a sus nombres y Eddie me lanzó una mirada incrédula—. ¿Qué?

—Tío, ¿cómo sabes quién está en todas sus clases?

—No lo sé —dije—. Todas estas personas querían hablar conmigo sobre algo que pasó durante esa clase, eso es todo.

—Vale, genial. Entonces, yo me encargo de estos cinco y tú del resto. Hablaremos con ellos uno por uno y veremos quién se pone nervioso.

—Cómo no, has elegido a todas las chicas —mencioné.

Sonrió.

—¿De verdad te esperabas otra cosa?

—No. Ni un poquito.

Aquella conversación desencadenó en un asunto de casi una semana de duración de intentar tachar los nombres de la lista. Durante ese tiempo, la administración del instituto inició su propia investigación. Dos de los chicos con los que hablé ni siquiera recordaban haber visto a Arlena en la fiesta. Uno de ellos no recordaba la fiesta en absoluto, pero estaba bastante seguro de que se había pasado todo el rato vomitando en el baño. Los dos últimos recordaban haberla visto, pero afirmaban no tener ningún interés en sus idas y venidas.

—Cuando no tienes nada que ocultar, no tienes a nadie a quien temer —dijo Chris encogiéndose de hombros—. Jurado que todo el mundo se ha estado delatando a sí mismo yendo a por ella de esa manera.

—No la conozco, no quiero conocerla y no me importa quién es su papi —dijo Bart—. Llevo limpio un año y pienso seguir así. Y te aseguro que no quiero problemas con la hija de un abogado.

—Muy sensato —dije.

Los del insti no parecían estar teniendo mucha más suerte, claro que partía con mucha menos información de la que yo ya tenía. Un jueves, un día en que Arlena me dijo que su madre la traería al instituto, estaba sentado en clase cuando oí su nombre por megafonía. Fruncí el ceño, poniéndome alerta al instante. Normalmente envían a alguien a las aulas para que se lleve a la alumna. Saqué el teléfono del bolsillo y le envié un mensaje.

Hola, ¿estás en el insti?

No contestó. La volvieron a llamar a la siguiente hora, y a la siguiente. Cuando por fin llegó la hora de comer, la llamé. No contestó. Sentí náuseas en el estómago y volví a llamarla. Seguía sin contestar. Se me pasó por la cabeza una imagen de ella muerta en una cuneta y me largué de allí, saltándome las dos últimas clases. De todos modos, no habría podido concentrarme.

Ya había entrado en cólera para cuando llegué a su casa, y ver el coche de policía aparcado enfrente no ayudó en absoluto. Algunas viejas sospechas surgieron durante una fracción de segundo: ¿y si estaba contándolo todo? No había sido precisamente un angelito respetuoso con la ley delante de ella, y que Dios pillara a Eddie confesado si empezaba a hablar de él.

Lo más inteligente habría sido dar media vuelta e ir a casa de Eddie, ayudarle a esconder su mierda antes de que la poli hiciera una redada, pero no podía hacerlo. Si había tenido razón la primera vez y estaba herida o en problemas, podría necesitarme. Incluso si le estaba contando todo a la policía, necesitaba saber si estaba bien. Así que, sabiendo que estaba arriesgando mi vida, mi libertad y mi felicidad, salí del coche.

Su padre abrió la puerta cuando llamé. Lo reconocí de inmediato, incluso sin su traje caro y su sonrisa de comemierda. Me invadió un arrebato de ira, pero lo hice a un lado.

—Me llamo Blayze —dije—. ¿Está Arlena en casa?

Me miró de arriba abajo, con una mirada dura y calculadora.

—¿Qué eres tú para ella? —me interrogó.

¿Qué puta clase de pregunta era ésa? Abrí la boca para responder, pero me interrumpió la propia Arlena.

—¿Blayze? —Sonaba como si hubiera estado llorando. Cualquier otra preocupación se esfumó de mi cabeza—. Papá, déjalo entrar, por favor.

Sorprendentemente, su padre dio un paso atrás para dejarme pasar, pero mantuvo una postura intimidatoria mientras pasaba por su lado. No me importó. Tampoco me importaron mucho los dos policías y el detective que estaban sentados en el salón. A la única persona que vi con claridad fue a Arlena, que estaba sentada sola en un gran sillón, con los ojos enrojecidos e hinchados y la cara manchada de lágrimas. La estreché entre mis brazos y le acaricié el pelo. Ella enterró la cara en mi pecho y se aferró a mí, temblando.

Me arrodillé frente a ella.

—¿Qué está pasando? —le pregunté.

—Lo saben todo —dijo—. Las cartas, el gato, el coche, las fotos... Cuando salieron las fotos, supongo que el instituto llamó a la policía. Mi padre y los del seguro no encontraban mi coche, así que presentó una denuncia para denunciar su robo. El detective juntó sumó dos más dós y se dio cuenta de que pasaba algo más gordo, así que mamá me ha tenido hoy en casa para repasarlo todo con ellos.

—Estamos hablando de un acoso delictivo bastante serio —habló el detective—. Si sabes algo, hijo, te sugiero que nos lo digas.

—Si supiera algo, el acoso habría parado hace mucho tiempo —dije con frialdad.

—Ahí lo tienen —dijo el padre de Arlena—. Esa actitud es la razón por la que es tan difícil limpiar esta ciudad. Los tipos como tú no queréis ayuda, sólo queréis romper cosas y matar gente. Sois neandertales con ropa de más, armas y drogas.

—¡Papá! —Arlena sonaba horrorizada, lo que me demostró lo ajena que había estado al trabajo de su padre. Cualquiera que hubiera mirado su historial judicial podría haber supuesto que él se sentía así. Me puse en pie y me giré lentamente para mirarle.

—Pues esa misma actitud, la que compartes con los policías y el juez y el alcalde, es la razón por la que vivimos como vivimos. No queréis ayudar a la gente. Sólo queréis encerrarnos para no tener que mirarnos.

El Sr. Drake se puso tenso y me miró literalmente por encima del hombro.

—Le ruego que me disculpe, pero mi trabajo ha salvado a cientos de miles de niños de ser presa de los traficantes de drogas.

Solté un bufido.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? ¿Crees que encerrar a un tío con una bolsita de plático va a salvar a los niños de la pobreza? ¿De unos padres que trabajan demasiado para prestarles atención? ¿De una sociedad negligente y de policías justicieros?.

—Eso es un oxímoron —dijo Drake con suficiencia.

—Y una mierda. Los antidisturbios usan cualquier excusa, cualquiera, para joderle la vida a alguien. ¿De verdad creéis que estáis ayudando a la gente? Dejadme que os cuente la historia de un crío al que presionaron para transportar drogas porque los policías detenían a todos los hombres adultos. Ese niño no podía pedirle ayuda a un policía, ¿estás de broma? Le habrían quitado la droga y lo habrían metido en un reformatorio. Le habrían marcado como un chivato y le habrían matado a sangre fría nada más salir.

—¡Que es exactamente por lo que sacamos a los traficantes de la calle!

—¿De verdad? ¿De verdad es así? Dime, señor, si envías a un hombre a prisión por un delito grave, ¿qué posibilidades tiene de conseguir un trabajo decente cuando salga?.

Drake sonrió satisfecho.

—Eso no es en absoluto de mi incumbencia, ¿no es así?

—Debería serlo —dije—. Si tu preocupación es «limpiar esta ciudad» como dices, entonces tienes que dejar de ser tan condenadamente cegato. Si un hombre sale a la calle con un delito en su historial, tendrá suerte si consigue un trabajo con el salario mínimo. Todavía tienen que comer, ¿verdad? Aún tienen que pagar el alquiler, ¿no es así? Pues bueno, joder, sólo tienen las habilidades con las que entraron. Les es difícil conseguir un trabajo. El que sea. ¿Sabes lo que sí es fácil? Volver a contactar con sus viejos contactos y volver a hacer negocios. Así que sí, ese es exactamente el camino que acaban recorriendo... otra vez. Es el pescado que se muerde la cola.

Drake entrecerró los ojos.

—Si fueran buenas personas, no lo considerarían una opción.

—El ser bueno o malo no tiene nada que ver —dije fríamente—. La gente buena tiene que comer tanto como la mala. La gente buena se cría en esta vida igual que la gente mala. Una buena persona por estos lares no le venderá drogas a los niños, pero las venderá igualmente si es lo que hace falta para pagar las facturas.

—Si quieren pagar las facturas, deberían conseguirse mejores trabajos —dijo Drake, como si no hubiera escuchado una maldita palabra de lo que dije—. Y se mantendrían bien alejados de las drogas. ¿Tan difícil es?

—Dímelo tú —repliqué—. ¿A cuánta gente habéis encerrado este mes por tráfico de drogas?.

—A ciento ocho —dijo Drake. El orgullo en su mirada me enfermó hasta la médula—. Ciento ocho delincuentes que están fuera de la calle.

—Genial. Ahora dime cuántas ofertas de trabajo hay por aquí ahora mismo que paguen quince dólares la hora o más. Eso es lo mínimo para pagar una habitación. No te hablo de un piso, te hablo de una puñetera habitación.

Drake negó con la cabeza.

—Ignoro la respuesta. — Pues claro que la ignoraba.

—Mm, vale, déjame ver. —Saqué el móvil e hice una búsqueda de trabajo, introduje los datos y le pasé el aparato—. Doce —dije—. Hay doce vacantes. ¿Cuántos de esos puestos crees que requieren una licenciatura? ¿Para cuántos se necesitan diez años de experiencia? ¿Cuántos de ellos crees que están dispuestos a aceptar a un hombre que acaba de salir de la cárcel?.

Drake frunció el ceño y me devolvió el teléfono.

—¿Qué me intentas decir?

—Lo que quiero decir es que sois parte del problema. Todos vosotros. Estáis atacando los síntomas e ignorando la causa. Tú te irás de aquí en un año, puede que dos, con otro éxito que añadir a tu currículo. Atraparás a todos los malos, los encerrarás entre rejas y te irás. Y los niños seguirán muriéndose de hambre. Y el alquiler seguirá siendo imposible de pagar. Y en tres o cuatro años todos esos tipos que encerraste volverán a estar en la calle, salvo que esta vez no podrán conseguir un trabajo honrado aunque lo quieran.

Drake negó con la cabeza.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Quieres que deje marchar a estos tipos para que puedan seguir aprovechándose de los niños sólo porque la economía va mal? No. Esa es una excusa terrible. Siempre habrá alguien que vaya justo de dinero. No pareces entender que son niños inocentes los que salen perjudicados...

—Esos niños inocentes también dependen de ese dinero —lo interrumpí—. Déjame que te cuente cómo va la cosa. Un camello de poca monta vende algo de mierda los fines de semana

para llegar a fin de mes y poder mantener a sus hijos o a sus hermanos pequeños. Le detienen por un delito menor de posesión de drogas. Es su primer delito. Vale, no pasa nada. Es una putada, pero probablemente le den la condicional. Todavía puede trabajar, seguir manteniendo a los niños y puede que conseguirse un trabajo más en algún sitio para compensar la diferencia. Luego llega al tribunal y te ve a ti.

La mirada de Drake se endurece, pero no dice nada. Sonrío.

—Ya ves adónde se dirige esto. Ahora se enfrenta al superfiscal que, de alguna manera, coge ese pequeño detalle, ese primer delito, e inventa toda una historia sobre cómo este chaval de veintipocos años es el próximo capo en formación. Lo acusa de un delito grave de tráfico de drogas.

Hago un gesto amplio con las manos.

—Quizá tenga hijos, hermanos, gente que depende de él. ¿Qué van a hacer ahora? Van a recurrir a sus amigos. O a los amigos de él. La gente que tiene los medios para cuidar de ellos por un tiempo, el dinero extra, que es escaso por aquí. Muy pocas clases de personas lo tienen. Ahora has enviado a los que dependían de ese hombre al meollo del asunto. Niños jóvenes e impresionables, cuya manutención depende de un camello de los grandes.

—¿Dónde está la madre en esta hipérbole tuya? —exigió saber Drake.

Sonrío.

—En la cárcel por posesión de drogas, tío. O puede que viviendo con algún *sugar daddy* al que no le gustan los niños.

—Para eso está el sistema de acogida.

—De acuerdo, ignoremos el hecho de que los hogares de acogida machacan a los niños y escupen adictos a la calle todos los malditos días. Digamos que quien depende de este chico es un estudiante de instituto de dieciocho años que tiene posibilidades reales de ir a la universidad y acabar con ese círculo vicioso si puede terminar los estudios. El sistema de acogida no lo acoge, su madre tampoco, y ahora su hermano tiene un delito grave en su historial y va a ir a la cárcel cinco años. Ese chico tiene dos opciones.

Alcé una mano como una balanza.

—Puede dejar los estudios y ponerse a trabajar. —Levanté la otra mano—. O puede vender drogas, seguir estudiando y jugarse su presente a cambio de su futuro.

—¿Este chico no tiene más familia? —dice Drake, exasperado—. ¿Amigos?

Negué con la cabeza.

—Claro que no, tío. Una vez cumples los dieciocho años, o, joder, los dieciséis, más vale que te ganes tu propio dinero o nadie querrá acogerte. Y piensa que, si ese chico hubiera ido a la universidad, podría haber conseguido uno de esos trabajos bien pagados de los que tanto hablas. Podría haberle echado una mano a su hermano mayor, haberle ayudado a salir del círculo vicioso. Todo ese potencial desperdiciado porque querías darle un escarmiento en vez de darle la libertad condicional que se merecía.

Drake se quedó pensativo un momento y luego sonrió.

—Es divertido jugar con hipótesis, ¿verdad que sí?.

Negué con la cabeza, mirándole fijamente.

—No hay nada de hipotético en este caso, señor Drake. Permite que me presente como es debido. Soy Blayze Arrow. Quizá recuerde a mi hermano Damon. —Le tendí la mano. Drake la miró durante unos segundos de más y luego la estrechó lentamente.

—Ya veo —dijo en voz baja—. Ya veo.

Nadie habló durante unos minutos, hasta que el detective se levantó.

—Por muy emocionante que haya sido todo esto —dijo—, creo que nos estamos olvidando de por qué estamos aquí. Blayze, la Srta. Drake asegura que la has estado ayudando con toda esta situación del acosador. ¿Te importaría responder algunas preguntas?

Sonreí con satisfacción.

—Contestaré todo lo que pueda contestar sin implicarme. Estoy en una habitación con un mago que puede convertir un sorbo del vino de la comunión en un desmadre de borrachera con una sola palabra.

Drake y el detective compartieron una mirada. El detective ocultó una sonrisa y asintió.

—Me parece justo. Lo primero es lo primero, ¿sabes dónde está el coche de la señora Drake?.

—Claro —dije con facilidad—. Está entre dos contenedores detrás del supermercado Joe's, en el callejón entre la tercera y la primera.

El detective asintió en dirección de uno de los policías, que se marchó a toda prisa.

—Gracias —replicó el detective—. Ahora, si tomas asiento, te agradecería que me contaras todo lo que sabes sobre el acosador de Arlena.

Capítulo

Treinta

Arlena

Intenté quedarme como apoyo moral, aunque sólo fuera eso, mientras Blayze hablaba con el detective, pero incluso escuchar todo aquello una y otra vez era agotador. Al cabo de una hora, más o menos, fui a la cocina a por agua y me quedé allí unos minutos, mirando cómo corría el agua por el fregadero. Todo estaba llegando a su fin. Sentía como la presión se me echaba encima por todas partes y me estaba derrumbando bajo su peso.

—Tienes un amigo interesante —dijo papá al entrar—. No estoy seguro de cómo me siento acerca de su sentido de la moral, pero es un personaje interesante.

Resoplé.

—¿Su sentido de la moral? Papá, es la única persona que me ha protegido todo el año, incluso después de que encerraras a su hermano. Ha estado viviendo de prestado durante meses y faltando a clase para cuidar de mí, y aun así se va a graduar entre los primeros de la clase.

—El listón sí que está bajo —resopló papá.

Parpadeé de incredulidad.

—Eres un esnob —hablé con voz suave por el descubrimiento—. Ni siquiera has escuchando nada de lo que decía, ¿verdad? Tratas a estas personas como si dispusieran de un año sabático para considerar sus opciones y pensar en la vida y al final se dijeran: sí, está decidido, me apetece ser un delincuente.

Papá ladeó la cabeza hacia mí.

—¿Estás de acuerdo con él?

Sacudí la cabeza.

—No sé. Estoy de acuerdo con los dos, y creo que ambos tenéis unos enormes puntos ciegos que os impide ver a vuestro alrededor. Tú, con tu inamovible idea de lo que es la moralidad y él con su pasiva aceptación de la delicuencia como forma de vida. Es como si ambos vierais la mitad del cuadro y siguierais discutiendo sobre vuestra propia mitad en lugar de intentar juntar las piezas.

Me mojé las manos en el agua fría y me froté la cara con ella, después me llené un vaso y cerré el grifo.

—Admito que me ha hecho pensar —reconoció papá—. Nunca me había cuestionado mis métodos hasta ahora.

Sonreí ante eso.

—Es bastante inteligente, ¿sabes?.

—Ya lo veo. Pero, ¿qué uso le va a dar a esa inteligencia?.

—No lo sé. Sé que pensaba ir a la universidad antes de que arrestaran a Damon, pero ahora no puede seguir viviendo donde vivía, va a tener que mudarse más pronto que tarde, puede incluso antes de que termine el instituto. El dinero va a ser su prioridad. Va a tener que serlo, no tiene otra opción.

Papá asintió pensativo.

—Es una pena —dijo.

Le miré con brusquedad.

—¿Por qué?

Los labios de papá se torcieron en una pequeña sonrisa.

—Porque si Blayze hubiera sido el abogado de oficio de su hermano, Damon habría salido en libertad condicional.

Me dirigió una mirada significativa y se alejó de vuelta al salón. Lo miré marcharse, frunciendo el ceño. Tenía unas ganas inmensas de que la gente dejara de hablar entre línea. Me bebí el agua y volví al salón, donde Blayze estaba terminando de hablar con el detective.

—De verdad no vas a decirme dónde tuvo lugar esta fiesta —dijo el detective.

Blayze negó con la cabeza.

—No. Eso es alto secreto. Si alguien ve mi coche y el tuyo aparcado delante de esta casa, y se produce una redada de inmediato en la casa donde fue la fiesta, ¿quién crees que va a pagar el plato?

El detective asintió.

—Me parece razonable. No hay de qué preocuparse, ya lo averiguaremos.

Blayze apretó la mandíbula. Me senté a su lado y le cogí la mano. Sabía lo difícil que debía ser para él guiar a la policía en dirección de Eddie, y no sólo porque Eddie fuera su mejor amigo.

—De acuerdo —dijo el detective—. Creo que eso es todo. Pero si se te ocurre algo que pueda ayudar, no dudes en llamarme. Puede que tenga más preguntas para ti en el futuro. Si es así, te llamaré.

—Pero no me paréis por la calle y os comportéis como si me conocierais —dijo Blayze—. Lo último que necesito es que la gente piense que trabajo con vosotros.

El detective asintió con la cabeza y se marchó junto con el otro policía. Solté un largo suspiro y me dejé caer contra el respaldo del sofá, completamente agotada. Blayze me imitó.

—¿Blayze? —pregunté—. ¿De verdad estás en peligro?

—¿Después de hoy? Sí. Pero dependerá de lo que encuentren y de a quién decidan culpar. Si es la persona equivocada... —Se detuvo y se encogió de hombros, luego me miró con amor brillando en sus ojos—. Pero no pasa nada, ¿sabes por qué?.

—¿Por qué?

—Porque tú lo vales. —Me besó la nariz y luego chocó mi frente con la suya—. Vales totalmente la pena.

Podía sentir los ojos de mi padre clavados en mí. Le miré de reojo y me encontré con que miraba pensativo a Blayze. Casi podía sentir su actitud de interrogatorio a punto de salir a pasear.

—¿Quieres dar una vuelta? —le pregunté a Blayze.

—Pues claro.

Capítulo

Treinta Y Uno

Blayze

—Mi padre dice que podrías ser abogado de oficio —soltó Arlena después de que condujéramos en silencio durante unos minutos.

Le eché una mirada de reojo y luego volví a fijar la vista en la carretera.

—Cualquiera podría, por lo visto. Los he visto trabajar y hasta un mono con un conocimiento básicos del lenguaje de signos podría hacer ese trabajo.

Ella negó con la cabeza.

—No se refería a eso. Dijo que, si hubieras defendido tú a tu hermano ese día, habría salido libre con un cargo de delito menor.

Sus palabras fueron como una bofetada en la cara y me invadió la furia.

—¿En serio?

Ella asintió, ajena al cambio en mi estado de ánimo.

—Uy, sí. Cree que tus argumentos son muy convincentes. Me preguntó qué vas a hacer después del insti; creo que ve potencial como abogado en ti.

Refunfuñé.

—¿Le dijiste que el potencial cuesta dinero?

—Más o menos —dijo encogiéndose de hombros—. Le dije lo difícil que sería para ti ir a la universidad, sobre todo ahora que tu hermano está encerrado.

Eso no me hizo sentir menos enfadado. Aunque yo mismo ya se lo había dicho, no me gustaba saber que la gente hablaba de las partes más vulnerables de mi vida, sobre todo gente como Tristan Drake.

—Tu padre me parece el tipo de persona que usaría eso contra mí —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, si no puedo permitirme acceder a todo mi potencial, es evidente que soy un mal partido para ti. Siento que ahí es adonde habría ido a parar esa conversación vuestra si no hubiéramos salido de allí cuando lo hicimos.

Frunció el ceño, pero como yo conducía, no pude saber si estaba pensando o dolida.

—Es muy protector —dijo a la defensiva—. Pero no creo que lo usara contra ti. Mucha gente no puede permitirse ir a la universidad, él lo sabe.

—¿Ah, sí? Parece que para él no hay excusa que valga para la gente como yo. —No me había dado cuenta hasta entonces de lo en carne y casi vulnerable que me había dejado aquella discusión con su padre. Apoyé las manos en el volante y tomé una nueva dirección. No había mucha vida silvestre a poca distancia en coche, pero sabía que había un lugar que estaba llamando mi nombre.

—Lo sabe, en apariencia —dijo—. Tiene que saberlo. Creo que por eso es tan bueno en su trabajo. Su forma de pensar en blanco y negro. En su cabeza hay una norma de lo que es lo mínimo en cuanto a un comportamiento aceptable y cree que hay que pedir cuentas a cualquiera que no la cumpla. Pero no juzga a la gente por no tener dinero o cosas materiales, no es tan superficial.

Sacudí la cabeza.

—No es el dinero o las cosas materiales —dije—. Es el acceso al poder. Él lo tiene, tú lo tienes; yo no. Creo que de eso va a depender su decisión, independientemente de lo que piense de mi capacidad para argumentar. Lo que me lleva a la siguiente pregunta: ¿cuánto valoras la opinión de tu padre?.

—Mucho —respondió con una rapidez que fue casi automática—. Es muy inteligente y sabio y me quiere. Su opinión es muy importante para mí.

Apreté los dientes. Eso era lo que me temía. Llegué al siguiente semáforo y di media vuelta, volviendo por donde habíamos venido. Sabía que no debía luchar en una batalla perdida, y ya sabía que Tristan Drake no era el tipo de persona que pierde.

—¿Adónde vamos? —preguntó Arlena.

—Te llevo a casa —le contesté—. Tu padre nunca me va a verme con buenos ojos y tú valoras su opinión. Es sólo cuestión de tiempo que veas lo que él ve, y entonces terminaremos de todos modos.

Ella tenía los ojos muy abiertos y brillaban con una pátina de dolor. Me estremecí. No quería hacerle daño. Sólo estaba diciendo lo que veía que iba a pasar.

—Mira, ya te han pasado bastantes cosas duras últimamente, princesa. No necesitas añadir el pelearte con tu padre a esa lista.

—Para el coche —dijo con voz dura y fría, como la de su padre en los tribunales.

Aparqué el coche en un aparcamiento y la miré, expectante. Ya me había resignado al resultado final y había hecho las paces con el hecho de que ella misma tuviera que romper conmigo por sus propias razones emocionales.

—Escúchame, Blayze. Tú eres la única razón por la que no me he tirado de un puente o me he echado una siesta en las vías del tren en los últimos meses. La opinión de mi padre significa mucho para mí porque es mi padre, pero no quiere decir que piense que siempre tiene razón ni que siempre le haga caso. Sólo significa que, si me dice que el cielo es verde, voy a mirar hacia arriba para verlo por mí misma antes de discutir con él.

Asentí lentamente. No me estaba diciendo nada que no supiera ya.

—Exacto. Así que, si te dice que no soy más que un punk marginal que no tiene donde caerse muerto y que inevitablemente te va a llevar a arruinarte la vida, vas a hacerle caso.

Suspiró con fuerza.

—Le escucharía. Escucharía sus razones y luego decidiría por mí misma si se equivoca o no. Y, espóiler, ya sé que ese hipotético padre malvado está equivocado, porque te conozco. Te he visto hacer malabares con las fiestas de Eddie y novias que te necesitan y todo el rollo del juicio de tu hermano y vivir de prestado y, aun así, sacar unas notas excelentes. Sé lo duro que trabajas cuando algo te importa.

Me puso la mano en el hombro tenso y el muy traidor se relajó en cuanto ella lo tocó.

—Y sé que te importo —dijo en voz baja—.No espero que me compres cosas caras o que amases la fortuna que tiene mi padre. No me importan esas cosas, de verdad que no. Vivir aquí me ha enseñado lo que hay en la otra cara de la moneda, y aunque ahora mismo todo es una mierda, no siempre ha sido este circo del horro que todos en el círculo de mi padre parecen creer que es.

Cientos de nuevas inseguridades pasaron por mi cabeza, pero ella se encogió de hombros y se acomodó en su asiento, dedicándome una sonrisa.

—Además —me dijo—, mi intención es sacarme mi propia carrera. Aún no he decidido cuál, pero será algo que me llene por dentro. No pienso depender de ti ni de mi padre ni de nadie

para tener la vida que quiero, sobre todo porque aún no he decidido cómo será.

Le sonreí.

—Probablemente no se parezca a una habitación de ocho por diez sobre la casa de fiestas llena de drogas de Eddie —dije.

—Claro que no —dijo riendo—. Pero eso es lo bueno de tener a Tristan Drake como padre. Ya sé que me va a ayudar a ubicarme cuando esté lista para irme a vivir sola. Tiene todo un fondo con mi nombre reservado para lo que sea que quiera hacer, ya sea casarme de inmediato, ir a la universidad, ponerme directamente a trabajar, viajar por el mundo... lo que sea que quiera hacer. Todo lo que tengo que hacer es graduarme del instituto y mis opciones son prácticamente ilimitadas.

—No puedo ni imaginarme contar con ese tipo de seguridad —dije, sin mencionar el hecho de que estaba equivocada. De una forma u otra, dependería de su padre—. Pero estoy contemplando esto desde la perspectiva de tu padre, Arlena. Tiene una hija brillante, simpática y guapísima con una infinidad futuros posibles sus pies, y tiene el dinero para hacer realidad cualquiera de esas cosas. Me va a ver como un lastre. Un agujero negro en el campo, que absorbe esas posibilidades con mis conexiones turbias y mis antecedentes dudosos.

—Y me hará saber esas preocupaciones —dijo con firmeza, cogiéndome la mano. Me besó el pulgar y levantó la barbilla, desafiante—. Y yo le diré que eres maravilloso e inteligente y que si hubieras tenido un solo golpe de suerte en toda tu vida estarías en un lugar mucho mejor.

—¿Eso crees? —pregunté. En el fondo, siempre había pensado lo mismo, pero nunca me había dejado llevar por esos pensamientos. Es una pendiente resbaladiza el pasar de esa forma de pensar a otra en la que nada puede ser culpa mía y en la que el mundo va a por mí.

—Lo creo —dijo con firmeza—. De verdad. Ahora, ¿hacia dónde nos dirigíamos antes de que decidieras que iba a renunciar a ti?.

Sonreí, sientiéndome medio avergonzado de mí mismo, y señalé hacia la empinada ladera que sobresalía entre el amasijo de acero del distrito industrial.

—Allí arriba —dije—. Hay un mirador o como quiera que lo llamen en la cima. Nadie lo utiliza porque las fábricas no ofrecen una vista muy bonita. A veces me gusta ir allí a pensar.

—Es un buen día para pensar —dijo—. Vamos.

Así que volví a dar la vuelta al coche y me puse en camino hacia la colina.

—¿Había ocurrido algo así antes? —preguntó.

—¿Algo así?—

—Ya sabes, si tenías un amigo o una novia y sus padres decidieron que no eras lo bastante bueno como para relacionarte con ellos.

Dudé por un momento.

—¿Qué te hace preguntar tal cosa? —pregunté con cuidado.

Se rio con suavidad.

—Venga, Blayze, has reaccionado de forma brusca. Y mi padre ni siquiera dijo que te viera con malos ojos, tú llegaste a esa conclusión.

Exhalé un suspiro mientras los recuerdos inundaban mi mente, oprimiéndome el pecho.

—Sí ha ocurrido antes —admití.

Posó la mano en mi muslo, de forma más reconfortante que erótica.

—Lo siento.

Me encogí de hombros.

—Eh, son cosas que pasan. Las madres de algunos de mis amigos conocían a mi madre o a mi padre, o habían oído hablar de ellos, y no querían que siguiéramos jugando juntos. Más tarde,

se enteraron de lo de mi hermano, o de que mi madre era stripper, o algo así. Hubo también una chica que me gustaba, hasta que descubrí que su padre era policía. Aunque eso decidí terminarlo yo. Damon se estaba metiendo en serios problemas y tenía que protegerlo.

—¿Cuántos años tenías?Me encogí de hombros.

—No lo sé. Trece, puede que catorce. Fue justo antes de que Sam y yo empezáramos a salir por primera vez.

—Eso explica muchas cosas —dijo Arlena pensativa.

—¿Cómo qué?

—Bueno... —Se mordió el labio un momento y yo me preparé para lo que iba a decir. —A ver, Sam también parece sentirse así consigo misma. Como si no se le permitiera tener nada bueno. Así que, si los dos os estabais castigando inconscientemente por cosas que ni siquiera eran culpa vuestra, eso explica por qué seguíais juntos a pesar de que os hacéis mal el uno al otro.

Le lancé una mirada penetrante. Estábamos al pie de la colina y la civilización empezaba a quedar atrás.

—No voy a volver con ella —prometí—. Estoy contigo.

—Sí —dijo con una pequeña sonrisa—. Y casi lo tiras todo por la borda sin razón alguna.

Solté una carcajada.

—Vale, quizá tengas razón.

—Sabes que te mereces que te quieran, ¿verdad?

No sé por qué, pero sus palabras me abrasaron el alma como un cuchillo al fuego. Me estremecí, encogiéndome de dolor.

—Claro. —Me atraganté. Ella soltó un ruidito, algo que sonaba horrorizado o comprensivo, o una combinación de ambas cosas, y yo me concentré más de lo necesario en la carretera que teníamos delante.

—¿Dónde conseguiste el título de psiquiatra, eh? —pregunté al cabo de un momento. Sonó más duro de lo que pretendía, pero no me retracté.

No pareció importarle.

—De mi madre —dijo, y pude oír la sonrisa en su voz—. Es psicóloga. Es su pasión, así que toma posesión de ella cada vez que se le olvida contenerse, del mismo modo que mi padre interroga a cualquiera cuando se le presenta la oportunidad. Ambos me han enseñado mucho sin proponérselo, no eran las cosas que necesitaba saber para este año, pero aun así….

—Ah —dije—. Así que, a tu padre le apasiona su trabajo y a tu madre el suyo; no me extraña que no puedas decidir qué hacer después del instituto.

—¿A qué te refieres? —Era su turno de sonar a la defensiva.

—Bueno —dije, suavizando el tono con una sonrisa—. ¿Qué es lo que te apasiona a ti?

Abrió la boca y volvió a cerrarla, frunciendo el ceño.

—Nadie me lo había preguntado nunca —dijo al cabo de un momento.

—¿Qué? Creía que era lo primero que preguntaban en los despachos de los orientadores de clase alta.

Sacudió la cabeza.

—Los orientadores de mi último instituto sólo están ahí para asegurarse de que consigues todos los créditos y de que no le prendes fuego al instituto tras una pataleta de caprichoso. Para cuando los alumnos llegan al instituto, la mayoría ya ha elegido el rumbo que va a tomar su vida. Yo no lo hice.

—¿Por qué no?

—Porque mis padres pensaban que, si me exponían a suficientes cosas, alguna de llas desencadenaría una obsesión o una pasión o algo así. Ambos creen firmemente en la pasión como el motor para propulsar una carrera. Así que me compraron los materiales y me llevaron a cuanta actividad pude pedir, ahogaron cada interés pasajero en fondos interminables y un apoyo abrumador... pero no hubo nada que terminara por cuajar.

—¿Nada?

Sacudió la cabeza.

—Me gusta hacer muchas cosas. Nunca me faltarán aficiones. Me lo pasaré bomba cuando me jubile, eso te lo aseguro. Pero no sé qué quiero hacer conmigo misma mientras tanto.

Me encogí de hombros.

—Quizá pasión sea una palabra demasiado fuerte. ¿Qué haces cuando te apetece vaguear?

—Mandar mensajes. Perder el tiempo en internet. A veces también leo. No es nada que clame a gritos «carrera profesional», si por ahí iban los tiros.

—Supongo que no —dije. Fue mi turno de acariciarle el muslo, aunque no sé si logré reconfortarla muy bien—. Ya lo averiguarás, sé que sí. Eres lo bastante lista como para hacerlo.

—Y tú eres lo bastante listo como para estudiar Derecho —me respondió con un deje de descaro en la voz.

Me detuve en el mirador, aparqué y la miré entrecerrando los ojos.

—¿Cómo hemos vuelto a hablar de mí? —pregunté.

Se encogió de hombros, sonriendo alegremente.

—A los hechos no les importa a quién le toque recibir una charla de ánimo —dijo—. Y el hecho es que eres lo suficientemente inteligente como para ser abogado.

Le rodeé la cintura con un brazo y la empujé hacia mí sobre la palanca de cambios, haciéndola chillar.

—¿Y qué dicen los hechos sobre el dinero, sabelotodo?

Bajó la voz a un susurro ronco y se acercó a mi oído.

—Dicen que tu novia está forrada.

Cerré los ojos, deleitándome con la sensación de su aliento en mi cuello.

—El padre de mi novia, más bien.

—Ah, no, cariño. ¿No te lo he contado? Mi fondo fiduciario vence el día en que me gradúo en el instituto. Puede que no sepa qué quiero hacer con mi vida, pero tengo la impresión de que tú sí. ¿Qué sentido tiene que yo viaje por el mundo o pruebe diferentes carreras, malgastando todo ese dinero intentando encontrar una dirección, cuando tú ya tienes una?.

Mi corazón latió deprisa mientras un atisbo de posibilidad iluminaba mi futuro como un faro. Gruñendo, cerré esa puerta de un portazo. La aparté de mí con suavidad y la miré fijamente a los ojos.

—No —le dije—. Ese dinero es tuyo para empezar tu vida. Si no lo usas, dependerás de alguien, de tu padre, de mí o de otro tío, y te mereces algo mejor que eso.

Su suave mirada me quemó el alma.

—Y tú te mereces el mundo entero, Blayze. Déjame ayudarte a conseguirlo.

Sonreí, la besé y me aparté.

—Te has olvidado de una cosa muy importante —le dije.

—¿Eh? ¿El qué?

—Tú eres mi mundo.

—Maldita sea, Blay...

La interrumpí con un beso. Se derritió en mis brazos y su cuerpo respondió a mis caricias.

Sus jadeos y gemidos eran tan auténticos y tan poco escenificados que tocarla me hizo sentir desnudo incluso con toda la ropa puesta. Golpeó el volante con el codo y maldijo contra mi boca, haciéndome reír.

—No es el mejor lugar para esto. —Ya tenía la voz ronca, ella tenía ese efecto en mí.

Hizo un mohín, provocando temblores de protección y lujuria en mi cuerpo. Sonreí y le guiñé un ojo, abrí la puerta y salí a la fresca noche. Me siguió vacilante mientras yo rodeaba la parte trasera de la camioneta y abría la trampilla del cubrecama.

—Aquí hay mucho más espacio —le expliqué, acariciándole la cara.

Dios, esos ojos, era como si pudieran ver a través de mí y encontrar algo que amar en cada rincón oscuro. La atraje hacia mí, la besé con fuerza hasta que se estremeció en mis brazos, y luego la subí a la parte trasera del vehículo. Lo había planeado con antelación, aunque no quería que pensara que lo había hecho. No había planeado hacer esto esta noche en concreto, pero había querido estar preparado para cualquier cosa.

Ella se detuvo, arrodillándose en el maletero de la camioneta.

—Este maletero está más frío que la tierra de fuera —dijo con una risita nerviosa.

—No temas, Blayze está aquí. —, Adopté una pose de superhéroe agazapado.

Le sonreí y desaté el saco de dormir que había fijado a la parte trasera de la cabina. Salió disparado, con capas de espuma, lana y algodón, ocupando la mayor parte del espacio con una mullida cama prefabricada.

Levantó las cejas y noté la tensión en sus hombros.

—¿Haces esto a menudo? —Empleó un tono de voz despreocupado que sonaba forzado.

Me arrastré hasta ella y le toqué la mejilla, apartándole el pelo de la cara.

—No —le dije suavemente—. A veces es bueno tener un lugar donde dormir. —Me apresuré a continuar hablando al ver la vergüenza culpable que se reflejaba en su rostro—. Pero estaba pensando en ti cuando preparé todo esto. —Señalé la caja de herramientas permanente soldada al lado de la cama.

Ladeó la cabeza con curiosidad y abrí la tapa. La luz del viejo frigorífico que había instalado en el interior se encendió, iluminando mi alijo. A la luz tenue, vi que su boca se torcía con diversión.

—La seguridad es lo primero —dijo ella, pasando los dedos por la caja brillante que aún estaba precintada—. La higiene ocupa el segundo lugar.

Los preservativos estaban junto a un botiquín de primeros auxilios, un kit de aseo sin agua y otro kit de emergencia para la carretera. Lo examinó todo con interés, y me di cuenta de que se había percatado de que el kit de aseo y el de primeros auxilios se habían utilizado más de una vez. Sacó la linterna del botiquín y la encendió para ver: mi bolsa de lona, con ropa y zapatos de repuesto y las almohadas y mantas de repuesto, atadas con bramante.

—¿Con qué frecuencia duermes aquí? —preguntó en voz baja.

—Lo menos que pueda —dije suavemente—. Está bien para una noche o dos si no hace demasiado frío fuera, pero no resulta cómodo para mucho más tiempo.

Me miró muy seria.

—Nunca más —dijo, tocándome la cara—. Te mereces algo mejor.

Sonreí y la estreché entre mis brazos con una sacudida que hizo que la linterna rodase a un lado.

—Ah, la vida no va de lo que te mereces, cariño, sino de lo que puedes conseguir.

Me sacó la lengua y yo me la atrapé con mi boca, convirtiendo su gesto descarado en un beso profundo y escrutador. Apretó su cuerpo contra mí, dominándome juguetonamente, y se

sentó a horcajadas sobre mí mientras yo dejaba caer al suelo. Sentí su preocupación, su amor, su necesidad... y una pizca de rabia cuando sus dedos ágiles me desabrocharon la ropa desde el cuello hasta la cremallera.

Atrapé sus muñecas y detuve para poder mirarla a los ojos.

—Déjalo ir, amor.

Se mordió el labio.

—Deberían haber cuidado de ti. Deberías haber tenido a alguien que te protegiera.

—Sí —acepté—. Pero ahora soy un hombre adulto. He sobrevivido, y ahora puedo mejorar mi vida si quiero.

—¿Y quieres?

Debería haberme esperado la pregunta, pero me pilló por sorpresa. Dudé un instante y luego dejé que mis manos recorrieran sus brazos hasta su cintura.

—Ya ha mejorado —susurré—. Estoy contigo.

Con eso le bastaba. Su tacto se suavizó, perdiendo ese filo furioso, aunque su necesidad había crecido. Nos desnudamos el uno al otro, besándonos y rodando, probando diferentes posturas hasta que se sentó a horcajadas sobre mis caderas con las manos en mi pecho. Pude sentir su repentina oleada de ansiedad, la misma que había sentido en su habitación la primera vez.

Le puse las manos sobre los hombros y recorrí sus curvas, reconfortándola al mismo tiempo que me deleitaba con su piel suave, tersa y cálida. Su respiración se calmó mientras sujetaba sus caderas. Cogí el preservativo que había dejado a un lado y la rodeé mientras me lo ponía, enterrando mi cara entre sus pechos. Sujetó mi cabeza contra ella, con los latidos de su corazón retumbando contra mi mejilla. La besé, dejando que mi lengua se detuviera en sus pezones erectos.

—Me gusta tanto sentirte, cariño —susurré mientras la guiaba sobre mí.

Arlena temblaba y sus movimientos eran rígidos e inseguros. Dejé que encontrara su ritmo, sujetándola con firmeza, pero sin apretarla demasiado, mientras exploraba y se acomodaba. Joder, qué placer me daba sentirla. Todo lo que quería hacer era penetrarla, encontrarme con ella latido a latido, pero me contuve. No estaba preparada para eso, todavía no.

Gemí cuando por fin encontró su ritmo. Se movía como una bailarina o una vaquera, meciéndose sobre mí. El sonido la animó y se movió con más confianza, alejando mi preocpuación por ella con cada aliento caliente. Su calor me invadió y me atravesó, sus uñas se clavaron en mi espalda mientras gritaba, palpitando a mi alrededor, poniendo a prueba mi autocontrol.

Mientras ella temblaba por las réplicas, con los músculos flojos y débiles por el placer, la hice rodar debajo de mí, con cuidado de no magullarle la espalda ni las caderas contra el contorneado metal del somier.

Sin cargar mi peso sobre ella, eché sus piernas sobre mis hombros y me deslicé dentro de su calor una vez más. Ella gimió, poniendo los ojos en blanco mientras se aferraba a mis manos, que estaban ancladas en sus caderas.

Era más de lo que podía soportar. Su piel suave, su cuerpo y su boca receptivos, el leve resplandor cálido de la linterna barata que había rodado hacia algún rincón. No sabía hasta qué punto podía ponerme en plan duro con ella. No quería hacerle daño. Pero cada vez que la penetraba con más fuerza y rudeza, aumentaba su placer, que me invadía en forma de calor y gemidos, llenándome la cabeza con su aroma. Me dejé llevar, observando su rostro mientras me hundía profunda y rápidamente en su núcleo fundido. Se tensó y estuve a punto de retirarme,

pero estaba gimiendo mi nombre.

Mi cerebro se rindió a la tormenta que llevaba dentro y me abandonó el último resquicio de autocontrol. El coche chirrió en señal de protesta, pero tendría que aguantarse. Se estaba corriendo otra vez, sobre mí, a mi alrededor, y no iba a dejar que se corriera sola. Un placer vertiginoso y poderoso me recorrió como un cohete, encontrándose e igualando el suyo.

Hecho polvo, apoyé mi húmeda frente en su pantorrilla y respiré hondo. Mi coche olería a sexo durante semanas.

Pero no creía que me fuese a importar.

Capítulo

Treinta Y Dos

Arlena

Al día siguiente me encontraba en el baño entre clase y clase, con la mente del todo enfocada en subir de notas antes de final de curso. Estaba aprobando, pero no me acerba ni de lejos adonde quería llegar. Ensayé mentalmente cómo pedir unos créditos adicionales, imaginando la cara de mi profesor mientras me lavaba las manos. Puede que mis labios se movieran un poco mientras tanteaba lo que quería decir.

—Eh, zorra psicópata —dijo una chica junto a la puerta.

Suspiré y me volví para coger una toalla de papel, tomándome mi tiempo. Toda la conversación ensayada se me fue de la cabeza, sustituida por una acrecentada sensación de peligro.

—Estoy hablando contigo, chivata.

Tiré la toalla de papel a la papelera y me giré lentamente. La chica se encontraba flanqueada a ambos lados por sus amigas. Habían adoptado poses intimidatorias, pareciendo una *girl band* de los noventa, con trajes a juego y pulseras de pinchos. Las había visto en casa de Eddie. Las dos veces que había estado allí, las tres habían bebido hasta perder la cabeza, dándolo todo en la pista de baile con pulseras luminosas y casi suficiente ropa para dar la señal en una carrera de coches ilegal.

—¿Puedo ayudaros en algo? —pregunté sin rodeos.

La chica de delante entrecerró los ojos al mirarme y se pavoneó caminando hacia delante. Sus amigas se pegaron a ella como un par de bultos.

—Sí —dijo—. Puedes aclararme algo. Se rumorea que Blayze y tú habéis vuelto juntos a pesar de que eres la razón por la que su hermano está en la cárcel.

Me invadió un sentimiento de culpa enfermizo que hizo que me sudaran las manos. Enarqué una ceja mientras luchaba por controlar mis emociones. No fue culpa mía, me dije. Blayze sabe que no fue culpa mía. Eso era lo que importaba.

—¿De verdad crees que volvería conmigo si yo fuera la razón por la que Damon está en la cárcel? —le pregunté.

—Eso es lo que queremos saber, zorra —dijo la rubia a su izquierda con un feo gruñido.

Miré con calma de una chica a otra.

—¿Por qué os importa? —quise saber, con auténtica curiosidad.

Aquí la curiosidad no te llevaba lejos. La líder del grupo dio varios pasos más hacia delante, tan rápido que retrocedí por instinto hasta que mis hombros quedaron presionados contra los fríos azulejos de la pared del baño.

—Porque es asunto nuestro —gruñó entre dientes—. Puede que hayas engañado a Blayze con tus ojos de cachorro y tus aires de niña rica y sexy, pero a mí no puedes engañarme. Regalar el coño por ahí no te libra de estar en el punto de mirar, no por estos lares. Así que dímelo, y dímelo ahora mismo. ¿Blayze y tú volvéis a estar juntos?

—Eso es entre él y yo —dije tercamente.

Resopló y sonrió por encima del hombro. Había visto esa postura bastantes veces en los

últimos meses. Me agaché cuando giró la cabeza hacia mí de nuevo, acompañada de su puño. El sonido de sus nudillos chocando contra la pared de azulejos fue suficiente para que me subiera el desayuno a la garganta, pero me lo tragué. Soltó una retahíla de improperios, se llevó la mano al pecho, y su cara estaba retorcida por la furia cuando se puso en pie de nuevo.

—No se puede esquivar todo —gruñó, con la voz temblorosa—. ¿Eres la razón por la que Damon está en la cárcek?

—No —dije rotundamente. Era la pura verdad, en todos los sentidos. En ese momento tuve la certeza de que ni siquiera había provocado por accidente su detención, y había tenido tiempo de sobra para pensarlo.

—Zorra mentirosa —siseó la chica de pelo azul a su derecha—. Todo el mundo sabe quién es tu padre.

—¿Sabes tú quién es el tuyo? —pregunté, como un idiota.

Se lanzó más allá de su amiga con sus diez uñas negras artificialmente largas apuntando directamente a mis ojos. Volví a agacharme, pero era más rápida que su amiga y consiguió esquivar la pared. En lugar de eso, me clavó las uñas en los hombros, provocándome un dolor intenso en la espalda y el cuello. Me la quité de encima por reflejo, con la fuerza suficiente provocada por la adrenalina para que hacerla perder el equilibrio sobre sus plataformas.

La líder la atrapó antes de que pudiera estrellarse contra los lavabos. Me puse en pie, temblando de adrenalina, dolor y más que un poco de furia.

—Escuchad, gilipollas —gruñí—. Todos os habéis empeñado en convertir mi vida en un infierno desde que llegué aquí. No he tomado represalias ni una sola vez. De hecho, he hecho todo lo posible por protegeros, a todos vosotros, ocultándoles a mis padres lo que estabais haciendo.

Me incliné hacia delante lo suficiente para poder mirarlas a los ojos a cada una de ellas.

—Pero si seguís jodiéndome, voy a dejar que os deis de bruces contra el muro que tengo a mi espalda una y otra vez. El nombre de ese muro es Tristan Drake. ¿Igual habéis oído hablar de él? Tiene a la policía en el bolsillo y al alcalde en marcación rápida. Seguid jugándoosla, zorras.

Me devolvieron la mirada durante un minuto y luego la líder escupió al suelo a mis pies.

—Vámonos, chicas. Esta mierda no vale nuestro tiempo.

Se dieron la vuelta y salieron cuando sonó el timbre. Cuando la puerta se cerró tras ellas, me apoyé en la pared. Me temblaban las rodillas y las manos, pero había ganado. Maldita sea. En cuanto fui consciente, fruncí el ceño al verme en el espejo. Había ganado exactamente como papá me dijo que ganaría cuando había empezado en este instituto. Odiaba cuando tenía razón.

Tenía manchas de sangre en mi camisa, pero no me importó. Sólo costaba unos seis dólares sin descuento, lo que significaba que yo también había tenido razón en algo. Supongo que una de dos no está mal, pensé. Mientras me dirigía a mi siguiente clase, me di cuenta de que las miradas que me dirigían estaban cargadas de un poco menos de veneno que antes. Algunos parecían impresionados. Después de todo, quizá no necesitara que Blayze me protegiera durante los últimos meses de clase.

Capítulo

Treinta Y Tres

Blayze

La mensajera vino a buscarme durante mi penúltima clase. Le hice una pregunta con el ceño fruncido, pero me ignoró hasta que estuvimos en el pasillo y a varios metros del aula.

—Esta vez debes de haber hecho algo muy malo —dijo, dedicándome una mirada de curiosidad de reojo.

—¿Qué te hace decir eso? —pregunté con cuidado.

Me miró.

—Chico, nunca he visto un detective de verdad y literal en el instituto. Han pasado inspectores de bomberos, sargentos, agentes de la libertad condicional... pero nunca en mi vida he visto a un detective aquí. ¿Qué has hecho?

Le sonreí.

—Si te lo dijera, tendría que matarte —respondí. La reputación lo es todo.

—Oh, venga, Blayze —se quejó—. Me muero por una buena historia.

—Pues lee el periódico —bromeé—. Esa columnista de cotilleos de primer año se inventa mierdas sobre la marcha.

Suspiró y puso los ojos en blanco, pero se dio cuenta de que no iba a conseguir sacarme nada. Cuando llegamos a los despachos, hizo como que revisaba el papeleo, sin dejar de poner la oreja.

—Sr. Arrow —dijo el detective.

—Detective.

Señaló con la cabeza uno de los despachos interiores y me condujo hasta él. Estaba insonorizado, como todos los despachos de los orientadores, y miré por encima del hombro justo a tiempo para ver a la mensajera poner mala cara y cruzarse de brazos como una niña. Le sonreí y cerré la puerta, luego puse cara seria.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Hemos encontrado el coche —dijo—. Está destrozado. Estamos siguiendo algunas pistas, la pintura específica que se usó, ese tipo de cosas. Pero hemos encontrado una cosa con la que creemos que podrías ayudarnos. ¿Alguna vez condujiste su coche, Blayze?

Asentí con la cabeza.

—Sí, una o dos veces.

—¿Llevas anillos? —Sus ojos estaban afilados como cuchillos mientras estudiaba mi cara.

—No —dije—. Es más seguro no llevarlos.

Levantó las cejas.

—¿Problemas de temperamento?

—Sí, señor. Del tipo con el que batallo en el calor del momento. Pero no cuento con la paciencia suficiente para el tipo de acoso con el que ha estado lidiandoArlena. —No era estúpido. Sabía que seguía en la lista de sospechosos, por mucho que intentaran aplacarme para que sintiera que estaba ayudando.

Asintió con la cabeza.

—Entiendo. No es un problema poco común.

—No, señor.

—Entonces, ¿¡no te importará enseñarme las manos? En concreto, los dedos.

—En absoluto. —Apoyé las manos sobre la mesa con los dedos extendidos y luego las levanté a la altura de los ojos para mostrarle el anverso y el reverso. Las estudió detenidamente y luego asintió, aparentemente satisfecho. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa de plástico.

—Arlena me ha dicho que eres muy popular por aquí. Conoces a mucha gente, tienes muchos contactos. Espero que puedas ayudarme a identificar al dueño de este anillo.

Dejó la bolsa sobre la mesa, entre nosotros.

—Adelante, cógela. Míralo. Pero no lo saques de la bolsa.

No hacía falta, pero lo hice de todos modos. Necesitaba hacer algo con las manos y los ojos, de lo contrario la fría furia que crecía en mi pecho explotaría y acabaría haciendo o diciendo algo de lo que no podría retractarme. Tenía que haber una explicación.

—¿Dónde encontraste esto? —pregunté mientras giraba entre mis manos el anillo de serpiente favorito de Eddie.

—Estaba incrustado entre uno de los asientos del coche —dijo—. Parece que se desprendió cuando quien quiera que estuviera haciendo ese destrozo apuñaló el asiento. Es un anillo de hombre, pero eso no es una gran pista hoy en día. Podría ser un anillo personalizado. ¿Lo reconoces?

Sabía que me observaba atentamente. Sacudí la cabeza con lentitud.

—Sé que lo he visto antes —dije—. Estoy intentando recordar dónde.

O cuando. Eddie daba sus anillos a las chicas con las que quería acostarse de vez en cuando, pero sólo si se había aburrido del anillo. Se me hundió el estómago. La chica detrás de la que había ido aquella noche era Arlena. La imagen de él besándola en la cocina seguía grabada a fuego en mi cerebro, en sus manos con el anillo incrustado en el culo de ella y la serpiente justo en medio, un gran *«que te jodan»* dirigido a mí. Se me heló la sangre.

Borré todo atisbo de expresión de mi rostro y devolví el anillo al detective. No podía decirle lo que sabía, todavía no. No mientras existiera la posibilidad de que estuviera equivocado. Igual Eddie le dio el anillo a la chica con la que acabó aquella noche. Igual se le escapó que ella era su segunda opción y ella perdió la cabeza. Necesitaba saber más antes de hacer nada.

—No me acuerdo —mentí—. Pero pensaré en ello.

—Te lo agradezco —dijo mientras recuperaba la bolsa. Seguía observándome atentamente —. Me llamarás si recuerdas algo, ¿verdad?

—En cuanto esté seguro, te llamo. —Al menos esa era la verdad.

Me dio las gracias, me estrechó la mano y se marchó. La mensajera estaba justo al otro lado de la puerta, fingiendo ordenar viejas carpetas repletas de expedientes antiguos. El detective la saludó con la cabeza y ella se quedó boquiabierta. Cuando atravesé la puerta, se levantó de un salto y se puso delante de mí.

—¿De qué iba todo eso? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no te ha detenido?

Le sonreí, pero fue una sonrisa forzada.

—No hay pruebas suficientes —dije—. ¿Quieres darme un pase de pasillo?

—Maldito seas, Blayze.

Sí, maldito sea. Iba directo al infierno y me llevaría a Eddie conmigo.

Capítulo

Treinta Y Cuatro

Blayze

Mi primer instinto fue faltar a clase y conducir hasta casa de Eddie en ese mismo momento, pero sabía que no debía hacerlo. Primero de todo, si el detective sospechaba que no se lo estaba contando todo, estaría fuera esperando a que hiciera algo por el estilo. Segundo, mis notas ya se estaban resistiendo. Casi me había dado por vencido, contento con aprobar y nada más; pero Arlena había vuelto a encender un fuego de esperanza. Me había hecho pensar en cosas como ayudas y becas, pequeñas esperanzas que había desechado hacía mucho tiempo.

Además, las horas extra me dieron la oportunidad de pensarlo con calma. A primera vista, no tenía sentido. ¿Por qué iba a atacarla Eddie? No era porque lo hubiese rechazado. Ya lo habían rechazado antes, de maneras mucho más humillantes y coloridas. Y siempre se lo había tomado de buen humor. Y si Arlena había estado tan borracha como ella decía que había estado, él no habría seguido presionándola, de todos modos. Podía ser un imbécil, pero no era un violador.

No pudo haber sido por Damon. Había estado a mi lado en todo momento, desde el día en que descubrí quién era ella hasta el día en que me di cuenta de que no había hecho todo aquello de lo que la había acusado. Fue él quien intentó ayudarme a reparar su reputación cuando yo mismo era demasiado cobarde para hacerlo por mí mismo. Joder, le había ofrecido un puesto a su lado. No lo habría hecho si pensara que era una soplona.

Todavía no se me había ocurrido una razón convincente para que él estuviera detrás del ataque cuando salí del instituto. Cambié de marcha de camino a su casa, empecé a pensar en qué preguntas podría hacerle sobre el anillo en concreto sin desvelar nada. Al final, opté por dejarlo en manos del instinto. Eddie era tan predecible como quería serlo, por lo que preparar cualquier encerrona era un esfuerzo inútil.

Los cristales rotos de las ventanillas del coche de Arlena brillaron en la calle cuando pasé por ella. Esa vista me provocó una nueva oleada de ira intensa, pero me la tragué. No podía permitirme perder la cabeza, no en ese momento. Tenía que tranquilizarme. Estar tranquilo. Sereno. Aparqué en la entrada y entré dentro. Abrí la boca para llamarle, pero me lo pensé mejor.

Eddie tenía una hora libre al final del día. Normalmente lo pasaba en las salas de cultivo, preparándose para la afluencia de clientes que siempre pasaban por allí después de clase. Bajé con sigilo las escaleras y encontré las tres puertas abiertas, algo inusual, pero no inaudito. Hacía años que no entraba en los cuartos de cultivo, ni siquiera había mirado dentro. Había cosas que no quería saber. Un ruido metálico resonó por la silenciosa casa: alguien estaba tecleando.

La primera sala que pasé albergaba un laboratorio. Estaba llena de equipos caros y olía a algodón de azúcar y pis de gato. Arrugué la nariz y seguí caminando, pasando por delante de la sala de hidroponías llena de fragantes brotes verdes y amapolas de un naranja brillante.

La tercera habitación era de donde procedía el ruido de mecanografía. Me detuve en seco antes de llegar a la puerta. Se entreveía un trozo de pared cubierto de imágenes que me llenaron de una rabia negra y asesina. Me mantuve firme, respirando hondo y en silencio, deseando que la furia pasara, metiéndola en una caja en mis entrañas. Tiene una explicación, gritó la diminuta

parte racional de mi cerebro.

La niebla furiosa no escuchaba. Tres pasos silenciosos más y ya estaba en la puerta, contemplando un museo de los momentos más oscuros de Arlena. Eddie se encontraba encorvado en su asiento, tecleando rápidas palabras blancas en un recuadro azul: Fugwidem. Contuve la lengua y la respiración y avancé sigilosamente. Estaba tan concentrado en lo que hacía que ni siquiera reparó en mí.

El tiempo se acaba, rezaba su manifiesto. *¡Fracasados! Le habéis permitido envalentonarse. Ahora todos veréis cuánto daño puede hacer una niña de papá desquiciada. Veréis a vuestros amigos y familiares caer bajo este mandato de limpieza, ¡y Arlena Blake liderará la carga! Es vuestra última oportunidad de forzar su mano.*

Le sonó el teléfono y contestó. Tuve que hacer todo lo posible para no arrancarle la cabeza de los hombros.

—Eh, ¿qué pasa? Sí, lo tengo. Será mejor que esta vez el dinero valga mi tiempo, Dion, o no volveré a hacer negocios contigo. ¿Cuándo es la entrega?

Observé atónito cómo cambiaba de pestaña y abría la línea de denuncias anónimas de la Guerra contra las Drogas del condado. Introdujo la información que le había dado Dion en el ordenador y la envió. No me lo podía creer.

—Sí, no te ralles. Pásate por mi casa esta noche, te daré lo que necesites. Tienes veinticuatro horas para traerme mi dinero, ¿me oyes? Nada de excusas de mierda de mi madre se ha puesta enferma. Tendrás tu parte cuando yo tenga la mía. De acuerdo, hasta luego. —Volvió a la otra pestaña.

Le tiré de la silla agarrándolo por el cuello antes de que pudiera publicar su llamada a las armas. Soltó un grito, se retorció y estuvo a punto de estrangularse él solo antes de ser capaz de ponerse en pie.

—¿Qué cojones, tío?

Dejé que mi puño le respondiera. Sus dientes me abrieron los nudillos, pero no me importó. La cabeza el rebotó hacia atrás con tanta fuerza que parecía que se le había roto el cuello. Intentó echarse al suelo, pero volví a levantarlo de un tirón hasta que su nariz estaba contra la mía.

—¿Por qué? —grité—. ¿Por qué Arlena? ¿Por qué Dion? ¿También vendiste a Damon, puto cagón de mierda?

—¡Baja la voz, tío, y suelta la mercancía! Esto que estás manchando de sangre es un Gucci.

—Y más que vas a sangrar —dije entre dientes—. ¿Qué coño, Eddie?

—Mira —habló arrastrando la voz a través de sus labios partidos—, Arlena me importa una mierda. El problema es su padre. Tiene que pirarse, tío, está haciendo demasiado. Pero no iba a marcharse a menos que le diera una razón. Tu preciosa princesita también es la princesa de papá. Si aquí su vida es un martirio, él tendrá que irse.

—¿Por qué le has tendido una trampa a Dion? —exigí saber.

Sonrió con satisfacción.

—Dion es una mula de mierda, tío. Apenas vale la pena el esfuerzo. Pero tiene muchos amigos y muchos están cabreados. Igual que Jacob y Marco y Jose y Bella. No podía conseguir que la gente siguiera cabreada con ella, no paraba de redimirse. Cuando a la peña dejó de importarle una mierda, tuve que darles algo por lo que preocuparse. Esos chicos estarán bien, saldrán dentro de unos años y les devolveré sus rutas, nadie sale herido.

—Nadie sale herido —repetí, aturdido, sintiendo cómo se me crispaba un ojo—. ¿Qué pasa con Damon, Eddie?

Eddie resopló con asco y escupió sangre al suelo.

—Está bien, mira, eso fue sólo mala suerte, ¿de acuerdo? No pretendía que pillaran a Damon. Se suponía que debía ser Sam la que llevase nada encima, no Damon. Ni siquiera sé por qué estaba él allí. Pero iba a sacar a la pequeña Sammie de las calles. Fue la primera persona con la que habló Arlena, así que también debía ser la primera a por la que fuera Arlena. .—Eddie sacudió la cabeza—. Pero entonces Damon tuve que entrometerse. Como esa zorrita no hablaba con nadie más que contigo y con Sam, me quedé sin hilos de los que tirar.

—Por eso me dijiste que la llevara a una fiesta para que se mezclara con los demás. Así forzabas que hiciera contactos y tener hilos de los que tirar.

Sonrió.

—Forzar es una palabra muy fuerte...

—¿Y las fotos? ¿Los papeluchos? ¿El coche? ¡¿Quitarle la la puta ropa?!

Eddie se puso tenso. Al principio pensé que estaba asustado por lo que estaba a punto de hacerle, y con razón, pero no me miraba a mí. Estaba mirando algo a mis espaldas.

—Buen trabajo, Blayze. —La voz del detective me dejó congelado en el sitio—. No creas que pudiera haberle sonsacado todo eso a la vez yo mismo. Eddie Franklin, queda arrestado por acoso, hostigamiento, acoso sexual, cultivar drogas, cocinar y distribuir drogas, contribuir a la delincuencia de un montón de menores y cualquier otra cosa que pueda echarle encima. Tiene derecho a permanecer en silencio.

Eddie se puso pálido y se desplomó. Dos agentes entraron en la habitación y pasaron a cada lado de mí, lo esposaron y se lo llevaron. Me di la vuelta lentamente. El detective estaba apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos, inspeccionando toda la habitación. Seguí su mirada.

Todos los panfletos y carteles que se habían impreso contra Arlena estaban allí, junto con copias de las notas amenazadoras, las fotos originales de ella desmayada en el baño, capturas de pantalla impresas de sus mensajes en Fugwidem e incluso algunas fotos de su coche antes y después de destrozarlo. En un rincón de la habitación había un bate de béisbol maltrecho, un par de cuchillos decorativos con relleno de asiento naranja clavado en los mangos y un montón de pintura en spray de color rojo anaranjado.

El detective me miró a los ojos.

—Es una mujer fuerte, Blayze. Después de todo esto sigue sonriendo—.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Mandé a mis chicos investigar ese anillo. Es bastante particular, pero encontramos una coincidencia en el sistema. Pertenecía a un pez gordo del crimen organizado llamado Joseph Franklin. Lo mataron a tiros hace diez años. Creemos que fue un trato que salió mal... Pero lo importante aquí es que sólo tenía un hijo. Un chico que se matriculó en Burnaby High con sus buenos veintiún años. Me informaron de ello cuando salías de clase. Te seguí hasta aquí, comprobé la dirección y, voila, resulta que la propiedad es de un tal Eddie Franklin.

Se encogió de hombros y me dedicó una sonrisa de suficiencia.

—Todo fue cuestión de entrar y quedarme a escuchar después de eso. Pensé que no corrías demasiado peligro. Después de todo, es tu mejor amigo, ¿no? —Me guiñó un ojo y se dio la vuelta, dio un par de pasos y se detuvo—. Blayze, quizá quieras sacar tus cosas de aquí. Vamos a tener este lugar clausurado durante semanas.

Sentía que la cabeza me daba vueltas. Estaba segura de que iba a detenerme por algo, por asociación o ser cómplice o incluso por una simple agresión por lo que le había hecho a Eddie en la cara, pero no parecía estar interesado. Un policía se quedó vigilando la habitación hasta que

ella abandoné, y luego se apostó en la puerta. Me hizo un pequeño gesto con la cabeza y me dedicó una sonrisa aún más pequeña. Lo tomé como una señal para irme.

Cuando me marché con mis pertenencias, una cantidad patéticamente pequeña que parecía disminuir un poco más cada vez que me veía obligado a mudarme, Eddie se encontraba desplomado en la parte trasera de un coche de policía, mirando por la ventanilla. Un torrente constante de lágrimas salía de sus ojos sin pestañear. Quería guardarle rencor. De verdad que sí. Pero parecía un niño pequeño de luto; en cierto modo, lo más probable es que lo fuera. Toda la rabia se desvaneció, dejándome cansado. Agotado hasta el límite. Quería conducir hasta Arlena y acurrucarme en sus brazos y simplemente existir junto a algo bueno durante un rato, pero no podía. Todavía no. Tenía que hacer unas llamadas.

—Eh.

—Dion, soy Blayze. La policía ha hecho una redada en casa de Eddie. Cancela el trato, no hay nada que vender.

Se producjo un silencio y luego:

—Sí. —Esa única sílaba estaba tan llena de alivio que tuve que preguntarme si era un traficante de poca monta a propósito. Pero no pregunté. Ya había colgado.

Iba a llamar a mi madre, pero fue ella quien me llamó primero.

—¿Hola?

—Blayze, ¿dónde estás? ¡Acabo de pasar por la casa de Eddie y hay policías por todas partes! ¿Dónde estás? —Sonaba frenética, casi en estado de pánico.

—Estoy a salvo, mamá. Me he quedado sin donde vivir otra vez, pero es bastante normal estos días.

—Trae tu culo a mi casa ahora mismo —espetó. Le temblaba la voz—. ¡Maldita sea, Blayze, eres mi niño bueno! Siempre supe que Damon acabaría en la cárcel, pero... —Empezó a resollar y a moquear. La escuché conmocionado, sintiendo cómo pedazos de mi corazón se partía en lugares que nunca antes se habían roto.

—Voy para allá —le dije—. Nos vemos allí. Y no me llames mientras conduces, sé que no pones el manoslibres y que tampoco usas auriculares.

—Vale, vale —resopló—. Nos vemos en mi casa, ahora mismo.

—Sí, mamá.

Negué con la cabeza mientras colgaba el teléfono. Todo en este día se había empeñado en echar por tierra mis ideas preconcebidas. Sólo esperaba que cuando viera a Arlena más tarde fuera la misma persona con la que había estado la noche anterior. Sin embargo, tal y como iba el día, había bastantes posibilidades de que resultara ser una alienígena disfrazada o una agente encubierta o algo así.

Capítulo

Treinta Y Cinco

Arlena

El día el instituto me resulta tan sencillo que casi no podía creer que fuera real. Pedí créditos extra a todos mis profesores y la mayoría de ellos me ayudaron. Si trabajaba duro durante los dos meses siguientes, sabía que podría compensar el daño que todo el drama había causado a mis notas, suponiendo que no surgiera algo nuevo en el reinado de terror.

Después de mi altercado en el cuarto de baño, estaba segura, no, de hecho estaba tan convencida que rozaba lo engreído, de que si ocurría algo más, sería capaz de afrontarlo de cara y hacerle frente. Se corrió la voz sobre mis recién descubiertas agallas y nadie se metió conmigo en todo el día, ni siquiera en el autobús de vuelta a casa. La libertad de sencillamente existir en el mundo sin sentirme un objetivo me sacó del estado de hipervigilancia en el que había vivido durante meses.

No fue hasta que llegué a la parada de autobús al final de mi manzana, lista para volver a casa, cuando el miedo volvió a apoderarse de mí. Aunque la policía y mis padres ya se habían ocupado del caso, en aquel momento seguía estando sola y vulnerable ante quienquiera que me hubiera estado acechando durante tanto tiempo. Las sombras parecían arrastrarse con el peligro invisible, y cada ventana se me antojaba como ojos vigilantes y maliciosos.

Una brisa fresca hizo que sintiera como si el sudor nervioso que me recorría el cuello y la columna vertebral fueran unos dedos rozándome. El corazón me latía con fuerza en el pecho, embargándome los oídos con mi propio pulso atronador, dejándome medio sorda cuando cada parte de mi ser se esforzaba por escuchar, observar y sentir el peligro. Recorrí los últimos metros a la carrera.

Eché una mirada cautelosa a la entrada, esperando ver algo nuevo esperándome. Como no había nada, subí las escaleras de un salto y metí la llave en la puerta, con manos seguras y rápidas a pesar del temblor en las piernas. Cerré la puerta con un portazo, me apoyé en ella y exhalé un suspiro. Quería llorar y gritar y romper algo, pero lo único que podía hacer era quedarme allí de pie y temblar.

Había estado tan contenta de depender de nadie más que de mí misma durante todo el día, de confiar en mí y en mis contactos para manejarlo todo. Me había sentido tan poderosa y tan en control de la situación. Ahora que estaba sola, en una casa que sabía que ya había invadido mi acosador, volvía a sentirme pequeña e indefensa. Los meses de terror habían dejado su marca mi cerebro, como una estampa de pánico en mi mente. Cada pequeño sonido del exterior me aceleraba el corazón.

Mi imaginación convertía hasta el más simple de los sonidos en un ataque inminente. Todos los coches de la carretera pertenecían a mi acosador. Las ramas no arañaban el destartalado tejado por cosa del viento, sino porque el acosador estaba trepando por el árbol. Cualquier sonido retumbante y estruendoso era un ejército de compañeros marchando hacia mi casa dispuestos a despedazarme miembro a miembro, y no sólo mi vecino sacando su cubo de basura para que lo recogiera el camión.

Atrapada en un bucle de paranoia que era incapaz de romper por mí misma, le envié un

mensaje a Blayze. *¿Puedes venir?*

Esperé y esperé, pero no me contestó. Igual no podía. Igual el acosador había descubierto que estaba trabajando con la policía y lo había matado o secuestrado o... Apreté los ojos contra una oleada torrencial de horrores cada vez más inverosímiles. Sabía que eran inverosímiles, pero no podía convencer a mis emociones de que no habían ocurrido.

Del conflicto nació una especie de frustración tambaleante, junto con la claridad suficiente para que mis dedos volvieran a moverse. Le envié un mensaje a Sam.

Estoy perdiendo la cabeza. Estoy súper paranoica. No ha pasado nada, pero no dejo de pensar que estoy en peligro. No sé qué hacer.

Ella respondió casi de inmediato. *Enciende la tele. Ponla a TODO volumen. Escoge alguna estupidez para ver. Los monstruos invisibles no soportan las risas enlatadas.*

No fue suficiente para hacerme sonreír, pero sí para que me despegara de la puerta. Hice lo que me dijo y puse la televisión tan alta que estaba segura de que los vecinos se quejarían. Estaban poniendo repeticiones de una comedia de situación estúpida y familiar y me aferré a la banda sonora como si mi vida dependiera de ello. Ella tenía razón. Con cada carcajada, los monstruos de mi cabeza retrocedían un poco.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero cuando me sonó el móvil con una respuesta de Blayze, el sol estaba a punto de ponerse. No había encendido ninguna de las lucesd e lo concentrada que había estado en la televisión, y al darme cuenta de que estaba sentada en medio de una penumbra púrpura me sobresalté y entré en acción. Llevé mi teléfono conmigo mientras encendía todas las luces de la planta baja, y luego miré el mensaje.

Lo siento, princesa, han pasado muchas cosas. Ahora voy para allá.

Han pasado muchas cosas. ¿Qué cosas? ¿Qué había pasado? Escribí una serie de preguntas y luego las borré todas. Conociéndole, intentaría responderme , y acabaría estrellando el coche. Tendría que ser paciente un rato más. No era nada fácil, pero el maratón de capítulos seguía reproduciéndose en la tele.

Me obligué a sentarme y contemplar los fondos familiares e inmutables. El paisaje urbano con luces que nunca se apagan. El ascensor que nunca repararían. Los libros en las estanterías que nunca leerían, los personajes que nunca evolucionarían realmente. Estables. Seguros. Un drama libre de peligro. Estaba a punto de volver a la calma cuando alguien llamó a la puerta tan fuerte como para despertar a los muertos y casi me da un infarto.

Silencié el televisor y corrí hacia la puerta, con el corazón saltándome y tartamudeando en el pecho. Me asomé por la ventana y vi a Blayze al otro lado. Abrí la puerta de un tirón y hundí la cara en su camiseta, inhalando su reconfortante aroma. No dijo nada, se limitó a rodearme con sus brazos y me dejó respirar.

—Entra —dije finalmente, arrastrándole fuera de la escalinata para cerrar la puerta tras de él.

—Estás nerviosa —dijo con tono amable—. ¿Ha pasado algo?

Me abracé con fuerza y negué con la cabeza.

—No, pero no puedo dejar de esperar que sí pase. Estoy nerviosa desde que llegué a casa. Mi madre trabaja hasta tarde esta noche, igual que mi padre todos los días, así que sólo estamos la tele y yo.

Me rodeó los hombros con el brazo y me llevó con delicadeza hasta el sofá.

—Ya estoy aquí —dijo mientras se sentaba y me arrastraba a su lado—. Y todo va bien.

—Pero en realidad nada va bien, ¿verdad? —pregunté con voz temblorosa—. Quienquiera que sea sigue ahí fuera, en alguna parte, planeando su próximo movimiento, su próximo golpe. Y

no dejo de pensar que igual está tan cansado de todo esto como yo, que igual está ya cansado de jugar conmigo. Que igual su próximo movimiento sea el último y yo no sobreviva.

Me besó la frente con firmeza y me acuno la cara entre las manos. Me miró profundamente a los ojos hasta que acompasé mi respiración a la suya, hasta que mi pulso se calmó a un ritmo constante.

—Ya no está ahí fuera —dijo Blayze en voz baja—. Por eso no te contesté antes. Ese detective se presentó hoy en el instituto para pedirme ayuda. Encontraron unas pruebas y yo sabía a quién pertenecían. Ahora mismo está de camino a la cárcel. Tiene riesgo de fuga y mucho dinero; no creo que le den fianza.

Tenía la boca abierta de par en par, así que la cerré de golpe.

—¿Quién era? —pregunté.

Suspiró. Había dolor en su mirada, un dolor profundo. Le toqué la cara, se recostó contra mi palma y me besó la muñeca. No me miró cuando me lo dijo.

—Eddie —dijocon voz pesada—. Era Eddie.

La confusión se apoderó de mí con la furia pisándole los talones, haciendo que me pusiera en pie.

—¡¿Eddie?! ¿Qué? ¿Qué estaba...? ¡Me tiró los tejos! Espera, espera, no, intentaba salir conmigo la misma noche que me destrozaron el coche. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Estás seguro?

Su boca se torció en una triste sonrisa ladeada.

—Así reaccioné yo también —dijo—. Pero sí, estoy seguro. Le pillé con las manos en la masa intentando provocar más odio hacia ti. Su objetivo siempre fue tu padre, desde el principio. Quería que estuvieras tan asustada que hicieras que tu padre te sacara de aquí.

Solté un resoplido, pero se me quebró la voz y pareció más bien como un chillido.

—¿Creía que era una niñata tan malcriada que apartaría a mi padre de su trabajo, un trabajo que para él es superimportante, por cierto, sólo porque me había convertido en el blanco de tonterías insignificantes? —Lo fulminé con la mirada y empecé a pasearme por el salón—. Puto cabrón. Espera, pero eso no explica por qué intentaba ligar conmigo.

—Desgraciadamente sí que lo explica. —Blayze tenía una mirada preocupada y lejana—. Vio lo persistente que podías ser. Lo leal que eras. Te quería de su lado para que, a la hora de la verdad, lo eligieras a él antes que a tu padre y le ayudaras a salirse con la suya.

Se me revolvió el estómago.

—¿De verdad parezco el tipo de persona que haría eso?

Se levantó, se acercó a mí y me estrechó contra él.

—No —dijo con firmeza—. Pero él sí. No sabe mucho sobre la familia, sinceramente. Ni de amistad. O del amor. Todo es una conquista para él, un juego que quiere ganar. Todo. Incluso su generosidad es sólo un paso en una larga estafa. Me mantuvo cerca y me dio una habitación porque estaba ocultando una mierda que sabía que yo nunca apoyaría. Yo era una cortina de humo para él. Y quería lo mismo de ti.

Me separé de él y le miré a la cara.

—No estás hablando sólo de mí. —Me di cuenta en voz alta. Su rostro estaba tenso y había furia entremezclada con el dolor.

Me ofreció una sonrisita tensa.

—Fue quien jodió a mi hermano —dijo—. Y a mucha otra buena gente que sólo intentaba llegar a fin de mes por sus familias. Eddie contrataba a cualquiera que quisiera el trabajo, pero sólo le interesaba quedarse con los delincuentes más duros. Todos los demás... —Se interrumpió

y su mirada se ensombreció.

—¿Qué es lo que hacía?

—Les tendía una trampa —dijo Blayze con rotundidad—. Los enviaba a algún sitio y avisaba a la policía. La policía los arrestaba y tu padre hacía el resto del trabajo por él, irónicamente. Los utilizaba como sacrificios en su guerra contra ti. Cada vez que detenían a alguien, lo publicaba en la aplicación Fugwidem y te nombraba a ti como la rata.

Yo estaba temblando de nuevo.

—¿Y los delincuentes duros?—

—Los protegía. Sabía que la policía iba a tomar medidas enérgicas. Cuantos más traficantes de poca monta pudiera entregar, más ocupados estarían y menos mano de obra tendrían para rastrear a los peces gordos.

La cabeza me daba vueltas y la apoyé en su pecho.

—Así que nunca se trató de mí siquiera. —Mi voz sonaba fría y distante a mis propios oídos —. Sólo era un peón en su enfermizo jueguecito de toma de poder.

—Tienes razón en todo menos en lo de llamarlo jueguecito —dijo con un suspiro—. Deberías haber visto su despacho, Arlena. Tiene un mapa de la ciudad cubierto de chinchetas y cuerdas como si fuera un asesino en serie. Lo tenía todo pensado al milímetro. Si no hubiera perdido los estribos y se hubiera descuidado con lo de tu coche, estaría mandando sobre toda la ciudad en los próximos años.

Me estremecí.

—Lo siento —dije—. Sé que era tu amigo.

Blayze se encogió de hombros.

—No lo sientas. Los amigos así están a una idea brillante de hacer que te maten.

Le abracé un poco más fuerte.

Capítulo

Treinta Y Seis

Blayze

Sus padres habían vuelto a casa, así que salimos al patio trasero para hablar. Allí había un pequeño escalón de hormigón y un cubo de basura metálico que parecía haber albergado una hoguera. Lo señalé interrogante con la cabeza y Arlena sonrió.

—Fue mi primer intento de hacer frente a todo esto por mí misma —dijo—. Me planté delante de casa y quemé cada nota una a una, desafiando a gritos a una calle vacía. Segurísimo que ahora los vecinos creen que estoy loca.

Estaba impresionado. Sonreí y golpeé su hombro con el mío.

—Para eso hizo falta cojones —dije.

Soltó una risita, se acurrucó contra mí y respiró hondo.

—Dios, qué bien se está fuera. Me encanta estar fuera. Eddie hizo que estuviera tan nerviosa durante tanto tiempo que tenía miedo hasta de salir de mi habitación la mitad del tiempo.

—Lo siento —dije, y la besé en la coronilla—. Todo ha terminado ya.

—No estoy segura de eso —dijo lentamente—. ¿Qué va a pasar cuando la gente se entere de que han arrestado a Eddie? Era el camello de todos. Todo el mundo se va a cabrear. ¿No me echaran a mí la culpa ahora que él los ha adoctrinado para pensar en mí cada vez que arrestan a alguien?

Asentí pensativo.

—Probablemente tengas razón —dije—. Pero en cuanto sepan lo que ha hecho, será otra historia.

Frunció el ceño.

—¿Tienes permiso para contárselo a la gente? ¿No hay una investigación en curso y un juicio y esas cosas que tienen que pasar primero?

Le sonreí.

—Piensas como lo haría un abogado. Yo sólo soy un ciudadano de a pie que se topó por casualidad con un genio del crimen traidor en su guarida. Nadie me ha dicho que no dijera nada. Así que sí, puedo soltar prenda de lo que quiera. Pero, como nunca he sido de los que lo hacen, levantaría sospechas si empezara ahora.

—Oh —dijo abatida.

—Por eso se lo he contado a Sam. —Terminé con indiferencia.

Ella se animó.

—¡Oh!

—Oh, sí —dije, riendo entre dientes—. Todo el mundo sabrá exactamente qué clase de imbécil es Eddie para mañana a la hora de comer.

Suspiró, relajándose de pies a cabeza, y se dejó caer feliz sobre mi regazo.

—Ay, Dios, sentir alivio sienta tan bien.

—Mucho. —Asentí.

Recorrí su cuerpo con la mano, deleitándome con sus curvas desde el cuello hasta la cadera.

Ella suspiró profundamente, apretándose contra mí. Se volvió hacia mí con una sonrisa coqueta, pero la sonrisa se desvaneció rápidamente en algo más contemplativo.

—¿Dónde vas a vivir ahora? —preguntó, sentándose recta.

Quería que volviera a mi regazo, pero la conocía lo suficiente como para saber que no iba a estar de humor para caricias hasta que respondieran a sus preguntas. Lo había heredado de su padre, supongo.

—Me iré a vivir con mi madre —le dije—. Al menos durante unos meses, hasta que decida qué voy a hacer después del instituto. Vio a todos los policías en casa de Eddie y se asustó. Me llamó y fui para allá. Hablamos largo y tendido sobre un montón de mierdas, y ella ha decidido que puede ser madre por un tiempo hasta que yo decida qué hacer.

Arlena frunció el ceño.

—No parece gran cosa.

Me reí entre dientes.

—Créeme, es un gran paso para ella. Me ha contado muchas cosas que no sabía: tiene unos cuantos problemas. Unos cuantos diagnósticos bastante duros. —Quería contárselo todo a Arlena, pero no me parecía que estuviera bien. Ahora que sabía cuánto había luchado mi madre para que la consideraran normal, no quería arrebatarle eso. Los trastornos disociativos y bipolares ya son bastante difíciles de manejar sin que todo el mundo te juzgue.

—Eres muy comprensivo —habló Arlena en voz baja.

—Estás preocupada —dije, leyendo su cara.

Me miró, con ojos profundos y cálidos.

—Así es —admitió—. Este año ya has tenido que andar de aquí para allá demasiadas veces. Tengo miedo de que tu madre te obligue a irte, y entonces tengas que buscar cómo arreglártelas de nuevo.

Le apreté la mano.

—Sinceramente, este año ha sido bastante poco movido para mí. Mamá perdió nuestra custodia el verano entre quinto y sexto curso. Yo era un mierdecilla cabreado y mi hermano ya estaba involucrado con un montón de gente mala, así que no paraban de movernos de sitio. Fui a cuatro escuelas diferentes y viví con siete familias distintas ese año. Fue entonces cuando Damon decidió que nos conseguiría una casa propia para nosotros en cuanto pudiera.

Recorrió mi mano con sus dedos siguiendo unos intrincados patrones.

—¿Cuándo pasó eso? —me preguntó.

—Cuando tenía dieciséis años —dije.

Levantó la cabeza con ojos desorbitados.

—¿Qué? ¿Cómo?

Me reí entre dientes y la abracé. Mi dulce y pura Arlena.

—Damon ganó dinero suficiente para que el casero hiciera la vista gorda. Después de unos cuantos sobornos y de convencer a unos cuantos trabajadores sociales de que seguíamos viviendo con mamá, nos libramos. Cerraron su caso, nos aseguramos de tener siempre una asistencia perfecta para que nadie tuviera que venir a buscarnos, y Damon siguió ingresando dinero.

—Oh, Blayze —suspiró—. No puedo imaginarme enfrentarme al instituto sin mi madre. Lo siento mucho—.

Sacudí la cabeza.

—Fue lo mejor; de verdad que sí. Ella necesitaba espacio para mentalizarse, y Damon y yo cada vez nos parecíamos más a nuestro padre, así que siempre oscilaba entre el llanto y las

amenazas. No era capaz de superarlo.

Arlena se quedó callada durante un minuto.

—¿Crees que le irá mejor ahora?

—Sí —dije—. Ha trabajado mucho en sí misma estos últimos tres años. En serio. Está medicada y va a terapia, tiene muy buenos amigos y una rutina que le funciona. Yo voy a intentar causar el menor impacto posible en su vida, y me esforzaré por encauzar la mía lo más rápido que pueda. Todo va a salir bien.

—Vale —exhaló un suspiro y volvió a tumbarse sobre mi regazo. Le acaricié la clavícula, le rocé suavemente los pechos hasta deslizar la mano por su vientre y volví a subir. Se le cortó la respiración.

—Oye —dijo con voz ronca—. ¿Quieres ir a dar una vuelta?

La cogí en brazos y la besé con fuerza.

—Sí —dije contra su boca—. Sí, quiero.

La ansiedad que la había atormentado las primeras veces no volvió a aparecer. Estando allí por encima del nivel de la ciudad, rodeados por la música de la radio y el calor del otro, sabía exactamente lo que quería e iba a por ello. Me alegré de no poder resistirme ella, y me alegré aún más cuando me instó a acoplarme a esa energía. suya

Su alivio y confianza eran embriagadores. Envalentonado por sus sonrisas perversas y sus mordiscos afilados contra mi piel, la hice rodar de una posición a otra, dándole a probar el mundo que tenía a su disposición. Tomó el control, me provocó y jugó conmigo hasta que gruñí contra su garganta y me hundí en ella, penetrándola hasta que le temblaron las piernas.

No sé cuánto tiempo lo celebramos, cuántas veces nos llevamos el uno al otro al borde de la locura, cuántas veces nos derrumbamos, pensando que estábamos agotados, sólo para desatar otra tormenta de fuego con la más breve de las atenciones. Un beso suave, un roce tierno o una mirada profunda era todo lo que necesitaba para volver a estar listo, y no estoy seguro de que ella dejara de estar lista para más en ningún momento.

Por último, cuando ya no nos quedaban condones y estábamos demasiado agotados para hacer algo más que apoyarnos el uno en el otro y disfrutar de nuestra cercanía, envolvimos nuestros cuerpos desnudos en una manta y contemplamos la salida del sol sobre la ciudad. Por primera vez en mucho tiempo, el despertar de la ciudad traía consigo un susurro de esperanza.

Capítulo

Treinta Y Siete

Blayze

Había pasado un mes desde que Eddie había entrado en la cárcel, y las cosas se habían calmado un montón. Arlena seguía luchando contra la ansiedad, pero ahora tenía más días buenos que malos. Parte de ello se debía a que yo estaba siempre a una llamada de distancia, pero la mayor parte era cosa suya. Empezaba a aceptarse a sí misma y a su apellido, y era hermoso verlo.

Poco a poco, yo había empezado a pasar más tiempo en su casa cuando sus padres estaban presentes. Tristan y yo seguíamos debatiendo y, de vez en cuando, percibía un cambio en la forma en que Tristanabordaba un tema, como si se estuviera poniendo en mis zapatos. Sin embargo, una noche que me habían invitado a cenar, Tristan estaba de un humor poco hablador.

Algo que parecía poner nerviosas a Arlena y a su madre. Charlaban en círculos a su alrededor, hablando de todo un poco y lanzando alguna que otra mirada a su rostro ceñudo y pensativo. Aquello me inquietaba. Nunca me han gustado los trasfondos ocultos.

—¿Un día duro, Sr. Drake?

Hice que el silencio se desplomara sobre la mesa con aquella pregunta. Seguí comiendo y observándole expectante. Levantó la cabeza lentamente, volviendo el ceño fruncido y los ojos afilados en mi dirección.

—Un día difícil —dijo y sus palabras fueron agudas y precisas—. Me has provocado un lío de narices.

Alcé las cejas inocentemente.

—¿Yo?

Torció la boca. Podría haber sido una sonrisa si se hubiera esforzado un poco más.

—Parece que se ha corrido la voz en las cárceles y prisiones de que nuestro mutuo conocido era una trampa para moscas para los desesperados e indigentes. Pareciera que sin darme cuenta he permitido e incluso fomentado este comportamiento. Puede que sea un discípulo de la ley, pero no me gusta mucho que mi disciplina se utilice como arma contra quienes no la merecen, ni ser un peón involuntario en una toma de poder criminal.

Asentí con lentitud.

—Suena duro.

Su boca volvió a torcerse y resopló suavemente por la nariz.

—Siempre hago lo que creo correcto, Blayze. ¿Y tú?

Me lo pensé, masticando un bocado para mantener la boca ocupada.

—Sí —dije finalmente—. Lo que creo que es lo correcto. Aunque eso no siempre coincide con la ley.

Volvió a resoplar.

—Hubo un tiempo en que habría tachado esa afirmación de tontería. Me he dado cuenta de que el mundo no es tan blanco y negro como yo quisiera. Al hacer el mejor trabajo que he sido capaz de hacer, he permitido que se hiciera mucho daño. ¿Crees que las buenas intenciones excusan los malos resultados?.

Sonreí ligeramente.

—Eso depende tanto de las intenciones como de los resultados.

Asintió con la cabeza.

—Una respuesta sabia. Este conocido tiene mucho poder, pero no tanto como él cree. Unos cuantos traficantes convictos tienen demasiado miedo como para testificar contra él, por muy indulgente que sea el trato que les ofrezcamos; pero muchos más están prácticamente salivando ante la oportunidad de mandarle a la mierda.

Suspiró, tensó los dedos y frunció el ceño.

—El problema es, Blayze, que los más deseosos de testificar también resultan ser los que menos saben de él. Los que le conocen bien, le conocen lo suficiente como para tener miedo. Necesitamos a sus contactos. A sus contactos principales. Actualmente, sólo tenemos a una persona detenida que no le tiene miedo y que potencialmente sabe lo suficiente como para enchironarlo, por así decirlo.

—¿Quién es? —pregunté. No hacía falta que respondiera. Ya lo sabía.

—Damon Arrow —dijo—. Tu hermano. Tiene el historial más largo conocido con el acusado. Probablemente sabe más de lo que seríamos capaces de averiguar si nos dieran toda una vida para investigarlo. Sin embargo, se niega a testificar. ¿Sabes por qué?

—Pues claro, es bien simple —dije encogiéndome de hombros—. Es leal hasta la muerte. Eddie y él son amigos desde que eran niños. Su padre metió a Damon en esto, hace mucho tiempo. Son prácticamente hermanos.

—Prácticamente —aceptó Tristan—. Pero sólo prácticamente. Tienes razón, Damon es leal hasta la muerte. Pero no con el acusado. Me ha hecho saber, y lo cierto es que le agradecí mucho su franqueza, que Eddie era *tu* mejor amigo. Me dijo que ya has sufrido suficientes pérdidas en tu corta vida, y que se niega a ser responsable de más.

No sabía que era posible sentir el corazón pesado y ligero a la vez hasta ese momento. Se me hizo un nudo en la garganta y me ardieron los ojos. Arlena me apretó la mano por debajo de la mesa y yo le devolví el apretón. Inspiré profundamente por la nariz, deshaciendo la banda de tensión que me rodeaba el pecho, y me aclaré la garganta.

—Bueno, entonces... —dije, con la voz ronca—. ¿El horario de visita es...?

Tristan sonrió por fin.

Capítulo

Treinta Y Ocho

Blayze

No me gustaban las cárceles. Me hacían sentir cansado, como si estuviera caminando cuesta arriba con una bola de cemento encadenada al tobillo todo el tiempo que pasaba dentro de ellas. Esa era una de las razones por las que siempre había tenido mucho cuidado de no ganarme una habitación en una, y también era la razón por la que había tardado tanto en venir a ver a Damon en persona. Habíamos hablado por teléfono al menos una vez a la semana, pero no era lo mismo.

Dejé que la culpa me invadiera durante todo el camino a través de los detectores de metales y las hojas de registro, pero la aparté a un lado antes de sentarme en la silla de plástico y coger el teléfono. Damon tenía mal aspecto. Estaba pálido, tenía unas manchas oscuras bajo los ojos y pesaba por lo menos diez kilos menos que la última vez que lo vi. Tenía un corte reciente en una mejilla y una cicatriz rosada en el dorso de una de sus muñecas.

—Estás hecho una mierda —le dije cuando cogió el teléfono al otro lado.

Sonrió.

—Eres lo que comes.

—Qué asco. Te invitaré a un plato en Martina's en cuanto termines de dar por culo por aquí.

Resopló.

—¿Crees que ese restaurante mexicano de mierda va a seguir existiendo dentro de cinco años? Qué optimista eres.

Sacudí la cabeza.

—Puede que no. Maldita sea. Ojalá hubiera una forma de sacarte antes.

Se retorció incómodo. Damon nunca había sido muy bueno mintiéndome. Con cualquier otro, sí, pero conmigo no. No dijo nada durante un rato, así que decidí darle un respiro.

—¿Qué trato te han ofrecido, Damon? —pregunté.

El alivio seguido del enfado se reflejaron en su expresión.

—Serás capullo. ¿Siempre tienes que joderme?

—Para eso estamos los hermanos pequeños —hablé con una sonrisa—. ¿Y?

Suspiró.

—No voy a aceptarlo —dijo.

—Es lo más estúpido que has dicho en todo el año. ¿Cuál es el trato?

Apretó la mandíbula, miró por encima del hombro y me fulminó con la mirada.

—El trato es que consigo que le den a Eddie de veinte años a perpetua y me voy a casa en cuanto lo sentencien. Podría salir del juzgado como un hombre libre. También hablaron de «antecedentes eliminados»... parece que tienen la idea de que las drogas que llevaba encima pertenecían a una chica. —Lanzó una mirada furtiva al guardia apostado detrás de él, que obviamente estaba escuchando.

Sonreí. Damon debía de sentir algo por Sam para esquivar su nombre de aquella manera.

—Parece un buen trato. Acéptalo.

Damon negó con la cabeza.

—No. No puedo hacerlo.

—¿Por qué, eres un gallina?

Se enfadó durante un segundo y luego simplemente pareció cansado. Entonces me di cuenta de cuánto tiempo llevaba arriesgando su vida por mí. Cuánto tiempo me había estado protegiendo de lo peor del mundo, al tiempo que metía la mano en él para asegurarse de que siempre tuviera lo que necesitaba. Ningún adolescente debería tener que hacer de padre de su hermano.

—Si les dijera todo lo que sé de él, estaría perdido. Se esfumaría junto con la mayoría de sus distribuidores. Nunca lo volverías a ver. Joder, nunca volverías a ver a muchos de tus amigos.

Resoplé y le dije lo mismo que a Arlena.

—Amigos como él están a una idea brillante de conseguir que te maten —contesté. Me quedé callado un momento y luego suspiré"—. Tío, Eddie no estaba intentando tenderte una trampa a ti. Le estaba tendiendo una trampa a Sam.

A Damon le brillaron los ojos y apretó los dientes.

—Ese pedazo de... Vale, aun así. Lo necesitas.

Negué con la cabeza.

—Déjame contarte una historia sobre la chica más increíble del mundo. Y sé que no crees en estas mierda, pero... Arlena es alguien muy especial y...

Cuando terminé de contarle a Damon todo lo que había pasado desde que lo arrestaron, tenía los nudillos blancos y los ojos oscuros. Nunca lo había visto con esa expresión asesina. Era escalofriante, pero también muy guay.

—Por eso tienes que aceptar ese trato. Sabes mucho más de su negocio que yo, sino se lo contaría todo yo mismo. Bueno, no, todavía te pediría que lo hicieras porque, maldita sea, Damon, te echo de menos. ¿Sabes que llevo viviendo con mamá un mes entero?

Se rio, pero su rostro seguía sombrío.

—Aceptaré el trato —dijo—. Pero puede que tarde seis meses o más en ir a juicio. Van a tener un montón de mierda que investigar. ¿Crees que podrás aguantarla tanto tiempo?.

Hice ademán de pensarlo y luego sonreí.

—Sí. No es tan mala ahora que está medicada. Mientras no me deje una perilla a lo Fu Manchú, ya no se asustará porque me parezca a él.

Damon se acarició el vello facial que se había dejado crecer desde que estaba encerrado.

—Gracias por el consejo —dijo con una sonrisa burlona—. Me afeitaré antes de que me dejen salir. Oye, ¿has estado sacando buenas notas con todo esto? ¿Vas a graduarte?

—Claro que sí —dije—. Lanzaré mi birrete al aire con el resto. El gilipollas de Eddie hizo que me bajara la media a 9 por un momento, pero ya me he recuperado.

Sonrió.

—Así se hace, Blayze. Salvar a la princesa del dragón y aprobar trigonometría a la vez. Será mejor que consigas una beca, tienes el cerebro demasiado gordo para quedarte en el gueto.

—Eso haré —le dije—. Y cuando lo haga, ambos saldremos de aquí.

Su expresión vacilaba, insegura. Podía ver en sus ojos que no creía que fuera capaz de marcharse nunca. Puede que sí de la ciudad, pero no de esta vida. Era lo único que conocía. No insistí. Sabía que no podía convencerle de que creyera en sí mismo, pero sí podía demostrarle que podía creer en mí. Confiaba en que eso sería suficiente.

Así que, con el destino de Eddie sellado y la libertad de Damon en el horizonte, dejé que la pesa de hormigón se hiciera añicos en el suelo de la cárcel y salí de allí como flotando .

Capítulo

Treinta Y Nueve

Arlena

Cerré los ojos y respiré, disfrutando del momento. La brisa de principios de verano jugaba con mi pelo mientras el sol me daba en los hombros, calentando la bata barata y brillante que llevaba sobre un bonito vestidito. El discurso de graduación se oía con demasiado eco. Había niños jugando en el parque infantil al otro lado del pequeño arroyo y sus risas acentuaban el ambiente de fiesta que se respiraba.

Abrí los ojos y miré hacia la fila, sonriendo al encontrarme con la mirada de Blayze. Él me devolvió la sonrisa. Detrás de nosotros, los estudiantes de último curso que no se graduarían ese año se empujaban unos a otros y lanzaban bolas de papel a las gorras cuadradas de sus amigos. Escudriñé la multitud de amigos y familiares, preguntándome cuál de las caras en el mar de sillas plegables pertenecería a la madre de Blayze. Mi madre me vio mirando, me saludó frenéticamente con la mano y luego se secó los ojos. *Madre mía, mamá, ¡aún ni ha empezado la presentación de diapositivas!*

—No me puedo creer que se haya acabado —dijo afligida la chica que estaba a mi lado.

Eché un vistazo para ver con quién hablaba y me miró a los ojos. No la reconocí, lo que automáticamente la puso en buena posición en mi mente.

—Yo sí —dije riendo un poco—. Para mí este año ha durado una década entera.

Soltó un suspiro.

—Supongo. Aunque me habría gustado que durara un poco más. Era muy buena en teatro. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Recitar a Shakespeare a través de la ventanilla de autoservicio?

Normalmente habría hecho un ruido de simpatía y habría cambiado de tema, pero me sentía eufórica y atrevida.

—No —dije con firmeza—. Vas a grabar una cinta de audición y enviarla a todos los teatros en cien kilómetros a la redonda, después vas a juntar con los demás chicos de teatro y haréis películas para colgarlas en Internet.

Parpadeó sobresaltada, y enseguida se animó.

—¡La señorita James nos adora! Seguro que nos deja usar el material audiovisual si no causamos problemas.

—Pues claro —dije con demasiada seguridad para alguien que ni siquiera conocía a la señorita James—. La vida no termina al graduarse. Solo acaba de empezar.

Sonrió y charló alegremente conmigo sobre los proyectos que tenía entre manos. La escuché con entusiasmo. La verdad es que sonaban bastante bien, pero la hice callar cuando empezaron a llamar a la gente por sus nombres. No quería perder la oportunidad de corear el nombre de Blayze. Cuando lo llamaron, mi voz quedó casi ahogada debajo de los gritos y vítores del resto de la clase. A pesar del castigo que había recibido por su reputación, seguía siendo muy querido.

Mis vista se desvió de nuevo hacia el público mientras intentaba distinguir a su madre entre la multitud. Seguro que le estaba animando, ¿no? Pero sólo vi a mis padres de pie, gritando y silbando como si fuera su propio hijo. Oh, bueno. A lo mejor estaba sentada en una sección que no alcanzaba a ver.

—Todo el mundo quiere a Blayze —dijo la chica a mi lado con una sonrisa—. Incluso cuando le odian.

—Forma parte de su encanto —acepté.

—Siento que te conozco de algún sitio —dijo de repente—. Pero no consigo ubicarte. ¿Estabas en la clase del Sr. Burns?

Sacudí la cabeza e iba a decirle por qué reconocía mi cara, pero entonces llamaron por mi nombre. Sus ojos se abrieron de par en par cuando me levanté y se quedó con la boca abierta. Sonreí, le guiñé un ojo y me dirigí al escenario. Puede que mi reputación no fuera la mejor, pero creo que mi leyenda seguirá viva.

No esperaba gran cosa. Mis padres se entregaron en cuerpo y alma a animarme, cosa que sabía que harían; pero mi clase también me ovacionó, cosa que no esperaba en absoluto. Se me llenaron los ojos de lágrimas al aceptar mi diploma, y sentía el corazón lleno para cuando terminé de caminar. Los graduados del otro lado sonrieron y me aplaudieron mientras caminaba en su dirección y directa a los brazos de Blayze. Lo abracé con fuerza y luego me puse de puntillas.

—¿Qué está pasando? —le susurré al oído.

—Si hay algo que le gusta a todo el mundo por aquí, es una buena historia de desamparados —susurró—. Todos saben la verdad ahora, y tú has salido muy bien parada.

Sonreí entre sollozos y me aferré a él, dejando que la buena voluntad me bañara por todas partes. Maldita sea. No puedo creer que se haya acabado. Me reí con suavidad, me enjugué los ojos y lo miré con una sonrisa.

—Ven a comer con nosotros después —le dije—. Tu madre también está invitada. ¿Dónde está? La he estado buscando, pero no sé qué aspecto tiene.

Sonrió, pero había tristeza en sus ojos.

—Hoy no ha podido venir —dijo con delicadeza—. Pero me encantaría ir a comer contigo.

Fruncí el ceño, preocupada.

—¿Creía que estaba mejor?

Asintió con la cabeza.

—Y así es. Está mejor. Cada vez está mejor, pero no está bien. Aún no. Puede que nunca esté completamente bien, pero ¿sabes qué?

—¿Qué? —pregunté, con el corazón roto.

Él sonrió.

—No necesito que sea lo que no es. Sólo necesito que siga intentándolo, y lo está haciendo. Porque para mí, esto es una celebración. Pero para ella es una multitud repleta de extraños mucho mayores que ella, docenas de hombres que no conoce, un montón de reglas sociales y expectativas, y gente que cree que son mejores padres que ella. Es demasiado para ella, y no pasa nada. No necesito que se sacrifique más de lo que ya lo ha hecho por mí.

No me gustaba. Seguía enfadada con ella por haber sido tan mala madre con él en primer lugar, y perderse su graduación (a la que no se esperaba que llegara en primer lugar, pero aun así lo había conseguido) me pareció el rechazo definitivo. Sin embargo, más que eso, no me gustó que su análisis de su comportamiento me hiciera sentir dura y sentenciosa en comparación. Le cogí de la mano y me volví hacia el escenario para ver caminar al resto de nuestra clase. Tenía mucho en lo que pensar.

Todavía estaba rumiando cuando llegamos al restaurante, pero el ambiente festivo enseguida alejó todos mis pensamientos. No éramos la única familia celebrándolo allí, y Blayze saludó al menos a media docena de personas mientras la camarera nos acompañaba a nuestra

mesa. Me pregunté brevemente si alguna vez querría marcharse de este pueblo, y me sorprendió la punzada de tristeza que acompañó a la pregunta. Era tan bueno y puro que una parte de mí estaba segura de que esta ciudad acabaría por exprimirlo y destrozarlo por completo, por muy bien que él supiera lo que se hacía.

Tomamos asiento y pedimos; entonces, mi padre miró de mí a Blayze y viceversa, radiante de orgullo.

—¡Bueno, los dos os habéis graduado! Y en circunstancias difíciles. Estoy orgulloso de vosotros. De los dos. Por eso...

—Cariño —lo interrumpió mamá—. ¿No crees que deberías esperar hasta después de la cena?

—¿Eh? No, no lo creo. Hay demasiadas respuestas posibles, mi amor. Deberíamos dejar espacio para hablar de todas ellas, creo yo.

Suspiró, se removió inquieta en su asiento y bajó la voz. Era una mesa pequeña y por mucho que bajara la voz no tendría la intimidad que deseaba.

—¿Pero y si la respuesta es una que no te gusta, Tristan? ¿No haría eso que la cena pasara a ser incómoda?

Frunció el ceño, pensativo, y luego miró de reojo a Blayze. Este carraspeó y yo le apreté la mano por debajo de la mesa. Intentaba tranquilizarlo, pero no tenía ni idea de cuál era el motivo por el que lo estaba haciendo, así que no sirvió de mucho.

—Eso sé como solucionarlo —dijo Tristan—. Blayze, ¿estás circuncidado?

Yo jadeé. Mamá jadeó y se puso roja. Las dos miramos a papá con ojos como platos y una mirada severa. Blayze se rio.

—Sí —dijo, sonriendo—. Nada puede ser más incómodo que esto, Sra. Drake. Ahora puede preguntarme lo que de verdad quería preguntar.

—Dios mío —gemí, dejando caer la cabeza sobre la mano, tapándome los ojos—. Blayze, no es por eso...

—Sí que lo es —interrumpió papá.

Erguí la cabeza y vi a papá sonriendo malvadamente. A mamá se le encendieron los ojos y las mejillas al mirarlo, y él le lanzó un beso.

—Tristan Drake —le reprendió. Ella negó con la cabeza, pero se rio—. Supongo que puedes hacer como quieras. Dios, qué tonto eres a veces.

Le sonrió, pero aún no nos enteramos de lo que iba a preguntar porque en ese momento llegaron los entrantes. Nos pasamos las cosas y hablamos en general sobre la comida en sí, lo probamos todo y, para cuando terminamos, llegaron los platos principales.

—Oh, por el amor de Dios —exploté después de que las camareras se fueran—. ¿Papá?

—¿Sí? —Parpadeó un momento y pareció recordar—: ¡Oh! Cierto. Blayze, ¿cuáles son tus planes ahora?

Blayze golpeó su filete con el tenedor durante un minuto, frunciendo el ceño. Una sutil ansiedad se apoderó de mi nuca. Una parte de mí tenía la sensación de que su respuesta sería lo que establecería o rompería nuestra relación, por mucho que odiara admitirlo. Ni siquiera estaba segura de cuál sería una respuesta inaceptable, pero me aterrorizaba que la diera.

—Voy a ver cómo ir a la universidad —habló finalmente. Me dio un vuelco el corazón.

—¿Para estudiar qué? —preguntó papá.

El corazón se me hundió de nuevo. ¿Por qué arruinar un buen sueño con los detalles, papá?

—Quiero estudiar derecho —dijo Blayze en voz baja—. Tal vez me especialice en trabajo social. Hay todo un sistema funcionando con un punto ciego más grande que un estadio—.

Papá asintió con lentitud.

—Esperaba que dijeras eso. ¿Sabes por qué?

Blayze sonrió.

—Porque vives para nuestros debates —bromeó.

Papá se rio.

—Bueno, eso también. Pero es porque sabías exactamente por qué te hice la pregunta que te hice al principio. Entiendes por qué la gente, incluso la que se mueve en círculos ajenos a tu experiencia inmediata, hace lo que hace. Sería un honor enfrentarme a ti en un juicio, aunque... —Se interrumpió con una mueca, y luego retomó la idea—-. Los defensores públicos no ganan un buen sueldo, y suelen ser a los que acabo enfrentándome en los tribunales.

Blayze se rio entre dientes.

—No quiero faltarte al respeto, pero tu idea de un buen sueldo y la mía son muy diferentes. Los defensores públicos se llevan a casa, ¿cuánto? ¿cinco de los grandes al mes?

Papá parpadeó y fue mi turno de reírme. Por supuesto, Blayze ya había investigado al respecto.

—Sí, más o menos, dependiendo de dónde estés. Puedes ganar de ocho a diez en algunos sitios. Pero para un abogado...

Blayze levantó una mano.

—No hace falta hablar de posibles, por favor. Porque mis opciones ahora mismo son sacar mil cuatrocientos al mes trabajando en una tienda o en alguna otra mierda que te consuma el alma... o ganar cinco mil haciendo algo que importe.

Papá asintió pensativo durante un momento.

—Los préstamos estudiantiles reducirán mucho el sueldo de un abogado de oficio.

Blayze se encogió de hombros.

—Sé vivir con un presupuesto limtado.

—Mm, sí. Supongo que sí. Pero no creo que debas hacerlo, no hasta ese punto. Me gustaría ofrecerte una alternativa, pero eso dependerá de Arlena.

Me enderecé, sobresaltada.

—¿Que depende de mí? ¿El qué?

Papá me sonrió amablemente.

—Ya llegaremos a eso. Arlena, ¿cuáles son tus planes?

Todo mi cerebro se detuvo. Me quedé mirando como un ciervo bajo los faros de un coche hasta que mamá me tocó la mano.

—No tienes que decidirlo ahora, cariño. Tu año para tomar una decisión se vio interrumpido con todo ese asunto tan desagradable.

Papá le lanzó una mirada impaciente, pero no era más que calidez cuando se volvió hacia mí. No dijo nada, esperando a que respondiera. La pausa preñada era uno de sus métodos de interrogatorio favoritos porque al final siempre funcionaba.

—Quiero ir a la universidad —dije lentamente—. Pero aún no tengo una idea clara. T-tengo una idea.

—¿Y cuál es tu idea, Arlena? —preguntó papá con suavidad.

Me retorcí en el asiento. Me estaba costando mucho formular las palabras porque la idea era muy fresca y nueva, muy muy frágil. Pero soy la puñetera Arlena Drake, me dije. Tengo un muro a mis espaldas y un cerebro en la cabeza, y yo tengo el control.

—Quiero ayudar a la gente a ver su propio potencial —dije—. Quiero coger a un hacker huraño y llevarlo a estudiar una carrera de programación, o mostrar a una reina del drama cómo

canalizar ese impulso hacia el periodismo o escribir historias o algo así. Todo lo que he visto en todo este año es a gente llena de potencial estrellándose y echándose a perder porque no saben cómo aprovecharlo—.

Respiré hondo y miré a mi alrededor. Mamá parecía orgullosa. Papá parecía pensativo. Blayze... oh, Blayze. Sus ojos brillaban con un amor tan fuerte que me soltó la lengua, concretando mis ideas a medida que me salían las palabras.

—Nunca lo noté en casa, pero eso es porque todos crecimos rodeados de oportunidades, rebañados en canales de talento y habilidades a los que los chicos de aquí ni se acecan. Todo el mundo tiene una idea clara de sus habilidades, si no de sus pasiones, antes de llegar al instituto. Bueno, no todo el mundo. Yo no la tenía. Pero no había nadie que me necesitara ahí fuera. Todos sabían ya que eran especiales. Pero por aquí el mundo es mucho más pequeño. Mucho más cruel. Es más difícil ver lo que vales cuando el mundo ya te ha descartado.

Pensaba en Sam mientras hablaba. Sam y esas chicas en las fiestas de Eddie, Damon y los otros que Eddie había puesto entre rejas... Habían estado muy desesperados, pero no tenían por qué estarlo.

—Quiero demostrarle a la gente que vale algo —dije en voz baja—. Pero no sé qué título me ayudaría a hacerlo, no para ayudar a la gente que de verdad lo necesita.

Mamá sonrió y me apretó la mano. Nunca la había visto tan orgullosa.

—Psicología. Eso te abrirá todas las puertas, mi amor. Orientadora de instituto, asesora de vida, oradora motivacional, escritora, lo que quieras. Puedes probar hasta que encuentres lo que te gusta. Haz una cosa, hazlo todo. Nunca confundas un puesto de trabajo con una pasión. Ya conoces tu pasión, ahora sólo tienes que construir un camino que te lleve hacia ella.

Me enjugué los ojos húmedos y le sonreí. Una respiración profunda pareció rodear la mesa y se hizo un silencio pensativo.

—Bueno —dijo papá al final de un suspiro—. Arlena, tengo que confesarte algo. ¿Recuerdas que te dije que había creado un fondo fiduciario para tu universidad o tu casa o tu boda? —Acentuaba más la palabra «o» cada vez que la decía.

Fruncí el ceño, confusa.

—Sí—

Asintió con la cabeza.

—De hecho, creé fondos fiduciarios. En plural. Supuse que, si querías ir a la universidad, con el tiempo también querrías comprarte una casa o casarte.

Ladeé la cabeza.

—Hay un «o» ahí.

Asintió con la cabeza.

—Sí. Ahora llegamos a la parte de tu decisión. Hay suficiente para pagar tus estudios y los de Blayze, o para pagar tus estudios y una casa o una boda. —Extendió las manos como si me pusiera las opciones sobre la mesa.

Ni siquiera tuve que pensarlo.

—Págale a Blayze la carrera —dije. Miré a Blayze, preguntándome si me había excedido—. Si eso es lo que quieres —añadí.

Se quedó sin habla. Mamá sonrió y cortó su cena con un contoneo de satisfacción. Papá me miró un momento y luego se volvió hacia Blayze.

—Blayze, me gustaría ofrecerte una beca completa para la facultad que elijas. Esta oferta incluye cuatro años de estudio más el colegio de abogados y el examen de abogacía. ¿Aceptas?

Blayze parecía estar ahogándose con su propia lengua. Me acerqué a él y le cogí la cara

entre las manos, girándosela para poder mirarle a los ojos.

—Este es tu momento —le dije—. Esta es tu oportunidad. El futuro te llama y está gritando tu nombre. ¿Qué vas a hacer, Blayze?

Se aclaró la garganta, sonrió y me besó.

—Podrían ser seis años —dijo con un tono voz dirigido sólo para a mí—. Es mucho tiempo. Quizá no podamos ir a la mismo universidad. Si me sigues, puede que acabes viviendo en un lugar extraño donde no conozcas a nadie.

¿En serio? Le dirigí una mirada divertida y exasperada.

—Estoy bastante segura de que podré con ello —dije riendo un poco—. He sobrevivido a este año, ¿no?.

Su sonrisa se ensanchó, le brillaron los ojos y me besó con fuerza. No paró hasta que mi madre carraspeó, entonces se apartó y le dedicó una sonrisa de disculpa.

—Acepto —dijo.

Se sacudieron la mano para cerrar el trato.

Capítulo

Cuarenta

Arlena

—¡Vamos, Sam! ¿Cómo vas a montarlo desde ahí? —Sujeté la correa del caballo y acaricié su bonito hocico gris.

Blayze ya estaba sobre su caballo, aunque el animal había decidido girar en círculos y resoplar, sacudiendo la cabeza como si fuera a tirarlo. No lo haría, Castaño era un encanto, aunque le gustaba provocar, pero Blayze no lo sabía y tenía la cara blanca como el papel.

Me reí.

—Relájate —le dije—. El caballo está atento de tu lenguaje corporal y le estás diciendo que estás aterrorizado.

—¡Por que lo estoy! —La voz de Blayze chirrió en la última palabra, haciéndome reír más fuerte.

—Ah, vamos —dijo Damon, tomando el brazo de Sam—. Si él puede hacerlo, nosotros también.

—Eso decían de mear de pie, y la cosa no salió muy bien —refunfuñó Sam.

Sin embargo, dejó que Damon la llevara al corral. Estaba seguro de que le dejaría llevarla a cualquier parte. Les expliqué cómo montar a sus caballos. A pesar de su ansiedad, Sam se subió a la silla como si llevara toda la vida haciéndolo. A Damon le costó un poco más, pero al final lo consiguió.

Monté en mi propio caballo y les sonreí a los tres. El cambio era palpable. Podían sentir la libertad respirando bajo ellos y eso les llenaba de esa magia propia de los caballos salvajes. Me había dado cuenta de que la terapia con caballos era algo real: podría casar fácilmente mi pasión con mi amor y construir una carrera en torno a ello. Almacené cuidadosamente esa idea para más tarde.

—Vale, esta parte es fácil —les dije—. Apretad suavemente las rodillas y dejad algo de holgura en las riendas. Los caballos harán el resto.

Hubo algunas salidas en falso y muchas risas, pero al final nos pusimos en marcha todos juntos. Cambiamos de posición varias veces, pero pronto Sam se colocó a mi lado y los dos hermanos se quedaron a la zaga.

—Esto es increíble —dijo Sam, feliz—. No puedo creer que nunca haya hecho esto antes. Que le den a los coches, tío. Deberíamos volver a montar a caballo.

—Te veo radiante —dije con una sonrisa—. No es sólo por el caballo, ¿verdad?

Sus ojos centellearon y se sonrojó.

—Creo que Damon va a pedirme que esté con él de verdad —dijo—. Antes estábamos empezando algo, pero ninguno de los dos podía admitirlo porque, ya sabes, yo había estado liada con su hermano durante tanto tiempo que no me parecía correcto. Pero ahora que Blayze es tan feliz contigo, y las vidas de todos siguen adelante, creo que quiere dar ese paso.

Miré por encima del hombro y vi a Blayze y Damon sumidos en una conversación tranquila.

—Creo que tienes razón —dije—-. Parece una conversación muy intensa.

Giró la cabeza tan rápido que se resbaló de la silla, asustó al caballo y casi acaba en la

misma posición que yo en mi primer paseo. La ayudé a enderezarse y sonreí.

—Estás completamente enamorada de él, ¿verdad?.

Sonrió y se encogió de hombros en un patético intento de mostrarse desdeñosa.

—Supongo —concedió—. Es que... él estaba ahí para todas las tonterías, ¿sabes? Me apoyó en todo, como amigo, pero también apoyaba a Blayze. Así que me conoce. Me conoce como nadie, porque no estaba en el extremo receptor de mis arrebatos. Y yo lo conozco de la misma manera. Es… agradable.

—Suena perfecto —dije, y lo decía en serio.

Sam no necesitaba fuegos artificiales ni romanticismo. Necesitaba saber que era suficiente tal y como era, como quisiera ser. Hoy llevaba el pelo de un verde azulado brillante, unos vaqueros morados con rayas de tigre y una camiseta extragrande de un grupo de música con la que no la habrían pillado ni muerta el mes pasado. Cambiaba como el tiempo y necesitaba a alguien que pudiera atravesar sus tormentas y disfrutar de su rayos de sol sin juzgarla en ningún momento.

Llegamos al merendero y les enseñé a atar los caballos. Una vez desempaquetamos el picnic y nos sentamos todos sobre la hierba, Damon buscó la confirmación de Blayze con la mirada. Blayze asintió a conciencia, luego se volvió y me besó. Damon se volvió hacia Sam, que se retorcía con impaciencia.

—Sam, quiero preguntarte algo —habló Damon con esa manera suya lenta y deliberada—. Pero primero quiero decirte que te quiero, y que no hay respuesta equivocada. Eres mi mejor amiga, junto con Blayze. E ir a la cárcel me sirvió para aclararme la cabeza con algunas cosas. Voy a darle un cambio a mi vida y me gustaría hacerlo contigo. ¿Quieres casarte conmigo?

Se me cayó la mandíbula al suelo. A Sam también. Blayze se limitó a sonreír. Sam cerró la boca de golpe y se contoneó sobre la manta de picnic, de rodillas, mirando con fiereza. Damon se quedó sentado, viendo cómo se movía con ojos suaves. Ella se detuvo justo delante de él y lo besó con fuerza, luego se apartó y le golpeó el hombro.

—¡No puedes simplemente pedirme que me case contigo! Tienes… tienes que pedirme que sea tu novia y si vemos que eso sale bien, me pides que me case contigo, después vemos si estar prometidos está bien, después nos casamos y vemos si eso está bien, después…

—¿Por qué? —preguntó él, cortándola—. No es que tengamos que conocernos el uno al otro. Sé lo que quiero, y quiero construir una vida contigo lejos de toda esta mierda. O dentro de toda esta mierda, me da igual. Sólo quiero construir una vida contigo. —Se puso de rodillas y la rodeó con los brazos, hablando con voz suave y dulce—. Pero tú mandas, Sam. Así que, ¿quieres ser mi novia?

Ella resopló, pero había lágrimas de felicidad en sus ojos.

—Sí.

La besó suavemente, acariciándole el pelo, y luego se apartó.

—¿Te parece bien?

Ella asintió, con lágrimas derramándose por su cara.

—Sí.

Le besó la frente.

—Sam, te quiero. ¿Quieres casarte conmigo?

Se rió exasperada entre lágrimas.

—Sí, imbécil.

Volvió a besarla, en la boca y en la frente.

—¿Está bien ser tu prometido?

Ella enterró la cara en su pecho, temblando de la risa y las lágrimas.

—Sí. —Fue su respuesta amortiguada.

—Bien —dijo cariñosamente—. Me voy a dejar la piel para darte la boda que deseas.

Levantó la cabeza con los ojos muy abiertos.

—Dios mío, ¿cómo voy a planear una boda, Damon? ¡Esas cosas hay que planearlas con seis meses de antelación! Y todo lo que me gusta hoy lo voy a odiar en un mes, ¡eso no se puede planear!

Damon sonrió.

—Claro que sí —dijo cómodamente—. Haremos lo que quieras, cuando quieras. Así de fácil.

Se deshizo en risitas y se desplomó en sus brazos. Blayze me acercó y me besó, luego susurró que debíamos darles un poco de intimidad. Nos alejamos, cogidos de la mano, y nos echamos a andar por el prado ondulado.

—La universidad empieza la semana que viene —dijo—. He estado investigando y puedo reducir los años a la mitad si cojo una clase extra cada semestre y trabajo durante los veranos.

Suspiré y miré a mi alrededor, contemplando la naturaleza.

—Este ha sido el mejor verano de mi vida —dije, apoyándome en él—. No me importaría pasar seis veranos haciendo el vago contigo, pero sé que te volvería loco.

—Cierto —dijo, rodeándome con sus brazos por detrás. Me besó el pelo, la oreja, el cuello y me abrazó con fuerza—. Pero por ti lo haría.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Estaremos juntos de cualquier manera. Podemos ser compañeros de estudio todo el año y sacarnos las carreras con honores. Este verano ha sido maravilloso, pero yo también estoy impaciente. Tenemos una vida que empezar, gente a la que ayudar. Hagámoslo.

—Como quieras, cariño.

Me besó bajo el sol estival mientras la brisa nos envolvía con aromas a caballos y hierba cocida. Volveriamos aquí, decidí. Los cuatro, una y otra vez.

Epílogo: Seis años después

Arlena

—¡Xena, deja de arrancarte flores del pelo! Mi niña tonta, ven con mamá. —Sam subió a su hija de dos años a su regazo e intentó arreglarle la corona de flores, pero Xena estaba empeñada en comerse hasta el último pétalo. Sam suspiró, puso los ojos en blanco y me miró impotente.

—Adelante, sácasela —le dije—. No estoy segura de que los pétalos de rosa sean buenos para los bebés.

Sam respiró aliviada y le quitó las flores del pelo a Xena.

—¿Cómo va a ser la niña de las flores si se come los pétalos?.

Xena la miró con firmeza, cogió un puñado de pétalos de la corona y los dejó caer al suelo.

—No hay duda de que es hija tuya —dije.

—¡¿Verdad?!

Acurrucándose en el pecho de su madre, Xena se estiró y le besó la mandíbula. Sam sonrió, puso los ojos en blanco y se acurrucó con el bebé.

—Con lo justo de Damon para salvarte —dijo con indulgencia—. Bebecita tonta.

Me volví hacia el espejo que tenía delante y examiné mi propia corona de flores. Deslicé las manos sudorosas sobre la bata de satén que llevaba para proteger el vestido que había debajo.

—Y bueno, hasta ahora, ¿tu boda está siendo todo lo que querías que fuera? —preguntó Sam mientras quitaba las últimas flores del pelo de Xena.

—Todavía no me he casado —dije con una sonrisa.

—Lo sé, lo sé, me refiero a las flores, el vestido, el novio, todo eso. Tenía la costumbre de planear bodas cuando era niña, pero sólo me ponía de mal humor. Creía que tendrías una carpeta lista con planes de boda.

Me reí.

—Bueno, el novio es perfecto, pero la verdad es que nunca planeé mi boda cuando era niña. Me alegro de no haberlo hecho.

Ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque crecí con mucho dinero —dije—. Habría construido una boda de ensueño en mi cabeza sin presupuesto en mente. Intentar hacer algo así con el sueldo de Blayze y el mío habría sido imposible. —Sonreí y le lancé una mirada—. Pero lo cierto es que cualquier boda que acabe con Blayze y conmigo en la cama es la boda perfecta.

Sin embargo, sí que había algo que me preocupaba y ella se dio cuenta. Levantó las cejas y esperó. Suspiré.

—Es sólo que… sé que su madre tiene problemas. Dice que ha estado trabajando en ellos, pero... —Me encogí de hombros y exhalé un fuerte suspiro—. No fue a ninguna de sus graduaciones. Eran muy importantes para él, y esto....

—Es mucho más importante —interrumpió.

—Sí. Y no ha confirmado su asistencia. La invitó en persona, le enviamos una invitación... Yo quería llamarla por teléfono, pero Blayze me dijo que lo dejara estar. Me doy cuenta de que le afecta. Puedo verlo claro como el día en su cara cada vez que hablamos de los invitados o de

los asientos o de cualquier otra cosa. Me pidió que le hiciera un hueco por si acaso, pero eso me parece mucho más triste, el tener su asiento vacío en primera fila.

Me miró de reojo mientras sacaba a Xena de debajo de mi cama.

—¿Y has dejado el asiento libre?

Sonreí con tristeza.

—Sí —dije—. Siempre tiene tanta esperanza y optimismo.

—Tú también —señaló—. Por eso encajáis tan bien. Sois dos almas puras, desesperadas por ver lo bueno en todo el mundo.

Me reí entre dientes.

—Sí, pero yo tengo ventaja. Todo fue a las mil maravillas en mi mundo durante tanto tiempo que me dio una base en la que poder apoyarme cuando las cosas se ponían difíciles. En él parece ser algo innato o algo así.

Sonrió, dejó a la niña en el suelo y se acercó para ayudarme con el pelo. Su propia boda había sido una locura; a pesar de la paciente insistencia de Damon, o puede que gracias a ella, habían estado prometidos un año antes de casarse.

Acabó casándose en el campo, bajo los árboles, donde Damon le pidió matrimonio por primera vez. Se lo había pedido al menos cuatro veces más desde entonces, y ella había dicho «sí» todas las veces; más tarde me explicó que tenía que estar seguro de que toda ella decía que sí, incluso su parte más tormentosa y vengativa. Había sido un acierto y sabía que Sam le quería por ello.

—Entonces estará bien tanto si ella aparece como si no —dijo razonablemente. Se detuvo un momento, desenredando una flor que se había resbalado—. No puedo creer que ahora sea un abogado de verdad —dijo, cambiando sutilmente de tema—. ¿Qué se siente?

Sonreí.

—Es muy parecido a vivir con mi padre —dije. —Sólo que desde la perspectiva opuesta. También se pone a despotricar después del trabajo, sobre todo de los fiscales sobrepagados y las leyes inflexibles, pero también de delicuentes idiotas y sus patéticos intentos de manipularle. Ya se está labrando un nombre.

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó sonriendo, pero veía la preocupación en sus ojos.

—Es bueno —dije con firmeza—. Significa que su opinión tiene más peso entre la gente adecuada. Y la gente a la que defiende sabe de dónde viene y cuáles son sus motivaciones. Sólo los más estúpidos le harían responsable de una sentencia inevitable, y los estúpidos no pueden llegar hasta él. Tiene demasiados amigos.

—En lo alto y lo bajo del escalafón social —reflexionó. Hizo una pausa y me preguntó—: ¿Vas a cambiar tu apellido en el trabajo? ¿Hará la gente la conexión?

Asentí con la cabeza.

—Sí a ambas cosas, creo. Pero eso es bueno. Los chicos con los que trabajo están íntimamente ligados con las personas a las que defiende, trabajamos con las mismas familias más a menudo de lo que esperaba, y muchos de ellos confían en él. Cuando se enteran de que puesto ocupa en mi vida, tienden a abrirse un poco más rápido. —Blayze asegura que a veces también funciona al revés.

Sam estaba a punto de decir algo, pero mi madre irrumpió en la habitación con un ramo de flores, ya enfadada.

—¿Qué hacéis hablando de trabajo, tontitas? Hay una boda que celebrar.

Epílogo

Blayze

Todo final es un nuevo comienzo, y viceversa. Iba a echar de menos enfrentarme al padre de Arlena en el juzgado. Estaba mal visto ahora que éramos familia, a menos que no hubiera otra alternativa. Entre los dos, y con Eddie fuera de juego, habíamos devuelto la cordura al centro de la ciudad.

El trabajo de Arlena también había ayudado, de una forma más sutil. Prefirió detectar el problema antes de que llegara a nosotros y abrió una fundación en pleno centro de la ciudad. Al principio me pareció una frivolidad, sobre todo teniendo en cuenta que ya existían la YMCA y el club de chicos y chicas, pero le apasionaba tanto el proyecto que la apoyé sin reservas.

Ya empezaba a parecer que había dado en el clavo. La fundación no dejaba de crecer y el índice de delincuencia en las inmediaciones, sobre todo entre los menores, no dejaba de descender.

—No se trata sólo de tener un lugar seguro al que ir después de clases —me dijo—. Se trata de tener la oportunidad de descubrir en qué eres bueno y de que alguien te enseñe qué puedes hacer con esas habilidades. También está la terapia, el aprendizaje basado en el trabajo y todo lo demás. Es darles la oportunidad de experimentar en primera persona cómo podría ser la vida. Lo necesitan.

Y así uera. Todavía no estaba completamente seguro de todo lo que hacía allí,-algunos días llegaba a casa cubierta de pintura de dedos y hablaba del trabajo como si fuera una guardería, otras veces me contaba historias sobre músicos y actores en ciernes, y otras hablaba de lenguajes informáticos que yo apenas entendía- pero fuera lo que fuese, estaba funcionando. La ciudad volvía a cobrar vida, centímetro a centímetro.

—Piensas demasiado —dijo Damon, enderezando su pajarita—. ¿Te están entrando los temores?

—Más le vale que no —gruñó Tristan desde detrás de mí. TristanSe había convertido en un padre para mí, o al menos en un modelo a seguir como nunca antes había tenido. Incluso Damon había llegado a quererle, sobre todo porque sabía que Tristan me cubría las espaldas.

Me giré y le sonreí.

—Ni en un millón de años —dije—. Sólo pienso en lo que pasará después.

Damon soltó un alarido y a Tristan se le pusieron las orejas de rojas en las puntas. Gemí.

—No me refería a eso. ¿Qué hora es?

—Es hora de que salgas —dijo Tristan—. Estaba a punto de salir a buscar a Arlena.

—Vale —susurré, tirando del dobladillo de mi esmoquin.

—Hagámoslo.

Salí del pequeño segundo dormitorio y entré en el estrecho pasillo. Arlena y yo nos habíamos visto en la disyuntiva de pagar la entrada de una casa bonita y limpia de dos plantas en una zona relativamente tranquila de la ciudad o elegir un recinto imponente para nuestra boda. Me alegró saber que los dos preferíamos tener un lugar al que volver después de la luna de miel.

Salí por la puerta lateral y entré en el pequeño patio justo a tiempo para oír un tímido golpecito en la desgastada verja encalada. Esperaba que uno de nuestros nuevos vecinos hubiera

venido a preguntar por la aglomeración de coches aparcados en la calle, pero cuando abrí la verja el corazón me dio un salto. Estaba preciosa. Sus ojos oscuros estaban agrandados y asustados, pero su fuerte mandíbula mostraba un ángulo decidido. Al verme, se le relajó la boca; no era una sonrisa, pero se le acercaba.

—Blayze —dijo sin aliento—. Tienes toda la pinta de novio. —Se arrebujó un poco más en el fino chal que cubría el escotado vestido rosa que llevaba. El vestido le llegaba casi a las rodillas, era más conservador que cualquier otro vestido que le hubiera visto, y sus tacones de color naranja brillante sólo medían cinco centímetros. Incluso con esos tacones, y una coleta imposiblemente alta y todo, apenas me llegaba al hombro.

—Y tú tienes toda la pinta de ser la madre del novio —le dije cariñosamente.

Un poco del temor se esfumó de sus ojos y me dedicó una tímida sonrisa.

—¿De verdad?

—De verdad. —Le tendí el codo y ella lo cogió, con sus uñas de color arco iris resaltando como fuegos artificiales sobre el negro intenso de mi esmoquin.

Cuando doblamos la esquina que daba al patio trasero, donde se habían colocado docenas de sillas plegables frente al arco de celosía donde tendría lugar la ceremonia, aspiró con fuerza y dejó de caminar.

Intenté verlo todo a través de sus ojos. Como de costumbre, estaba justo en medio de los grupos de edad de los asistentes. Mis amigos y los de Arlena eran todos dieciséis años menores que ella, mientras que los padres de Arlena, otros parientes y sus amigos eran todos al menos quince años mayores. Todos iban bien vestidos: los más mayores, de tonos pastel y neutros; los más jóvenes, de colores un poco más vivos. Nadie vestía de rosa o naranja neón, un claro indicio de que ella era la única allí que había pasado su adolescencia adorando a las Spice Girls.

Se tocó los pendientes de aro de plástico turquesa, cohibida, y se sacudió el arco iris de brazaletes de plástico de la muñeca de aquella forma nerviosa que yo recordaba de muchas reuniones de padres y profesores. Puse mi mano sobre la suya y se la apreté para tranquilizarla.

—Mantén la cabeza bien alta —susurré.

Me sonrió, se echó el pelo hacia atrás, dejando que le cayera por la espalda, y dio un paso adelante con confianza.

—Soy la pera —murmuró.

La acompañé hasta su asiento, justo al lado de la madre de Arlena, que ya se estaba enjuagando los ojos. Las presenté brevemente. Al instante, la madre de Arlena elogió el vestido y los zapatos de mi madre con un entusiasmo tan auténtico que desapareció el último atisbo de tensión de mi madre. Sonriéndoles a las dos, ocupé mi lugar bajo el arco. Damon tenía los ojos empañados.

—Ha venido —dijo con calidez—. Bien.

Le miré un momento.

—¿Te habría gustado que fuera a la tuya?

Sacudió la cabeza.

—No, no estaba ni cerca de estar preparada. Le habría entrado el pánico y asustado a los caballos. No, tío, aquí no hay más que felicidad. —Se golpeó el pecho dos veces, luego sonrió y saludó a mamá, que le devolvió la sonrisa, feliz.

Respiré hondo y dejé que la satisfacción se apoderara de mi alma. Todas las piezas de mi vida estaban encajando. Quería tomarme un momento para disfrutar de la sensación, pero entonces empezó a sonar la música.

El atuendo de Sam me hizo sonreír. Arlena le había permitido elegir su propio traje, como

dama de honor, y había vestido a sus demás damas de honor con colores a juego. No debió de ser fácil. Conociendo a Sam, lo más probable es que no hubiese elegido el minivestido morado y lima eléctrico hasta la semana anterior. Incluso se había teñido algunos mechones de pelo a juego. A mamá se le iluminó la cara como a un niño en Navidad cuando la vio.

La hija de Sam echó a andar por el pasillo tras las damas de honor. Dejó caer con mucho cuidado unos cuantos puñados de pétalos de sus regordetes dedos antes de detenerse a masticar uno, haciendo que las risas se extendieran por el público. Sam chasqueó los dedos y Xena soltó el pétalo al instante, luego mostró a su madre una sonrisa traviesa y llegó hasta el final.

Estaba tan absorto sonriéndole a la niña que casi me pierdo cuando cambió la música. Levanté la vista cuando el público se puso en pie y pensé que se me pararía el corazón. Arlena era como un sueño hecho realidad, vestida de crema y lavanda, y le brillaba la piel como el oro bajo el sol de la tarde. Su fino velo no podía ocultar su brillante sonrisa ni el resplandor del sol en las lágrimas que le brillaban en las comisuras de los ojos.

Tristan me miró a los ojos y asintió con respeto mientras la pasaba de su brazo al mío. Juraría que también tenía lágrimas en los ojos. Mientras sostenía sus suaves manos entre las mías y miraba sus preciosos ojos, supe que, viviéramos donde viviéramos, nunca estaría lejos de casa mientras estuviera con ella.

Cuando ella pronunció sus votos, estos resonaron en mi pecho. Cuando respondí con los míos, nunca había sentido unas palabras con más fervor. El anillo era un peso maravilloso en mi mano, tan fuerte y eterno como mi convicción cuando la besé. Yo era suyo, ahora y para siempre.

—¡Os presento por primera vez al Sr. y la Sra. Blayze y Arlena Arrow! —El oficiante terminó con una floritura. Arlena se rio entre lágrimas y yo sonreía tanto que pensé que se me partiría la cara en dos. Volvimos a recorrer el pasillo mientras un millón de burbujas de arco iris flotaban en el aire y todos nuestros amigos y familiares nos aclamaban. Nunca me había sentido tan querido en la vida.

Epílogo

Arlena

Las olas turquesas rompían sobre la arena blanca, enviando reflejos dispersos de la luz de primera hora de la mañana a nuestra pequeña cabaña junto a la playa. Suspiré feliz, acurrucándome más en el sólido y cálido abrazo de Blayze. Los últimos días habían sido de ensueño: una boda de ensueño, un viaje de ensueño, un destino de ensueño. Papá había insistido en pagarnos el viaje; creo que se sentía mal por no haber pagado la casa o la boda, aunque habíamos llegado a un acuerdo hacía mucho tiempo.

El tratamiento de primera clase me había dejado más relajada que nunca, por no hablar del trato que Blayze había dispensado a mi cuerpo. Como si me hubiera leído la mente, sentí su excitación crecer contra mí, llenando el espacio entre nosotros de un calor casi insoportable. Moví las caderas contra él y solté una risita mientras él gemía en mi cuello.

—Dame un segundo, cariño —gruñó. Salió disparado de la cama en dirección al baño, dejándome deleitarme con el tacto del satén sobre mi piel desnuda. Volvió y dio un salto sobre la cama, haciéndome chillar de la risa cuando la fuerza de su impacto me hizo rebotar.

—¿La seguridad lo primero? —le pregunté, lanzándole una mirada socarrona.

Se quedó pensativo durante un largo momento, escrutando mi rostro.

—¿Mejor abandono temerario? —respondió.

El corazón me dio un vuelco al mirarle a los ojos. Me invadió una profunda emoción, un deseo que ni siquiera sabía que existía. Era tan fuerte que casi me hizo llorar, así que luché contra ella con despreocupación.

—A Xena le vendría bien una amiga —solté con una sonrisita—. Aunque sólo sea para que deje de volver loca a Sam.

—Eso se le da muy bien —dijo pensativo—. Como nuestra amiga más antigua, creo que le debemos a Sam salvarla del engendro de mi hermano.

—Estoy de acuerdo —dije, con el pecho encogido y desmintiendo mi actitud arrogante.

Sus ojos se ablandaron y oscurecieron y se quedó muy, muy quieto.

—Pero primero, princesa, ¿estás segura? ¿Estás completamente segura de que quieres tener un bebé?

Fingí pensármelo un segundo. Luego, antes de que la resignación pudiera instalarse en sus facciones, tiré de él hacia mí y lo besé.

—Sí —susurré—. Sí, por favor, Blayze.

Una vez hayas recibido tu dosis de Arlena y Blayze, nos encantaría que nos acompañases en otra aventura con River y Harlow en nuestra próxima publicación: “Un último secreto, cariño”.
Podrás leer un adelanto en la siguiente página.



Harlow

HACE CASI 7 AÑOS...

FUERA lo que fuera lo que esperaba, seguro que no era esto. Sabía que iba a doler. Había visto películas, había escuchado historias en la cola del café, incluso había conseguido ver durante 3 minutos un tutorial de partos francamente aterrador que había encontrado en una página web cualquiera.

Nota: nunca busques en Google las preguntas que deberías hacer a un profesional médico. Por otra parte, Google es gratis, ir al médico seguro que no. Y si me concentro demasiado en cómo demonios voy a pagar esta factura del hospital con el seguro médico, que precisamente no tengo, voy a empezar a hiperventilar más de lo que ya lo estoy haciendo.

La enfermera, que solo parece un par de años mayor que yo, sonríe animada mientras me seca la frente sudorosa. Me pregunto si estaría tan animada si estuviera en mi lugar.

Es la misma enfermera que me informó de que el parto estaba demasiado avanzado para que la epidural surtiera efecto. Así que mi petición de «fármacos, cualquier tipo de fármacos» fue denegada.

Sé que lo que siento no es culpa suya, pero eso no hace que me den menos ganas de darle un puñetazo en sus perfectos dientes. No ayuda que ella parezca que pertenece a Anatomía de Grey, mientras que estoy segura de que me veo como...

—Puedo ver la cabeza. Está coronando —la voz del médico viene de algún lugar entre mis piernas, donde ha estado apostado durante la última media hora.

Históricamente, he sido bastante quisquillosa con quién puede pasar tanto tiempo con esa parte de mi anatomía, pero estaba tan agotada por el dolor y los empujones que no pude encontrar ni la más mínima pizca de vergüenza. Podrían haber invitado a todo el equipo de fútbol del instituto a ver el espectáculo y lo único que me habría importado era la única persona que no había aparecido.

Se suponía que estaría aquí. Dijo que vendría. Incluso después de todo lo que había pasado, todavía pensaba que vendría. Pensé que realmente le importaría una mierda.

Aunque quizá eso diga más de mí que de él. Ya debería saber que uno no depende de nadie más que de sí mismo. Es casi el mantra de la familia Rodríguez, si fuéramos el tipo de familia

que tiene mantras y no el tipo de familia que se burla de la idea de tenerlos. Sin embargo, a pesar de toda mi preparación, aunque poco entusiasta, nada podría haberme preparado para el dolor de sentir que me están destrozando y no tener a nadie a quien coger de la mano mientras ocurre.

Aprieto los dientes mientras otra contracción me aprieta el estómago, dificultándome pensar o respirar.

—Solo un par de empujones más. Ya casi está. —El médico cuyo nombre ya he olvidado me recuerda al entrenador de atletismo que tuve hace dos mudanzas. También era demasiado entusiasta con todo.

—Parece que papá se va a perder el gran momento. ¿Quiere que se lo grabe en vídeo? — La enfermera que está junto a mi cabeza es la que hace la pregunta. Se lleva las manos al bolsillo de la bata, probablemente buscando ya su teléfono.

El «no» que le ladro suena más como si saliera de un animal que de una chica de 17 años que podría confundirse fácilmente con una de 15 si no fuera por el melón gigante que tiene en el abdomen. De hecho, la enfermera Smiley salta hacia atrás como si pensara que voy a morderla. Para ser justos, no está totalmente fuera de lugar. Me siento bastante salvaje en este momento, con el peor dolor de mi vida y sola, además.

—Enfermera, venga a ayudarme —la voz del médico la saca de la mirada horrorizada que me dirige, probablemente preguntándose cuándo el "Mogwai" se convirtió en "Gremlin".

Tardo un momento en darme cuenta de que no me piden que empuje cuando la siguiente contracción se abate sobre mí. De hecho, toda la sala, que era un hervidero de actividad, se paraliza.

La enfermera Smiley ya no sonríe y, sea lo que sea lo que el médico le está diciendo en voz baja, me mira a la cara, luego a las piernas abiertas y luego a mí, y sale corriendo de la habitación.

No soy profesional médico, pero hasta yo sé que eso no es buena señal.

—¿Qué está pasando? —jadeo, con todo el cuerpo temblando por un cóctel de adrenalina y fatiga.

—No hay nada de qué alarmarse, Harlow. —Parpadeo ante el uso de mi nombre, antes de recordar que las enfermeras me lo habían preguntado cuando me recogieron al caer en Urgencias. Holden me había dejado allí, pero los hospitales le daban pánico, así que apenas había parado el coche el tiempo suficiente para que yo saliera antes de alejarse de nuevo a toda velocidad.

—¿Pasa algo? —Pregunto, deseando que mi voz sea más fuerte de lo que siento. Siento que el médico duda. — Por favor. Dígamelo.

Veo que sus hombros caen un poco, sus ojos se desvían hacia la puerta como si esperara que alguien más apareciera por arte de magia y respondiera a mi pregunta.

—¿Seguro que no hay nadie aquí? ¿Alguien a quien podamos llamar? —Su voz es amable, más suave de lo que ha sido hasta ahora, lo que hace saltar la alarma en mi interior.

—No hay nadie —replico, porque la única persona a la que habría querido tener aquí ha dejado muy claro que no quiere saber nada de mí. — ¿El bebé... está bien? —Nunca me habían hecho una ecografía porque, lo habéis adivinado, no tenía seguro médico, pero estaba convencida de que iba a tener una niña.

—El cordón está enrollado alrededor del cuello del bebé —dice en voz baja, con calma, mientras yo siento que estoy a punto de sufrir un paro cardíaco. — No es raro, pero el ritmo cardíaco del bebé está bajando, así que tenemos que sacar al pequeño de ahí cuanto antes.

No, no, no. Tiene que estar bien. Tiene que estarlo. Puede que no estuviera preparada para ella, pero ahora lo estoy. Es para todo lo demás para lo que no estoy preparada.

La enfermera Smiley reaparece con otra enfermera y se ponen a preparar unos utensilios de aspecto afilado a un lado de la habitación, hablando en voz baja.

—Cuando digo que necesito que empujes tan fuerte como puedas, me das todo. Puede que tengamos que hacerte una cesárea de emergencia, pero...

Lo que voy a decir es interrumpido por mi grito cuando la peor contracción se abate sobre mí como una ola. Mi espalda se despega de la cama y respiro como si acabara de correr una maratón.

Mis ojos se clavan en los de los médicos.

—Hagan lo que tengan que hacer, pero asegúrense de que está bien. —Se me escapan lágrimas por el rabillo del ojo y no tienen nada que ver con los dolores del parto.

Reprimo las ganas de llorar, de esperar a que alguien me ayude. Ya debería saberlo, nadie va a venir a salvarme, la única persona en la que puedo confiar es en mí misma.

Me llevo la mano al vientre y cierro los ojos, susurrando a la criatura que llevo en mi vientre y que nunca será mía, como he hecho en los últimos meses.

—Vamos, Little Bean —le murmuro.

—Nosotros nos encargamos. —El médico me llama por mi nombre y empujo como un demonio.

¿Quieres saber cómo avanza la historia de amor entre River y Harlow? Aquí encontrarás la historia de amor al completo en Amazon.

Manten el contacto

¡Mantente en contacto para enterarte de todas las historias increíbles que tenemos preparadas!

Facebook: únete a nuestro grupo de lectura AQUÍ
Newsletter: Apúntate a nuestra newsletter AQUÍ

Gracia

Querido lector:
Gracias por prestarnos unas horas de tu día para llegar a conocer a los personajes que hemos creado. Esperamos que hayas disfrutado de esta aventura en la que te hemos adentrado y estamos impacientes por tenerte de vuelta con nuestras nuevas y emocionantes historias.

BESOS

Table of Contents

Full Page Image
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo: Seis años después

Epílogo
Epílogo
Manten el contacto
Gracia